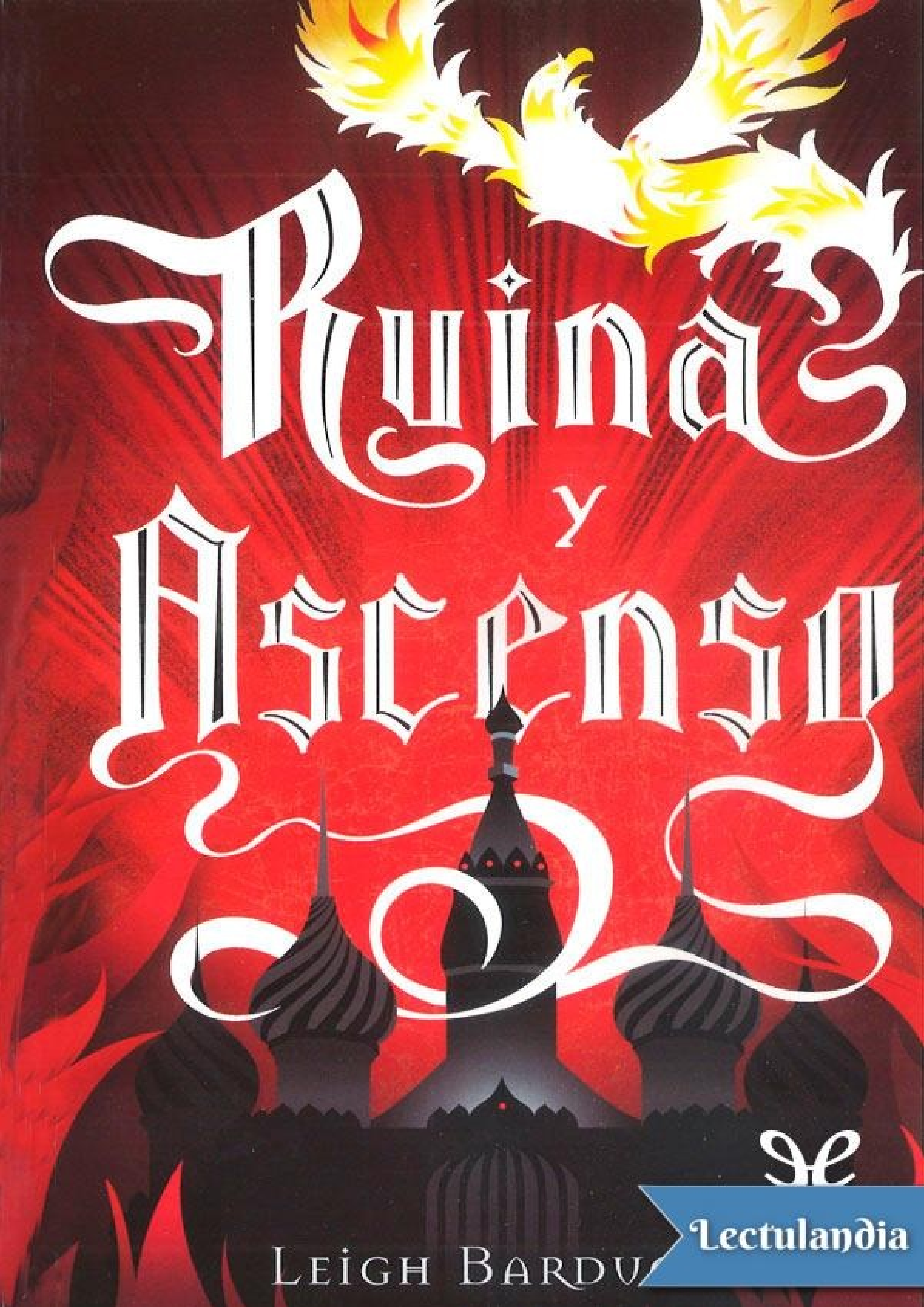

Ruina
y
Ascenso
Lectulandia
LEIGH BARDU

El Oscuro gobierna Ravka desde su trono de sombras.

Ahora el destino de la nación está en manos de una Invocadora del Sol sin poderes, un rastreador caído en desgracia y los últimos vestigios de lo que alguna vez fue un gran ejército de magos.

En las profundidades de una antigua red de túneles y cuevas, una debilitada Alina debe someterse a la dudosa protección del Apparat y de aquellos que la veneran como a una Santa. Pero tiene otros planes, como lanzarse a la caza del elusivo pájaro de fuego y comprobar si la supervivencia de cierto príncipe forajido es algo más que una esperanza.

Alina deberá forjar nuevas alianzas y dejar de lado antiguas rivalidades para, junto con Mal, encontrar el último amplificador de Morozova. Pero tan pronto como empieza a desvelar los secretos del Oscuro, sale a la luz un pasado que alterará para siempre su visión del lazo que los une y el poder que ella detenta. El pájaro de fuego es lo único que se interpone entre Ravka y la destrucción, y Alina podría pagar un alto precio por conseguirlo: el mismísimo futuro por el que está luchando.

Lectulandia

Leigh Bardugo

Ruina y ascenso

Grisha - 3

ePub r1.0
Titivillus 06.01.2018

Título original: *Ruin and rising*
Leigh Bardugo, 2014
Traducción: Miguel Trujillo Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para mi madre, que creyó
en mí incluso cuando yo no lo hacía.

Ruina y Ascenso

GRISHA

SOLDADOS DEL SEGUNDO EJÉRCITO

MAESTROS DE LA PEQUEÑA CIENCIA

CORPORALKI

(LA ORDEN DE LOS VIVOS Y LOS MUERTOS)

Mortificadores

Sanadores

ETHEREALKI

(LA ORDEN DE LOS INVOCADORES)

Vendavales

Inferni

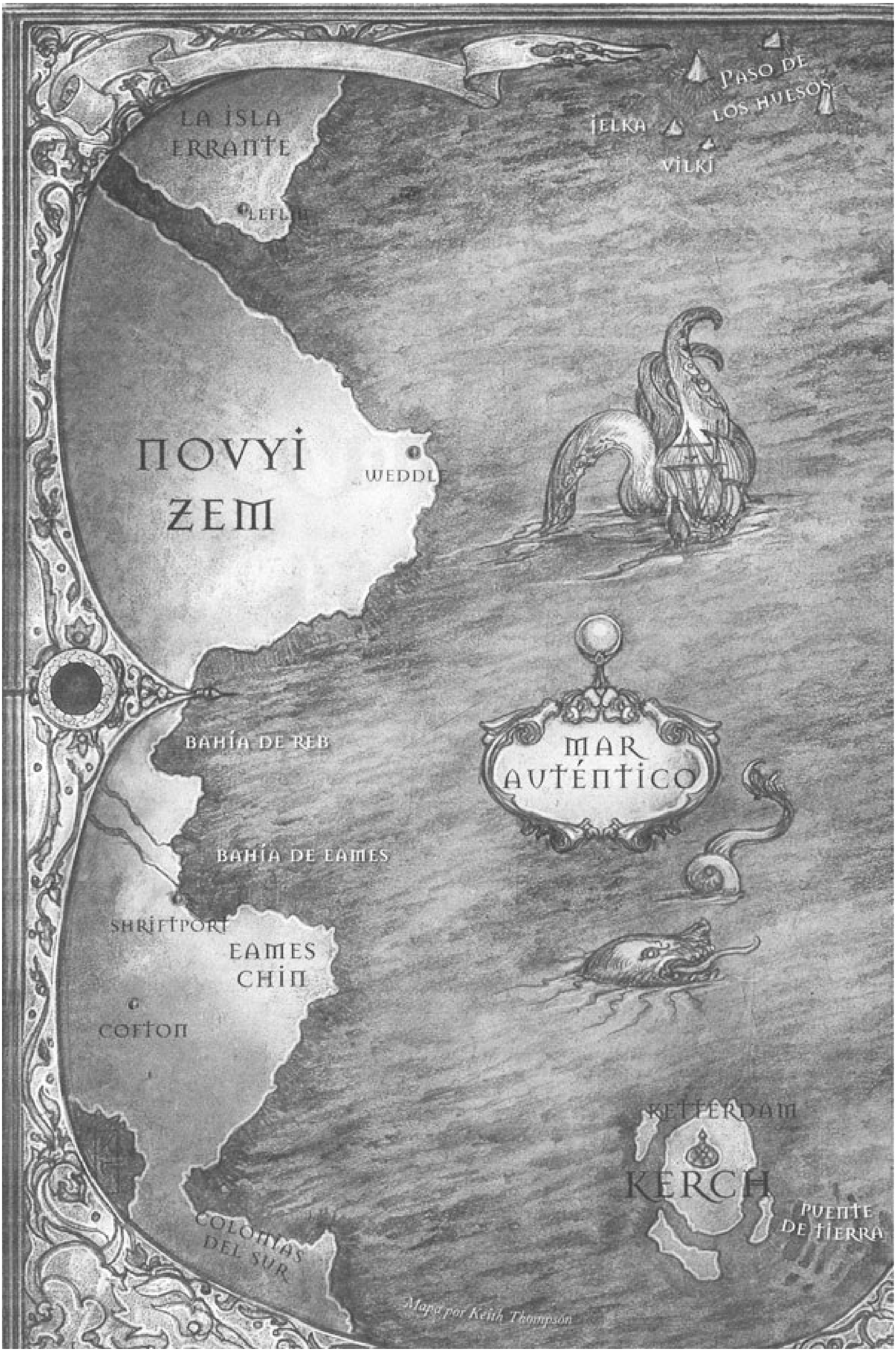
Agitamareas

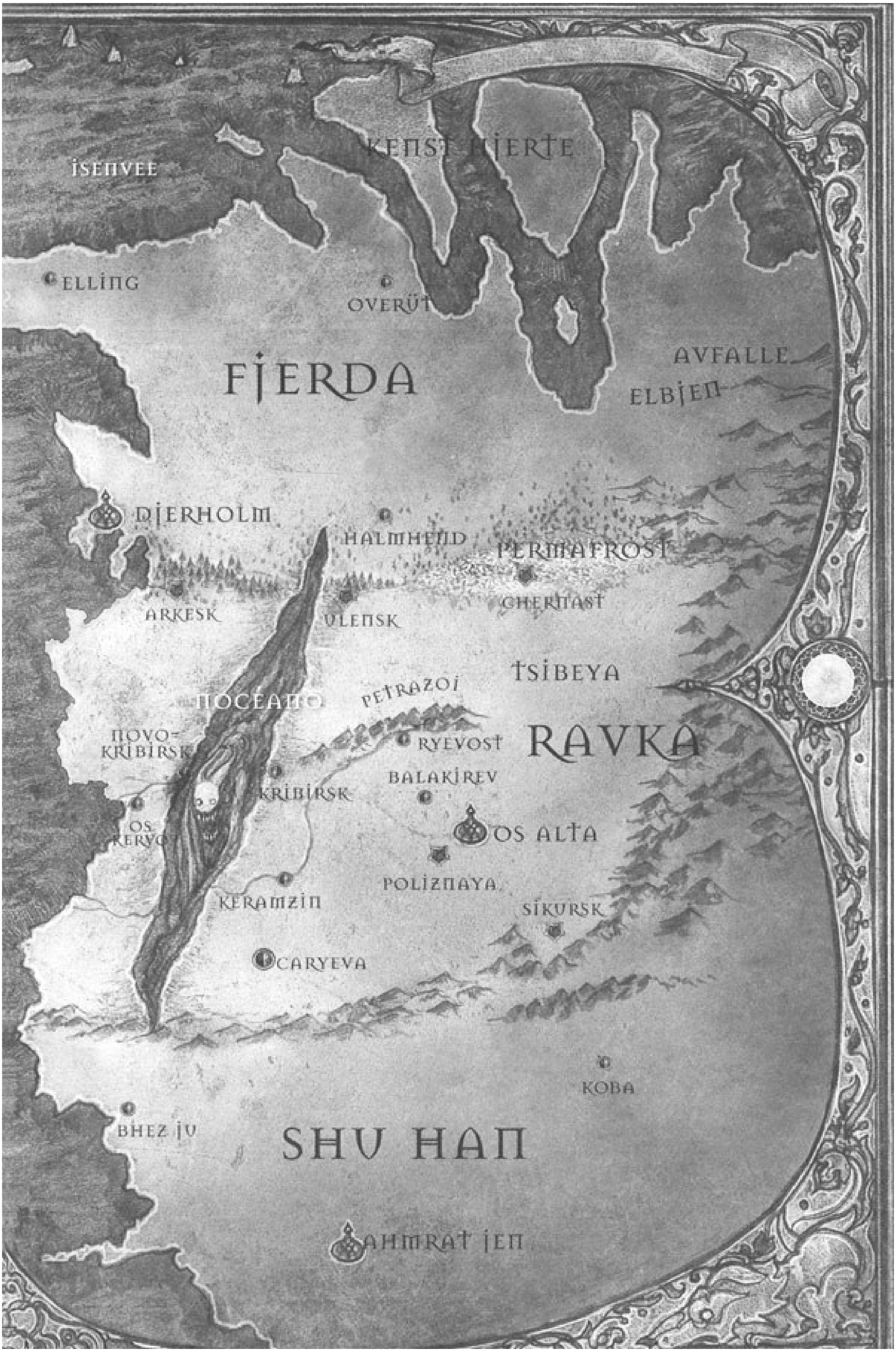
MATERIALKI

(LA ORDEN DE LOS HACEDORES)

Durasts

Alkemi


LA ISLA ERRANTE
LEFLIN
PASO DE LOS HUESOS
JELKA
VILKI
NOVYI ZEM
WEDDLE
BAHÍA DE REB
MAR AUTÉNTICO
BAHÍA DE EAMES
SHRIFTPORT
EAMES CHIN
COFTON
KETTERDAM
KERCH
PUENTE DE TIERRA
COLONIAS DEL SUR
Mapa por Keith Thompson



ISENVEE
KENST HJERTE
ELLING
OVERÜT
FJERDA
AVFALLE
ELBJEN
DJERHOLM
HALMHEND
PERMAFROST
CHERNAST
ARKESK
ULENSK
TSIBEYA
NOCÉANO
PETRAZOI
NOVO-KRIBIRSK
RYEVOST
RAVKA
KRIBIRSK
BALAKIREV
OS KERVO
OS ALTA
POLIZNAYA
KERAMZIN
SIKURSK
CARYEVA
KOBA
BHEZ JU
SHU HAN
AHMRAT JEN

Antes

l nombre del monstruo era Izumrud, el gran gusano, y había quienes aseguraban que él había excavado los túneles que se extendían bajo Ravka. Enfermo de hambre, engullía cieno y gravilla, excavando más y más profundo en la tierra, buscando algo para satisfacer su hambre, hasta que fue demasiado lejos y se perdió en la oscuridad.

Tan solo era una historia, pero en la Catedral Blanca la gente tenía cuidado de no alejarse demasiado de los pasadizos que se enroscaban alrededor de las cavernas principales. Unos extraños sonidos reverberaban por el oscuro laberinto de túneles, gruñidos y ruidos inexplicables; y los fríos momentos de silencio quedaban rotos por unos siseos sordos que podían no ser nada o podían ser los sinuosos movimientos de un cuerpo alargado que se acercaba serpenteando por algún pasadizo cercano en busca de presas. En esos momentos, era fácil creer que Izumrud seguía viviendo en algún lugar, esperando a que lo despertara la llamada de los héroes, soñando con el banquete que se daría si algún niño desafortunado caminara hasta su boca. Una bestia de esas características descansa, no muere.

El chico le contó esa historia a la chica, y también otras, todas las nuevas historias que pudo reunir durante los primeros días, cuando le permitían acercarse a ella. Se sentaba junto a su cama, tratando de conseguir que comiera, escuchando el silbido doloroso de sus pulmones, y le contaba la historia de un río domesticado por un poderoso Agitamareas y entrenado para sumergirse entre las capas de roca, en busca de una moneda mágica. Le hablaba en susurros del pobre Pelyekin, que estaba maldito, condenado a trabajar durante un millar de años con su pico mágico, dejando cavernas y pasadizos a su paso, una criatura solitaria en busca de nada salvo distracción, acumulando oro y joyas que no tenía intención de gastar jamás.

Entonces, una mañana, el chico llegó y se encontró con que en el camino hasta la habitación de la chica había unos hombres armados que le impedían el paso y, cuando

se negó a marcharse, se lo llevaron a rastras de la puerta, encadenado. El sacerdote advirtió al chico de que la fe le traería paz y la obediencia le permitiría seguir respirando.

Atrapada en su celda, sola a excepción del goteo del agua y el lento latido de su corazón, la chica sabía que las historias de Izumrud eran ciertas. A ella misma se la habían tragado entera, la habían devorado, y en las retumbantes tripas de alabastro de la Catedral Blanca, tan solo quedaba la Santa.

La Santa despertaba cada mañana con el sonido de su nombre entonado en forma de cánticos, y cada día su ejército crecía; sus filas aumentaban con los hambrientos y los desesperados, con soldados heridos y niños que apenas eran lo bastante grandes como para llevar rifles. El sacerdote les contó a los fieles que ella sería Reina un día, y ellos lo creyeron, aunque les sorprendía su maltrecha y misteriosa Corte: la Vendaval de cabello azabache, con su afilada lengua, la Destrozada con su chal de oración negro y sus horribles cicatrices, el pálido estudioso que permanecía alejado con sus libros y sus extraños instrumentos. Esos eran los tristes vestigios del Segundo Ejército; una compañía impropia para una Santa.

Pocos sabían que estaba acabada. El poder que la había bendecido, divino o no, había desaparecido. O, al menos, se encontraba fuera de su alcance. Mantenían a sus seguidores alejados, de modo que no pudieran ver que sus ojos eran agujeros oscuros, que el aliento le salía en jadeos asustados. Caminaba con lentitud, indecisa, y los huesos de su cuerpo eran frágiles como la madera a la deriva; una chica enfermiza sobre la que descansaban las esperanzas de todos.

En la superficie, un nuevo Rey gobernaba con su ejército de sombras, y exigía que su Invocadora del Sol regresara. Ofreció amenazas y recompensas, pero la respuesta que recibió llegó bajo la forma de un desafío, por parte de un forajido a quien la gente había apodado el Príncipe del Aire. Atacaba en la frontera norteña, bombardeaba las cadenas de abastecimiento, y obligaba al Rey de las Sombras a reanudar el comercio y viajar a través de la Sombra sin nada para mantener a raya a los monstruos, salvo la suerte y el fuego de los Inferni. Algunos decían que aquel contrincante era un príncipe Lantsov, y otros decían que se trataba de un rebelde fjerdano que se negaba a luchar al lado de los hechiceros, aunque todos creían que él debía de tener alguna clase de poder.

La Santa agitaba los barrotes de su jaula subterránea. Aquella era su guerra, y exigía libertad para luchar en ella, pero el sacerdote se negaba.

Sin embargo, el hombre había olvidado que antes de convertirse en Grisha y en Santa, había sido un fantasma de Keramzin. Ella y el chico habían acumulado secretos, al igual que Pelyekin había acumulado tesoros. Sabían cómo ser ladrones y fantasmas, cómo ocultar su fortaleza y enmascarar sus travesuras. Al igual que los profesores en la propiedad del Duque, el sacerdote pensaba que conocía a la chica y

aquello de lo que era capaz.

Se equivocaba.

No entendía su idioma oculto, no comprendía la determinación del chico. No vio el momento en que la chica dejó de llevar su debilidad como una carga y comenzó a llevarla como un disfraz.

CAPÍTULO 1

ermanecí de pie con los brazos extendidos en un balcón tallado en piedra, temblando en el interior de mi túnica barata, y traté de montar un buen espectáculo. Mi *kefta* estaba hecha de retales, cosida a partir de los restos de la prenda que había llevado la noche que huimos del palacio y unas llamativas cortinas que, según me habían dicho, provenían de un teatro difunto de algún lugar cerca de Sala. Estaba adornada con los abalorios de las lámparas de araña del recibidor, y el bordado de las muñecas ya estaba comenzando a deshilacharse. David y Genya habían hecho lo que habían podido, pero los recursos eran limitados bajo tierra.

De lejos, daba el pego; era oro que centelleaba bajo la luz que parecía emanar de mis palmas, bañando con un brillante resplandor las caras extáticas de mis seguidores, que se encontraban muy abajo. De cerca, no había más que hilos descosidos y brillo falso. Como yo. La Santa harapienta.

La voz del Apparat retumbaba por la Catedral Blanca, y la multitud se balanceaba con los ojos cerrados y las manos en alto. Un campo de amapolas con los brazos como pálidos tallos agitados por algún viento que yo no era capaz de sentir. Realicé una serie de gestos coreografiados, moviéndome deliberadamente para que David y el Inferni que lo estuviera ayudando aquella mañana pudieran seguir mis movimientos desde su posición en la cámara oculta justo encima del balcón. Detestaba las plegarias matinales pero, según el sacerdote, aquellas exhibiciones falsas eran necesarias.

—Es un regalo que entregáis a vuestra gente, Sankta Alina —decía—. Es la esperanza.

En realidad, se trataba de una ilusión, una pálida imitación de la luz que yo había controlado tiempo atrás. El dorado resplandor era en realidad fuego Inferni, reflejado en un espejo con forma de plato que David había fabricado a partir del cristal que había conseguido reunir. Se parecía a los platos que habíamos utilizado en nuestro

intento fallido de mantener a raya a las hordas del Oscuro durante la batalla en Os Alta. Nos habían tomado por sorpresa, y mi poder, nuestros planes, el ingenio de David y los recursos de Nikolai no habían sido suficientes para detener la masacre. Desde entonces, no había sido capaz de invocar ni un destello. Pero la mayor parte del rebaño del Apparat no había visto nunca lo que su Santa podía hacer en realidad, y por el momento aquel engaño era suficiente.

El Apparat terminó su sermón, y aquella era la señal para acabar. El Inferni hizo que la luz resplandeciera a mi alrededor. Parpadeó y vaciló de forma errática, y finalmente se desvaneció mientras yo dejaba caer los brazos. Bueno, pues ya sabía quién se encontraba a cargo del fuego con David. Miré la parte superior de la cueva con el ceño fruncido. Harshaw. Siempre se dejaba llevar. Tres Inferni habían conseguido salir con vida de la batalla en el Pequeño Palacio, pero una de ellos había muerto tan solo unos días después a causa de las heridas. De los dos que quedaban, Harshaw era el más poderoso y el más impredecible.

Bajé de la plataforma, deseosa de alejarme de la presencia del Apparat, pero mi pie flaqueó y tropecé. El sacerdote me agarró del brazo para estabilizarme.

—Tened cuidado, Alina Starkov. Sois incauta con vuestra seguridad.

—Gracias —respondí. Quería alejarme de él, del hedor a tierra revuelta e incienso que arrastraba con él a todas partes.

—¿Os encontráis mal hoy?

—Tan solo algo torpe.

Ambos sabíamos que aquello era una mentira. Estaba mucho mejor que cuando llegué a la Catedral Blanca; mis huesos se habían soldado y ya era capaz de comer sin vomitar, pero seguía sintiéndome frágil, y mi cuerpo estaba plagado de dolores y una fatiga constante.

—En ese caso, tal vez debáis tomaros un día de descanso.

Apreté los dientes. Otro día encerrada en mi cámara. Me tragué mi frustración y sonreí débilmente. Sabía lo que él quería ver.

—Tengo mucho frío —dije—. Me vendría bien pasar algún tiempo en el Hervidor.

Para ser sincera, no estaba mintiendo. Las cocinas eran el único lugar de la Catedral Blanca donde la humedad permanecía a raya. A esa hora, al menos uno de los fuegos del desayuno seguiría encendido. La gran caverna redonda estaría llena del aroma del pan horneándose y la crema dulce que los cocineros hacían con las reservas de guisantes secos y leche en polvo proporcionadas por los aliados de la superficie y almacenadas por los peregrinos.

Me estremecí a propósito para enfatizar mi petición, pero la única respuesta del sacerdote fue un evasivo «hum».

Un movimiento en la parte inferior de la caverna me llamó la atención: peregrinos recién llegados. No pude evitar mirarlos con ojo estratégico. Algunos llevaban uniformes que los señalaban como desertores del Primer Ejército. Todos eran jóvenes

y corpulentos.

—¿No hay ningún veterano? —pregunté—. ¿Ni viudas?

—El viaje bajo tierra es difícil —respondió el Apparat—. Muchos son demasiado ancianos o débiles como para moverse, y prefieren quedarse en la comodidad de sus hogares.

Aquello era improbable. Los peregrinos acudían con muletas y bastones, sin importar lo viejos que fueran o lo enfermos que estuvieran. Hasta los moribundos acudían a ver a la Santa del Sol en sus últimos días. Miré por encima del hombro, recelosa. Podía vislumbrar a los guardias del sacerdote, barbudos y bien armados, haciendo de centinelas en el arco de entrada. Eran monjes, sacerdotes eruditos como el Apparat, y bajo tierra eran las únicas personas que tenían permitido llevar armas. En la superficie ejercían de guardias en las entradas, buscando a los espías y a los infieles, y ofreciendo cobijo a aquellos que consideraban dignos. Últimamente, el número de peregrinos se había reducido, y los que se unían a nuestras filas parecían más personas sanas y robustas que devotos. El Apparat quería soldados potenciales, no solo bocas que alimentar.

—Yo podría desplazarme para ver a los enfermos y a los ancianos —sugerí. Sabía que mi argumento era débil, pero lo intenté de todos modos. Casi era lo que se esperaba de mí—. Una Santa debería caminar entre su gente, no esconderse como una rata en una madriguera.

El Apparat sonrió, con esa sonrisa santurrona e indulgente que los peregrinos adoraban y a mí me daba ganas de gritar.

—En épocas difíciles muchos animales se ocultan bajo tierra. Así es como sobreviven —dijo—. Después de que los insensatos libren sus batallas, son las ratas las que dominan los campos y las ciudades.

Y se alimentan de los muertos, pensé con un estremecimiento. Como si pudiera leer mis pensamientos, él puso una mano sobre mi hombro. Sus dedos eran largos y blancos, y se extendían por mi brazo como una araña de cera. Si tenía intención de que el gesto me reconfortara, había fracasado.

—Paciencia, Alina Starkov. Ascenderemos en el momento apropiado, y no antes.

Paciencia. Esa era siempre su prescripción. Resistí la necesidad de tocarme la muñeca desnuda, el lugar vacío donde debían residir los huesos del pájaro de fuego. Había reclamado las escamas del azote marino y las astas del ciervo, pero todavía faltaba la última pieza del puzle de Morozova. Tal vez ya tendríamos el tercer amplificador para entonces si el Apparat hubiera dado su apoyo a los cazadores, o si simplemente nos hubiera dejado volver a la superficie. Pero aquel permiso conllevaba un coste.

—Tengo frío —repetí, escondiendo mi irritación—. Quiero ir al Hervidor.

Él frunció el ceño.

—No me gusta que vayáis ahí a juntaros con esa chica…

Detrás de nosotros, los guardias murmuraron con nerviosismo, y una palabra me

llegó flotando por el aire. *Razrusha'ya*. Aparté la mano del Apparat para dirigirme hacia el pasillo, y los guardias del sacerdote se pusieron firmes. Como todos sus hermanos, estaban vestidos de marrón y llevaban el símbolo del sol, el mismo que había en la túnica del Apparat. Mi símbolo. Pero jamás me miraban directamente, y nunca me hablaban a mí ni a los otros refugiados Grisha. En lugar de eso, permanecían en silencio en los extremos de las habitaciones y me seguían a todas partes como espectros barbudos armados con rifles.

—Ese nombre está prohibido —dije. Ellos siguieron mirando fijamente hacia delante, como si fuera invisible—. Se llama Genya Safin, y yo seguiría siendo la prisionera del Oscuro de no ser por ella.

No hubo ninguna reacción, pero vi que se tensaban tan solo por oír su nombre. Unos hombres adultos con armas, asustados de una chica desfigurada. Idiotas supersticiosos.

—Paz, Sankta Alina —dijo el Apparat, y me tomó por el codo para conducirme a través del pasadizo en dirección a su cámara de audiencias. Había una rosa tallada en la piedra con vetas plateadas del techo, y en las paredes había Santos pintados con sus halos dorados. Tenía que ser obra de algún Hacedor, porque ningún pigmento corriente podría soportar el frío y la humedad de la Catedral Blanca. El sacerdote tomó asiento en una silla baja de madera y me dedicó un gesto para que yo hiciera lo mismo con otra. Traté de esconder mi alivio mientras me sentaba en ella: el simple hecho de estar de pie durante demasiado tiempo me dejaba sin aire.

Él me echó un vistazo, observando mi piel cetrina, las manchas oscuras bajo mis ojos.

—Seguro que *Genya* puede hacer algo más por vos.

Habían pasado más de dos meses desde mi batalla contra el Oscuro, y todavía no me había recuperado por completo. Mis pómulos cortaban mi rostro demacrado como furiosos signos de exclamación, y mi pelo blanco era tan frágil que parecía flotar como si fueran telarañas. Finalmente había logrado convencer al Apparat para que dejara que Genya me visitara en las cocinas, con la promesa de que ella emplearía su poder en mí para darme un aspecto más presentable. Era el único contacto real que había tenido con los otros Grisha en varias semanas. Saboreaba cada momento, cada pequeña noticia que me daba.

—Está haciéndolo lo mejor que puede —repliqué.

El sacerdote suspiró.

—Supongo que todos debemos ser pacientes. Os curaréis a su debido tiempo. Gracias a la fe. Gracias a la oración.

Un arrebato de furia me invadió. El hombre sabía perfectamente que lo único que me curaría sería usar mi poder, pero para hacer eso necesitaba regresar a la superficie.

—Si tan solo me dejaras aventurarme a salir al exterior…

—Sois demasiado preciada para nosotros, Sankta Alina, y el riesgo es demasiado grande. —Se encogió de hombros en señal de disculpa—. No os preocupáis por

vuestra propia seguridad, así que he de hacerlo yo.

Permanecí en silencio. Ese era el juego al que jugábamos, el que llevábamos jugando desde que me habían llevado hasta allí. El Apparat había hecho mucho por mí. Era la única razón por la que algunos de mis Grisha habían logrado escapar de la batalla contra los monstruos del Oscuro. Nos había proporcionado un refugio seguro bajo tierra, pero cada día que pasaba la Catedral Blanca me parecía más una prisión que un refugio.

Unió los dedos de las manos.

—Han pasado meses y seguís sin confiar en mí.

—Sí confío en ti —mentí—. Por supuesto que confío.

—Y, sin embargo, no me dejáis ayudaros. Con el pájaro de fuego en nuestra posesión, todo esto podría cambiar.

—David está investigando los cuadernos de Morozova. Estoy segura de que la respuesta está ahí.

El Apparat clavó en mí sus ojos planos y oscuros. Sospechaba que yo ya conocía la localización del pájaro de fuego; el tercer amplificador de Morozova y la clave para liberar el único poder que podría derrotar al Oscuro y destruir la Sombra. Y tenía razón. Al menos, yo esperaba que la tuviera. La única pista que teníamos de su localización estaba enterrada entre mis escasos recuerdos de la infancia y la esperanza de que las polvorientas ruinas de Dva Stolba fueran más de lo que parecían. Pero, tuviera razón o no, la posible localización del pájaro de fuego era un secreto que tenía intención de guardar. Me hallaba aislada bajo tierra, prácticamente impotente, y los guardias del sacerdote me espiaban, así que no iba a desprenderme de la única ventaja que tenía.

—Tan solo deseo lo mejor para vos, Alina Starkov. Para vos y para vuestros amigos. Quedan muy pocos, y si algo les sucediera…

—Déjalos en paz —gruñí, olvidándome de ser dulce, de ser amable.

La mirada del Apparat era demasiado entusiasta para mi gusto.

—Tan solo quería decir que los accidentes son frecuentes bajo tierra. Sé que sentiríais profundamente cada pérdida, y estáis demasiado débil.

Con la última palabra, sus labios retrocedieron sobre sus encías. Eran negras, como las de un lobo.

Una vez más, la furia me invadió. Desde mi primer día en la Catedral Blanca había habido una pesada amenaza en el aire, sofocándome con la constante presión del miedo. El Apparat jamás dejaba pasar una oportunidad para recordarme mi vulnerabilidad. Casi sin pensar, retorcí los dedos bajo las mangas, y unas sombras treparon por los muros de la cámara.

El Apparat se apartó hacia atrás en su silla y yo lo miré con el ceño fruncido, fingiendo confusión.

—¿Qué pasa? —pregunté.

El se aclaró la garganta, y sus ojos fueron rápidamente de derecha a izquierda.

—No… no es nada —tartamudeó.

Dejé que las sombras cayeran. La reacción del Apparat bien valía la oleada de mareo que sentía al utilizar aquel truco, que es lo único que era. Podía hacer que las sombras saltaran y bailaran, pero nada más. Era un triste eco del poder del Oscuro, los restos que quedaron de la confrontación que casi nos había matado a los dos. Lo había descubierto mientras trataba de invocar la luz, y me había esforzado por perfeccionarlo para convertirlo en algo mayor, algo con lo que pudiera luchar, pero no había tenido éxito. Las sombras parecían un castigo, fantasmas de un poder mayor que solo servían para mofarse de mí, la Santa de la farsa y los espejos.

El Apparat se puso en pie, tratando de recobrar la compostura.

—Iréis a los archivos —declaró con decisión—. Pasar un tiempo de estudio y contemplación silenciosos os ayudará a aclarar la mente.

Reprimí un gruñido. En realidad, aquello era un castigo: tendría que pasar horas infructuosas leyendo detenidamente viejos textos religiosos en busca de información sobre Morozova. Por no mencionar que los archivos eran húmedos, deprimentes y estaban infestados de guardias del sacerdote.

—Os escoltaré hasta allí —añadió. Mejor todavía.

—¿Y el Hervidor? —pregunté, tratando de ocultar la desesperación en mi voz.

—Más tarde. *Razru*… Genya puede esperar —dijo mientras lo seguía por el pasadizo—. Sabéis que no tenéis que ocultaros en el Hervidor. Podéis encontraros con ella aquí. En privado.

Eché un vistazo a los guardias, que nos seguían el paso. En privado. Eso era ridículo. Pero la idea de que me mantuviera alejada de las cocinas no lo era. Tal vez ese día la chimenea principal permaneciera abierta durante más de unos pocos segundos. Era una esperanza exigua, pero era la única esperanza que tenía.

—Prefiero el Hervidor —dije—. Hace calor allí. —Le dirigí mi sonrisa más dócil, dejé que mis labios temblaran ligeramente, y añadí—. Me recuerda a mi hogar.

Eso le encantaba, la imagen de una chica humilde, apiñada junto al fogón, con el dobladillo lleno de ceniza. Otra ilusión, un capítulo más en su libro de Santos.

—Muy bien —dijo finalmente.

Tardamos un buen rato en descender desde el balcón. La Catedral Blanca tomaba su nombre del alabastro de sus muros y la enorme caverna principal donde se hacían los servicios cada mañana y cada tarde. Pero era mucho más que eso: una extensa red de túneles y cuevas, una ciudad subterránea, y yo odiaba cada centímetro. La humedad que se filtraba por los muros, que goteaba de los techos, que se agrupaba sobre mi piel en forma de gotitas. El frío del que no era capaz de deshacerme. Las setas venenosas y las flores nocturnas que brotaban en las grietas y las fisuras. Odiaba cómo llevábamos el paso del tiempo: servicios matinales, oraciones por la tarde, servicios nocturnos, días de los Santos, días de ayuno y días de ayuno parcial. Pero, sobre todo, odiaba la sensación de que en realidad era una pequeña rata, pálida y de ojos rojos, escarbando en los muros de mi laberinto con débiles zarpas rosadas.

El Apparat me condujo por las cavernas al norte de la zona principal, donde entrenaban los Soldat Sol. La gente se apartaba contra la roca o estiraba el brazo para tocar mi manga dorada mientras pasábamos. Íbamos a paso lento, digno… necesario. No podía moverme más deprisa sin quedarme sin aliento. Los feligreses del Apparat sabían que estaba enferma y rezaban por mi salud, pero el hombre tenía miedo de que cundiera el pánico si descubrían lo frágil que era, lo humana que era.

Los Soldat Sol ya habían comenzado a entrenar para cuando llegamos. Eran los guerreros santos del Apparat, soldados del sol que llevaban mi símbolo tatuado en brazos y caras. La mayoría eran desertores del Primer Ejército, aunque otros eran simplemente jóvenes decididos, y estaban incluso dispuestos a morir. Habían ayudado a rescatarme del Primer Palacio, y las pérdidas habían sido brutales. Santos o no, no eran rivales para los *nichevo'ya* del Oscuro. Sin embargo, el Oscuro también tenía soldados humanos y Grisha a su servicio, así que los Soldat Sol seguían entrenando.

Pero lo hacían sin armas reales, con espadas falsas y rifles cargados con perdigones de cera. Los Soldat Sol eran una clase diferente de peregrinos; habían acudido al culto de la Santa del Sol por la promesa del cambio, y muchos de ellos eran jóvenes y tenían sentimientos encontrados acerca del Apparat y los antiguos métodos de la iglesia. Desde mi llegada a la Catedral Blanca, el Apparat los había mantenido bajo control aún más. Los necesitaba, pero no confiaba en ellos por completo. Yo conocía la sensación.

Los guardias del sacerdote permanecían junto a las paredes, vigilando muy de cerca todo lo que sucedía. Sus balas eran reales, y también las hojas de sus sables.

Mientras entrábamos en la zona de entrenamiento, vi que se había reunido un grupo para ver a Mal luchando con Stigg, uno de nuestros dos Inferni que habían sobrevivido. Tenía el cuello grueso, era rubio y carente por completo de humor: fjerdano hasta la médula.

Mal esquivó un arco de fuego, pero el segundo estallido de llamas le prendió la camiseta, y los espectadores jadearon. Pensé que Mal iba a retirarse, pero en lugar de eso se lanzó hacia Stigg. Se tiró al suelo, rodó para sofocar las llamas y golpeó los pies de su contrincante desde abajo. En un momento tuvo al Inferni sujeto boca abajo, y le agarró las muñecas para prevenir otro ataque.

Los soldados del sol que observaban rompieron a aplaudir y silbar en señal de apreciación.

Zoya se pasó el lustroso cabello negro por encima del hombro.

—Bien hecho, Stigg. Estás atado y listo para cocinar.

Mal la silenció con una mirada.

—Distraer, desarmar, inhabilitar —dijo—. El truco es no ceder al pánico. —Se puso en pie y ayudó a Stigg a levantarse—. ¿Estás bien?

Stigg frunció el ceño, enfadado, pero asintió con la cabeza y se alejó para luchar con una soldado joven muy guapa.

—Venga, Stigg —dijo la chica con una ancha sonrisa—. No voy a ser muy dura contigo.

El rostro de la chica me resultaba familiar, pero tardé un buen rato en situarla: era Ruby. Mal y yo habíamos entrenado con ella en Poliznaya. Había formado parte de nuestro regimiento, y la recordaba risueña y alegre, la clase de chica feliz y coqueta que me hacía sentir incómoda e inútil en mi propia piel. Seguía teniendo la misma sonrisa fácil, la misma larga trenza rubia, pero incluso a pesar de la distancia, distinguí su expresión vigilante, la clase de cautela que venía con la guerra. Tenía un sol negro tatuado en el lado derecho de la cara, y me resultaba extraño pensar que una chica que una vez se había sentado frente a mí en el comedor ahora pensaba que yo era una Santa.

Era poco habitual que el Apparat y sus guardias me condujeran de ese modo hasta los archivos. ¿Qué había cambiado aquel día? ¿Me había llevado hasta allí para que pudiera ver los restos de mi ejército y recordara el precio de mis errores? ¿Para mostrarme los pocos aliados que me quedaban?

Observé a Mal mientras emparejaba soldados del sol con Grisha. Ahí estaban los Vendavales: Zoya, Nadia y su hermano Adrik. Junto a Stigg y Harshaw, eran los únicos Etherealki que me quedaban. Sin embargo, Harshaw no se encontraba por ninguna parte. Lo más probable era que hubiera vuelto a la cama después de invocar las llamas para mí durante las plegarias matinales.

En cuanto a los Corporalki, los únicos Mortificadores en la sala de entrenamiento eran Tamar y su enorme mellizo, Tolya. Les debía la vida, pero aquella deuda no me hacía mucha gracia. Eran cercanos al Apparat, tenían a su cargo la instrucción de los Soldat Sol, y me habían mentido durante meses en el Pequeño Palacio. No sabía muy bien qué pensar de ellos: la confianza era un lujo que no podía permitirme desperdiciar.

Los soldados restantes tendrían que esperar su turno para luchar, pues había demasiado pocos Grisha. Genya y David permanecían apartados, aunque de todos modos no servían demasiado para el combate. Maxim era un Sanador, y prefería practicar su arte en la enfermería, aunque eran pocos los feligreses del Apparat que confiaban en los Grisha lo suficiente como para emplear sus servicios. Sergei era un poderoso Mortificador, pero me habían dicho que era demasiado inestable como para que fuera seguro tenerlo cerca de los estudiantes. Había estado en lo más encarnizado de la batalla cuando el Oscuro lanzó su ataque sorpresa, y había visto a la chica que amaba desgarrada por sus monstruos. Habíamos perdido al otro Mortificador que teníamos a causa de los *nichevo'ya* en algún lugar entre el Pequeño Palacio y la capilla.

Por tu culpa, dijo una voz en mi cabeza. *Les has fallado*.

La voz del Apparat me sacó de mis sombríos pensamientos.

—El chico se está excediendo.

Seguí su mirada hasta donde Mal se encontraba moviéndose entre los soldados,

hablando con uno o corrigiendo a otro.

—Los está ayudando a entrenar —señalé.

—Está dando órdenes. Oretsev —llamó el sacerdote para que se acercara. Me tensé mientras observaba a Mal aproximándose. Apenas lo había visto desde que le habían prohibido la entrada a mi cámara. Aparte de mis interacciones cuidadosamente racionadas con Genya, el Apparat me mantenía aislada de aliados potenciales.

Mal parecía diferente. Llevaba la áspera ropa de campesino que le había servido de uniforme en el Pequeño Palacio, pero estaba más delgado y pálido a causa del tiempo que había pasado bajo tierra. La estrecha cicatriz de su mandíbula destacaba claramente.

Se detuvo ante nosotros e hizo una reverencia. Era lo más cerca que se nos había permitido estar desde hacía meses.

—No eres el capitán aquí —dijo el Apparat—. Tolya y Tamar te superan en rango.

Mal asintió con la cabeza.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué estás dirigiendo los ejercicios?

—Yo no estaba dirigiendo nada —replicó Mal—. Tengo algo que enseñar, y ellos tienen algo que aprender.

Muy cierto, pensé amargamente. Mal se había vuelto muy bueno combatiendo contra los Grisha. Lo recordaba amoratado y sangrando frente a un Vendaval, en los establos del Pequeño Palacio, con una mirada de desafío y desdén en los ojos. Otro recuerdo que no me importaría perder.

—¿Por qué no han marcado a esos reclutas? —preguntó el Apparat, haciendo un gesto en dirección a un grupo que luchaba con espadas de madera cerca de la pared más lejana. Ninguno de ellos podía tener más de doce años.

—Porque son niños —señaló Mal con voz gélida.

—Es su elección. ¿Les negarías la oportunidad de demostrar lealtad a nuestra casa?

—Les negaría el arrepentimiento.

—Nadie tiene ese poder.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Mal.

—Si perdemos, esos tatuajes los marcarán como soldados del sol. Eso sería prácticamente como si firmaran para ponerse frente al pelotón de fusilamiento.

—¿Es por eso por lo que tú no llevas ninguna marca? ¿Porque tienes muy poca fe en nuestra victoria?

Mal me echó un vistazo, y después volvió a mirar al Apparat.

—Me reservo mi fe para los Santos —dijo firmemente—. No para los hombres que envían niños a morir.

El sacerdote entrecerró los ojos.

—Mal tiene razón —intervine—. Deja que permanezcan sin marcas. —El Apparat me escudriñó con su plana mirada negra—. Por favor —añadí—. Como gesto hacia mí.

Sabía lo mucho que le gustaba aquella voz, una voz gentil y cálida, como de nana.

—Qué corazón tan tierno —dijo, e hizo un chasquido con la lengua. Sin embargo, me daba cuenta de que se sentía complacido. Aunque había hablado en contra de sus deseos, esa era la Santa que quería que fuera, una madre cariñosa, que reconfortara a su gente. Me clavé las uñas en la palma.

—Esa es Ruby, ¿verdad? —pregunté, deseosa de cambiar el tema de conversación y distraer la atención del Apparat.

—Llegó hace unas cuantas semanas —explicó Mal—. Es buena… Viene de la infantería.

Sentí una pequeña punzada de envidia en contra de mi voluntad.

—Stigg no parece muy contento —dije, inclinando la cabeza hacia el lugar donde el Inferni parecía estar desquitándose con Ruby por haber perdido. La chica estaba haciéndole frente lo mejor que podía, pero estaba claro que él la superaba.

—No le gusta que lo machaquen.

—Tú lo has hecho sin despeinarte.

—Sí —asintió—. Es un problema.

—¿Y eso por qué? —preguntó el Apparat.

Los ojos de Mal fueron hacia mí rápidamente durante un breve segundo.

—Se aprende más perdiendo. —Se encogió de hombros—. Al menos Tolya sigue por aquí para patearme el culo.

—Vigila tu lengua —le espetó el Apparat.

Mal lo ignoró y, de pronto, se puso dos dedos en los labios y emitió un fuerte silbido.

—¡Ruby, estás bajando la guardia!

Demasiado tarde. Su trenza comenzó a arder, y otro joven soldado corrió hasta ella con un cubo de agua y se lo tiró sobre la cabeza.

Hice una mueca.

—Intenta que no acaben demasiado crujientes.

Mal hizo una reverencia.

—*Moi soverenyi* —dijo, y se alejó corriendo hacia las tropas.

Ese título. Lo decía sin el rencor que parecía haber sentido en Os Alta, pero todavía me sentaba como un puñetazo en el estómago.

—No debería dirigirse a vos de ese modo —se quejó el Apparat.

—¿Por qué no?

—Era el título del Oscuro, y no es apropiado para una Santa.

—Entonces, ¿cómo debería llamarme?

—No debería dirigirse a vos directamente en absoluto.

Suspiré.

—La próxima vez que tenga que decirme algo, le pediré que me lo escriba en una carta.

El Apparat frunció los labios.

—Estáis inquieta hoy. Creo que una hora extra en la soledad de los archivos os vendrá bien.

Hablaba con tono de reprimenda, como si yo fuera una niña malcriada que se hubiera quedado levantada después de la hora de acostarse. Me obligué a pensar en la promesa del Hervidor y forcé una sonrisa.

—Seguro que tienes razón.

Distraer, desarmar, inhabilitar.

Mientras bajábamos por el pasadizo que conducía a los archivos, miré por encima del hombro. Zoya había tumbado boca arriba a un soldado y estaba trazando círculos perezosos en el aire, haciéndolo girar como una tortuga. Ruby estaba hablando con Mal, con una ancha sonrisa y una expresión de avidez. Pero Mal me estaba observando a mí. En la luz fantasmal de la caverna sus ojos eran de un azul profundo y firme, el color del centro de una llama.

Alejé la mirada y seguí al Apparat, apresurando mis pasos mientras trataba de controlar los jadeos al respirar. Pensé en la sonrisa de Ruby, en su trenza chamuscada. Era una buena chica, una chica normal. Eso era lo que Mal necesitaba. Si todavía no se había fijado en otra, acabaría haciéndolo, y algún día yo sería lo suficientemente buena persona como para desearle lo mejor con ella. Pero aquel no era ese día.

Nos encontramos con David de camino a los archivos. Como era habitual, estaba hecho un desastre, con el pelo revuelto en todas direcciones y las mangas manchadas de tinta. Tenía una taza de té caliente en una mano y un trozo de tostada metido en el bolsillo.

Sus ojos fueron del Apparat a sus guardias.

—¿Más bálsamo? —preguntó.

El Apparat apretó un poco los labios al oír esto. El bálsamo era el brebaje que David hacía para Genya. Unido a los esfuerzos que hacía ella misma, había ayudado a que la peor parte de sus cicatrices se desvaneciera, pero las heridas de los *nichevo'ya* jamás sanaban completamente.

—Sankta Alina ha venido a pasar la mañana estudiando —declaró el Apparat con gran solemnidad.

David hizo un gesto que recordaba vagamente a un encogimiento de hombros mientras se agachaba para pasar por la puerta.

—Pero ¿irás más tarde al Hervidor?

—Unos guardias os escoltarán hasta allí dentro de dos horas —dijo el Apparat—. Genya Safin estará esperando. —Sus ojos examinaron mi rostro demacrado—. Aseguraos de que preste más atención a su trabajo.

Hizo una profunda reverencia y se desvaneció por el túnel. Miré a mi alrededor en la habitación y solté un largo suspiro, abatida. Los archivos deberían haber sido la clase de lugar que me encantaba, llenos del olor de la tinta sobre el papel y el suave crujido de las plumas. Pero aquella era la guarida de los guardias del sacerdote, un laberinto tenuemente iluminado de arcos y columnas talladas en la roca blanca. Lo más cerca que había estado de ver a David perdiendo los nervios fue la primera vez que puso los ojos en aquellos pequeños nichos abovedados. Algunos de ellos habían cedido, y todos estaban repletos de antiguos libros y manuscritos con las páginas negras a causa de la podredumbre y los lomos hinchados por la humedad. Las cuevas estaban lo bastante húmedas como para que unos charquitos se hubieran filtrado por el suelo.

—No puedes… No puedes haber guardado aquí los cuadernos de Morozova —había dicho, prácticamente chillando—. ¡Es un pantano!

Ahora, David pasaba los días y la mayoría de sus noches en los archivos, leyendo cuidadosamente los escritos de Morozova, anotando teorías y bocetos en su propio cuaderno. Como muchos otros Grisha, antes creía que los cuadernos de Morozova habían sido destruidos tras la creación de la Sombra, pero el Oscuro jamás se hubiera deshecho de un conocimiento semejante. Había ocultado los cuadernos y, aunque yo no había sido capaz de obtener una respuesta directa del Apparat, sospechaba que el sacerdote los había descubierto de algún modo en el Pequeño Palacio y los había robado cuando el Oscuro se vio obligado a huir de Ravka.

Me desplomé sobre un taburete, enfrente de David. Había arrastrado una silla y una mesa hasta la cueva más seca, y había llenado uno de los estantes con aceite extra para sus lámparas, y con las hierbas y ungüentos que utilizaba para hacer el bálsamo de Genya. Normalmente se encorvaba sobre una fórmula o alguno de sus cachivaches y no levantaba la mirada en varias horas, pero aquel día no parecía ser capaz de quedarse quieto. No dejaba de trastear con las tintas y juguetear nerviosamente con el reloj de bolsillo que había puesto sobre la mesa.

Hojeé con desgana uno de los cuadernos de Morozova. Había llegado a detestar el mirarlos: eran inútiles, confusos y, más importante todavía, *incompletos*. Describía sus hipótesis acerca de los amplificadores, su búsqueda del ciervo, su viaje de dos años a bordo de un ballenero siguiéndole la pista al azote marino, sus teorías sobre el pájaro de fuego, y después… nada. O bien faltaban algunos cuadernos, o Morozova había dejado su trabajo incompleto.

La perspectiva de encontrar y utilizar al pájaro de fuego ya era lo bastante desalentadora. Pero la idea de que tal vez no existiera, de que tal vez tuviera que enfrentarme otra vez al Oscuro sin él, era demasiado terrible como para sopesarla, así que simplemente la aparté a un lado.

Me obligué a pasar las páginas. La única forma que tenía de controlar el tiempo era el reloj de David. No sabía dónde lo había encontrado, cómo había conseguido que funcionara ni si la hora que marcaba tenía alguna relación con el tiempo en la

superficie, pero lo fulminé con la mirada y deseé que el minutero se moviera más deprisa.

Los guardias del sacerdote iban y venían, siempre vigilando o inclinados sobre sus textos. Se suponía que tenían que ilustrar manuscritos y estudiar las palabras santas, pero dudaba que su trabajo consistiera solo en eso. La red de espías del Apparat se extendía por toda Ravka, y aquellos hombres consideraban que su oficio era mantenerla, descifrar mensajes, reunir información y construir el culto a una nueva Santa. Era difícil no compararlos con mis Soldat Sol, la mayoría jóvenes y analfabetos, ajenos a los antiguos misterios que aquellos hombres protegían.

Cuando no pude soportar durante más tiempo las divagaciones de Morozova, me moví en mi asiento, tratando de aliviar un tirón en la espalda. Después abrí una vieja colección que se componía principalmente de debates sobre la oración, pero que resultó contener también una versión del martirio de Sankt Ilya.

En aquella ocasión, Ilya era un constructor, y el vecino había quedado aplastado bajo un caballo. Aquello era nuevo: normalmente, el niño acababa atravesado por la cuchilla de un arado. Pero la historia terminaba como todas las demás: Ilya hizo regresar al niño desde el umbral de la muerte y, como agradecimiento, los aldeanos lo lanzaron al río atado con cadenas de hierro. Algunas historias aseguraban que jamás se hundió, sino que llegó flotando hasta el mar. Otras juraban que su cuerpo había emergido días más tarde en un banco de arena a kilómetros de distancia, perfectamente conservado y oliendo a rosas. Las conocía todas, y ninguna de ellas decía una palabra acerca del pájaro de fuego, ni indicaba que Dva Stolba fuera el lugar correcto para comenzar a buscarlo.

Todas nuestras esperanzas de encontrar al pájaro de fuego residían en una antigua ilustración: Sankt Ilya encadenado, rodeado por el ciervo, el azote marino y el pájaro de fuego. Se veían montañas tras él, y también una carretera y un arco. Este último había quedado derruido hacía mucho, pero yo pensaba que sus ruinas se encontraban en Dva Stolba, no muy lejos del asentamiento donde Mal y yo habíamos nacido. Al menos, eso es lo que creía los días buenos. Aquel día, no estaba tan segura de que Ilya Morozova y Sankt Ilya fueran el mismo hombre. Ya no era capaz de mirar siquiera los ejemplares del *Istorii Sankt'ya*. Formaban una pila mohosa en una esquina olvidada, y no parecían tanto los augurios de un gran destino como libros infantiles pasados de moda.

David tomó el reloj, lo depositó sobre la mesa, volvió a cogerlo y derribó una botella de tinta, que se apresuró a recoger con dedos temblorosos.

—¿Qué te pasa hoy? —pregunté.

—Nada —respondió él bruscamente.

Pestañeé mientras lo miraba.

—Te sangra el labio —señalé. Él se pasó la mano por encima, y la sangre volvió a aparecer. Debía de haberse mordido el labio. Con fuerza—. David…

Golpeó el escritorio con los nudillos, y estuve a punto de dar un salto. Tenía dos

guardias detrás de mí, tan puntuales y espeluznantes como siempre.

—Toma —dijo David, y me tendió un bote pequeño. Antes de que pudiera cogerlo, un guardia se me adelantó.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté enfadada. Pero ya lo sabía: nada de otros Grisha llegaba hasta mí sin que lo examinaran cuidadosamente. Pensando en mi seguridad, por supuesto.

El guardia del sacerdote me ignoró. Pasó los dedos por la parte superior e inferior del bote, lo abrió, olió el contenido, investigó la tapa, y después lo cerró y me lo entregó sin decir palabra. Lo cogí de su mano.

—Gracias —dije con aspereza—. Y gracias a ti también, David.

Él ya estaba encorvado sobre su cuaderno, al parecer perdido en lo que fuera que estuviera leyendo, pero agarraba la pluma con tanta fuerza que pensé que la iba a partir.

Genya me estaba esperando en el Hervidor, la enorme caverna de una redondez casi perfecta donde se preparaba la comida de todos los habitantes de la Catedral Blanca. Sus paredes curvadas estaban llenas de fogones de piedra, primitivos recordatorios del pasado de Ravka de los que al personal de la cocina le gustaba quejarse, pues no resultaban tan prácticos como los fogones y los hornos de cerámica de la superficie. Había enormes asadores para las presas grandes, pero los cocineros rara vez tenían acceso a la carne fresca. Así que en su lugar servían cerdo salado, guisos de raíces y un extraño pan hecho de una harina tosca que tenía un ligero sabor a cerezas.

Los cocineros casi se habían acostumbrado a Genya, o al menos ya no hacían muecas y comenzaban a rezar cada vez que la veían. La encontré calentándose junto a un fogón en la pared más alejada del Hervidor. Aquel se había convertido en nuestro lugar, y los cocineros dejaban allí una pequeña cacerola de crema o sopa para nosotras cada día. Mientras me acercaba a ella con mi escolta armada, Genya dejó que su chal cayera, y los guardias que me acompañaban se detuvieron en seco. Puso en blanco el ojo que le quedaba y emitió un siseo como el de un gato. Ellos se apartaron y se quedaron junto a la entrada.

—¿Me he pasado? —preguntó.

—No demasiado —respondí, maravillándome por cuánto había cambiado. Que pudiera reírse al ver cómo aquellos zoquetes reaccionaban ante ella, era muy buena señal. Aunque el bálsamo que David había creado para ella había ayudado, estaba segura de que la mayor parte del mérito le correspondía a Tamar.

Después de llegar a la Catedral Blanca, Genya se había negado a salir de sus cámaras en varias semanas. Simplemente se quedaba ahí en la oscuridad, sin ganas de moverse. Bajo la supervisión de los guardias yo había hablado con ella, había tratado de persuadirla, había intentado que se riera, pero nada había funcionado. Al final, había sido Tamar quien la había convencido para que saliera, exigiendo que al menos

aprendiera a defenderse.

—¿Y a ti qué te importa? —había murmurado Genya, subiéndose las mantas.

—No me importa. Pero si no puedes luchar, eres un lastre.

—No me importa lo que me pase.

—Pero a mí sí —había protestado yo.

—Alina tiene que ocuparse de sí misma —dijo Tamar—. No puede andar cuidándote.

—Yo no le he pedido que lo haga.

—¿No sería estupendo si solo recibiéramos lo que pedimos? —replicó Tamar. Después la pinchó, la pellizcó y básicamente la acosó, hasta que al final Genya apartó las mantas y aceptó tomar una única lección de combate; en privado, lejos de los otros, con los guardias del sacerdote como única audiencia.

—Me la voy a cargar —me había dicho con un gruñido. Mi escepticismo debió de resultar evidente, porque sopló para apartarse un rizo rojo de la frente llena de cicatrices y dijo—: Vale, pues entonces esperaré a que se duerma y le pondré nariz de cerdo.

Pero había asistido a esa lección y a la siguiente y, por lo que yo sabía, Tamar no se había despertado con una nariz de cerdo ni con los ojos sellados.

Genya continuó manteniendo la cara cubierta y pasaba la mayor parte del tiempo en su cámara, pero ya no se encorvaba, ni se alejaba de la otra gente en los túneles. Se había hecho un parche de seda negra para el ojo a partir del forro de un abrigo viejo, y el rojo de su pelo era claramente más intenso. Si Genya estaba utilizando su poder para alterar su color de pelo, entonces tal vez parte de su vanidad había regresado, y eso implicaba cierta mejoría.

—Vamos a comenzar —dijo.

Genya dio la espalda a la habitación para ponerse de cara al fuego, y después se apartó el chal por encima de la cabeza, manteniendo los lados llenos de flecos extendidos para crear una pantalla que nos ocultara de ojos entrometidos. La primera vez que lo habíamos intentado, los guardias se habían echado encima de nosotras en cuestión de segundos, pero en cuanto me vieron aplicar el bálsamo en las cicatrices de Genya mantuvieron las distancias. Consideraban que las heridas que tenía a causa de los *nichevo'ya* del Oscuro eran alguna clase de castigo divino, aunque no se me ocurría cuál podía ser el motivo. Si el crimen de Genya era haber apoyado al Oscuro, entonces casi todos nosotros habíamos sido culpables en algún momento u otro. Y, ¿qué dirían de las marcas de mordiscos en mi hombro? ¿O de que pudiera hacer que las sombras se movieran?

Saqué el bote de mi bolsillo y comencé a aplicar el bálsamo en las heridas. Tenía un intenso aroma verde que hacía que me lagrimearan los ojos.

—Nunca me había dado cuenta de lo insoportable que es estar sentada e inmóvil durante tanto tiempo —se quejó.

—No estás inmóvil. Te estás retorciendo.

—Es que pica.

—¿Y si te doy un golpe? ¿Te distraerá eso del picor?

—Tú solo avísame cuando acabes, chica mala. —Estaba observando mis manos de cerca—. ¿No ha habido suerte hoy? —susurró.

—De momento, no. Solo hay dos fogones encendidos, y las llamas están bajas. —Me limpié la mano en un paño de cocina mugriento—. Ya está —dije—. Hecho.

—Tu turno —dijo—. Estás…

—Horrible. Ya lo sé.

—Es un término relativo.

La tristeza de su voz resultaba inconfundible, y me entraron ganas de pegarme una patada. Le toqué la mejilla con la mano. La piel entre las cicatrices era suave y blanca como las paredes de alabastro.

—Soy imbécil.

La comisura de sus labios subió un poco, formando lo que casi era una sonrisa torcida.

—A veces —dijo—. Pero soy yo quien ha sacado el tema. Ahora, cállate y déjame trabajar.

—Solo lo suficiente como para que el Apparat nos siga permitiendo venir hasta aquí. No quiero darle a una Santa hermosa que pueda exhibir.

Ella suspiró de forma teatral.

—Eso es una violación de mis creencias más arraigadas, y vas a tener que compensármelo más adelante.

—¿Cómo?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Creo que deberías dejar que te haga pelirroja.

Puse los ojos en blanco.

—No en esta vida, Genya.

Mientras ella comenzaba con el lento trabajo de alterar mi rostro, yo jugueteé con el bote entre los dedos. Traté de volver a ponerle la tapa, pero una parte se había soltado bajo el bálsamo. Lo levanté con las puntas de las uñas: era un delgado disco de papel. Genya lo vio al mismo tiempo que yo.

Escrita en la parte trasera, con los garabatos casi ilegibles de David, había una única palabra: hoy.

Genya me lo arrebató de entre los dedos.

—Por todos los Santos. Alina…

Entonces oímos a lo lejos las fuertes pisadas de unos pies con botas muy pesadas, y un altercado en el exterior. Una olla cayó al suelo con un fuerte ruido metálico, y una de las cocineras soltó un chillido cuando los guardias del sacerdote invadieron la habitación con los rifles en alto. Sus ojos parecían arder con fuego sagrado.

El Apparat entró tras ellos en un remolino de su túnica marrón.

—Despejad la habitación —bramó.

Genya y yo nos pusimos en pie de golpe mientras los guardias arrastraban bruscamente a los cocineros fuera de la cocina, en un caos de protestas y exclamaciones de miedo.

—¿Qué es todo esto? —exigí saber.

—Alina Starkov —dijo el Apparat—. Estáis en peligro.

El corazón me latía con fuerza, pero mantuve la voz calmada.

—¿En peligro de qué? —pregunté, echando un vistazo a las ollas que hervían en los fogones—. ¿De almorzar?

—Conspiración —proclamó, señalando a Genya—. Aquellos que aseguran tener vuestra amistad están tratando de destruiros.

Más secuaces barbudos del Apparat entraron por la puerta que había tras él. Cuando abrieron filas, vi a David, asustado y con los ojos muy abiertos.

Genya jadeó y yo le puse una mano sobre el brazo para impedir que se lanzara hacia delante.

Nadia y Zoya fueron las siguientes, las dos con las muñecas atadas para impedir que invocaran. Había un hilo de sangre que salía de la comisura de la boca de Nadia, y su piel estaba pálida debajo de las pecas. Mal se encontraba con ellas, con la cara llena de sangre. Se estaba apretando un costado como si estuviera sujetándose una costilla rota, y tenía los hombros encorvados por el dolor. Pero lo peor era ver a los guardias que lo flanqueaban: Tolya y Tamar. Tamar había sacado las hachas y, de hecho, ambos estaban tan fuertemente armados como los guardias del sacerdote. Estaban esquivando mi mirada.

—Cerrad las puertas —ordenó el Apparat—. Nos ocuparemos en privado de este lamentable asunto.

CAPÍTULO 2

as enormes puertas del Hervidor se cerraron con fuerza, y oí una llave en la cerradura. Traté de ignorar el nudo enfermizo que notaba en el estómago y comprender lo que estaba presenciando. Nadia y Zoya, que eran dos Vendavales; Mal, y David, un inofensivo Hacedor. En la nota ponía «hoy». ¿Qué significaba?

—Voy a preguntártelo otra vez, sacerdote. ¿Qué es todo esto? ¿Por qué están detenidos mis amigos? ¿Por qué están *sangrando*?

—Estos no son vuestros amigos. Hemos descubierto un complot bajo nuestras narices para destruir la Catedral Blanca.

—¿De qué estás hablando?

—Ya visteis hoy la insolencia del chico…

—¿Ese es el problema? ¿Que no tiembla lo suficiente en tu presencia?

—¡El problema aquí es la traición!

Sacó una bolsita de lona de su túnica y la mostró en alto, dejando que se balanceara entre sus dedos. Fruncí el ceño. Había visto bolsitas como aquella en los talleres de los Hacedores. Las utilizaban para…

—¡Polvos explosivos! —dijo el Apparat—. Fabricados por este sucio Hacedor con los materiales reunidos por vuestros supuestos amigos.

—Vale, pues David ha fabricado polvos explosivos. Podría haber un centenar de razones para ello.

—Las armas están prohibidas dentro de la Catedral Blanca.

Arqueé una ceja mirando los rifles que estaban apuntando a Mal y a mis Grisha.

—¿Y qué es eso? ¿Cucharones? Si vas a hacer acusaciones…

—Sus planes fueron escuchados. Adelante, Tamar Kir-Bataar. Di la verdad que has descubierto.

Tamar hizo una profunda reverencia.

—Los Grisha y el rastreador planeaban drogaras y llevaros a la superficie.

—Yo quiero regresar a la superficie.

—Querían utilizar los polvos explosivos para asegurarse de que nadie os siguiera —continuó—, para derrumbar las cavernas sobre el Apparat y vuestros fieles.

—¿Cientos de personas inocentes? Mal jamás haría eso. Ninguno de ellos lo haría. —Ni siquiera Zoya, por muy miserable que fuera—. Además, no tiene ningún sentido. ¿Cómo se supone que iban a drogarme?

Tamar hizo un gesto con la cabeza en dirección a Genya y al té que había junto a nosotras.

—Yo misma bebo de ese té —señaló ella—. No hay ninguna droga en él.

—Es una envenenadora muy experimentada y una mentirosa —replicó fríamente Tamar—. Ya te ha traicionado antes en favor del Oscuro.

Los dedos de Genya se aferraron a su chal. Ambas sabíamos que había verdad en sus acusaciones. Sentí un desagradable pinchazo de sorpresa.

—Confiáis en ella —dijo Tamar, pero había algo extraño en su voz. No sonaba tanto como si estuviera haciendo una acusación como si estuviera dándome una orden.

—Tan solo estaban esperando a reunir el suficiente polvo explosivo —continuó el Apparat—. Después, tenían intención de atacar, de llevaros al exterior y entregaros al Oscuro.

Negué con la cabeza.

—¿De verdad esperáis que crea que Mal me entregaría al Oscuro?

—A él lo engañaron —intervino Tolya con voz queda—. Estaba tan desesperado por liberaros que se convirtió en su peón.

Eché un vistazo en dirección a Mal, pero no era capaz de leer su expresión. Noté la primera esquirla real de duda. Nunca había confiado en Zoya y, ¿cuánto conocía en realidad a Nadia? Genya… Genya había sufrido demasiado a manos del Oscuro, pero habían sido aliados durante mucho tiempo. Un sudor frío me brotó en la nuca, y sentí que el pánico me atenazaba, luchando contra mi cerebro.

—Conspiraciones y más conspiraciones —siseó el Apparat—. Tenéis un corazón blando, y os ha traicionado.

—No —dije—. Nada de esto tiene sentido.

—¡Son espías y traidores!

Me presioné las sienes con los dedos.

—¿Dónde están mis otros Grisha?

—Están recluidos hasta que podamos interrogarlos convenientemente.

—Dime que no han sufrido ningún daño.

—¿Veis su preocupación por aquellos que la han traicionado? —preguntó el sacerdote a sus guardias. Me di cuenta de que lo estaba disfrutando, de que había estado esperando ese momento—. Es una muestra de su bondad, de su generosidad. —Su mirada se clavó en la mía—. Tienen algunas heridas, pero los traidores recibirán los mejores cuidados. Tan solo tenéis que pedirlo.

La advertencia estaba clara, y finalmente lo comprendí. Fuera real la conspiración de los Grisha o fuera un subterfugio inventado por el Apparat, aquel era el momento que había estado esperando, la oportunidad de aislarme por completo. No habría más visitas al Hervidor con Genya, ni más conversaciones a escondidas con David. El sacerdote utilizaría aquella oportunidad para separarme de cualquiera cuyas lealtades estuvieran conmigo más que con su causa. Y yo era demasiado débil como para detenerlo.

Pero ¿y si Tamar estaba diciendo la verdad? ¿Eran aquellos aliados realmente mis enemigos? Nadia bajó la cabeza. Zoya mantuvo la barbilla en alto, y sus ojos azules brillaban desafiantes. Era fácil creer que cualquiera de las dos, si no ambas, podría ponerse en mi contra, buscar al Oscuro y ofrecerme como ofrenda con la esperanza de obtener clemencia a cambio. Y David lo había ayudado a ponerme el collar del ciervo en el cuello.

¿Podían haber engañado a Mal para que los ayudara a traicionarme? No tenía aspecto de estar asustado ni preocupado: tenía el mismo aspecto que en Keramzin cuando se disponía a hacer algo que iba a meternos a los dos en problemas. Tenía el rostro amoratado, pero me di cuenta de que se había puesto más recto. Y entonces echó un vistazo hacia arriba, casi como si estuviera mirando en dirección al cielo, como si estuviera rezando, pero yo lo conocía bien. Mal nunca había sido religioso. Estaba mirando la chimenea principal.

Conspiraciones y más conspiraciones. El nerviosismo de David. Las palabras de Tamar. *Confiáis en ella*.

—Liberadlos —ordené.

El Apparat sacudió la cabeza, con la expresión llena de lástima.

—Nuestra Santa está siendo debilitada por aquellos que aseguran quererla. Mirad lo frágil que es, lo enferma que está. Es la corrupción de su influencia. —Algunos de los guardias asintieron con la cabeza, y vi aquel extraño brillo fanático en sus ojos—. Es una Santa, pero también una chica joven dominada por la emoción. No comprende las fuerzas que están en juego aquí.

—Comprendo que has perdido el rumbo, sacerdote.

El Apparat me dirigió aquella sonrisa compasiva e indulgente.

—Estáis enferma, Sankta Alina. No estáis en vuestro sano juicio; no sois capaz de distinguir amigo de enemigo.

Por qué será, pensé sombríamente. Tomé aliento: aquel era el momento de decidir. Tenía que creer en alguien, y no iba a ser en el Apparat, un hombre que había traicionado a su Rey, después al Oscuro, y que sabía que organizaría mi martirio alegremente si servía para su propósito.

—Vas a liberarlos —exigí—. No voy a advertírtelo dos veces.

Una sonrisa de suficiencia vaciló en sus labios. Detrás de la lástima, había arrogancia. Era perfectamente consciente de lo débil que estaba, y no tenía más remedio que esperar que los otros supieran lo que estaban haciendo.

—Se os escoltará a vuestras cámaras para que podáis pasar el día en soledad —dijo—. Pensaréis en lo que ha sucedido, y recobraréis el buen juicio. Esta noche rezaremos juntos en busca de ayuda.

¿Por qué sospechaba que con «ayuda» se refería a la localización del pájaro de fuego, y posiblemente cualquier información que tuviera sobre Nikolai Lantsov?

—¿Y si me niego? —pregunté, examinando a los guardias del sacerdote—. ¿Emplearán tus soldados las armas en contra de su Santa?

—Permaneceréis intacta y protegida, Sankta Alina —replicó el Apparat—. Pero no puedo otorgar la misma gentileza a aquellos que llamáis vuestros amigos.

Más amenazas. Miré los rostros de los guardias, sus ojos fervientes. Asesinarían a Mal, matarían a Genya y me encerrarían en mis aposentos, y para ellos sería un honor hacerlo.

Di un pasito hacia atrás, a sabiendas de que el Apparat lo interpretaría como una muestra de debilidad.

—¿Sabes por qué vengo aquí, sacerdote?

Él agitó la mano en actitud desdeñosa, mostrando su impaciencia.

—Os recuerda a vuestro hogar.

Mis ojos se encontraron brevemente con los de Mal.

—Deberías saberlo ya —dije—. Un huérfano no tiene hogar.

Retorcí los dedos en el interior de mis mangas, y las sombras treparon por los muros del Hervidor. No eran gran cosa como distracción, pero sí lo suficiente.

Los guardias del sacerdote quedaron sobresaltados, agitando salvajemente los rifles, mientras los Grisha que tenían cautivos retrocedieron, aturdidos. Mal no dudó.

—¡Ahora! —gritó. Se lanzó hacia delante y le arrebató el polvo explosivo al Apparat de entre las manos.

Tolya extendió los brazos y dos de los guardias del sacerdote se desplomaron aferrándose el pecho. Nadia y Zoya levantaron las manos, y Tamar giró para cortar sus ataduras con las hachas. Ambas Vendavales alzaron los brazos, y el viento recorrió la habitación, levantando el serrín del suelo.

—¡Atrapadlos! —chilló el Apparat, y los guardias entraron en acción.

Mal arrojó la bolsita de polvo por los aires y Nadia y Zoya la hicieron volar hacia arriba, en dirección a la chimenea principal.

Mal se estampó contra uno de sus guardias. Las costillas rotas debían de haber sido una farsa, porque no había duda alguna en sus movimientos. Un puñetazo, un codazo. El guardia del sacerdote cayó al suelo. Mal le arrebató la pistola y apuntó hacia arriba, en dirección a la chimenea, en la oscuridad.

¿Aquel era el plan? Nadie sería capaz de acertar ese tiro. Otro guardia se lanzó contra Mal, y él giró para ponerse fuera de su alcance y disparó.

Durante un instante hubo un silencio sordo, y después, muy por encima de nosotros, lo escuché: un estallido ahogado.

Un fuerte rugido bajó hasta nosotros, y una nube de hollín y escombros cayeron

de la chimenea.

—¡Nadia! —gritó Zoya, que estaba luchando contra un guardia.

Nadia trazó un arco con los brazos y la nube quedó suspendida en el aire, se retorció y cobró la forma de una columna que daba vueltas. Se alejó girando y cayó al suelo con un inofensivo repiqueteo de piedras y tierra.

Lo asimilé todo vagamente: la lucha, los gritos furiosos del Apparat, el fuego que había prendido el aceite derramado en la pared más alejada.

Genya y yo acudíamos a las cocinas por una única razón: los fogones. No por el calor, ni por ninguna sensación de comodidad, sino porque cada uno de esos antiguos fogones conducía a la chimenea principal. Y aquella chimenea era el único lugar de la Catedral Blanca que tenía acceso directo a la superficie. Acceso directo al sol.

—¡Derribadlos! —gritó el Apparat a sus guardias—. ¡Están tratando de matar a nuestra Santa! ¡Están tratando de matarnos a todos!

Había acudido ahí cada día con la esperanza de que los cocineros utilizaran más de unos pocos fuegos, para que abrieran del todo la chimenea. Había tratado de invocar la luz, oculta de los ojos de los guardias por el grueso chal de Genya y su miedo supersticioso hacia ella. Lo había intentado, y había fracasado. Ahora, Mal había abierto del todo la chimenea con la explosión. Lo único que podía hacer era llamar a la luz y rezar para que respondiera.

La sentí, a kilómetros por encima de mí; muy débil, apenas un susurro. El pánico me atenazó: la distancia era demasiado grande. Mis esperanzas habían sido estúpidas.

Entonces fue como si algo en mí se alzara y se estirase, como una criatura que hubiera permanecido ociosa durante demasiado tiempo. Sus músculos se habían ablandado a causa del desuso, pero seguía ahí, expectante. Llamé a la luz y esta respondió con la fuerza de las astas en mi garganta, de las escamas en mi muñeca. Acudió a mí en un torrente, triunfante e impaciente.

Le sonreí al Apparat, llena de alegría.

—Un hombre tan obsesionado con el fuego sagrado debería prestar más atención al humo.

La luz me invadió y emergió de mi interior, inundando la habitación con una cegadora cascada que iluminó la expresión de aturdimiento de la cara del Apparat, casi cómica. Los guardias del sacerdote levantaron las manos y cerraron los ojos para protegerse del resplandor.

Con la luz llegó el alivio, la sensación de estar bien y completa por primera vez en meses. Alguna parte de mí había temido realmente que jamás fuera a recobrarme por completo, que al haber empleado el *merzost* en mi batalla contra el Oscuro, al haberme atrevido a crear soldados de sombras y violar la creación en el corazón del mundo, hubiera perdido mi don. Pero ahora era como si sintiera mi cuerpo cobrando vida, mis células reviviendo. El poder se extendió a través de mi sangre y reverberó en mis huesos.

El Apparat se recobró con rapidez.

—¡Salvadla! —bramó—. ¡Salvadla de los traidores!

Algunos de los guardias parecían confundidos, otros asustados; pero dos de ellos se lanzaron hacia delante para cumplir su voluntad, y alzaron los sables para atacar a Nadia y a Zoya.

Afilé mi poder para formar una guadaña reluciente, y sentí la fuerza del Corte entre mis manos.

Entonces Mal se lanzó delante de mí, y apenas tuve tiempo para retirar mi luz. Noté una sacudida a causa del poder sin utilizar, y el corazón me dio un vuelco.

Mal había logrado hacerse con una espada, y su hoja resplandeció mientras se la clavaba a un guardia, y después al otro. Se derrumbaron como árboles.

Otros dos avanzaron, pero Tolya y Tamar estaban ahí para detenerlos. David corrió junto a Genya, y Nadia y Zoya lanzaron a otro guardia por los aires. Vi que los guardias más alejados estaban levantando los rifles para abrir fuego.

La ira me invadió, y me esforcé por controlarla. *No habrá más*, me dije. *No habrá más muertes hoy*. Lancé el Corte en un arco llameante, y este destrozó una mesa y atravesó la tierra delante de los guardias del sacerdote, abriendo una zanja oscura y ancha en el suelo de la cocina. No había forma de saber lo profunda que era.

Había terror en el rostro del Apparat… terror y lo que bien podía haber sido admiración. Los guardias cayeron de rodillas, y un segundo más tarde el sacerdote los imitó. Algunos lloraron y entonaron plegarias. Más allá de las puertas de la cocina, oí unos puños que golpeaban y unas voces que gimoteaban:

—¡Sankta! ¡Sankta!

Me alegraba que estuvieran gritando por mí, y no por el Apparat. Bajé las manos y dejé que la luz retrocediera, pero no quería abandonarla. Miré los cuerpos de los guardias caídos, y vi que uno de ellos tenía serrín en la barba. Había estado a punto de ser la persona que acabara con su vida.

Invoqué un poco de luz y la mantuve ardiendo en un cálido halo a mi alrededor. Tenía que ser cauta. El poder me estaba alimentando, pero había pasado demasiado tiempo sin él. Mi cuerpo debilitado tenía problemas para mantener el ritmo, y no estaba segura de cuáles eran mis límites. Sin embargo, había pasado meses bajo el control del Apparat, y no volvería a tener una oportunidad parecida.

Había hombres tirados en el suelo, muertos y sangrando, y una multitud esperaba tras las puertas del Hervidor. Pude oír la voz de Nikolai en mi cabeza: *a la gente le gusta el espectáculo*. Y el espectáculo todavía no había terminado.

Caminé hacia delante, rodeando con cuidado la zanja que había abierto, y me detuve frente a uno de los guardias arrodillados.

Era más joven que los otros; aún no le había crecido la barba, y tenía los ojos fijos en el suelo mientras murmuraba plegarias. Capté no solo mi nombre, sino los nombres de los verdaderos Santos, todos unidos como si fueran una sola palabra. Le toqué un hombro con la mano y él cerró los ojos, con las mejillas llenas de lágrimas.

—Perdonadme —dijo—. Perdonadme.

—Mírame —repliqué suavemente.

Él se obligó a levantar la mirada. Le puse la mano en la cara con suavidad, como una madre, aunque él era un poco mayor que yo.

—¿Cómo te llamas?

—Vladim… Vladim Ozwal.

—Es bueno dudar de los Santos, Vladim. Y de los hombres.

Él asintió con la cabeza, tembloroso, mientras otra lágrima se le derramaba.

—Mis soldados llevan mi marca —dije, refiriéndome a los tatuajes que llevaban los Soldat Sol—. Hasta este día os habéis apartado de ellos, os habéis enterrado en vuestros libros y plegarias en lugar de escuchar a la gente. ¿Llevaréis ahora mi marca?

—Sí —dijo fervientemente.

—¿Me juraréis lealtad, a mí y solo a mí?

—¡Por supuesto! —gritó—. ¡Sol Koroleva!

Reina del Sol.

El estómago me dio un vuelco. Una parte de mí odiaba lo que estaba a punto de hacer. *¿No podría simplemente hacer que firmara algo? ¿Que hiciera un juramento de sangre? ¿Que me hiciera una promesa firme?* Pero tenía que ser más fuerte que eso. Aquel chico y sus compañeros habían levantado las armas contra mí. No podía permitir que aquello volviera a suceder, y aquel era el lenguaje de los Santos y el sufrimiento, el lenguaje que ellos comprendían.

—Ábrete la camisa —ordené. Ya no era una madre cariñosa, sino una clase distinta de Santa, una guerrera que blandía el fuego sagrado.

Sus dedos desabrocharon torpemente los botones, pero no dudó. Apartó el tejido, dejando al descubierto la piel de su pecho. Seguía cansada y débil, y tenía que concentrarme. Quería declarar algo, no matarlo.

Sentí la luz en mi mano. Puse la palma sobre la piel suave encima de su corazón y dejé que el poder latiera. Vladim se encogió de dolor cuando la luz lo rozó, chamuscándole la carne, pero no gritó. Tenía los ojos muy abiertos y no pestañeaba, con expresión embelesada. Cuando aparté la mano, la forma de mi palma quedó marcada en su pecho, con un intenso y palpitante color rojo.

No está mal, pensé sombríamente, *para ser la primera vez que desfiguro a un hombre*.

Liberé el poder, agradecida de haber terminado.

—Ya está hecho.

Vladim se miró el pecho, y en su cara apareció una sonrisa beatífica. Me di cuenta con una sacudida de que tenía hoyuelos. Hoyuelos y una horrenda cicatriz que llevaría el resto de su vida.

—Gracias, Sol Koroleva.

—Levántate —ordené.

Él se puso en pie, mirándome con una enorme sonrisa. Todavía salían lágrimas de

sus ojos.

El Apparat se movió como si fuera a levantarse.

—Quédate donde estás —dije bruscamente, y la ira volvió. Él era la razón por la que había tenido que marcar a aquel chico. Él era la razón por la que dos hombres yacían muertos, con su sangre empapando las pieles de cebolla y las peladuras de zanahoria.

Bajé la mirada hasta él. Sentía la tentación de quitarle la vida, de librarme de él para siempre, pero aquello sería muy estúpido. Había logrado impresionar a unos cuantos soldados, pero ¿quién sabía el caos que podría desatar si asesinaba al Apparat? Pero quieres hacerlo, dijo una vocecita en el interior de mi cabeza. Por los meses pasados bajo tierra, por el miedo y la intimidación, por cada día sacrificado bajo la superficie cuando podría haber estado rastreando al pájaro de fuego, buscando venganza contra el Oscuro.

Debió de leer la intención de mi mirada.

—Sankta Alina, tan solo quería que estuvierais a salvo, que volvierais a estar bien y completa —dijo con voz temblorosa.

—Entonces considera que tus plegarias han sido respondidas. —Aquella era la mayor mentira que había dicho nunca. Las últimas palabras que hubiera utilizado para describirme serían «bien» y «completa»—. Sacerdote —continué—. Ofrecerás santuario a todos aquellos que lo soliciten, no solo a los que veneren a la Santa del Sol.

Él sacudió la cabeza.

—La seguridad de la Catedral Blanca…

—Si no es aquí, en otro sitio. Arréglatelas.

Él tomó aliento.

—Por supuesto.

—Y no habrá más niños soldados.

—Si los fieles desean luchar…

—Estás de rodillas —le recordé—. No estamos negociando.

Él apretó los labios, pero después de un momento bajó la barbilla en señal de asentimiento.

Miré a mi alrededor.

—Todos sois testigos de estos decretos. —Después me giré hacia uno de los guardias—. Dame tu pistola.

Me la entregó sin perder un instante. Con cierta satisfacción vi que el Apparat abría mucho los ojos, consternado, pero yo me limité a pasarle el arma a Genya. Tras eso, pedí un sable para David, aunque sabía que no le serviría de mucho. Zoya y Nadia estaban listas para invocar, y tanto Mal como los mellizos ya estaban bien armados.

—Levanta —le ordené al Apparat—. Tengamos paz. Hemos presenciado milagros este día. —Se puso en pie y, mientras lo abrazaba, le susurré al oído—: Vas

a dar tu bendición a nuestra misión, y vas a seguir las órdenes que te he dado. De lo contrario, te partiré por la mitad y arrojaré tus restos a la Sombra. ¿Comprendido?

El tragó saliva y asintió con la cabeza.

Necesitaba tiempo para pensar, pero no lo tenía. Debíamos abrir aquellas puertas, ofrecer a la gente una explicación por los guardias caídos y por la explosión.

—Ocúpate de vuestros muertos —ordené a uno de los guardias—. Los llevaremos hoy con nosotros. ¿Tienen…? ¿Tienen familia?

—Nosotros somos su familia —dijo Vladim.

Me dirigí a los demás.

—Reunid a los fieles de toda la Catedral Blanca y llevadlos a la caverna principal. Les hablaré dentro de una hora. Vladim, en cuanto salgamos del Hervidor, libera a los demás Grisha y condúcelos hasta mi habitación.

El se tocó la marca del pecho en señal de saludo.

—Sankta Alina.

Eché un vistazo al rostro amoratado de Mal.

—Genya, límpialo. Nadia…

—Yo me ocupo —dijo Tamar, que ya estaba limpiando la sangre del labio de Nadia con un paño que había metido en una olla llena de agua caliente—. Perdona por el golpe —oí que decía.

Nadia sonrió.

—Tenía que resultar creíble. Además, ya me vengaré.

—Ya veremos —replicó Tamar.

Eché un vistazo a los otros Grisha, con sus *keftas* hechas jirones. No éramos un grupo muy impresionante.

—Tolya, Tamar, Mal; vosotros vendréis conmigo y el Apparat. —Bajé la voz antes de continuar—. Procurad parecer confiados y… regios.

—Tengo una pregunta… —comenzó Zoya.

—Y yo tengo alrededor de un centenar, pero tendrán que esperar. No quiero que la gente de ahí fuera pierda los nervios.

Miré al Apparat, y sentí la oscura necesidad de humillarlo, de hacer que se arrastrara delante de mí por esas largas semanas de subyugación bajo tierra. Eran pensamientos horribles y estúpidos. Puede que me proporcionaran una mezquina satisfacción, pero ¿cuál sería el coste? Tomé aliento profundamente y dije:

—Quiero que todos los demás se entremezclen con los guardias del sacerdote. Esto es una señal de alianza.

Nos dispusimos frente a las puertas. El Apparat y yo liderábamos la marcha, y los guardias del sacerdote y los Grisha nos seguían en formación, con algunos de ellos transportando los cadáveres de sus hermanos caídos. -—Vladim —dije—, abre las puertas.

Mientras Vladim se movía para abrir la cerradura, Mal ocupó su lugar junto a mí.

—¿Cómo sabías que iba a ser capaz de invocar? —le pregunté en voz baja.

Él me echó un vistazo y una ligera sonrisa curvó sus labios.
—Fe.

CAPÍTULO 3

as puertas se abrieron, y yo alcé las manos para que mi luz iluminara el pasadizo con un estallido. La gente que ocupaba el túnel soltó un grito. Aquellos que no se estaban arrodillando cayeron sobre sus rodillas, y un coro de plegarias se elevó y me invadió.

—Habla —le murmuré al Apparat mientras bañaba a los fieles con la resplandeciente luz del sol—. Y hazlo bien.

—Nos hemos enfrentado a una gran prueba hoy —declaró apresuradamente—. Nuestra Santa ha emergido de sí misma más fuerte que nunca. La oscuridad ha invadido este lugar sagrado…

—¡Yo lo vi! —gritó uno de los guardias—. Unas sombras treparon por las paredes…

—En cuanto a eso… —murmuró Mal.

—Después.

—Pero fueron derrotadas —continuó el Apparat—, al igual que siempre serán derrotadas. ¡Gracias a la fe!

Di un paso hacia delante.

—Y al poder.

Una vez más dejé que mi luz barriera el pasadizo en una cegadora cascada. La mayoría de ellos nunca había visto lo que podía hacer mi poder. Alguien estaba llorando, y oí mi nombre enterrado entre los gritos de «¡Sankta! ¡Sankta!».

Mientras dirigía al Apparat y los guardias a través de la Catedral Blanca, mi mente estaba trabajando, considerando opciones. Vladim se nos adelantó para asegurarse de que se cumplían mis órdenes.

Finalmente teníamos la oportunidad de librarnos de aquel lugar. Pero ¿qué significaría dejar atrás la Catedral Blanca? Estaría abandonando un ejército, dejándolos al cuidado del Apparat. Y, sin embargo, no teníamos demasiadas opciones por delante. Necesitaba llegar a la superficie. Necesitaba al pájaro de fuego.

Mal envió a Tamar para que congregara al resto de los Soldat Sol y buscara más armas de fuego que funcionaran. Mi control sobre los guardias era tenue por decir algo, y en caso de que hubiera problemas deberíamos tener pistolas preparadas; esperaba que los soldados del sol me siguieran siendo leales.

Conduje al Apparat hasta su habitación yo misma, con Mal y Tolya siguiéndonos. Una vez en su puerta, dije:

—Dentro de una hora dirigiremos los servicios juntos. Esta noche, me marcharé con mis Grisha y tú aprobarás nuestra partida.

—Sol Koroleva —susurró el Apparat—. Os ruego que no regreséis tan pronto a la superficie. La posición del Oscuro no es fuerte. El chico Lantsov tiene pocos aliados…

—Yo soy su aliada.

—Os abandonó en el Pequeño Palacio.

—Sobrevivió, sacerdote. Es algo que deberías comprender.

Nikolai tenía intención de poner a salvo a su familia y a Baghra, y después regresar a la batalla. Esperaba que hubiera tenido éxito, y que los rumores de él sembrando el caos en la frontera norteña fueran ciertos.

—Dejemos que se debiliten el uno al otro, veamos de qué lado sopla el viento…

—Le debo a Nikolai Lantsov más que eso.

—¿Es la lealtad lo que os impulsa? ¿O la codicia? —me presionó el Apparat—. Los amplificadores han aguardado incontables años a que los unáis, ¿y no podéis esperar unos pocos meses más?

Cerré la mandíbula con fuerza ante aquella idea. No estaba segura de qué era lo que me impulsaba, si era mi necesidad de vengarme o algo mayor, si era el ansia por capturar al pájaro de fuego o mi amistad con Nikolai. Pero no importaba demasiado.

—Esta también es mi guerra —dije—. No voy a esconderme como un lagarto bajo una roca.

—Os suplico que escuchéis mis palabras. No he hecho nada salvo serviros fielmente.

—¿Al igual que servías al Rey? ¿Al igual que servías al Oscuro?

—Soy la voz del pueblo. Ellos no eligieron a los Reyes Lantsov ni al Oscuro. Os eligieron a vos como su Santa, y os amarán como su Reina.

El simple sonido de aquellas palabras me resultaba agotador.

Eché un vistazo por encima del hombro hacia donde Mal y Tolya aguardaban a una distancia respetuosa.

—¿Tú lo crees? —le pregunté al sacerdote. La pregunta me había atormentado desde la primera vez que había escuchado que estaba reuniendo aquel culto—. ¿De verdad crees que soy una Santa?

—Lo que yo crea no importa —respondió él—. Eso es lo que nunca habéis comprendido. ¿Sabíais que han comenzado a construir altares para vos en Fjerda? En *Fjerda*, donde queman a los Grisha en la hoguera. Hay una línea muy fina entre el

miedo y la veneración, Alina Starkov, y yo puedo mover esa línea. Eso es lo que os ofrezco.

—No lo quiero.

—Pero lo tendréis. Los hombres luchan por Ravka porque el Rey se lo ordena, porque su sueldo evita que sus familias se mueran de hambre, porque no tienen otra elección. Lucharán por vos porque para ellos sois su salvación. Se morirán de hambre por vos, entregarán sus vidas y las de sus hijos por vos. Lucharán en la guerra sin miedo y morirán complacidos. No hay un poder mayor que el de la fe, y no habrá un ejército mayor que uno conducido por ella.

—La fe no protegió a tus soldados de los *nichevo'ya*. Y el fanatismo tampoco lo hará.

—Tan solo veis la guerra, pero yo puedo ver la paz que traerá. La fe no entiende de fronteras ni nacionalidades. El amor por vos ha arraigado en Fjerda. Los shu los seguirán, y después los kerch. Nuestra gente seguirá adelante y extenderán la palabra, no solo por Ravka, sino por todo el mundo. Este es el camino hacia la paz, Sankta Alina. A través de vos.

—El precio es demasiado alto.

—La guerra es el precio del cambio.

—Y es la gente humilde quien lo paga, campesinos como yo. Jamás los hombres como tú.

—Nosotros…

Lo silencié con una mano. Recordé al Oscuro destruyendo un pueblo entero, al hermano de Nikolai, Vasily, ordenando que se bajara la edad de reclutamiento. El Apparat aseguraba que hablaba por el pueblo, pero no era distinto a los demás.

—Mantenlos a salvo, sacerdote, a mis fieles y a este ejército. Mantenlos bien alimentados. Mantén las marcas alejadas de las caras de los niños y los rifles fuera de sus manos. Déjame a mí el resto.

—Sankta Alina…

Abrí la puerta de su cámara y la sostuve.

—Pronto rezaremos juntos —dije—. Pero creo que os vendrá bien empezar un poco antes.

Mal y yo dejamos al Apparat encerrado en su cámara y custodiado por Tolya, con órdenes estrictas de que la puerta permaneciera cerrada y nadie perturbara las plegarias del sacerdote. Sospechaba que el Apparat pronto tendría a los guardias bajo su control, tal vez incluso a Vladim, pero lo único que necesitábamos eran unas pocas horas de ventaja. Tenía suerte de que no lo hubiera metido en una esquina húmeda de los archivos.

Cuando finalmente llegamos hasta mi cámara, me encontré con la estrecha habitación blanca llena de Grisha, que estaban esperando junto a la puerta con

Vladim. Mi dormitorio se encontraba entre los más grandes de la Catedral Blanca, pero seguía siendo un desafío acomodar allí a un grupo de doce personas. Nadie tenía demasiado mal aspecto. El labio de Nadia estaba hinchado, y Maxim se estaba ocupando de un corte sobre el ojo de Stigg. Era la primera vez que se nos permitía reunirnos bajo tierra, y resultaba reconfortante ver juntos a los Grisha, apoyados en los escasos muebles.

Mal no parecía sentirse muy cómodo.

—Esto es como viajar con una banda de música —gruñó entre dientes.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Sergei en cuanto hice que Vladim se marchara—. Hace un momento estaba en la enfermería con Maxim, y al poco rato estaba en una celda.

No dejaba de caminar de un lado para otro. Tenía una capa de sudor en la piel, y sombras oscuras bajo los ojos.

—Cálmate —dijo Tamar—. Ya no estás tras los barrotes.

—Como si lo estuviera. Estamos todos atrapados aquí. Y ese cabrón tan solo está buscando la oportunidad de librarse de nosotros.

—Si quieres salir de las cuevas, entonces esta es tu oportunidad —dije—. Vamos a marcharnos. Esta noche.

—¿Cómo? —preguntó Stigg.

A modo de respuesta, dejé que la luz del sol resplandeciera en la palma de mi mano durante un instante, como prueba de que mi poder había vuelto a prender en mi interior, incluso aunque aquel pequeño gesto me costara mucho más esfuerzo del que debería.

La habitación estalló en silbidos y vítores.

—Sí, sí —dijo Zoya—. La Invocadora del Sol puede invocar. Y solo han hecho falta unas cuantas muertes y una pequeña explosión.

—¿Habéis hecho explotar algo? —preguntó Harshaw, lastimero—. ¿Sin mí?

Se encontraba apoyado contra la pared, junto a Stigg. Nuestros dos Inferni no podían haber sido más distintos. Stigg era bajo y fornido, con un pelo rubio que era casi blanco. Tenía la apariencia sólida y achaparrada de una vela de oración. Harshaw era alto y delgaducho, con pelo más rojo que el de Genya, casi del color de la sangre. Un flacucho gato atigrado anaranjado había llegado de algún modo hasta las entrañas de la Catedral Blanca, y le había cogido cariño. Lo seguía a todas partes, y se metía entre sus piernas o se subía a sus hombros.

—¿De dónde han salido esos polvos explosivos? —pregunté, sentándome junto a Nadia y su hermano en el borde de mi cama.

—Los fabriqué cuando se suponía que estaba elaborando el bálsamo —explicó David—. Justo como dijo el Apparat.

—¿Delante de los guardias?

—No saben nada acerca de la Pequeña Ciencia.

—Pues alguno debía de saber algo. Te pillaron.

—No exactamente —dijo Mal. Se había situado junto a la puerta con Tamar, y los dos mantenían la mirada en el pasillo que había al otro lado.

—David sabía que nos reuníamos en el Hervidor —dijo Genya—, y también supuso lo de la chimenea principal.

David frunció el ceño.

—Pero no había forma de sacar los polvos de los archivos, no con los guardias examinándolo todo.

Tamar sonrió.

—Así que hicimos que el Apparat los llevara.

Me los quedé mirando con incredulidad.

—¿Os dejasteis capturar a propósito?

—Resulta que la forma más fácil de organizar un encuentro es dejarse capturar —dijo Zoya.

—¿Sabéis lo arriesgado que ha sido eso?

—Culpa a Oretsev —replicó Zoya, y aspiró por la nariz—. Esa era su idea de un plan brillante.

—Pero funcionó —observó Genya.

Mal levantó un hombro.

—Como ha dicho Sergei, el Apparat estaba esperando una oportunidad de quitarnos de en medio. Pensé que podíamos darle una.

—Nunca estábamos seguros de cuándo ibas al Hervidor —dijo Nadia—. Cuando te fuiste de los archivos hoy, David dijo que se había olvidado algo en su habitación y pasó por las salas de entrenamiento para darnos la señal. Sabíamos que el Apparat seguramente confiaría en Tolya y Tamar, así que nos dieron una pequeña paliza…

—Una buena paliza —puntualizó Mal.

—Y después aseguraron haber descubierto un plan retorcido de un par de Grisha malvadas y un rastreador muy ingenuo.

Mal hizo un saludo de burla.

—Me preocupaba que insistiera en meterlos a todos en las celdas —dijo Tamar—, así que dije que tú estabas en peligro inmediato y que teníamos que llegar al Hervidor enseguida.

Nadia sonrió.

—Y después solo nos quedó esperar a que la cocina no se nos cayera encima.

David frunció aún más el ceño.

—Fue una explosión controlada. Las posibilidades de que la estructura de la caverna aguantara se encontraban muy por encima de la media.

—Ah. Por encima de la media —repitió Genya—. ¿Por qué no lo habías dicho antes?

—Acabo de hacerlo.

—Y, ¿qué hay de esas sombras en la pared? —preguntó Zoya—. ¿Quién lo hizo?

Me tensé, sin saber muy bien qué responder.

—Fui yo —dijo Mal—. Logramos utilizarlas como distracción.

Sergei seguía caminando de un lado a otro, e hizo crujir los nudillos.

—Tendríais que habernos hablado del plan. Nos merecíamos una advertencia.

—Al menos podríais haberme dejado volar algo —añadió Harshaw.

Zoya se encogió mucho de hombros.

—Siento muchísimo que os hayáis sentido excluidos. Qué más da lo mucho que nos han vigilado y que haya sido un milagro que no nos descubrieran. Está claro que tendríamos que haber puesto en peligro toda la operación para no herir vuestros sentimientos.

Me aclaré la garganta.

—En menos de una hora voy a dirigir los servicios con el Apparat. Nos marcharemos justo después de eso, y necesito saber quién va a ir conmigo.

—¿Hay alguna oportunidad de que nos digas cuál es el tercer amplificador? —preguntó Zoya. Hasta el momento, solo los mellizos, Mal y yo sabíamos dónde esperaba encontrar al pájaro de fuego. Y *Nikolai*, recordé. Nikolai también lo sabía… si es que seguía con vida.

Mal negó con la cabeza.

—Cuanto menos sepáis, más seguros estaréis.

—Entonces, ¿no vais a decirnos siquiera adonde vamos? —dijo Sergei de mal humor.

—No del todo. Vamos a tratar de contactar con Nikolai Lantsov.

—Creo que deberíamos probar en Ryevost —dijo Tamar.

—¿Ir a las ciudades del río? —pregunté—. ¿Por qué?

—Sturmhond tenía redes de contrabando por toda Ravka. Es posible que Nikolai las esté empleando para meter armas dentro del país. —Tamar debía de tener razón. Ella y Tolya habían sido miembros de confianza de la tripulación de Sturmhond—. Si los rumores son ciertos y se encuentra en algún lugar del norte, entonces hay muchas posibilidades de que el lugar de entrega cerca de Ryevost se encuentre activo.

—Eso es confiar demasiado en la suerte —observó Harshaw.

Mal asintió con la cabeza.

—Cierto. Pero es la mejor opción que tenemos.

—¿Y si resulta ser un callejón sin salida? —preguntó Sergei.

—Nos separaremos —replicó Mal—. Buscaremos un lugar seguro donde podáis ocultaros, y yo reuniré un equipo para encontrar al pájaro de fuego.

—Podéis quedaros aquí si queréis —les dije a los demás—. Sé que a los peregrinos no les caen muy bien los Grisha, y no sé si eso va a cambiar después de lo de hoy. Pero si nos capturan en la superficie…

—El Oscuro no muestra ninguna piedad con los traidores —terminó Genya con voz queda.

Todos se removieron, incómodos, pero yo me obligué a cruzar mi mirada con la suya.

—No. No lo hace.

—De mí ya se ha ocupado —dijo—. Yo voy.

Zoya se alisó el puño de su abrigo.

—Iríamos más rápidos sin ti.

—Podré seguiros el ritmo —prometió Genya.

—Asegúrate de que así sea —dijo Mal—. Entraremos en una zona llena de milicias, por no mencionar los *oprichniki* del Oscuro. Eres fácilmente reconocible —le dijo a Genya—. Y, por cierto, Tolya también.

A Tamar le tembló el labio.

—¿Te gustaría ser tú quien le diga que no puede venir?

Mal sopesó la idea.

—A lo mejor podemos disfrazarlo como un árbol muy grande.

Adrik se puso en pie con tanta rapidez que casi me tiró de la cama.

—Nos vemos en una hora —declaró, como si estuviera retando a los demás a que le contradijeran. Nadia me miró y se encogió de hombros mientras el chico salía de la habitación. Adrik no era mucho más joven que el resto de nosotros, pero siempre parecía estar tratando de probarse a sí mismo, quizás porque era el hermano pequeño de Nadia.

—Bueno, pues yo me voy —dijo Zoya—. La humedad que hay aquí abajo me está destrozando el pelo.

Harshaw se puso en pie y se apartó de la pared.

—Yo preferiría quedarme —dijo con un bostezo—, pero Oncat quiere que nos vayamos.

Se puso la gata atigrada sobre el hombro con una mano.

—¿Ni siquiera vas a ponerle un nombre a esa cosa? —preguntó Zoya.

—Ya tiene nombre.

—«Oncat» no es un nombre. Es «gato» en kaélico.

—Le sienta muy bien, ¿verdad?

Zoya puso los ojos en blanco y salió por la puerta haciendo aspavientos. Harshaw la siguió, y después Stigg, que hizo una respetuosa reverencia y dijo:

—Estaré preparado.

Los otros se marcharon tras ellos. Sospechaba que David hubiera preferido quedarse en la Catedral Blanca, recluido con los cuadernos de Morozova. Pero era nuestro único Hacedor y, suponiendo que encontráramos al pájaro de fuego, lo necesitaríamos para que forjara el segundo grillete. Nadia parecía contenta de ir con su hermano, aunque cuando salió fue a Tamar a quien sonrió. Había supuesto que Maxim preferiría quedarse allí, en la enfermería, y tenía razón. A lo mejor conseguía que Vladim y el resto de guardias del sacerdote dieran ejemplo para que los peregrinos aprovecharan las habilidades de Maxim como Sanador.

La única sorpresa fue Sergei. Aunque la Catedral Blanca era un lugar miserable, húmedo y aburrido, también resultaba relativamente segura. Por muy ansioso que

Sergei había parecido de escapar de las manos del Apparat, no estaba muy segura de que quisiera arriesgarse a salir al exterior. Sin embargo, asintió secamente con la cabeza y simplemente declaró:

—Estaré allí.

A lo mejor todos estábamos desesperados por volver a ver el cielo azul y tener la oportunidad de sentirnos libres otra vez, sin importar el coste.

Cuando se marcharon, Mal soltó un suspiro y dijo:

—Bueno, valía la pena intentarlo.

—Toda esa charla de las milicias… —dije, dándome cuenta de algo—. Estabas tratando de asustarlos.

—Doce son demasiados. Un grupo tan numeroso nos retrasará por los túneles, y en cuanto estemos en la superficie, supondrán un riesgo aún mayor. En cuanto tengamos oportunidad, tenemos que dividirnos. Ni de broma voy a llevar a una docena de Grisha a las montañas del sur.

—De acuerdo —dije—. Siempre y cuando logremos encontrar un lugar seguro para ellos.

—No será tarea fácil, pero nos las arreglaremos. —Se movió en dirección a la puerta—. Volveré en media hora para llevarte a la caverna principal.

—Mal —dije—, ¿por qué te pusiste entre los guardias y yo?

Él se encogió de hombros.

—No son los primeros hombres que he matado, y tampoco serán los últimos.

—Me impediste utilizar el Corte con ellos.

—Vas a ser reina algún día, Alina —dijo sin mirarme—. Cuanta menos sangre haya en tus manos, mejor.

No le costaba nada pronunciar la palabra «reina».

—Pareces muy seguro de que encontraremos a Nikolai.

—Estoy seguro de que encontraremos al pájaro de fuego.

—Necesito un ejército. El pájaro de fuego podría no ser suficiente. —Me froté los ojos con la mano—. Nikolai podría no estar siquiera en Ravka.

—Los informes provenientes del norte…

—Podrían ser mentiras divulgadas por el Oscuro. El «Príncipe del Aire» podría ser un mito creado para que salgamos de nuestro escondrijo. Nikolai podría no haber logrado salir del Gran Palacio. —Me dolía tener que hacerlo, pero me obligué a pronunciar las siguientes palabras—: Podría estar muerto.

—¿Eso es lo que crees?

—No lo sé.

—Si alguien pudo haber escapado de allí, ese es Nikolai.

Un zorro demasiado inteligente. Incluso después de haber abandonado su disfraz de Sturmhond, eso es lo que había sido Nikolai para mí, siempre pensando, siempre maquinando. Pero no había predicho la traición de su hermano, ni había visto venir al Oscuro.

—De acuerdo —dije, avergonzada por el temblor de mi voz—. No me has preguntado acerca de las sombras.

—¿Debería?

No pude resistirme. Tal vez solo quería ver cómo iba a reaccionar. Retorcí los dedos, y las sombras se alejaron de las esquinas.

Los ojos de Mal siguieron su camino. ¿Qué esperaba ver en él? ¿Miedo? ¿Furia?

—¿Puedes hacer más? —preguntó.

—No. Es solo algo así como un eco de lo que hice en la capilla.

—¿Te refieres a salvar las vidas de todos?

Dejé que las sombras cayeran y me pellizqué el puente de la nariz con los dedos, tratando de mantener a raya una oleada de náuseas.

—Me refiero a utilizar el *merzost*. Esto no es poder de verdad. Es solo un truco de feria.

—Es algo que le arrebataste —dijo, y me pareció que no estaba imaginando la satisfacción en su voz—. No voy a decir una palabra, pero no deberías ocultárselo a los demás.

Podría preocuparme por eso más tarde.

—¿Y si los hombres de Nikolai no están en Ryevost?

—¿Crees que puedo rastrear a un pájaro mitológico gigante, pero no puedo localizar a un príncipe bocazas?

—Un príncipe que ha logrado eludir al Oscuro durante meses.

Mal me examinó.

—Alina, ¿sabes cómo logré dar en el blanco al disparar en el Hervidor?

—Si me dices que es porque eres así de bueno, me voy a quitar la bota para pegarte con ella.

—Bueno, es que soy así de bueno —dijo con una tenue sonrisa—. Pero le pedí a David que metiera un escarabajo en la bolsita.

—¿Por qué?

—Para poder apuntar con mayor facilidad. Lo único que tuve que hacer fue rastrearlo.

Alcé las cejas.

—Eso sí que es un truco impresionante.

Se encogió de hombros.

—Es el único que conozco. Si Nikolai sigue con vida, lo encontraremos. —Hizo una pausa, y después añadió—: No voy a volver a fallarte. —Se giró para marcharse, pero antes de cerrar la puerta, dijo—: Intenta descansar. Si me necesitas, estaré fuera.

Me quedé ahí de pie durante un buen rato. Quería decirle que no me había fallado, pero en realidad aquello no era cierto. Le había mentido acerca de las visiones que me atormentaban. Me había apartado cuando más lo necesitaba. Tal vez los dos le habíamos pedido al otro que renunciara a demasiadas cosas. Fuera justo o no, sentía que Mal me había dado la espalda, y alguna parte de mí le guardaba rencor por ello.

Miré a mi alrededor a la habitación vacía. Había sido desconcertante ver tanta gente apretujada allí. ¿Cuánto los conocía realmente? Harshaw y Stigg eran unos pocos años mayores que los demás, Grisha que habían ido al Pequeño Palacio cuando oyeron que la Invocadora del Sol había regresado, y para mí eran prácticamente extraños. Los mellizos pensaban que yo estaba bendecida por el poder divino. Zoya me seguía solo a regañadientes. Sergei se estaba derrumbando, y sabía que probablemente me culpaba por la muerte de Marie. Tal vez Nadia también lo hiciera. Su luto era más silencioso, pero había sido su mejor amiga.

Y Mal. Suponía que habíamos hecho las paces o algo parecido, pero la situación no era fácil. O a lo mejor tan solo habíamos aceptado lo que yo sería algún día, que nuestros caminos se separarían inevitablemente. *Vas a ser reina algún día, Alina*.

Sabía que debía tratar al menos de dormir unos minutos, pero mi mente no dejaba de dar vueltas. Mi cuerpo palpitaba por el poder que había utilizado, y estaba sediento de más.

Eché un vistazo a la puerta, deseando que tuviera cerradura, pues quería probar algo. Lo había intentado unas pocas veces, y nunca había logrado nada más que acabar con dolor de cabeza. Era peligroso, probablemente estúpido, pero ahora que mi poder había regresado quería volver a probar.

Me quité las botas con los pies y me tumbé sobre la estrecha cama. Cerré los ojos y sentí el collar en mi garganta y las escamas en mi muñeca, la presencia de mi poder en mi interior como el latido de mi corazón. Sentí la herida del hombro, la oscura mancha de cicatrices causadas por los *nichevo'ya* del Oscuro. Había reforzado el lazo entre nosotros, dándole acceso a mi mente mientras el collar le había dado acceso a mi poder. En la capilla, yo había utilizado aquella conexión en su contra, y había estado a punto de destruirnos a los dos en el proceso. Era insensato volver a probarlo. Sin embargo, me sentía tentada. Si el Oscuro había tenido acceso a ese poder, ¿por qué no debería tenerlo yo? Era una oportunidad de averiguar información, de comprender cómo funcionaba el lazo entre nosotros.

No va a funcionar, me aseguré a mí misma. *Lo intentarás, fracasarás, y después te echarás una siesta*.

Ralenticé mi respiración y dejé que el poder me invadiera. Pensé en el Oscuro, en las sombras que podía controlar con mis dedos, en el collar que él me había puesto en el cuello, en el grillete de mi muñeca que me separaba de forma irrevocable de cualquier otro Grisha y me ponía irremediablemente en aquel camino.

No sucedió nada. Estaba tumbada boca arriba, en una cama de la Catedral Blanca. No había ido a ningún sitio: estaba sola en una habitación vacía. Pestañeé mirando el húmedo techo. Era mejor así. En el Pequeño Palacio, mi aislamiento casi me había destruido, pero eso era porque sentía avidez por algo más, por la sensación de pertenecer a un lugar que había estado persiguiendo toda mi vida. Había enterrado esa necesidad en las ruinas de la capilla. Ahora pensaría en alianzas en lugar de afectos, en quién y qué me harían lo bastante fuerte para esta lucha.

Me había planteado la posibilidad de matar al Apparat aquel día, había quemado la carne de Vladim con mi marca. Me había dicho a mí misma que tenía que hacerlo, pero la chica que una vez fui jamás hubiera considerado siquiera tales cosas. Odiaba al Oscuro por lo que le había hecho a Baghra y a Genya, pero ¿era yo tan distinta? Y cuando el tercer amplificador estuviera alrededor de mi muñeca, ¿sería distinta en absoluto?

Tal vez no, admití, y con esa aceptación sentí un levísimo temblor; una vibración que recorría la conexión entre nosotros, un eco que respondía al otro lado de una cuerda invisible.

Me llamó a través del collar de mi cuello y el mordisco en mi hombro, amplificado por el grillete en mi muñeca, un lazo forjado por el *merzost* y la oscura ponzoña de mi sangre. *Me has llamado, y yo he respondido*. Me sentí atraída hacia arriba, saliendo de mi interior, apresurándome hacia él. Tal vez era eso lo que Mal sentía cuando rastreaba; la distante atracción del otro, una presencia que exigía su atención incluso aunque no pudiera verla ni tocarla.

En un momento estaba flotando en la oscuridad de mis ojos cerrados, y al siguiente me encontraba de pie en una habitación muy bien iluminada. Todo a mi alrededor estaba borroso, pero reconocí el lugar de todos modos: me encontraba en la sala del trono del Gran Palacio. Había gente hablando, pero era como si se encontraran bajo el agua. Oía ruido, pero no las palabras.

Supe el momento en que el Oscuro me vio. Lo veía totalmente enfocado, a pesar de que la habitación a su alrededor seguía estando borrosa y neblinosa.

Su autocontrol era tan grande que nadie que se encontrara cerca de él hubiera notado la rápida expresión de aturdimiento que recorrió sus facciones perfectas. Pero vi que sus ojos grises se ensanchaban, que su pecho se quedaba inmóvil al contener el aliento. Sus dedos se aferraron a los brazos de su asiento… no, de su trono. Después se relajó, y asintió con la cabeza en respuesta a lo que le estaba diciendo la persona que tenía enfrente.

Yo aguardé, observando. Había luchado por ese trono, había soportado cientos de años de batalla y servidumbre para reclamarlo. Tenía que admitir que le sentaba bien. Una mezquina parte de mí esperaba encontrarlo debilitado, que su pelo negro se hubiera vuelto blanco, como el mío, pero se había recobrado mejor que yo de cualquier daño que le hubiera podido hacer aquella noche en la capilla.

Cuando el murmullo de la voz de la persona que le suplicaba se cortó, el Oscuro se puso en pie. El trono se desvaneció con el fondo, y me di cuenta de que las cosas que había cerca de él eran las que veía con mayor claridad, como si fuera la lente a través de la cual veía el mundo.

—Lo tendré en consideración —dijo, con la voz fría como un trozo de cristal, tan familiar—. Ahora, marchaos. —Dio una brusca sacudida con la mano—. Todos vosotros.

¿Sus lacayos intercambiaron miradas de confusión o simplemente hicieron una

reverencia y se marcharon? No lo sabía. Él ya estaba bajando las escaleras, con los ojos clavados en mí. El corazón me dio un vuelco, y una única palabra reverberó claramente en mi cabeza: corre. Estaba loca por haber intentado aquello, por haberlo buscado. Pero no me moví. No solté la cuerda.

Alguien se acercó a él, y cuando se encontraba a tan solo unos centímetros del Oscuro, su imagen quedó enfocada: túnica roja de Grisha, y un rostro que no reconocí. Incluso podía distinguir sus palabras:

—… el asunto de las firmas para…

Entonces, el Oscuro le atajó.

—Después —dijo bruscamente, y el Corporalnik se apresuró a marcharse.

La habitación quedó vacía de sonidos y movimientos, y durante todo el tiempo el Oscuro mantuvo sus ojos en mí. Cruzó el suelo de parqué. Con cada paso, la madera pulida quedaba enfocada bajo su bota, y después volvía a desvanecerse.

Tenía la extraña sensación de estar tumbada sobre mi cama en la Catedral Blanca, y también de estar allí, de pie en aquella habitación, iluminada por la cálida luz del sol.

Se detuvo frente a mí, y sus ojos examinaron mi rostro. ¿Qué veía ahí? En mis visiones, había acudido a mí libre de cicatrices. ¿Me veía saludable y completa, con el pelo marrón y los ojos brillantes? ¿O veía a la chica pálida y gris como un hongo, maltrecha por nuestra batalla en la capilla, debilitada por la vida bajo tierra?

—Si hubiera sabido que demostrarías ser una alumna tan aventajada… —Su voz tenía un genuino matiz de admiración, casi de sorpresa. Con horror, descubrí que la parte de mí que seguía siendo una huérfana patética se complacía por sus halagos—. ¿Por qué has acudido ante mí ahora? —preguntó—. ¿Tanto tiempo te ha costado recuperarte de nuestra escaramuza?

Si aquello había sido simplemente una escaramuza, entonces estábamos perdidos de verdad. No, me dije. Había escogido aquella palabra deliberadamente, para intimidarme.

Ignoré su pregunta y dije:

—No esperaba ningún cumplido.

—¿No?

—Te dejé enterrado bajo una montaña de escombros.

—¿Y si te dijera que respeto tu falta de compasión?

—Me parece que no te creería.

Sus labios se curvaron en una ligerísima sonrisa.

—Una alumna muy aventajada —repitió—. ¿Por qué tendría que desperdiciar mi ira contigo cuando la culpa es mía? Debería haber esperado otra traición por tu parte, otro absurdo intento de aferrarte a alguna clase de ideal infantil. Pero parezco ser víctima de mis propios deseos en lo que respecta a ti. —Su expresión se endureció—. ¿Para qué has venido, Alina?

Le respondí con sinceridad.

—Quería verte.

Vislumbré una fugaz expresión de sorpresa antes de que su rostro volviera a cerrarse.

—Hay dos tronos en esa tarima. Puedes verme siempre que quieras.

—¿Me estás ofreciendo la corona? ¿Después de tratar de matarte?

Él se encogió de hombros.

—Yo tal vez hubiera hecho lo mismo.

—Lo dudo.

—No para salvar a esa pandilla de traidores y fanáticos, no. Pero comprendo el deseo de permanecer en libertad.

—Y aun así, trataste de convertirme en tu esclava.

—Busqué los amplificadores de Morozova para ti, Alina, para que pudiéramos reinar como iguales.

—Intentaste arrebatarme mi poder.

—Después de que huyeras de mí. Después de que escogieras… —Se detuvo y volvió a encogerse de hombros—. Con el tiempo, hubiéramos reinado como iguales.

Sentí aquella atracción, el anhelo de una chica asustada. Incluso entonces, después de todo lo que el Oscuro había hecho, quería creerle, encontrar alguna forma de perdonarlo. Quería que Nikolai estuviera vivo. Quería confiar en los otros Grisha. Quería creer lo que fuera, con tal de no tener que enfrentarme sola a mi futuro. *El problema de querer es que nos hace débiles*.

Se me escapó la risa antes de que pudiera pensarlo mejor.

—Hubiéramos sido iguales hasta el día que me atreviera a llevarte la contraria, hasta el momento que cuestionara tu juicio o no cumpliera tus órdenes. Entonces harías conmigo lo mismo que hiciste con Genya y con tu madre, lo mismo que trataste de hacer con Mal.

Él se reclinó contra la ventana, y su marco dorado quedó enfocado de pronto.

—¿Crees que sería distinto con tu rastreador a tu lado? ¿Con ese cachorro Lantsov?

—Sí —me limité a decir.

—¿Porque tú serías la más fuerte?

—Porque él es mejor hombre que tú.

—Tú podrías convertirme en un hombre mejor.

—Y tú podrías convertirme en un monstruo.

—Jamás he comprendido esa atracción por los *otkazat'sya*. ¿Es porque pensaste durante mucho tiempo que eras una de ellos?

—También sentí atracción por ti una vez. —Su cabeza subió de golpe. No había esperado que dijera eso y, por todos los Santos, resultaba muy satisfactorio—. ¿Por qué no me has visitado en todos estos largos meses? —pregunté, pero él permaneció en silencio—. Apenas había un día en el Pequeño Palacio en el que no acudieras a mí —continué—. En el que no te viera en alguna esquina en sombras. Pensaba que me

estaba volviendo loca.

—Bien.

—Creo que tienes miedo.

—Eso debe de resultar muy reconfortante para ti.

—Creo que tienes miedo a esto que nos ata.

A mí no me asustaba. Ya no. Di un paso lento hacia delante y él se tensó, pero no se apartó.

—Soy muy antiguo, Alina. Sé cosas acerca del poder que apenas eres capaz de imaginar.

—Pero no se trata solo del poder, ¿verdad? —dije con voz queda, recordando cómo había jugado conmigo la primera vez que llegué al palacio… incluso antes, desde el momento en que nos conocimos. Yo era una chica solitaria, desesperada por un poco de atención. No debía de haberle supuesto esfuerzo alguno.

Di otro paso, y él se quedó inmóvil. Nuestros cuerpos casi se estaban tocando. Levanté la mano para ponerla sobre su mejilla, y esa vez el destello de confusión de su rostro fue inconfundible. Estaba paralizado, y su único movimiento era el de su pecho, subiendo y bajando de forma regular. Después, como si fuera una concesión, cerró los ojos. Una línea apareció entre sus cejas.

—Es cierto —dije con suavidad—. Tú eres más fuerte y sabio, y tu experiencia es infinita. —Me incliné hacia delante para susurrar, y mis labios le rozaron el lóbulo de la oreja—. Pero yo soy una alumna muy aventajada.

Abrió los ojos de golpe y capté un brevísimo destello de ira en su mirada gris antes de cortar la conexión.

Me escabullí y me apresuré a volver a la Catedral Blanca, dejándolo sin nada salvo el recuerdo de la luz.

CAPÍTULO 4

e senté con un jadeo y respiré el húmedo aire de la cámara de alabastro. Miré a mi alrededor, sintiéndome culpable: no debería haberlo hecho. ¿Qué había averiguado? ¿Que se encontraba en el Gran Palacio, disfrutando de una salud asquerosamente buena? Era una información irrisoria.

Pero no me arrepentía. Ya sabía lo que veía cuando me visitaba, la información que podía obtener o no del contacto. Ya tenía práctica con un poder más que antes solo le había pertenecido a él, y lo había disfrutado. En el Pequeño Palacio aborrecía esas visiones, incluso pensé que estaba perdiendo la cabeza y, peor todavía, llegué a preguntarme lo que decían acerca de mí.

Pero ya no.

Ya no iba a avergonzarme más. Iba a dejar que sintiera lo que es verse perseguido por las apariciones.

Comenzaba a notar un dolor en la sien derecha. *Busqué los amplificadores de Morozova* para ti, *Alina*. Mentiras disfrazadas de verdad. Había querido hacerme más poderosa, pero solo porque creía que podría controlarme. Todavía lo creía, y eso me asustaba. El Oscuro no tenía forma de saber que Mal y yo sabíamos dónde comenzar a buscar el tercer amplificador, pero no parecía preocupado. Ni siquiera había mencionado al pájaro de fuego. Parecía confiado, fuerte, como si su lugar estuviera en aquel palacio y en aquel trono. *Sé cosas acerca del poder que apenas eres capaz de imaginar*. Me estremecí. Puede que yo no supusiera una amenaza, pero podía convertirme en una. No dejaría que me venciera antes de tener la oportunidad de darle la batalla que se merecía.

Oí un rápido golpeteo en la puerta. Había llegado el momento. Volví a meter los pies dentro de las botas y me ajusté la rasposa *kefta* dorada. Cuando aquello acabara, a lo mejor me hacía un regalo a mí misma y la metía en una olla.

Los servicios fueron un gran espectáculo. Seguía siendo un desafío invocar tan

por debajo de la superficie, pero emití una luz ardiente sobre los muros de la Catedral Blanca, recurriendo a todas mis reservas para sobrecoger a la multitud que gemía y se balanceaba debajo. Vladim permaneció a mi izquierda, con la camisa abierta para mostrar la marca de mi palma en su pecho. A mi derecha, el Apparat no dejaba de hablar y, ya fuera por miedo o porque realmente creía, su trabajo resultaba muy convincente. Su voz reverberaba por la caverna principal, asegurando que nuestra misión estaba guiada por la divina providencia y que yo emergería de las pruebas a las que me enfrentara más poderosa que nunca.

Lo examiné mientras hablaba. Parecía más pálido de lo habitual, un tanto sudoroso, pero no especialmente escarmentado. Me pregunté si era un error dejarlo con vida, pero sin un arrebato de furia y poder guiando mis acciones, la ejecución era un paso que no estaba preparada para considerar con seriedad.

Se había hecho el silencio. Bajé la mirada hasta los rostros entusiastas de la gente. Había algo nuevo en su júbilo, tal vez porque habían podido vislumbrar mi verdadero poder, o tal vez porque el Apparat había hecho muy bien su trabajo. Estaban esperando a que yo dijera algo. Había tenido sueños parecidos, en los que yo era actriz en una obra pero no me había aprendido mis frases.

—Regresaré… —Se me quebró la voz, y me aclaré la garganta antes de volverlo a intentar—. Regresaré más poderosa que nunca —declaré con mi mejor voz de Santa—. Vosotros sois mis ojos. —Necesitaba que lo fueran, que vigilaran al Apparat, que se mantuvieran a salvo los unos a los otros—. Sois mis puños. Sois mis espadas.

La multitud vitoreó. Todos a una, comenzaron a entonar un cántico:

—¡Sankta Alina! ¡Sankta Alina! ¡Sankta Alina!

—Ha estado bien —dijo Mal mientras me alejaba del balcón.

—Llevo casi tres meses escuchando el parloteo del Apparat. Algo tenía que contagiárseme.

Siguiendo mis órdenes, el Apparat anunció que pasaría tres días en soledad, ayunando y rezando por el éxito de mi misión. Sus guardias harían lo mismo, confinados en los archivos y vigilados por los Soldat Sol.

—Mantenedlos fuertes en su fe —le dije a Ruby y los otros soldados. Esperaba que tres días fueran tiempo suficiente para alejarnos bastante de la Catedral Blanca. Sin embargo, conociendo al Apparat, lo más probable era que se las hubiera arreglado para escapar antes de la cena.

—Yo os conocía —dijo Ruby, aferrándome los dedos cuando me giré para marcharme—. Estaba en vuestro regimiento. ¿Os acordáis?

Tenía los ojos húmedos, y el tatuaje de su mejilla era tan negro que parecía flotar sobre su piel.

—Por supuesto que me acuerdo —dije amablemente. No habíamos sido amigas. Por entonces, Ruby estaba más interesada en Mal que en la religión, y yo era prácticamente invisible para ella.

Sollozó y me besó los nudillos.

—Sankta —susurró fervientemente. Cuando pensaba que mi vida no podía volverse más extraña, sucedía.

En cuanto me desembaracé de Ruby, aproveché un último momento para hablar con el Apparat en privado.

—Ya sabes lo que busco, sacerdote, y también el poder que blandiré a mi regreso. Que no les pase nada a los Soldat Sol ni a Maxim.

No me gustaba dejar solo al Sanador ahí abajo, pero no podía obligarlo a unirse a nosotros, no a sabiendas de los peligros a los que podríamos enfrentarnos en la superficie.

—No somos enemigos, Sankta Alina —dijo el Apparat con suavidad—. Debéis saber que lo único que siempre he querido es veros en el trono de Ravka.

Casi sonreí ante sus palabras.

—Lo sé, sacerdote. En el trono, y bajo tu merced.

Él inclinó la cabeza hacia un lado para contemplarme. El brillo fanático había desaparecido de sus ojos, que simplemente parecían astutos.

—No sois lo que esperaba —admitió.

—¿No soy la Santa que vendíais?

—Una Santa inferior —dijo—. Pero tal vez una reina mejor. Rezaré por vos, Alina Starkov.

Lo extraño fue que le creí.

Mal y yo nos encontramos con los demás en el Pozo de Chetya, una fuente natural en el cruce entre cuatro de los túneles mayores. Si el Apparat finalmente decidía enviar a un equipo a por nosotros, sería más difícil que nos siguieran el rastro desde allí. Al menos esa era la idea, pero no habíamos contado con que muchos de los peregrinos se fueran a presentar para despedirnos. Habían seguido a los Grisha desde sus cámaras y se agrupaban alrededor de la fuente.

Todos llevábamos ropas corrientes de viaje, y habíamos guardado las *keftas* en nuestro equipaje. Había cambiado mi túnica dorada por un abrigo pesado, un gorro de piel, y el reconfortante peso de una pistola en mi cadera. De no ser por mi pelo blanco, dudaba que ninguno de los peregrinos me hubiera reconocido.

Estiraban los brazos para tocarme la manga o la mano. Algunos nos daban regalos, las únicas ofrendas que tenían: bollitos que se habían puesto tan duros como para romper los dientes, piedras pulidas, trozos de encaje, racimos de lirios de sal. Murmuraban plegarias por nuestra salud con lágrimas en los ojos.

Vi la sorpresa de Genya cuando una mujer le puso un chal de oración de color verde oscuro sobre sus hombros.

—Negro no —dijo—. Para ti, negro no.

Noté un dolor en la garganta. No era solo el Apparat el que me había mantenido aislada de esa gente: yo también me había distanciado de ellos. Desconfiaba de su fe,

pero sobre todo temía su esperanza. El amor y el cariño de aquellos pequeños gestos era una carga que no deseaba.

Besé mejillas y estreché manos, hice promesas que no estaba segura de poder mantener, y después emprendimos la marcha. Me habían llevado a la Catedral Blanca en camilla, y al menos podía marcharme por mi propio pie.

Mal iba en primer lugar. Tolya y Tamar se encontraban al final, explorando los caminos que dejábamos atrás para asegurarse de que nadie nos seguía.

Gracias al acceso de David a los archivos y al sentido de la orientación innato de Mal, habían logrado hacer un tosco mapa de la red de túneles. Habían comenzado a trazar un camino a Ryevost, pero había lagunas en la información que tenían. Incluso si íbamos en la dirección correcta, no podríamos estar seguros de por dónde acabaríamos saliendo exactamente.

Tras mi huida de Os Alta, los hombres del Oscuro habían tratado de penetrar en la red de túneles que había bajo las iglesias y los lugares sagrados de Ravka. Cuando sus búsquedas resultaron infructuosas, comenzaron a bombardear para cerrar las rutas de salida, tratando de que las personas que buscaban refugio se vieran obligadas a salir a la superficie. Los Alkemi del Oscuro habían creado nuevos explosivos que derrumbaron edificios, y metieron gases combustibles bajo tierra. Lo único que hacía falta era una simple chispa de un Inferni, y secciones completas de la antigua red de túneles se derrumbarían. Era una de las razones por las que el Apparat había insistido en que permaneciera en la Catedral Blanca.

Había rumores de derrumbes al oeste de donde nos encontrábamos, así que Mal nos condujo hacia el norte. No era la ruta más directa, pero esperábamos que fuera estable.

Fue un alivio avanzar a través de los túneles, estar haciendo algo finalmente después de tantas semanas de confinamiento. Mi cuerpo seguía estando débil, pero me sentía más fuerte de lo que me había sentido en meses, así que avancé sin quejarme.

Traté de no pensar demasiado en lo que pasaría si la estación de contrabando de Ryevost estaba inactiva. ¿Cómo se suponía que íbamos a encontrar a un príncipe que no quería que lo encontraran, y hacerlo mientras nosotros mismos permanecíamos ocultos? Si Nikolai seguía con vida, tal vez estuviera buscándome, o a lo mejor había buscado alguna alianza en otra parte. Por lo que él sabía, yo podría haber muerto en la batalla del Pequeño Palacio.

Los túneles se oscurecieron a medida que nos alejábamos más de la Catedral Blanca y su extraño resplandor de alabastro. Pronto, nuestro camino quedó iluminado únicamente por la luz tambaleante de nuestras lámparas. En algunos lugares, las cavernas eran tan estrechas que teníamos que quitarnos el equipaje y avanzar a duras penas entre las paredes. Entonces, sin advertencia, aparecíamos en una cueva gigante lo bastante grande como para que pastaran caballos.

Mal tenía razón: tantas personas viajando juntas resultaban ruidosas y difíciles de

controlar. Avanzábamos de forma frustrantemente lenta, en una larga fila con Zoya, Nadia y Adrik distribuidos por ella, de modo que si había un derrumbamiento y alguien quedaba atrapado, nuestros Vendavales pudieran levantar los escombros.

David y Genya se quedaban atrás continuamente, pero parecía que él fuera el responsable del retraso. Finalmente, Tolya cogió la pesada mochila de los estrechos hombros de David y gruñó.

—¿Qué tienes aquí dentro?

—Tres pares de calcetines, unos pantalones, una camiseta. Una cantimplora. Un vaso y un plato de hojalata. Una regla de cálculo cilindrica, un medidor, un bote de savia, mi colección de anticorrosivos…

—Se suponía que solo tenías que traer lo imprescindible.

David asintió comprensivamente.

—Eso es.

—Por favor, dime que no has traído todos los cuadernos de Morozova —dije.

—Por supuesto que sí.

Puse los ojos en blanco. Tenía que haber al menos quince cuadernos forrados de cuero.

—A lo mejor van bien para encender el fuego.

—¿Está de broma? —preguntó David, con aspecto preocupado—. Nunca sé si está de broma.

Lo estaba. En gran parte. Esperaba que los cuadernos arrojaran algo de luz sobre el pájaro de fuego, y tal vez incluso sobre cómo podían ayudarme los amplificadores a destruir la Sombra. Pero habían sido un callejón sin salida y, para ser honesta, también me asustaban un poco. Baghra me había advertido acerca de la locura de Morozova, y aun así yo esperaba encontrar sabiduría en su trabajo. En lugar de ello, los cuadernos no habían sido más que un estudio sobre la obsesión, todo documentado con unos garabatos casi indescifrables. Al parecer, los genios no podían tener buena letra.

Sus primeros cuadernos documentaban sus experimentos: la fórmula tachada para el fuego líquido, una forma de evitar la descomposición de la materia orgánica, las pruebas que habían llevado a la creación del acero Grisha, un método para restaurar el oxígeno en la sangre, el año interminable que había pasado buscando la forma de crear un cristal irrompible. Sus habilidades iban mucho más allá que las de un Hacedor corriente, y él era muy consciente de ello. Uno de los principios esenciales de la teoría Grisha era que los similares se atraen, pero Morozova parecía creer que si el mundo podía dividirse en las mismas partes diminutas, cualquier Grisha debería ser capaz de manipularlas. «¿No somos todas las cosas?», se preguntaba, subrayando las palabras para enfatizarlas. Era arrogante, audaz… pero seguía estando cuerdo.

Entonces comenzó su trabajo con los amplificadores, y hasta yo era capaz de ver el cambio. El texto se volvió más denso, más desastroso. Los márgenes estaban llenos de diagramas y flechas que señalaban pasajes anteriores. Peores aún eran las

descripciones de los experimentos que había realizado en animales, las ilustraciones de sus disecciones. Hicieron que se me revolviera el estómago, y pensé que Morozova se había merecido cualquier martirio que hubiera podido sufrir. Había matado animales y después los había resucitado, a veces de forma repetida, internándose más y más en el *merzost*, la creación, el poder de la vida sobre la muerte, tratando de hallar la forma de encontrar amplificadores que pudieran utilizarse juntos. Era un poder prohibido, pero muy tentador, y me estremecí al pensar que perseguirlo podría haberlo vuelto loco.

Si seguía algún propósito noble, no lo vi en sus páginas. Sin embargo, sentí algo más en sus escritos febriles, en su insistencia de que el poder estaba en todas partes para utilizarlo. Había vivido mucho antes de la creación del Segundo Ejército. Era el Grisha más poderoso que el mundo hubiera conocido jamás, y ese poder lo había aislado. Recordé las palabras que me había dirigido el Oscuro: *No hay más como nosotros*, Alina. *Y jamás los habrá*. Tal vez Morozova quería creer que si no había otros como él, podría haberlos, podría crear Grisha de un poder superior. O tal vez tan solo me estaba imaginando cosas, viendo mi propia soledad y mi codicia en las páginas de Morozova. El caos de lo que conocía y lo que deseaba, mi atracción por el pájaro de fuego, mi propia consciencia de ser diferente, se habían vuelto demasiado difíciles de desenmarañar.

El sonido del agua corriente me sacó de mis pensamientos. Nos estábamos acercando a un río subterráneo. Mal disminuyó el ritmo y me hizo caminar justo detrás de él, señalando el camino con mi luz. Fue una buena idea, porque la pendiente no tardó en llegar, tan escarpada y repentina que choqué contra la espalda de Mal y estuve a punto de tirarlo por el borde, al agua que corría abajo con un rugido ensordecedor. No conocíamos la profundidad del río, y de él se elevaban unas nubes de vapor.

Atamos una cuerda a la cintura de Tolya y él vadeó el río y ató la cuerda al otro lado, para que pudiéramos avanzar uno por uno pegados a ella. El agua estaba fría como el hielo y me llegaba hasta el pecho. Su fuerza casi me arrastraba mientras me aferraba a la cuerda. Harshaw fue el último en cruzar. Sentí un instante de terror cuando tropezó y la cuerda estuvo a punto de partirse, pero entonces consiguió levantarse, jadeando en busca de aliento, con Oncat empapada y escupiendo furiosa. Para cuando Harshaw nos alcanzó, tenía la cara y el cuello llenos de arañazos.

Tras eso, todos estábamos deseando detenernos, pero Mal insistió para que siguiéramos.

—Estoy empapada —se quejó Zoya—. ¿Por qué no podemos parar en esta cueva fría y húmeda en lugar de en la próxima cueva fría y húmeda?

Mal no se detuvo, pero señaló el río con el pulgar.

—Por eso —gritó por encima del estruendo del agua—. Si nos están siguiendo, será demasiado fácil que alguien nos ataque con ese ruido ocultándolo.

Zoya frunció el ceño, pero seguimos avanzando, hasta que finalmente dejamos

atrás el clamor del río. Pasamos la noche en un hueco de caliza húmeda donde no se oía nada salvo nuestros dientes castañeteando mientras temblábamos con la ropa húmeda.

Seguimos así durante dos días, avanzando por los túneles, a veces dando marcha atrás cuando una ruta resultaba ser intransitable. Había perdido completamente la noción de hacia dónde nos dirigíamos, pero cuando Mal anunció que íbamos hacia el oeste, me di cuenta de que los pasadizos estaban ascendiendo, conduciéndonos hacia la superficie.

Mal no dejaba de caminar, implacable. Él y los mellizos se silbaban desde los extremos de la fila, para asegurarse de que nadie se había quedado demasiado atrás. A veces retrocedía para comprobar cómo estaba todo el mundo.

—Sé lo que estás haciendo —le dije cuando regresó a la parte delantera de la fila.

—¿El qué?

—Vas hacia atrás cuando alguien se está quedando rezagado y te pones a hablar con ellos. Le preguntas a David acerca de las propiedades del fósforo, o a Nadia por sus pecas…

—Nunca le he preguntado a Nadia por sus pecas.

—Ya me entiendes. Y después empiezas a ganar velocidad de forma gradual para que caminen más rápido.

—Parece funcionar mejor que darles golpes con un palo —dijo.

—Pero es menos divertido.

—Tengo el brazo cansado.

Y después se alejó, avanzando con rapidez. Era la conversación más larga que habíamos tenido desde que abandonamos la Catedral Blanca.

Nadie más parecía tener problemas al hablar. Tamar intentó enseñarle a Nadia algunas baladas shu. Por desgracia, su memoria era terrible, pero la de su hermano era casi perfecta y él la había sustituido de buen grado. El normalmente taciturno Tolya era capaz de recitar poemas épicos enteros en ravkano y en shu, incluso aunque nadie quisiera oírlos.

Aunque Mal había ordenado que permaneciéramos en estricta formación, Genya se escapaba a menudo a la parte delantera de la fila para quejarse.

—Todos los poemas son sobre un valiente héroe llamado Kregi —dijo—. Todos y cada uno. Siempre tiene un corcel, y tenemos que oír acerca del corcel, y los tres tipos distintos de espada que llevaba, y el color del pañuelo que tenía atado a la muñeca, y todos los pobres monstruos que mataba, y lo gentil y fiel que era. Para ser un mercenario, Tolya resulta perturbadoramente sensiblero.

Me reí y eché un vistazo hacia atrás, aunque no podía ver demasiado.

—¿Y qué le parece a David?

—David no se entera de mucho. Se ha pasado la última hora parloteando acerca

de los compuestos minerales.

—A lo mejor él y Tolya logran dormirse el uno al otro —gruñó Zoya.

Ella no tenía derecho a quejarse. Aunque todos eran Etherealki, lo único que parecían tener en común los Vendavales y los Inferni era lo mucho que les gustaba discutir. Stigg no quería tener cerca a Harshaw porque no soportaba a los gatos. Harshaw se ofendía continuamente a causa de Oncat. Adrik debía estar cerca de la mitad del grupo, pero quería estar cerca de Zoya. Zoya no dejaba de escabullirse de la parte delantera de la fila para alejarse de Adrik. Comencé a desear haber cortado la cuerda para que todos se ahogaran en el río.

Y Harshaw no solo me molestaba, sino que me ponía nerviosa. Le gustaba frotar el pedernal por los muros de la caverna, haciendo que saltaran chispas, y continuamente se sacaba trozos de queso duro del bolsillo para dar de comer a Oncat, y después se reía como si la gata hubiera dicho algo muy divertido. Una mañana, al despertar nos encontramos con que se había afeitado los laterales de la cabeza, de modo que su pelo carmesí era una única franja que bajaba de la frente a la nuca.

—¿Qué has hecho? —chilló Zoya—. ¡Pareces un gallo trastornado!

Harshaw se limitó a encogerse de hombros.

—Oncat se empeñó.

Sin embargo, los túneles a veces nos sorprendían con maravillas que dejaban sin habla incluso a los Etherealki. Pasábamos horas sin nada que mirar salvo roca gris y barro, y de pronto salíamos a una cueva de un azul pálido tan perfectamente redonda y pulida que era como estar en el interior de un enorme huevo esmaltado. Atravesábamos una serie de cuevecitas donde relucían lo que bien podían haber sido rubíes auténticos. Genya las llamó el Joyero, y después de eso empezamos a nombrarlas todas para pasar el rato. Teníamos el Huerto, una caverna llena de estalactitas y estalagmitas que se habían fusionado para formar columnas esbeltas. Y menos de un día más tarde nos encontramos con la Sala de Baile, una larga cueva de cuarzo azul con un suelo tan resbaladizo que teníamos que arrastrarnos por él, y en ocasiones caíamos sobre nuestros estómagos. También estaba la inquietante verja de hierro parcialmente sumergida que llamamos Puerta del Ángel. Estaba flanqueada por dos figuras aladas de piedra, con las cabezas inclinadas y las manos descansando sobre sables de mármol. La manija funcionaba y la atravesamos sin problemas, pero ¿por qué la habían puesto allí? ¿Quién habría sido?

El cuarto día llegamos a una caverna con una laguna perfectamente inmóvil que producía la ilusión de ser el cielo nocturno, pues sus profundidades centelleaban con pequeños peces luminiscentes.

Mal y yo íbamos un poco por delante de los demás. Metió la mano en el agua, y después soltó un grito y la sacó.

Muerden.

—Te está bien empleado —dije—. Oh, mira, un lago oscuro lleno de cosas brillantes. Voy a meter la mano dentro.

—No es culpa mía ser tan delicioso —replicó, y esa familiar sonrisa arrogante cruzó su rostro como la luz sobre el agua. Después pareció refrenarse. Se puso la mochila sobre los hombros, y supe que estaba a punto de alejarse de mí.

—No me fallaste, Mal.

No sabía de dónde habían salido las palabras.

Él se secó la mano húmeda en el muslo.

—Ambos sabemos que eso no es cierto.

—Vamos a estar viajando durante a saber cuánto tiempo. En algún momento vas a tener que hablar conmigo.

—Estoy hablando contigo ahora.

—¿Ves? ¿Y es tan horrible?

—No lo sería —dijo, mirándome firmemente—, si lo único que quisiera hacer fuera hablar.

Me ardieron las mejillas. *No quieres esto*, me dije. Pero sentía que mi cuerpo se retorcía, como los bordes de un trozo de papel demasiado cerca del fuego.

—Mal…

—Tengo que mantenerte a salvo, Alina, concentrarme en lo que importa. No puedo hacerlo si… —Soltó un largo suspiro—. Tu destino es mayor que yo, y moriré luchando para dártelo. Pero, por favor, no me pidas que finja que es fácil.

Se metió rápidamente en la siguiente cueva.

Miré la laguna reluciente, las espirales de luz en el agua que aún no se había calmado tras el breve toque de Mal. Oía a los otros avanzando ruidosamente por la caverna.

—Oncat me araña todo el tiempo —dijo Harshaw mientras caminaba sin prisa junto a mí.

—Ah, ¿sí? —pregunté, fingiendo que me importaba.

—Lo extraño es que le gusta estar cerca.

—¿Estás siendo profundo, Harshaw?

—En realidad, me estaba preguntando algo. ¿Si comiera suficientes de esos peces, comenzaría a brillar?

Sacudí la cabeza. Por supuesto, uno de los últimos Inferni que quedaban con vida tenía que estar loco. Alcancé a los otros y entré en el siguiente túnel.

—Venga, Harshaw —llamé por encima del hombro.

Entonces oí la primera explosión.

CAPÍTULO 5

a caverna entera sufrió una sacudida, y unos riachuelos de piedrecillas cayeron sobre nosotros. Mal apareció a mi lado en un instante y me apartó de las piedras que caían, mientras Zoya me cubría por el otro lado.

—¡Apagad las luces! —gritó Mal—. Quitaos las mochilas.

Pusimos las mochilas contra los muros como una especie de refuerzo, y después apagamos las lámparas para evitar que las chispas provocaran otra explosión.

Bum. ¿Encima de nosotros? ¿Al norte? Era difícil decirlo. Transcurrieron unos largos segundos. *Bum*. Esa vez había sonado más cerca, y más fuerte. Las piedras y la tierra cayeron sobre nuestras cabezas inclinadas.

—Nos ha encontrado —gimió Sergei, con la voz entrecortada por el miedo.

—Es imposible —protestó Zoya—. Ni siquiera el Apparat sabe adonde nos dirigimos.

Mal se movió ligeramente. Oí que unas piedrecillas caían.

—Es un ataque aleatorio —dijo.

—Esa gata trae mala suerte —susurró Genya con voz temblorosa.

Bum. Sonó con tanta fuerza como para que me castañetearan los dientes.

—*Metan yez* —dijo David. Metano.

Un segundo más tarde me llegó su fétido olor. Si tuviéramos Inferni encima, con una chispa saldríamos todos volando en pedazos. Alguien comenzó a llorar.

—Vendavales, enviadlo al este —ordenó Mal. ¿Cómo podía sonar tan calmado?

Sentí que Zoya se movía, y después la ráfaga de aire mientras ella y los demás alejaban el gas de nosotros.

Bum. Era difícil respirar. El espacio parecía demasiado pequeño.

—Por todos los Santos… —dijo Sergei con voz temblorosa.

—¡Veo llamas! —gritó Tolya.

—Enviadlo al este —repitió Mal con voz firme, y la ráfaga de viento Grisha

siguió sus órdenes. El cuerpo de Mal se encontraba cerca del mío, así que busqué su mano con la mía y nuestros dedos se entrelazaron. Oí un sollozo a mi otro lado y busqué la mano libre de Zoya para agarrársela también.

BUM. Esa vez el túnel entero rugió con el sonido de las rocas cayendo. Oí a la gente gritando en la oscuridad, y los pulmones se me llenaron de polvo.

Cuando el ruido cesó, Mal dijo:

—Nada de lámparas. Alina, necesitamos luz.

Era difícil, pero encontré un rayo de luz solar y lo hice brotar en el túnel. Estábamos todos cubiertos de polvo, con los ojos muy abiertos y asustados. Hice un recuento rápido: Mal, Genya, David, Zoya, Nadia y Harshaw… con Oncat aferrada a su camisa.

—¿Tolya? —gritó Mal.

Nada. Entonces…

—¡Estamos bien!

La voz de Tolya provenía de detrás de la pared de roca caída que bloqueaba el túnel, pero era fuerte y clara. Me llevé la cabeza a las rodillas, aliviada.

—¿Dónde está mi hermano? —chilló Nadia.

—Está aquí, conmigo y con Tamar —respondió Tolya.

—¿Y Sergei y Stigg? —pregunté.

—No lo sé.

Por todos los Santos.

Esperábamos otro estallido, que el túnel se derrumbara sobre nosotros. Pero no pasó nada, y comenzamos a escarbar hacia la voz de Tolya mientras él y Tamar cavaban desde el otro lado. Unos momentos después vimos sus manos y sus caras sucias devolviéndonos la mirada. Se apresuraron a entrar en nuestra sección del túnel. En cuanto Adrik bajó las manos, el techo que había por encima de donde él y los mellizos habían estado se derrumbó en una nube de polvo y rocas. El chico estaba temblando violentamente.

—¿Has sujetado la cueva? —preguntó Zoya.

Tolya asintió con la cabeza.

—Formó una burbuja cuando oímos la última explosión.

—Vaya —le dijo Zoya a Adrik—. Estoy impresionada. —La euforia invadió el rostro del chico y ella gruñó—. Lo retiro. Dejémoslo en una aprobación reticente.

—¿Sergei? —llamé—. ¿Stigg?

Silencio, y el movimiento de la gravilla.

—Voy a probar una cosa —dijo Zoya, y alzó las manos. Oí un chisporroteo en las orejas, y el aire pareció humedecerse—. ¿Sergei? —dijo. Su voz sonaba extrañamente distante.

Entonces oí la voz de Sergei, débil y temblorosa, pero clara, como si estuviera hablando justo a mi lado.

—¡Aquí! —jadeó.

Zoya flexionó los dedos, haciendo ajustes, y volvió a llamar a Sergei. Esa vez, cuando respondió, David dijo:

—Suena como si estuviera debajo de nosotros.

—Tal vez no —replicó Zoya—. La acústica puede resultar engañosa.

Mal bajó por el pasadizo.

—No, tiene razón. El suelo en su parte del túnel debe de haberse derrumbado.

Nos costó casi dos horas encontrarlos y desenterrarlos: Tolya cavaba, Mal daba indicaciones, los Vendavales estabilizaban los laterales del túnel con aire mientras yo mantenía una tenue iluminación, y los otros formaban una fila para mover rocas y arena.

Cuando encontramos a Stigg y a Sergei, estaban cubiertos de barro, en un estado casi comatoso.

—He ralentizado nuestro pulso —murmuró Sergei, aturdido—. Respiración lenta. Usar menos aire.

Tolya y Tamar hicieron que se recobraran, incrementando su ritmo cardiaco y llenando de oxígeno sus pulmones.

—No pensaba que vendríais —masculló Stigg, todavía adormilado.

—¿Por qué? —gimoteó Genya, quitando cuidadosamente la tierra de alrededor de sus ojos.

—No estaba seguro de que os fuerais a preocupar por él —replicó Harshaw detrás de mí.

Hubo murmullos de protesta y algunas miradas culpables. Lo cierto es que yo pensaba que Stigg y Harshaw eran unos extraños. Y Sergei… Bueno, Sergei ya llevaba un tiempo perdido. Ninguno de nosotros nos habíamos preocupado por acercarnos a ellos.

Cuando los dos pudieron caminar, volvimos hasta la parte menos dañada del túnel. Uno por uno, los Vendavales retiraron su poder, y esperamos a ver si el techo aguantaba para que pudieran descansar. Nos limpiamos el polvo y la mugre de la cara y la ropa los unos a los otros lo mejor que pudimos, y después nos pasamos un frasco de *kvas*. Stigg se aferró a él como un bebé a un biberón.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Mal.

—Mejor que nunca —dijo Genya, temblorosa.

David levantó la mano.

—Yo he estado mejor. —Todos comenzamos a reír—. ¿Qué? —dijo.

—¿Cómo has hecho eso? —le preguntó Nadia a Zoya—. Ese truco con el sonido.

—Es solo una forma de crear una anomalía acústica. Jugábamos con ella en el colegio, para poder espiar lo que decía la gente en otras habitaciones.

Genya resopló.

—Por qué no me sorprende.

—¿Podrías enseñarnos a hacerlo? —preguntó Adrik.

—Si alguna vez me aburro lo suficiente.

—Vendavales —dijo Mal—, ¿estáis listos para continuar?

Todos asintieron. En sus caras veía el resplandor que ocasionaba utilizar el poder Grisha, pero sabía que debían de estar casi al límite. Habían estado cerca de un kilómetro manteniendo toneladas de rocas lejos de nosotros, y necesitarían más que unos pocos minutos de descanso para recuperarse.

—Entonces, larguémonos de aquí.

Iluminé el camino, todavía recelosa de las sorpresas que pudieran estar esperándonos. Nos movimos cautelosamente, con los Vendavales alerta, girando a través de los túneles y los pasadizos hasta que no tuve la menor idea de por dónde habíamos ido. Ya hacía mucho que nos habíamos alejado de la zona que aparecía en el mapa que habían creado David y Mal.

Cada sonido parecía amplificado. Incluso la caída de unas piedrecillas hacía que nos detuviéramos en seco, esperando lo peor. Traté de pensar en algo que no fuera el peso de la tierra sobre nosotros. Si el túnel se derrumbaba y el poder de los Vendavales fallaba, quedaríamos aplastados y nadie lo sabría jamás, como si fuéramos pétalos olvidados entre las páginas de un libro.

Al cabo de un tiempo me di cuenta de que a mis piernas les costaba más avanzar, y también de que la inclinación del suelo había aumentado. Oí suspiros de alivio, algunos vítores callados, y menos de una hora después nos encontramos apretujados en alguna especie de sótano, mirando hacia arriba a la parte inferior de una trampilla.

El suelo estaba húmedo allí, lleno de charquitos: señal de que debíamos de encontrarnos cerca de las ciudades fluviales. Bajo la luz de mis palmas vi que las paredes de piedra estaban agrietadas, pero no sabía si el daño era antiguo o resultado de explosiones recientes.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunté a Mal. Él se encogió de hombros.

—Como siempre. Hay presas en la superficie. Es como si fuera una caza.

Tolya sacó el viejo reloj de David del bolsillo de su abrigo. No estaba segura de cuándo se había hecho con él.

—Si esta cosa marca bien el tiempo, ya ha pasado bastante desde el anochecer.

—Tienes que darle cuerda todos los días —dijo David.

—Lo sé.

—¿Y lo has hecho?

—Sí.

—Entonces, marca bien el tiempo.

Me pregunté si debía recordarle a David que el puño de Tolya era más o menos del tamaño de su cabeza.

Zoya suspiró.

—Con nuestra suerte, alguien estará preparando una misa de medianoche.

Muchas de las entradas y salidas de los túneles se encontraban en lugares sagrados, pero no todas. Podríamos salir en el ábside de una iglesia, en el patio de un monasterio, o bien podríamos asomar la cabeza en el suelo de un burdel. *Buenos días,*

señor. Me tragué una risa demente. El cansancio y el miedo me dejaban trastornada.

¿Y si alguien nos estaba esperando allí arriba? ¿Y si el Apparat había cambiado de bando una vez más y había puesto al Oscuro tras nuestra pista? No estaba pensando con claridad. Mal creía que las explosiones habían sido un ataque aleatorio en los túneles, y eso era lo único que tenía sentido. El Apparat no podía saber dónde estaríamos, ni cuándo. E incluso si el Oscuro hubiera descubierto de algún modo que nos dirigíamos hacia Ryevost, ¿por qué molestarse en utilizar bombas para atraernos a la superficie? Tan solo tenía que esperar a que saliéramos.

—Vamos —dije—. Creo que me estoy ahogando.

Mal hizo una señal a Tolya y Tamar para que me flanquearan.

—Estad preparados —les dijo—. Ante cualquier señal de peligro, lleváosla de aquí. Llevadla por los túneles en dirección al oeste, tan lejos como podáis.

Hasta que no comenzó a subir por la escalerilla no me di cuenta de que todos nos habíamos quedado atrás, esperando que él subiera primero. Tanto Tolya como Tamar eran luchadores más experimentados, y Mal era el único *otkazat'sya* entre nosotros. ¿Por qué era él quien corría los riesgos? Quería decirle algo, que fuera con cuidado, pero sonaría absurdo. Ir con cuidado no era algo que tuviera ya sentido para nosotros.

Me hizo un gesto desde la parte superior de la escalerilla y yo liberé la luz, sumiéndonos en la oscuridad. Oí un golpe sordo, el sonido de unas bisagras que chirriaban, y después un suave gruñido y un crujido mientras la trampilla se abría. No había ninguna luz arriba, ni tampoco gritos ni disparos.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Seguí el sonido de Mal saliendo, de sus pisadas sobre nosotros. Finalmente oí el ruido de una cerilla y una luz apareció en la trampilla. Mal silbó dos veces, indicando que estaba todo despejado.

Uno por uno, subimos por la escalerilla. Cuando saqué la cabeza por la trampilla, un escalofrío descendió por mi espalda. La habitación era hexagonal, y sus paredes estaban talladas en lo que parecía lapislázuli, todas adornadas con paneles de madera pintados con un Santo distinto, sus halos dorados relucían bajo la luz de las lámparas. Las esquinas estaban llenas de espesas telarañas blancas, y la lámpara de Mal se encontraba sobre un sarcófago de piedra. Estábamos en una cripta.

—Perfecto —dijo Zoya—. De un túnel a una tumba. ¿Qué será lo siguiente, una visita a un matadero?

—Mezle —dijo David, señalando uno de los nombres tallados en la pared—. Eran una antigua familia Grisha. Incluso había una en el Pequeño Palacio, antes de que…

—¿Antes de que murieran todos? —contribuyó Genya, servicial.

—Ziva Mezle —dijo Nadia con voz queda—. Era una Vendaval.

—¿Podemos dejar la charla para más tarde? —preguntó Zoya—. Quiero salir de aquí.

Me froté los brazos. No le faltaba razón.

La puerta parecía de hierro macizo. Tolya y Mal pusieron los hombros contra la

puerta mientras los demás nos situábamos tras ellos, con las manos en alto, y los Inferni con los pedernales preparados. Ocupé mi posición en la parte trasera, lista para utilizar el Corte si fuera necesario.

—A la de tres —dijo Mal.

Se me escapó una carcajada, y todos se giraron. Me puse roja.

—Bueno, probablemente estemos en un cementerio, y vamos salir en estampida de una tumba.

Genya soltó una risita.

—Si hay alguien ahí fuera, vamos a darle un susto de muerte.

Con el tenue fantasma de una sonrisa, Mal dijo:

—Muy cierto. Podemos gritar «¡bu!». —Entonces, la sonrisa desapareció y asintió con la cabeza en dirección a Tolya—. Prepárate.

Contó hacia atrás y empujaron. Las puertas de la tumba chirriaron y se abrieron de par en par. Aguardamos, pero no hubo ningún sonido de alarma.

Lentamente, salimos al cementerio desierto. Tan cerca del río, la gente enterraba a sus muertos por encima de la superficie, por si acaso había una crecida. Las tumbas, dispuestas en hileras ordenadas como casas de piedra, daban al lugar la sensación de ser una ciudad abandonada. Soplaba el viento, haciendo que las hojas cayeran de los árboles y agitando la hierba que crecía alrededor de las tumbas más pequeñas. Era inquietante, pero no me importaba. El aire resultaba casi cálido después del frío de las cuevas. Por fin estábamos en el exterior.

Incliné la cabeza hacia atrás y respiré profundamente. Era una noche clara y sin luna, y después de aquellos largos meses bajo tierra, la visión de todo ese cielo resultaba mareante. Y había tantas estrellas… una masa resplandeciente y enmarañada que parecía estar lo suficientemente cerca como para tocarla. Dejé que su luz cayera sobre mí como un bálsamo, agradecida por el aire en mis pulmones, y la noche a mi alrededor.

—Alina —dijo Mal con suavidad.

Abrí los ojos y vi que los Grisha me estaban mirando fijamente.

—¿Qué?

Mal me cogió las manos y las puso frente a mí, como si estuviera a punto de sacarme a bailar.

—Estás brillando.

—Oh —jadeé. Tenía la piel plateada, cubierta de luz estelar. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba invocando—. Ups.

Me recorrió el antebrazo con un dedo, en la zona donde la manga se había rasgado, y observó la luz jugando sobre mi piel, con una sonrisa curvando sus labios. Después retrocedió abruptamente y me soltó las manos como si quemaran.

—Ten más cuidado —dijo con voz firme. Hizo un gesto a Adrik para que ayudara a Tolya a volver a sellar la cripta, y después se dirigió al grupo—. Permaneced cerca y en silencio. Tenemos que encontrar refugio antes del amanecer.

Los otros se pusieron tras él, dejando que volviera a encabezar la marcha. Yo me quedé atrás, sacudiéndome la luz de encima, pero esta se aferraba a mí, como si mi cuerpo estuviera sediento de ella.

Cuando Zoya me alcanzó, dijo:

—¿Sabes, Starkov? Estoy comenzando a pensar que te pusiste el pelo blanco a propósito.

—Sí, Zoya, jugar con la muerte es una parte esencial de mis tratamientos de belleza.

Ella se encogió de hombros y echó un vistazo a Mal.

—Bueno, para mí es un poco obvio, pero diría que todo ese aspecto de doncella de la luna está funcionando.

Zoya era la última persona con la que quería hablar de Mal, pero aquello se parecía sospechosamente a un cumplido. Recordé que me había agarrado la mano durante el derrumbamiento, y lo fuerte que lo había hecho todo el tiempo.

—Gracias —dije—. Por mantenernos a salvo ahí abajo. Por ayudarnos a salvar a Sergei y a Stigg.

Incluso aunque no hubiera sentido realmente mis palabras, la expresión de aturdimiento en su rostro hubiera valido la pena.

—De nada —logró decir. Después levantó en el aire su nariz perfecta y añadió—: Pero no voy a estar siempre ahí para salvarte el culo, Invocadora del Sol.

Sonreí y la seguí por el pasillo de tumbas. Al menos, era predecible.

Nos costó demasiado tiempo salir del cementerio. Las hileras de criptas seguían y seguían, un frío testimonio de las generaciones que Ravka llevaba en guerra. Los caminos estaban limpios, libres de hojas, y las tumbas adornadas con flores, iconos pintados, caramelos y montañitas de preciada munición: pequeños obsequios para los muertos. Pensé en los hombres y mujeres que nos habían despedido en la Catedral Blanca, poniéndonos ofrendas en las manos. Me sentí agradecida cuando finalmente llegamos a la salida.

El terror del derrumbamiento y las largas horas de pie nos habían pasado factura, pero Mal estaba decidido a llevarnos tan cerca de Ryevost como pudiera antes del amanecer. Avanzamos fatigosamente, caminando en paralelo a la carretera principal, a través de los campos iluminados por las estrellas. Ocasionalmente vislumbrábamos alguna casa solitaria, una lámpara brillando tras una ventana. De algún modo era un alivio ver aquellas señales de vida, pensar en un granjero levantándose por la noche para llenar un vaso de agua, girando la cabeza brevemente hacia la ventana y la oscuridad al otro lado.

El cielo acababa de comenzar a iluminarse cuando oímos los sonidos de alguien que se aproximaba por la carretera. Apenas tuvimos tiempo de escabullimos al bosque y refugiarnos entre los árboles antes de ver el primer vagón.

Había unas quince personas en el convoy, la mayoría hombres y algunas mujeres, todos cargados de armas. Vislumbré fragmentos de los uniformes del Primer Ejército, pantalones oficiales metidos en botas de cuero claramente no reglamentarias, un abrigo de infantería desprovisto de sus botones de latón.

Era imposible saber qué transportaban. Su cargamento estaba cubierto con mantas para caballos y bien atado a los tablones de los vagones con cuerdas.

—¿Es una milicia? —susurró Tamar.

—Podría ser —dijo Mal—. Pero no sé dónde podría conseguir una milicia fusiles de repetición.

—Si son contrabandistas, no conozco a ninguno de ellos.

—Podría seguirlos —sugirió Tolya.

—¿Y por qué no voy yo a bailar un vals en mitad de la carretera? —se mofó Tamar. Tolya no resultaba precisamente silencioso a pie.

—Estoy mejorando —replicó Tolya, a la defensiva—. Además…

Mal los silenció con una mirada.

—Nada de perseguir y nada de luchar.

Mientras Mal nos internaba más entre los árboles, Tolya gruñó:

—Ni siquiera sabes bailar el vals.

Acampamos en un claro cerca de un estrecho afluente del Sokol, el río alimentado por los glaciares de las Petrazoi, y el corazón del comercio en las ciudades portuarias. Esperábamos estar lo suficientemente lejos de la ciudad y las carreteras principales como para no tener que preocuparnos de que nadie nos descubriera.

Según los mellizos, el punto de encuentro de los contrabandistas se encontraba en una plaza bulliciosa de Ryevost desde donde se veía el río. Tamar ya tenía una brújula y un mapa en las manos. Aunque debía de estar tan cansada como el resto de nosotros, tendría que marcharse de inmediato para llegar a la ciudad antes del mediodía.

Odiaba dejar que se fuera directa a lo que podía ser una trampa, pero habíamos acordado que tendría que ser ella quien fuera. El tamaño de Tolya lo hacía demasiado visible, y ninguno de los demás sabíamos cómo trabajaban los contrabandistas, ni cómo reconocerlos. Aun así, estaba de los nervios. Jamás había comprendido la fe de los mellizos, ni lo que estaban dispuestos a arriesgar por ella. Pero cuando había llegado la hora de elegir entre el Apparat y yo, habían demostrado su lealtad con total transparencia.

Le di un rápido apretón de manos a Tamar.

—No hagas nada imprudente.

Nadia había estado merodeando cerca. Se aclaró la garganta y besó a Tamar en ambas mejillas.

—Ten cuidado —le dijo. Tamar esbozó su sonrisa de Mortificadora.

—Si alguien busca problemas —dijo, echando hacia atrás su abrigo para mostrar los mangos de sus hachas—, tengo de sobra.

Eché un vistazo a Nadia. Tenía la impresión de que Tamar estaba flirteando.

Se puso la capucha y echó a caminar a buen paso entre los árboles.

—*Yuyek sesh* —dijo Tolya tras ella en shu.

—*Ni weh sesh* —gritó ella por encima del hombro. Y después desapareció.

—¿Qué significa eso?

—Es algo que nos enseñó nuestro padre —explicó Tolya— *Yuyeh sesh*: «desprecia tu corazón». Pero esa es una traducción literal; el significado real es más bien algo como «haz lo que tengas que hacer… sé cruel si tienes que serlo».

—¿Y qué significa la otra parte?

—*¿Ni weh sesh?* «No tengo corazón».

Mal alzó la ceja.

—Tu padre parece un gran hombre.

Tolya sonrió con esa sonrisa ligeramente demente que le daba el mismo aspecto que su hermana.

—Lo era.

Eché un vistazo hacia donde Tamar había desaparecido. En algún lugar, más allá de los árboles y los campos, se encontraba Ryevost. Envié mis propias plegarias tras ella: *Trae noticias del príncipe, Tamar. No creo que pueda hacer esto sola*.

Extendimos nuestros petates y repartimos comida. Adrik y Nadia comenzaron a montar una tienda mientras Tolya y Mal examinaban el perímetro y disponían puestos en los lugares donde permanecerían los guardias. Vi que Stigg estaba tratando de convencer a Sergei para que comiera. Pensaba que estar en el exterior serviría para que mejorara pero, aunque no parecía tan aterrorizado, todavía podía sentir la tensión que emanaba de él en oleadas.

Lo cierto era que todos estábamos nerviosos. Por muy agradable que fuera estar tumbados bajo los árboles y volver a ver el cielo, también resultaba abrumador. La vida en la Catedral Blanca había sido miserable, pero manejable. Allí arriba las cosas parecían más salvajes, fuera de mi control. Las milicias y los hombres del Oscuro deambulaban por aquellas tierras. Encontráramos o no a Nikolai, habíamos regresado a la guerra, y eso significaba más batallas, más vidas perdidas. De pronto, el mundo volvía a parecer enorme, y no estaba segura de que me gustara.

Miré al campamento: Harshaw ya hecho un ovillo y cabeceando con Oncat sobre el pecho; Sergei pálido y vigilante; David, reclinado sobre un árbol con un libro en las manos mientras Genya dormía con la cabeza sobre su regazo; Nadia y Adrik forcejeando con los palos y las lonas mientras Zoya los miraba sin molestarse en ayudar.

Desprecia tu corazón. Quería hacerlo. No quería seguir sufriendo, volver a sentir

la pérdida ni la culpa, ni la preocupación. Quería ser dura, calculadora. Quería no tener miedo. Bajo tierra, aquello había parecido posible. Allí, en el bosque, con esa gente, no estaba tan segura.

En algún momento debí de haberme quedado dormida, porque desperté hacia el final de la tarde, cuando el sol ya se estaba ocultando tras los árboles. Tolya estaba a mi lado.

—Tamar ha regresado —dijo.

Me senté de golpe, completamente despierta, pero Tolya tenía el rostro ceñudo.

—¿No se ha acercado nadie a ella?

Sacudió la cabeza, y yo cuadré los hombros. No quería que nadie viera mi decepción. Debía sentirme agradecida de que Tamar hubiera logrado entrar y salir de la ciudad sana y salva.

—¿Mal lo sabe?

—No —dijo Tolya—. Está llenando cantimploras en el arroyo. Harshaw y Stigg están vigilando. ¿Los aviso?

—Podemos esperar.

Tamar estaba reclinada contra un árbol, bebiendo agua de un vaso de hojalata mientras los demás la rodeaban para escuchar su informe.

—¿Ha habido algún problema? —pregunté. Ella negó con la cabeza.

—¿Y estás segura de que estabas en el lugar correcto? —dijo Tolya.

—En el lado oeste del mercado de la plaza. Llegué pronto, me quedé hasta tarde, hablé con el tendero, observé el mismo maldito espectáculo de marionetas cuatro veces. Si el puesto estuviera activo, alguien debería haberme hablado.

—Podríamos probar mañana —sugirió Adrik.

—Debería ir yo —dijo Tolya—. Has estado allí mucho tiempo. Si vuelves a aparecer, la gente podría darse cuenta.

Tamar se secó la boca con el dorso de la mano.

—Si apuñalo al titiritero, ¿llamaré mucho la atención?

—Si lo haces en silencio, no —replicó Nadia.

Sus mejillas se pusieron rosadas cuando todos nos giramos para mirarla. Nunca había oído a Nadia hacer una broma. Básicamente había sido el público de Marie.

Tamar se sacó una daga de la muñeca y la hizo girar, equilibrando su punta sobre un dedo.

—Puedo ser silenciosa —dijo—, y piadosa. Dejaré que las marionetas vivan. —Bebió otro sorbo de agua—. También he escuchado algunas noticias. Grandes noticias. Ravka Occidental se ha declarado a favor de Nikolai. —Aquello captó nuestra atención—. Están bloqueando la orilla occidental de la Sombra —continuó—. Así que si el Oscuro quiere armas o munición…

—Tendrá que atravesar Fjerda —terminó Zoya.

Pero era mucho más que eso. Significaba que el Oscuro había perdido la zona costera de Ravka Occidental, su fuerza naval, y el ya de por sí difícil acceso a Ravka.

—Ravka Occidental ahora —dijo Tolya—. Tal vez Shu Han venga después.

—O Kerch —sugirió Zoya.

—¡O ambos! —gritó Adrik.

Casi podía ver la esperanza que recorría nuestras filas.

—Entonces, ¿qué haremos ahora? —preguntó Sergei, tirándose ansiosamente de la manga.

—Esperemos un día más —dijo Nadia.

—No sé —dijo Tamar—. No me importa volver, pero hoy había oprichniki en la plaza.

Aquello no era una buena señal. Los *oprichniki* eran los soldados personales del Oscuro, y si estaban rondando la zona teníamos buenas razones para alejarnos tan pronto como pudiéramos.

—Voy a hablar con Mal —dije—. No os pongáis demasiado cómodos. A lo mejor tenemos que estar preparados para partir por la mañana.

Los otros se dispersaron mientras Tamar y Nadia se alejaban en busca de sus raciones. Tamar estaba haciendo girar su cuchillo continuamente, claramente fanfarroneando, pero a Nadia no parecía importarle.

Avancé en dirección al sonido del agua, tratando de aclarar mis pensamientos. Si Ravka Occidental se había declarado a favor de Nikolai, era una clara señal de que estaba sano y salvo, y causándole más problemas al Oscuro de lo que nadie en la Catedral Blanca podía imaginar. Me sentía aliviada, pero no estaba segura de cuál debería ser nuestro próximo movimiento.

Cuando llegué hasta el arroyo, vi a Mal agachado en una zona poco profunda, descalzo y descamisado, con los pantalones remangados hasta las rodillas. Estaba observando el agua, con gesto de concentración, pero en cuanto me oyó acercarme se puso en pie de un salto y se lanzó a por su fusil.

—Solo soy yo —dije, saliendo de entre los árboles.

Él se relajó y volvió a agacharse, y sus ojos regresaron al arroyo.

—¿Qué haces aquí?

Durante un momento me limité a observarlo. Estaba perfectamente inmóvil, y de pronto metió la mano en la corriente y la sacó con un pez retorciéndose en ella. Volvió a lanzarlo al agua. No tenía sentido atraparlo si no podíamos arriesgarnos a encender un fuego para asarlo.

Lo había visto pescar de ese modo en Keramzin, incluso en invierno cuando el estanque de Trivia se congelaba. Siempre sabía el momento preciso para romper el hielo, dónde soltar el sedal y cuándo sacarlo. Yo lo esperaba en la orilla, haciéndole compañía, tratando de buscar los lugares en los árboles donde los pájaros hacían sus nidos.

Pero ahora era diferente. El agua reflejaba la luz sobre los contornos de su rostro, los suaves músculos bajo su piel. Me di cuenta de que lo estaba mirando fijamente y me obligué a apartar los ojos. Ya lo había visto descamisado antes, y no había razones

para hacer el idiota ahora.

—Tamar ha vuelto —dije.

Él se puso en pie, perdiendo por completo el interés en los peces.

—¿Y?

—No hay señales de los hombres de Nikolai.

Mal suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Maldita sea.

—Podríamos esperar un día más —sugerí, aunque ya sabía lo que iba a decir.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo. No sé cuánto tardaremos en llegar hasta el sur o encontrar al pájaro de fuego. Lo último que necesitamos es quedar atrapados en las montañas cuando llegue la nieve. Y tenemos que buscar un lugar seguro para los demás.

—Tamar ha dicho que Ravka Occidental se ha declarado a favor de Nikolai. ¿Por qué no los llevamos hasta allí?

Mal sopesó la idea.

—Es un viaje muy largo, Alina. Perderíamos demasiado tiempo.

—Lo sé, pero es más seguro que cualquier lugar a este lado de la Sombra. Y es otra oportunidad de encontrar a Nikolai.

—También sería menos peligroso viajar hacia el sur desde ese lado. —Asintió con la cabeza—. De acuerdo. Tenemos que conseguir que los otros se preparen. Quiero que nos marchemos esta noche.

—¿Esta noche?

—No tiene sentido esperar.

Salió del agua, y sus dedos desnudos se curvaron sobre las rocas. No llegó a decirme que me fuera, pero bien podría haberlo hecho. ¿Qué más teníamos que hablar?

Comencé a dirigirme hacia el campamento, y entonces recordé que no le había hablado acerca de los *oprichniki*. Volví al arroyo.

—Mal… —comencé, pero la palabra murió en mis labios. Se había agachado para recoger las cantimploras, y me estaba dando la espalda—. ¿Qué es eso? —pregunté enfadada.

Él se giró rápidamente, pero ya era demasiado tarde. Abrió la boca.

—Como digas que nada, voy a darte golpes hasta que quedes inconsciente —solté antes de que pudiera contestar, y él cerró la boca—. Date la vuelta —ordené.

Durante un instante, él simplemente permaneció allí de pie. Después suspiró y se giró. Había un tatuaje por toda su ancha espalda, algo parecido a una rosa de los vientos, pero mucho más similar a un sol. Las puntas iban de un hombro al otro y bajaban por su columna.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué has hecho esto? —Él se encogió de hombros, y los músculos se flexionaron bajo el intrincado diseño—. Mal, ¿por qué te has marcado de este modo?

—Tengo muchas cicatrices —dijo finalmente—. Esta es una que he elegido.

Lo examiné más de cerca. Había unas letras en el diseño. *E'ya sta rezku*. Parecía ravkano antiguo.

—¿Qué significa? —Él no dijo nada—. Mal…

—Me da vergüenza.

Y, efectivamente, vi un rubor que se extendía por su cuello.

—Dímelo.

Dudó, y después se aclaró la garganta y dijo:

—Me he convertido en espada.

Me he convertido en espada. ¿Eso es lo que era? ¿Aquel chico a quien los Grisha habían seguido sin discusión, cuya voz permaneció firme cuando la tierra cedía bajo nosotros, que me había dicho que yo sería reina? No estaba segura de reconocerlo.

Pasé las puntas de los dedos por las letras, y él se tensó. Su piel seguía estando húmeda a causa del río.

—Podría ser peor —dije—. O sea, si pusiera «hazme mimos» o «llámame pastelito», eso sí que debería darte vergüenza.

Él soltó una risotada semejante a un ladrido, sorprendido, y después siseó mientras mis dedos recorrían su columna. Apretó los puños. Sabía que debía alejarme, pero no quería.

—¿Quién te lo hizo?

—Tolya —dijo con voz ronca.

—¿Te dolió?

—Menos de lo que debería.

Llegué hasta la parte inferior del rayo de sol, justo en la base de su columna. Hice una pausa, y después volví a subir los dedos. Él se giró de golpe, y atrapó mi mano con fuerza.

—No lo hagas —dijo con fiereza.

—Yo…

—No puedo hacer esto. No si me haces reír, no si me tocas así…

—Mal…

De pronto, su cabeza subió bruscamente, y se llevó un dedo a los labios.

—Las manos sobre la cabeza. —La voz venía de entre las sombras de los árboles. Mal cogió su fusil y se lo puso sobre el hombro en unos segundos, pero tres personas ya estaban saliendo del bosque; dos hombres y una mujer con el pelo recogido en un moño, y los tres nos estaban apuntando con sus armas. Me pareció reconocerlos del convoy que habíamos visto en la carretera.

—Baja eso —dijo un hombre con perilla—. A menos que quieras que llenemos de balas a tu chica.

Mal depositó el fusil sobre la roca.

—Venid —ordenó el hombre—. Lentamente.

Llevaba un abrigo del Primer Ejército, pero no se parecía a ningún soldado que

hubiera visto nunca. Tenía el pelo largo y enredado, y lo mantenía alejado de sus ojos con dos trenzas desordenadas. Llevaba cinturones de balas cruzándole el pecho, y un chaleco manchado que podía haber sido rojo, pero estaba desteñido y era de un color entre el marrón y el púrpura.

—Necesito mis botas —dijo Mal.

—Sin ellas habrá menos posibilidades de que salgas corriendo.

—¿Qué queréis?

—Podéis comenzar vosotros a responder —ordenó el hombre—. Hay una ciudad cerca con muchos lugares cómodos donde alojarse. ¿Qué hacen doce personas escondiéndose en el bosque? —Debió de fijarse en mi reacción, porque añadió—: Eso es. He encontrado vuestro campamento. ¿Sois desertores?

—Sí —respondió Mal con suavidad—. De Kerskii.

El hombre se rascó la mejilla.

—¿Kerskii? Tal vez —dijo—. Pero… —Dio un paso hacia delante—. ¿Oretsev?

Mal se puso rígido, y después dijo:

—¿Luchenko?

—Por todos los Santos, no te había visto desde que tu unidad entrenaba conmigo en Poliznaya. —Se giró hacia los otros—. Este granuja era el mejor rastreador en diez regimientos. Nunca había visto nada igual. —Estaba sonriendo, pero no bajó el fusil—. Y ahora eres el desertor más famoso de toda Ravka.

—Tan solo estoy tratando de sobrevivir.

—Y yo también, hermano. —Hizo un gesto en mi dirección—. No parece tu tipo.

Si no tuviera un rifle apuntándome a la cara, el comentario podría haberme dolido.

—Es otra soldado de infantería del Primer Ejército, como nosotros.

—Como nosotros, ¿eh? —Luchenko me dio un golpecito con su arma—. Quítate la bufanda.

—Hace un poco de frío —dije. Luchenko me dio otro golpe.

—Venga, chica.

Eché un vistazo a Mal, y pude verlo valorando nuestras opciones. Estábamos muy cerca. Podría causar graves daños con el Corte, pero no antes de que los otros dispararan. Podía cegarlos, pero, si abríamos fuego, ¿qué pasaría con los que estaban en el campamento?

Me encogí de hombros y me quité la bufanda de un tirón brusco. Luchenko emitió un bajo silbido.

—Había oído que tenías compañía sagrada, Oretsev. Parece que hemos capturado a una Santa. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Pensaba que sería más alta. Atadlos a los dos.

Volví a clavar los ojos en los de Mal. Quería que actuara, podía sentirlo. Mientras no tuviera las manos atadas, podría invocar y controlar la luz. Pero ¿y los demás Grisha?

Levanté las manos y dejé que la mujer me atara las muñecas con una cuerda. Mal suspiró y me imitó.

—¿Puedo ponerme al menos la camisa? —preguntó.

—No —dijo la mujer, mirándolo lascivamente—. Me gusta la vista.

Luchenko se rio.

—La vida es curiosa, ¿verdad? —dijo filosóficamente mientras nos conducían por el bosque a punta de fusil—. Lo único que quería era un poco de suerte, y ahora me estoy ahogando en ella. El Oscuro vaciará sus arcas para que os lleve hasta su puerta.

—¿Vas a entregarme tan fácilmente? —pregunté—. Estúpido.

—Unas palabras muy atrevidas para una chica con un fusil en la espalda.

—Es un gran negocio —expliqué—. ¿No crees que Fjerda o Shu Han pagarán una pequeña fortuna, tal vez incluso una gran fortuna, por conseguir a la Invocadora del Sol? ¿Cuántos hombres tienes?

Luchenko echó un vistazo por encima del hombro y meneó el dedo como si fuera un profesor. Bueno, al menos lo había intentado.

—Lo único que quería decir —continué inocentemente—, es que podrías subastarme al mejor postor y que tus hombres pasaran el resto de sus vidas gordos y felices.

—Me gusta cómo piensa —dijo la mujer del moño.

—No seas codiciosa, Ekaterina —dijo Luchenko—. No somos embajadores ni diplomáticos. La recompensa por la cabeza de esa chica valdrá para costear un pasaje más allá de la frontera. A lo mejor consigo un barco en Djerholm. O a lo mejor simplemente me entierro en rubias el resto de mi vida.

La desagradable imagen de Luchenko retozando con un puñado de fjerdanas llenas de curvas desapareció de mi mente cuando entramos en el claro. Los Grisha estaban en el centro, rodeados por un círculo de casi treinta hombres armados. Tolya estaba sangrando mucho debido a lo que parecía un fuerte golpe en la cabeza. Harshaw había estado haciendo guardia, y supe de un vistazo que le habían disparado. Estaba pálido, balanceándose sobre sus pies y aferrándose la herida en el costado, jadeando mientras Oncat aullaba.

—¿Veis? —dijo Luchenko—. Con todo este dinero caído del cielo, no tengo que preocuparme por el mayor postor.

Me puse frente a él, y mantuve la voz tan baja como pude.

—Libéralos —pedí—. Si los entregas al Oscuro, los torturarán.

—¿Y qué?

Me tragué el arrebato de ira que me recorrió. Las amenazas no me llevarían a ninguna parte.

—Un prisionero con vida es más valioso que un cadáver —señalé dócilmente—. Al menos desátame para que pueda ocuparme de la herida de mi amigo.

Y para que pueda cargarme a tus hombres con un gesto.

Ekaterina entrecerró los ojos.

—No lo hagas —dijo—. Que uno de sus desangradores se ocupe de él.

Me dio un golpe en la espalda y nos condujo junto a los otros.

—¿Veis ese collar? —preguntó Luchenko a sus hombres—. ¡Tenemos a la Invocadora del Sol! —Hubo exclamaciones y algunos vítores entre ellos—. Así que empezad a pensar en cómo vais a gastar todo el dinero del Oscuro.

Volvieron a aclamar.

—¿Por qué no pedimos un rescate por ella a Nikolai Lantsov? —dijo un soldado desde algún lugar cerca del fondo del círculo. Ahora que estaba en el medio del claro, parecía que hubiera aún más.

—¿Lantsov? —repitió Luchenko—. Si tiene cerebro, estará pasando el rato en algún sitio cálido con una chica guapa en el regazo. Si es que está vivo.

—Está vivo —dijo alguien. Luchenko escupió.

—No me importa.

—¿Y tu país no te importa? —pregunté.

—¿Qué ha hecho por mí mi país, niña? No me ha dado tierras ni vida, tan solo un uniforme y una pistola. No me importa que esté el Oscuro en el trono o un Lantsov inútil.

—Yo vi al príncipe cuando estuve en Os Alta —señaló Ekaterina—. No es feo.

—¿Que no es feo? —dijo otra voz—. Es endiabladamente guapo.

Luchenko frunció el ceño.

—¿Desde cuándo…?

—Es valiente en la batalla, y listo como un lince. —Ahora la voz parecía venir de encima de nosotros. Luchenko estiró el cuello, buscando entre los árboles—. Es un excelente bailarín —dijo la voz—. Ah, y su puntería es aún mejor.

—*¿Quién…?* —Luchenko no tuvo oportunidad de acabar. Sonó un estallido, y un agujero negro apareció entre sus ojos. Jadeé.

—Imposi…

—No lo digas —murmuró Mal.

Entonces, estalló el caos.

CAPÍTULO 6

os disparos silbaron sobre nuestras cabezas, y Mal me empujó para que cayera al suelo. Aterricé con la cara sobre el mantillo de la superficie del bosque, y sentí su cuerpo protegiendo el mío.

—¡Al suelo! —chilló.

Giré la cabeza hacia un lado y vi a los Grisha formando un círculo a nuestro alrededor.

Harshaw estaba en el suelo, pero Stigg tenía el pedernal en la mano, y las llamas atravesaban el aire.

Tamar y Tolya habían cargado hacia la pelea. Zoya, Nadia y Adrik tenían las manos en alto y las hojas subían en ráfagas desde el suelo del bosque, pero era difícil distinguir amigo de enemigo en el revoltijo de hombres armados.

Entonces oí un repentino golpe sordo junto a nosotros mientras alguien aterrizaba desde los árboles.

—¿Qué hacéis descalzos y medio desnudos en el barro? —preguntó una voz familiar—. Espero que estéis buscando trufas.

Nikolai cortó las ataduras de nuestras muñecas y me ayudó a ponerme en pie.

—La próxima vez trataré de que me capturen a mí. Tan solo para poner la cosa interesante. —Le lanzó un fusil a Mal—. ¿Vamos?

—¡No puedo distinguir quién es quién! —protesté.

—Somos el bando que está en clara inferioridad numérica.

Desafortunadamente, no me parecía que estuviera de broma. Mientras las filas se movían y recuperé la noción de las cosas, fue más fácil distinguir a los hombres de Nikolai por los brazaletes de un azul pálido que llevaban. Habían logrado abrirse camino entre la milicia de Luchenko, pero incluso sin su líder eran un enemigo poderoso.

Oí un grito. Los hombres de Nikolai avanzaron, manteniendo a los Grisha delante

de ellos. Nos estaban conduciendo a algún sitio.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Esta es la parte en la que corremos —dijo Nikolai amablemente, pero pude ver el esfuerzo en su cara manchada de tierra.

Echamos a correr a través del bosque, tratando de mantener el ritmo mientras Nikolai iba a toda velocidad entre los árboles. No sabía adonde nos dirigíamos. ¿Hacia el arroyo? ¿La carretera? Había perdido el sentido de la orientación.

Eché un vistazo hacia atrás para contar a los otros y asegurarme de que estábamos juntos. Los Vendavales invocaban en tándem, derribando árboles en el camino de la milicia. Stigg iba tras ellos, lanzando llamaradas. David había conseguido recobrar su mochila de algún modo, y se tambaleaba bajo su peso mientras corría junto a Genya.

—¡Déjala! —chillé, pero si me oyó, me ignoró.

Tolya tenía a Harshaw sobre los hombros, y el peso corpulento del Inferni ralentizaba sus pasos. Un soldado estaba cerca de él, con el sable desenvainado. Tamar subió de un salto a un tronco caído, apuntó con la pistola y disparó. Un segundo más tarde, el hombre se aferró el pecho y cayó en medio de una zancada. Oncat pasó corriendo junto al cuerpo, pisándole los talones a Tolya.

—¿Dónde está Sergei? —grité, justo cuando lo vi algo más atrás, con expresión aturdida. Tamar retrocedió, esquivando árboles que caían y fuego, y lo empujó para que avanzara. No oí lo que le estaba gritando, pero no creía que fuera nada amable.

Tropecé. Mal me cogió del codo y me empujó hacia delante, y después giró para disparar dos veces con su fusil. Tras eso, llegamos a un campo de cebada.

A pesar del calor del sol del atardecer, el campo estaba cubierto de niebla. Corrimos por el suelo pantanoso hasta que Nikolai gritó:

—¡Aquí!

Nos detuvimos en seco, provocando salpicones de tierra. *¿Aquí?* Nos encontrábamos en medio de un campo vacío con nada para cubrirnos salvo la niebla, y una multitud de hombres sedientos de venganza y fortuna pisándonos los talones.

Oí dos silbidos agudos, y el suelo tembló bajo mis pies.

—¡Agarraos! —gritó Nikolai.

—¿A qué? —aullé.

Y entonces comenzamos a subir. Las cuerdas ocuparon su lugar junto a nosotros mientras el propio campo parecía ascender. Alcé la mirada y vi que la niebla se estaba disipando, y una enorme nave flotaba justo sobre nuestras cabezas, con la parte inferior abierta. Era una especie de barcaza, equipada con velas en un extremo y suspendida bajo una enorme cámara de aire alargada.

—¿Qué demonios es eso? —dijo Mal.

—El *Pelícano* —dijo Nikolai—. Bueno, un prototipo del Pelícano. Al parecer el truco estaba en conseguir que el globo no se desinfle.

—¿Y has resuelto ese problemilla?

—En gran parte.

La tierra bajo nosotros cayó, y vi que nos encontrábamos sobre una plataforma que se balanceaba hecha de alguna clase de red metálica. Comenzamos a subir, dos metros sobre el suelo, después cuatro. Una bala rebotó contra el metal.

Ocupamos nuestros puestos al borde de la plataforma, aferrándonos a las cuerdas mientras tratábamos de apuntar a la gente que nos disparaba.

—¡Vamos! —grité—. ¿Por qué no nos alejamos?

Nikolai y Mal intercambiaron una mirada.

—Saben que tenemos a la Santa del Sol —dijo Nikolai. Mal asintió, cogió una pistola y dio a Tolya y Tamar un rápido codazo.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunté, repentinamente asustada.

—No podemos dejar supervivientes —explicó Mal. Después saltó por la borda. Grité, pero él aterrizó rodando y se puso en pie, disparando.

Tolya y Tamar lo siguieron, cortando a los hombres restantes mientras Nikolai y su tripulación trataban de cubrirlos desde arriba. Vi que uno de los hombres se separaba y huía en dirección al bosque. Tolya le metió una bala por la espalda y, antes de que su cuerpo cayera siquiera al suelo, el gigante se giró, y su mano formó un puño que aplastó el corazón de un soldado que se cernía sobre él con un cuchillo en alto.

Tamar cargó directamente contra Ekaterina. Sus hachas destellaron dos veces y la mujer cayó. El moño de la mujer se deshizo junto a su cadáver, unido a una parte del cuero cabelludo. Otro hombre levantó su pistola y apuntó a Tamar, pero Mal enseguida estuvo encima de él y le cortó la garganta sin piedad. *Me he convertido en espada*. Y entonces no quedó nadie, tan solo cadáveres en el campo.

—¡Vamos! —llamó Nikolai mientras la plataforma se elevaba. Lanzó una cuerda. Mal plantó firmemente los pies en el suelo, y sujetó la cuerda para que Tolya y Tamar pudieran trepar. En cuanto los mellizos llegaron a la plataforma, Mal enganchó el tobillo y la muñeca en la cuerda y ellos comenzaron a subirlo.

Entonces vi un movimiento tras él. Un hombre se había levantado del suelo, cubierto de barro y sangre, con el sable extendido frente a él.

—¡Mal! —grité. Pero era demasiado tarde; sus miembros estaban enredados en la cuerda.

El soldado soltó un rugido y atacó. Mal levantó una mano inútil para defenderse.

La luz se reflejó en la hoja del soldado. Su brazo se detuvo a mitad del ataque, y el sable se cayó de entre sus dedos. Entonces su cuerpo se derrumbó, cortado por la mitad como si alguien hubiera trazado una línea casi perfecta desde la parte superior de su cabeza hasta su entrepierna, una línea que emitía un brillante resplandor mientras el hombre caía en pedazos.

Mal levantó la mirada. Yo estaba de pie al borde de la plataforma, con los ojos todavía relucientes por el poder del Corte. Me tambaleé, y Nikolai tiró de mí antes de que pudiera caer por la borda. Me liberé de él y corrí hasta el otro extremo de la plataforma para vomitar por el otro lado.

Me aferré al frío metal, sintiéndome como una cobarde. Mal y los mellizos habían entrado en la batalla para asegurarse de que el Oscuro no supiera nuestra localización. No habían dudado. Habían matado con implacable eficiencia. Yo había segado una vida y estaba aovillada como una cría, limpiándome el vómito del labio.

Stigg envió un fuego que lamió los cuerpos del campo. No me había detenido a pensar que un cuerpo partido por la mitad delataría mi presencia tanto como un informante.

Unos momentos después, la plataforma subió hasta la parte inferior del *Pelícano* y emprendimos la marcha. Cuando emergimos a cubierta, el sol se reflejaba a babor mientras ascendíamos entre las nubes. Nikolai gritaba órdenes. Unos Vendavales controlaban el gigantesco globo, mientras otro llenaba las velas de aire. Los Agitamareas cubrían de niebla la base de la nave para que no nos vieran desde tierra. Reconocí a algunos de los Grisha rebeldes de cuando Nikolai se había disfrazado de Sturmhond y Mal y yo habíamos sido prisioneros en su barco.

Aquella nave era más grande y menos grácil que el *Colibrí* o el *Reyezuelo*. Pronto descubrí que lo habían construido para transportar mercancía; cargamentos de armas zemeni con las que Nikolai traficaba por las fronteras del norte y del sur, y a veces a través de la Sombra. No estaba hecha de madera, sino de alguna sustancia muy ligera creada por Hacedores que emocionó mucho a David. Se tumbó en la cubierta para ver mejor, golpeando aquí y allá.

—Es alguna clase de resina curada, pero está reforzada con… ¿fibra de carbono?

—Cristal —señaló Nikolai, con aspecto de estar muy complacido por el entusiasmo de David.

—¡Más flexible! —exclamó David, casi extático.

—¿Qué puedo decir? —dijo Genya secamente—. Es un hombre apasionado.

La presencia de la chica me preocupaba un poco, pero Nikolai no la había visto herida, y no pareció reconocerla. Circulé con Nadia entre nuestros Grisha, recordándoles en susurros que no utilizaran su nombre real.

Un tripulante me ofreció una taza de agua fresca para que pudiera enjuagarme la boca y lavarme la cara y las manos. La acepté con las mejillas ardiendo, avergonzada por la exhibición en la plataforma.

Cuando terminé, puse los codos sobre la barandilla y miré entre la niebla el paisaje que había abajo; los campos pintados de los colores rojo y dorado del otoño, el brillo azul grisáceo de las ciudades fluviales y sus puertos desbordados. El absurdo poder de Nikolai era tan grande que apenas había pensado dos veces en el hecho de que estábamos volando. Había estado a bordo de navíos más pequeños, y prefería el Pelícano sin lugar a dudas. Había algo majestuoso en él. A lo mejor no era capaz de llegar a los sitios con rapidez, pero tampoco se volcaría fácilmente.

Había pasado de estar a kilómetros bajo tierra a estar a kilómetros sobre la superficie. Apenas era capaz de creérmelo, que Nikolai nos hubiera encontrado, que se encontrara a salvo, que todos estuviéramos allí. Una oleada de alivio me invadió,

haciendo que se me humedecieran los ojos.

—Primero vómito, y después lágrimas —dijo Nikolai, acercándose a mí—. No me digas que he perdido el toque.

—Tan solo me alegro de que estés vivo —dije, pestañeando rápidamente para secarme los ojos—. Aunque estoy segura de que podrás conseguir que la cosa cambie.

—Yo también me alegro de verte. Corría el rumor de que estabas bajo tierra, pero más bien parecía que te hubieras desvanecido por completo.

—La sensación era de haber sido enterrada viva.

—¿Sigue ahí el resto de tu grupo?

—Solo estamos nosotros.

—¿No querrás decir que…?

—Esto es todo lo que queda del Segundo Ejército. El Oscuro tiene a sus Grisha y tú tienes a los tuyos, pero… —Dejé de hablar.

Nikolai inspeccionó la cubierta. Mal y Tolya estaban sumidos en una conversación con un miembro de la tripulación de Nikolai, ayudando a atar cuerdas y maniobrar con una vela. Alguien había encontrado una chaqueta para Mal, pero seguían faltándole las botas. David estaba pasando las manos por la cubierta, como si estuviera tratando de desaparecer en ella. Los demás habían formado grupos pequeños: Genya estaba con Nadia y los demás Etherealki. Stigg había tenido que quedarse con Sergei, que se desplomó sobre la cubierta, con la cabeza enterrada entre las manos. Tamar se estaba ocupando de las heridas de Harshaw mientras Oncat le clavaba las garras en la pierna, con el pelo erizado. Era evidente que a la gata no le gustaba volar.

—Todo lo que queda —repitió Nikolai.

—Un Sanador eligió permanecer bajo tierra. —Tras un largo minuto, pregunté—: ¿Cómo nos has encontrado?

—En realidad, no lo he hecho. Las milicias han estado saqueando nuestras rutas de contrabando. No podía permitirme perder otro cargamento, así que fui tras Luchenko. Entonces vimos a Tamar en la plaza, y cuando nos dimos cuenta de que el campamento que iban a atacar era el vuestro, pensé: ¿por qué no ir a por la chica…?

—¿Y las armas?

Él sonrió.

—Exacto.

—Gracias a los Santos que tuvimos la previsión de dejarnos atrapar.

—Estuvo muy bien pensado por vuestra parte. Os alabo.

—¿Cómo se encuentran el Rey y la Reina?

Él resopló y dijo:

—Bien. Aburridos. No tienen mucho que hacer. —Se ajustó el cuello del abrigo—. La pérdida de Vasily fue un golpe muy duro.

—Lo siento —dije. En realidad, no había pensado demasiado en el hermano

mayor de Nikolai.

—Se lo había buscado, pero me sorprende decir que yo también lo siento.

—Necesito saberlo… ¿lograste rescatar a Baghra?

—Con muchas dificultades y escasos agradecimientos. Ya podrías haberme advertido sobre ella.

—Es un encanto, ¿verdad?

—Es una peste. —Extendió el brazo y me cogió un mechón de pelo blanco—. Una elección muy audaz.

Me puse los mechones sueltos tras la oreja, algo cohibida.

—Es la moda bajo tierra.

—¿Ah, sí?

—Sucedió durante la batalla. Esperaba que fuera a recuperar su color, pero parece ser permanente.

—Mi primo Ludovic se despertó con un mechón blanco en el pelo después de estar a punto de morir en un incendio. Aseguraba que las damas lo encontraban muy elegante. Por supuesto, también aseguraba que el incendio lo originaron unos fantasmas, así que quién sabe.

—Pobre primo Ludovic.

Nikolai se reclinó sobre la barandilla y examinó el globo suspendido sobre nosotros. Al principio había supuesto que era de lona, pero ahora pensaba que podría ser seda cubierta de goma.

—Alina… —comenzó. Estaba tan poco acostumbrada a verlo cohibido que me llevó un momento darme cuenta de que estaba buscando las palabras—. Alina, la noche que atacaron el palacio, sí que regresé.

¿Era eso lo que le preocupaba? ¿Que pensara que me había abandonado?

—Jamás lo dudé. ¿Qué viste?

—Los terrenos estaban a oscuras cuando llegué, y algunos lugares se habían incendiado. Vi los platos de David destrozados sobre el tejado y el jardín del Pequeño Palacio. La capilla se había derrumbado, y había *nichevo'ya* por todas partes. Pensaba que íbamos a meternos en líos, pero no miraron dos veces al Reyezuelo.

Era lógico que no lo hicieran, no con su amo atrapado y moribundo bajo una montaña de escombros.

—Esperaba que hubiera alguna forma de recuperar el cuerpo de Vasily —dijo—. Pero no sirvió de nada; todo el lugar estaba infestado. ¿Qué sucedió?

—Los *nichevo'ya* atacaron el Pequeño Palacio. Para cuando yo llegué, ya habían derribado uno de los platos. —Clavé la uña en la barandilla, formando una pequeña media luna—. No tuvimos ninguna oportunidad.

No quería pensar en el vestíbulo principal lleno de sangre, en los cuerpos desperdigados por el tejado, el suelo y las escaleras; pilas quebradas de azul, rojo y púrpura.

—¿Y el Oscuro?

—Traté de matarlo.

—Como es lógico.

—Matándome a mí.

—Ya veo.

—Derrumbé la capilla —dije.

—Tú…

—Bueno, lo hicieron los *nichevo'ya*, siguiendo mis órdenes.

—¿Puedes darles órdenes?

Podía verlo calculando una posible ventaja. Siempre sería un estratega.

—No te emociones —dije—. Tuve que crear mis propios *nichevo'ya* para hacerlo. Y tuve que estar en contacto directo con el Oscuro.

—Oh —dijo con aire sombrío—. Pero ¿cuando encuentres al pájaro de fuego…?

—No estoy segura —admití—, pero… —Dudé. Nunca había expresado aquel pensamiento en voz alta. Entre los Grisha, se hubiera considerado herejía. Sin embargo, quería decir las palabras, quería que Nikolai las escuchara. Esperaba que pudiera comprender la ventaja que obtendríamos, incluso aunque no pudiera comprender la sed que me dirigía—. Creo que podría crear mi propio ejército.

—¿Soldados de luz?

—Esa es la idea.

Nikolai me estaba observando, y me di cuenta de que estaba escogiendo sus palabras cuidadosamente.

—Una vez me dijiste que el *merzost* no es como la Pequeña Ciencia, que conlleva un alto precio. —Asentí con la cabeza—. ¿Cómo de alto, Alina?

Pensé en el cuerpo de una chica aplastada bajo un plato espejado, con las gafas torcidas, en Marie destrozada entre los brazos de Sergei, en Genya encogiéndose en su chal. Pensé en los muros de la iglesia, como trozos de pergamino ensangrentado, llenos de los nombres de los muertos. Sin embargo, una furia honesta no era lo único que me guiaba. Era mi necesidad por el pájaro de fuego, controlada, pero siempre ardiente.

—No importa —respondí firmemente—. Lo pagaré.

Nikolai lo sopesó, y después dijo:

—Muy bien.

—¿Eso es todo? ¿Nada de sabias palabras? ¿Nada de advertencias funestas?

—Por todos los Santos, Alina. Espero que no me estuvieras buscando para ser la voz de la razón. Sigo una estricta dieta de imprudente entusiasmo y sincero arrepentimiento. —Hizo una pausa, y su sonrisa se desvaneció—. Pero de verdad que siento lo de los soldados que has perdido, y no haber hecho más aquella noche.

Bajo nosotros, pude ver los comienzos de la blanca extensión del permafrost y, más allá, la forma de las montañas en la distancia.

—¿Qué podías haber hecho, Nikolai? Tan solo habrías acabado muerto. Todavía podrías acabar muerto.

Eran palabras duras, pero era cierto. Contra los soldados de sombras del Oscuro, todo el mundo estaba prácticamente indefenso, sin importar la astucia o los recursos que tuvieran.

—Nunca se sabe —replicó Nikolai—. He estado ocupado. Puede que todavía me queden algunas sorpresas para el Oscuro.

—Por favor, dime que tu plan es disfrazarte de volcra y salir de una tarta.

—Bueno, pues me has arruinado la sorpresa. —Se apartó de la barandilla—. Tenemos que atravesar la frontera.

—¿La frontera?

—Vamos hacia Fjerda.

—Ah, qué bien. Territorio enemigo. Y yo que estaba comenzando a relajarme.

—Estos son mis cielos —dijo Nikolai con un guiño. Después se alejó por la cubierta, silbando una melodía desafinada y familiar.

Lo había echado de menos. Su forma de hablar. Su forma de enfrentarse a un problema. Su forma de llevar la esperanza a dondequiera que fuera. Por primera vez en meses, sentí que el nudo de mi pecho se aflojaba.

Pensaba que en cuanto cruzáramos la frontera nos dirigiríamos hacia la costa, o tal vez incluso a Ravka Occidental, pero pronto nos desviamos hacia la cordillera montañosa que había visto antes. De mis días como cartógrafa sabía que eran los picos norteños de las Sikurzoi, la cordillera que se extendía entre las fronteras del sur y del este de Ravka. Los fjerdanos las llamaban las «Elbjen», los codos, aunque según nos acercábamos era difícil saber por qué. Eran enormes y cubiertas de nieve, todas hielo blanco y roca gris. A su lado, las Petrazoi parecerían diminutas. Si aquello eran codos, no quería saber a qué estaban unidas.

Nos elevamos más. El aire se volvió helado mientras atravesábamos la gruesa capa de nubes que ocultaba los picos más escarpados. Cuando salimos de ella, solté un jadeo, sobrecogida. Allí, las pocas cimas de las montañas lo suficientemente altas como para atravesar las nubes, parecían flotar como islas en un mar blanco. La más alta parecía estar sujeta por unos enormes dedos de escarcha y, mientras trazábamos un arco a su alrededor, me pareció ver formas en el hielo. Una estrecha escalera de piedra subía en zigzag por un lado del acantilado. ¿Qué lunático podría emprender esa subida? ¿Y con qué posible propósito?

Rodeamos la montaña, acercándonos más y más a la roca. Justo cuando estaba a punto de soltar un grito de pánico, viramos bruscamente a la derecha. De pronto, nos encontramos entre dos paredes congeladas. El Pelícano giró y entramos en un hangar de piedra que reverberaba.

Nikolai había estado verdaderamente ocupado. Nos apiñamos junto a la barandilla, mirando el frenético ajetreo a nuestro alrededor. Había otros tres navíos en el hangar: una segunda gabarra de carga como el *Pelícano*, el elegante *Reyezuelo*, y otro barco similar que llevaba el nombre *Avetoro*.

—Es una especie de garza —explicó Mal, poniéndose un par de botas prestadas

—. Son más pequeños y escurridizos.

Como el *Reyezuelo*, el *Avetoro* tenía cascos dobles, aunque eran más planos y anchos en la base, y estaban equipados con lo que parecían trineos.

La tripulación de Nikolai lanzó unas cuerdas por la barandilla del *Pelícano*, y los trabajadores corrieron hacia ellas para atraparlas. Tiraron de ellas para tensarlas y las ataron a unos ganchos de acero que había en las paredes y el suelo del hangar. Aterrizamos con un golpe y un chirrido ensordecedor mientras el casco arañaba la piedra.

David frunció el ceño en señal de desaprobación.

—Demasiado peso.

—A mí no me mires —dijo Tolya.

En cuanto nos detuvimos, Tolya y Tamar saltaron por la barandilla, saludando a los tripulantes y trabajadores que debían de haber reconocido de su tiempo a bordo del *Volkvolny*. Los demás aguardamos a que bajaran la pasarela, y después abandonamos la gabarra.

—Impresionante —dijo Mal. Yo sacudí la cabeza, maravillada.

—¿Cómo lo hace?

—¿Queréis saber mi secreto? —preguntó Nikolai tras nosotros, y los dos saltamos. Se inclinó hacia delante, miró de izquierda a derecha, y susurró en alto—: Tengo un *montón* de dinero. —Yo puse los ojos en blanco—. No, en serio —protestó —. Un montón de dinero.

Nikolai dio órdenes a los estibadores que aguardaban para que iniciaran las reparaciones, y después condujo a nuestro grupo harapiento de ojos muy abiertos hasta una puerta en la roca.

—Entrad todos —dijo. Confusos, nos metimos en la pequeña habitación rectangular cuyas paredes parecían estar hechas de hierro. Nikolai cerró la puerta corredera.

—Me estás pisando el pie —se quejó Zoya, malhumorada, pero todos estábamos tan apretados que era difícil decir con quién estaba enfadada.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Nikolai bajó una palanca, y todos soltamos un grito colectivo cuando la habitación comenzó a subir con rapidez, llevándose mi estómago con ella.

Nos detuvimos de pronto. Mis tripas volvieron a caer hasta mis pies, y la puerta se abrió deslizándose. Nikolai salió al exterior, doblándose de risa.

—Nunca me canso de verlo.

Salimos de la caja tan rápido como pudimos, todos, a excepción de David, que se quedó atrás toqueteando el mecanismo de la palanca.

—Ten cuidado —dijo Nikolai—. La bajada es más movida que la subida.

Genya cogió a David del brazo y tiró de él para sacarlo de ahí.

—Por todos los Santos —solté—. Había olvidado todas las veces que me entran ganas de apuñalarte.

—Entonces, ¡no he perdido mi toque! —Echó un vistazo a Genya y dijo en voz baja—: ¿Qué le ha pasado a esa chica?

—Una larga historia —dije evasivamente—. Por favor, dime que hay escaleras. Preferiría quedarme aquí permanentemente que volver a subirme a esa cosa.

—Por supuesto que hay escaleras, pero son menos entretenidas. Y en cuanto hayas subido y bajado los cuatro pisos unas cuantas veces, verás que eres mucho más abierta de mente.

Estaba a punto de llevarle la contraria, pero las palabras murieron en mi lengua cuando eché un buen vistazo a mi alrededor. Si el hangar había sido impresionante, aquello era simplemente milagroso.

Era la habitación más grande en la que hubiera entrado jamás; dos o tal vez tres veces más grande que la sala abovedada del Pequeño Palacio. Me di cuenta de que ni siquiera era una habitación. Estábamos en la cima de una montaña vaciada por dentro. Ya comprendía lo que había visto cuando nos acercábamos a bordo del Pelícano. Los dedos de escarcha eran en realidad enormes columnas de bronce con formas de personas y criaturas. Se alzaban sobre nosotros, soportando enormes paneles de cristal desde los que se veía el océano de nubes de abajo. El cristal era tan transparente que otorgaba al lugar una inquietante sensación de amplitud, como si pudiera entrar una ráfaga de viento y arrastrarme hacia la nada que había más allá. El corazón comenzó a latirme con fuerza.

—Respira hondo —indicó Nikolai—. Puede ser abrumador al principio.

La habitación estaba llena de gente. Algunos se encontraban en grupos junto a unas mesas de dibujo y trozos de maquinaria. Otros estaban marcando cajas de suministros en una especie de almacén improvisado. Otra zona se había apartado para el entrenamiento; y los soldados luchaban con unas espadas sin filo mientras otros invocaban viento de Vendaval o llamas de Inferni. A través del cristal vi unas terrazas que sobresalían en cuatro direcciones, picos gigantes como las puntas de una brújula: norte, sur, este y oeste. Dos se habían reservado para las prácticas de tiro. Era difícil no compararlas con las cavernas húmedas y aisladas de la Catedral Blanca. Allí, todo hervía de vida y esperanza. Todo llevaba el sello de Nikolai.

—¿Qué es este lugar? —pregunté mientras lo cruzábamos lentamente.

—Originariamente era un lugar de peregrinaje, cuando las fronteras de Ravka se extendían más hacia el norte —explicó Nikolai—. El Monasterio de Sankt Demyan.

Sankt Demyan de la Escarcha. Al menos, eso explicaba la serpenteante escalera que habíamos visto. Solo la fe o el miedo podían hacer que alguien subiera por ahí. Recordaba la página de Demyan del *Istorii Sankt'ya*. Había realizado alguna clase de milagro cerca de la frontera norteña, y estaba bastante segura de que lo habían matado lapidándolo.

—Hace unos cuantos cientos de años, lo convirtieron en un observatorio —continuó Nikolai, y señaló un pesado telescopio de latón situado en el uno de los nichos de cristal—. Lleva más de un siglo abandonado. Oí hablar de él durante la

campaña de Halmhend, pero tardé en encontrarlo. Ahora simplemente lo llamamos «la Rueca».

Entonces me di cuenta de que las columnas de bronce eran constelaciones: el Cazador con su arco preparado, el Erudito inclinado y estudiando, los Tres Hijos Insensatos, apiñados juntos, tratando de compartir un mismo abrigo. El Tesorero, El Oso, el Mendigo. La Doncella Esquilada, aferrada a su aguja de hueso. Eran doce en total: los radios de la Rueca.

Tuve que inclinar el cuello muy hacia atrás para ver la cúpula de cristal que había en las alturas, sobre nosotros. El sol se estaba poniendo, y a través de ella podía ver el cielo volviéndose de un exuberante y profundo color azul. Si entrecerraba los ojos, podía distinguir una estrella de doce puntas en el centro de la cúpula.

—Hay mucho cristal —susurré, girando la cabeza.

—Pero no hay escarcha —señaló Mal.

—Tuberías calientes —dijo David—. Están en el suelo. Y probablemente también incrustadas en las columnas.

Sí que hacía más calor en aquella habitación. Todavía hacía el frío suficiente como para no querer separarme del abrigo ni de mi gorro, pero mis pies estaban cálidos en mis botas.

—Hay calderas bajo nosotros —explicó Nikolai—. Todo el lugar se alimenta de nieve fundida y vapor. El problema es el combustible, pero he estado acumulando carbón.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Dos años. Comenzamos con las reparaciones cuando hice que convirtieran las cavernas inferiores en hangares. No es un lugar ideal para las vacaciones, pero a veces necesitas alejarte.

Me sentía impresionada, pero también nerviosa. Estar con Nikolai siempre era así, observarlo moviéndose y cambiando, revelando secretos. Me recordaba a las muñecas de madera que se metían una dentro de otra con las que jugaba de pequeña. La diferencia era que en lugar de volverse más pequeño, se volvía cada vez más grande y más misterioso. Al día siguiente probablemente me dijera que se había construido un palacio de recreo en la luna. *Es difícil llegar, pero menudas vistas*.

—Examinad el lugar —nos dijo—. Familiarizaos con él. Nevsky está descargando mercancía en el hangar, y yo tengo que ocuparme de las reparaciones del casco.

Recordaba a Nevsky. Había sido un soldado del viejo regimiento de Nikolai, el Vigésimo Segundo, y no le gustaban demasiado los Grisha.

—Me gustaría ver a Baghra —dije.

—¿Estás segura?

—Para nada.

—Te llevaré con ella. Será una buena práctica por si alguna vez tengo que llevar a alguien a la horca. Y en cuanto hayas tenido tu castigo, Oretsev y tú podéis venir a

cenar conmigo.

—Gracias —dijo Mal—, pero debería encargarme de equipar nuestra expedición para buscar al pájaro de fuego.

Había habido un tiempo, no mucho antes, en el que Mal se hubiera enfadado al pensar en dejarme a solas con el Príncipe Perfecto, pero Nikolai tuvo el buen sentido de no mostrar sorpresa.

—Por supuesto. Enviaré a Nevsky a por ti cuando acabe. También podrá ayudaros con vuestras habitaciones. —Le dio una palmada en el hombro a Mal—. Me alegra verte, Oretsev.

La sonrisa que Mal le devolvió era sincera.

—A mí también. Gracias por el rescate.

—Todo el mundo necesita una afición.

—Pensaba que la tuya era pavonearte.

—Dos aficiones.

Se dieron la mano brevemente, y después Mal hizo una reverencia y se alejó con el grupo.

—¿Debería ofenderme porque no quiera cenar con nosotros? —preguntó Nikolai —. Mi mesa es excelente, y rara vez babeo.

No quería hablar del tema.

—Baghra —insistí.

—Estuvo impresionante en ese campo de cebada —continuó Nikolai, tomándome del codo para conducirme de vuelta por el camino por donde habíamos venido—. Nunca lo había visto mejor con la espada y el fusil.

Recordé lo que había dicho el Apparat: *Los hombres luchan por Ravka porque el Rey se lo ordena*. Mal siempre había sido un rastreador muy talentoso, pero había sido soldado porque todos éramos soldados, porque no tenía elección. ¿Por qué luchaba ahora? Lo recordé saltando de la plataforma, rajando la garganta del soldado con su cuchillo. *Me he convertido en espada*.

Me encogí de hombros, deseosa de cambiar de tema.

—No hay mucho que hacer bajo tierra, salvo entrenar.

—Se me ocurren algunas formas más interesantes de pasar el tiempo.

—¿Se supone que eso es una indirecta?

—Qué mente tan sucia tienes. Me refería a hacer puzles y leer atentamente textos edificantes.

—No voy a volver a esa caja de hierro —dije mientras nos acercábamos a la puerta en la roca—. Así que será mejor que me estés llevando hasta las escaleras.

—¿Por qué todo el mundo dice eso siempre?

Solté un suspiro de alivio mientras bajamos por unos escalones de piedra anchos y deliciosamente inmóviles. Nikolai me condujo por un pasadizo curvado y yo me quité el abrigo, comenzando a sudar. El piso que se encontraba justo debajo del observatorio estaba considerablemente más cálido, y mientras pasábamos junto a una

ancha puerta vislumbré un laberinto de calderas que brillaban y siseaban en la oscuridad. Incluso Nikolai, siempre impoluto, tenía una fina capado sudor en sus elegantes facciones.

Estaba claro que nos dirigíamos al refugio de Baghra, que no parecía ser capaz de mantener el calor. Me pregunté si era porque rara vez utilizaba su poder. Desde luego, yo no había sido capaz de sacudirme el frío de la Catedral Blanca.

Nikolai se detuvo frente a una puerta de hierro.

—Última oportunidad para correr.

—Adelante —dije—. Sálvate tú.

Él suspiró.

—Recuérdame como un héroe.

Dio unos ligeros golpes en la puerta y entramos. Tuve la desconcertante sensación de que habíamos entrado en la cabaña de Baghra en el Pequeño Palacio. Estaba ahí sentada, apiñada junto a la estufa de azulejos, vestida con la misma *kefta* desteñida, y la mano sobre el bastón con el que me había golpeado con tanto placer. El mismo sirviente le estaba leyendo, y sentí un pinchazo de vergüenza al darme cuenta de que ni siquiera había preguntado si el chico había logrado salir de Os Alta. Nikolai se aclaró la garganta, y él se apartó.

—Baghra —dijo Nikolai—, ¿cómo te encuentras hoy?

—Todavía vieja y ciega —gruñó ella.

—Y encantadora —señaló lentamente Nikolai—. No te olvides de «encantadora».

—Cachorro.

—Arpía.

—¿Qué es lo que quieres, bicho?

—Te he traído a alguien de visita —dijo Nikolai, dándome un empujón.

¿Por qué me sentía tan nerviosa?

—Hola, Baghra —logré decir. Ella hizo una pausa y se quedó inmóvil.

—La pequeña Santa —murmuró—. Ha vuelto para salvarnos a todos.

—Bueno, estuvo a punto de morir tratando de librarnos de tu maldito hijo —señaló Nikolai con ligereza. Pestañeé. Así que Nikolai sabía que Baghra era la madre del Oscuro.

—Ni siquiera has podido hacer bien el martirio, ¿eh? —Baghra me hizo un gesto para que entrara—. Entra y cierra la puerta, niña. Se está escapando el calor. —Sonreí ante las familiares palabras—. Y tú —escupió en dirección a Nikolai—, vete donde alguien te quiera.

—Eso me da muchas opciones —dijo—. Alina, volveré para recogerte a la hora de la cena, pero si te sientes nerviosa, siéntete libre para salir gritando de aquí o apuñalarla. Lo que mejor te parezca.

—¿Todavía sigues aquí? —soltó Baghra.

—Me voy, pero espero seguir en tu corazón —replicó él solemnemente. Después guiñó un ojo y desapareció.

—Desgraciado.
—Te cae bien —dije con incredulidad.
Baghra frunció el ceño.
—Es codicioso. Arrogante. Se arriesga demasiado.
—Casi pareces preocupada.
—A ti también te cae bien, pequeña Santa —señaló ella lascivamente.
—Sí —admití—. Ha sido amable cuando podría haber sido cruel. Es refrescante.
—Se ríe demasiado.
—Hay cosas peores.
—¿Como discutir con tus mayores? —gruñó, y dio un golpe en el suelo con su bastón—. Chico, ve a traerme algo dulce.
El sirviente se puso en pie de un salto y soltó su libro. Lo detuve mientras se apresuraba a pasar a mi lado en dirección a la puerta.
—Un momento —dije—. ¿Cómo te llamas?
—Misha —respondió. Necesitaba desesperadamente un corte de pelo, pero por lo demás parecía estar perfectamente.
—¿Cuántos años tienes?
—Ocho.
—Siete —soltó Baghra.
—Casi ocho —admitió él.
Era pequeño para su edad.
—¿Me recuerdas?
El estiró el brazo, vacilante, me tocó las astas del cuello y asintió solemnemente.
—Sankta Alina —jadeó. Su madre le había enseñado que yo era una Santa, y al parecer el desdén de Baghra no lo había convencido de lo contrario—. ¿Sabéis dónde está mi madre? —preguntó.
—No lo sé. Lo siento. —Ni siquiera pareció sorprendido. Tal vez esa era la respuesta que esperaba—. ¿Qué tal estás por aquí? —Sus ojos se desviaron hacia Baghra, y después volvieron a mí—. No pasa nada. Sé sincero.
—No hay nadie con quién jugar.
Sentí una punzada de dolor al recordar los solitarios días en Keramzin antes de que Mal llegara, los huérfanos mayores que no tenían mucho interés en otra refugiada flacucha.
—Eso podría cambiar pronto. Hasta entonces, ¿te gustaría aprender a luchar?
—Los sirvientes no tienen permitido luchar —dijo, pero me di cuenta de que le gustaba la idea.
—Soy la Invocadora del Sol, y tienes mi permiso. —Ignoré el resoplido de Baghra—. Si vas a buscar a Malyen Oretsev, él se encargará de conseguirte una espada de práctica.
Antes de que pudiera pestañear, el niño salió de la habitación, prácticamente tropezando con sus propios pies a causa de la emoción.

—¿Y su madre? —pregunté cuando se fue.

—Era una sirvienta del Pequeño Palacio —dijo Baghra, ajustándose más el chal —. Es posible que sobreviviera, pero no hay forma de saberlo.

—¿Cómo lo lleva él?

—¿Tú qué crees? Nikolai tuvo que arrastrarlo mientras gritaba a ese barco infernal. Aunque a lo mejor era solo sentido común. Al menos, ahora no llora tanto.

Moví el libro para sentarme junto a ella y eché un vistazo al título. Parábolas religiosas… pobre niño. Después volví a dirigir mi atención hacia Baghra. Había ganado algo de peso, y se sentaba más recta en su silla. Salir del Pequeño Palacio le había hecho bien, aunque hubiera encontrado otra cueva cálida donde ocultarse.

—Tienes mejor aspecto.

—No tengo forma de saberlo —dijo amargamente—. ¿Decías en serio lo que le has dicho a Misha? ¿Estás pensando en traer aquí a los estudiantes?

Los niños de la escuela Grisha de Os Alta habían sido evacuados a Keramzin, junto con sus profesores y Botkin, mi antiguo instructor de combate. Su seguridad me había estado preocupando durante meses, y ahora me encontraba en posición de hacer algo al respecto.

—Si Nikolai acepta cobijarlos en la Rueca, ¿considerarías enseñarles?

—Hum… —dijo frunciendo el ceño—. Alguien tiene que hacerlo. Quién sabe las porquerías que habrán estado aprendiendo con esa gente.

Sonreí. Desde luego, era un progreso. Pero mi sonrisa se desvaneció cuando Baghra me golpeó en la rodilla con su bastón.

—¡Au! —chillé. La puntería de la mujer era asombrosa.

—Dame las muñecas.

—No tengo el pájaro de fuego. —Ella volvió a levantar el bastón, pero yo me aparté—. Vale, vale. —Cogí su mano y la puse sobre mi muñeca desnuda. Mientras ella toqueteaba hasta casi llegar al codo, pregunté—: ¿Cómo sabe Nikolai que eres la madre del Oscuro?

—Me lo preguntó. Es mucho más observador de lo que sois los demás insensatos.

Debió de sentirse satisfecha de comprobar que no estaba ocultando de algún modo el tercer amplificador, porque me soltó la muñeca con un gruñido.

—¿Y se lo dijiste sin más?

Ella suspiró.

—Esos son los secretos de mi hijo —dijo con cansancio—. No es mi trabajo seguir guardándolos. —Se reclinó sobre su silla—. Así que una vez más has fracasado al intentar matarlo.

—Sí.

—No puedo decir que lo sienta. En el fondo, yo soy incluso más débil que tú, pequeña Santa.

Dudé, y después solté:

—Utilicé el *merzost*.

Sus ojos en sombras se abrieron de golpe.

—¿Que *qué*?

—No… no lo hice sola. Utilicé la conexión entre nosotros, la que creó el collar, para controlar el poder del Oscuro. Creé *nichevo'ya*.

Las manos de Baghra me buscaron las mías, y me aferró las muñecas dolorosamente.

—No debes hacer eso, niña. No debes jugar con esa clase de poder. Eso es lo que creó la Sombra. Solo puede salir miseria de él.

—Tal vez no tenga elección, Baghra. Conocemos la localización del pájaro de fuego, o al menos eso creemos. En cuanto lo encontremos…

—Sacrificarás otra vida ancestral en beneficio de tu propio poder.

—Quizás no —protesté débilmente—. Mostré misericordia al ciervo. A lo mejor el pájaro de fuego no tiene que morir.

—Escúchate. Esto no es una historia infantil. El ciervo tuvo que morir para que reclamaras su poder. El pájaro de fuego no es distinto, y esta vez la sangre estará en tus manos. —Soltó su risotada grave y lastimera—. La idea no te preocupa tanto como debería, ¿verdad, niña?

—No —admití.

—¿No te preocupa lo mucho que hay que perder? ¿El daño que podrías causar?

—Sí —dije miserablemente—. Claro que sí. Pero me estoy quedando sin opciones, y aunque no fuera así…

Me soltó las manos.

—Lo buscarías igualmente.

—No lo negaré. Quiero el pájaro de fuego. Quiero el poder combinado de los amplificadores. Pero eso no cambia el hecho de que ningún ejército humano puede enfrentarse a los soldados de sombras del Oscuro.

—Abominación contra abominación.

Si eso era lo que hacía falta. Demasiado se había perdido como para dar la espalda a cualquier arma que pudiera hacerme lo bastante fuerte como para ganar aquella batalla. Con o sin la ayuda de Baghra, encontraría la forma de utilizar el *merzost*.

Dudé.

—Baghra, he leído los cuadernos de Morozova.

—¿Ah, sí? ¿Te parecieron una lectura estimulante?

—No, me parecieron exasperantes.

Para mi sorpresa, ella se rio.

—Mi hijo leía esas páginas como si fueran órdenes divinas. Debió de leerlos enteros un millar de veces, cuestionando cada palabra. Comenzó a pensar que había códigos ocultos en el texto. Sostuvo las páginas sobre el fuego en busca de tinta invisible. Al final, acabó maldiciendo el nombre de Morozova.

Al igual que yo. Tan solo persistía la obsesión de David, que casi había

conseguido que lo mataran aquel día, cuando había insistido en llevar con él su mochila.

Odiaba preguntarlo, odiaba incluso expresar la posibilidad en palabras, pero me obligué a hacerlo.

—¿Hay alguna…? ¿Hay alguna posibilidad de que Morozova dejara el ciclo inconcluso? ¿Hay alguna posibilidad de que no llegara a crear el tercer amplificador?

Permaneció en silencio durante un rato, con expresión distante, y su mirada ciega clavada en algo que yo no podía ver.

—Morozova jamás podría haber dejado eso inconcluso —dijo con suavidad—. No era su estilo.

Había algo en sus palabras que me erizó el vello de los brazos. Un recuerdo acudió a mí: Baghra poniendo sus manos sobre el collar de mi cuello en el Pequeño Palacio. *Me hubiera gustado ver a su ciervo.*

—Baghra…

Una voz llegó desde la puerta:

—Moi soverenyi.

Levanté la vista y miré a Mal, molesta por la interrupción.

—¿Qué pasa? —pregunté, reconociendo la agudeza que acudía a mi voz siempre que algo tenía que ver con el pájaro de fuego.

—Hay un problema con Genya —dijo—. Y el Rey.

CAPÍTULO 7

e puse en pie rápidamente.

—¿Qué ha pasado?

—A Sergei se le escapó su nombre real. Parece que las alturas le sientan tan bien como las cuevas.

Lancé un gruñido de frustración. Genya había jugado un papel clave en el plan del Oscuro para derrocar al Rey. Había tratado de ser paciente con Sergei, pero ahora había puesto a Genya en peligro, y también nuestra posición con Nikolai.

Baghra estiró el brazo y agarró el tejido de mis pantalones, señalando a Mal.

—¿Quién es ese?

—El capitán de mi guardia.

—¿Es Grisha?

Fruncí el ceño.

—No, *otkazat'sya*.

—Parece…

—Alina —dijo Mal—. Están yendo a llevársela en este momento.

Aparté los dedos de Baghra de mí.

—Tengo que irme. Le diré a Misha que vuelva contigo.

Me apresuré a salir de la habitación, cerré la puerta detrás de mí, y Mal y yo corrimos hacia las escaleras, subiéndolas de dos en dos.

El sol se había puesto hacía mucho, y las lámparas de la Rueca estaban encendidas. En el exterior, vislumbré estrellas que emergían por encima del banco de nubes. Un grupo de soldados con brazaletes azules se encontraba junto a la zona de entrenamiento y parecían estar a un par de segundos de disparar a Tolya y Tamar. Sentí una oleada de orgullo al ver a mis Etherealki en formación tras los mellizos, protegiendo a Genya y a David. Sergei no se encontraba por ninguna parte. Eso probablemente era bueno, porque no tenía tiempo para darle la paliza que se merecía.

—¡Está aquí! —gritó Nadia cuando nos vio. Yo fui directamente hacia Genya.

—El Rey está esperando —dijo uno de los guardias.

—Pues que espere —soltó Zoya, para mi sorpresa.

Puse un brazo alrededor de los hombros de Genya, para apartarla un poco. Estaba temblando.

—Escúchame —dije, alisándole el pelo—. Nadie va a hacerte daño. ¿Lo comprendes?

—Es el *Rey*, Alina.

Oí el terror de su voz.

—Ya no es el rey de nada —le recordé, hablando con una confianza que no sentía. Aquello podía ponerse muy feo, y muy rápido, pero no había forma de evitarlo —. Debes enfrentarte a él.

—Me va a ver… caída en desgracia de este modo…

La obligué a mirarme a los ojos.

—No has caído en desgracia. Desafiaste al Oscuro para darme la libertad, y no voy a permitir que te arrebaten la tuya.

Mal se acercó a nosotros.

—Los guardias se están poniendo nerviosos.

—No puedo hacer esto —dijo Genya.

—Sí puedes.

Mal puso una mano sobre su hombro con amabilidad.

—Estamos contigo.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Genya.

—¿Por qué? En el Pequeño Palacio informé acerca de Alina. Quemé sus cartas para ti. La dejé creer…

—Te pusiste entre el Oscuro y nosotros en el barco de Sturmhond —le recordó Mal con la misma voz firme que reconocí del derrumbamiento—. No reservo mi amistad para gente perfecta. Y, gracias a los Santos, Alina tampoco.

—¿Confías en nosotros? —pregunté.

Genya tragó saliva y después tomó aliento, reuniendo el aplomo que antes había acudido a ella tan fácilmente. Se subió el chal.

—De acuerdo —dijo.

Volvimos hasta el grupo. David la miró inquisitivo, y ella le cogió la mano.

—Estamos preparados —dije a los soldados.

Mal y los mellizos nos siguieron el paso, pero alcé una mano en señal de advertencia para los otros Grisha.

—Quedaos aquí —ordené, y después añadí en voz baja—: y permaneced alerta.

Bajo las órdenes del Oscuro, Genya había estado cerca de cometer regicidio, y Nikolai lo sabía. Si se desataba una pelea, no tenía ni idea de cómo íbamos a salir de aquella montaña.

Seguimos a los guardias a través del observatorio y por un pasillo que nos

condujo a una escalera corta. Mientras girábamos en una esquina, oí la voz del Rey. No capté todo lo que estaba diciendo, pero no se me escapó la palabra «traición».

Hicimos una pausa en una entrada formada por las lanzas de dos estatuas de bronce: Alyosha y Arkady, los Caballeros de Ivets, cuyas armaduras tenían estrellas de hierro incrustadas. Hubiera sido lo que hubiera sido aquella cámara, ahora era la sala de guerra de Nikolai. Las paredes estaban cubiertas de mapas y planos, y había una enorme mesa de dibujo llena de trastos. Nikolai se reclinó contra su escritorio, con los brazos y los tobillos cruzados, y expresión turbada.

Casi no reconocí al Rey y a la Reina de Ravka. La última vez que había visto a la Reina, estaba envuelta en seda rosada con diamantes incrustados. Ahora llevaba un *sarafan* de lana sobre una blusa sencilla de campesina. Su pelo rubio, apagado y pajizo sin los cuidados de Genya, estaba recogido en un moño desordenado. Al parecer, el Rey seguía siendo aficionado al atuendo militar. El galón dorado y la faja de raso de su uniforme habían desaparecido, reemplazados por el verde militar del Primer Ejército, que parecía incongruente con su complexión débil y su mostacho grisáceo. Tenía aspecto frágil apoyado en la silla de su mujer, y la evidencia incriminatoria de lo que Genya le había hecho estaba clara en sus hombros encorvados y su piel suelta.

Cuando entré, los ojos del Rey se desorbitaron de forma casi cómica.

—No he pedido ver a esta bruja.

Me obligué a hacer una reverencia, esperando que la diplomacia que había aprendido de Nikolai me fuera de utilidad.

—*Moi tsar*.

—¿Dónde está la traidora? —aulló, y de su boca saltaron unas gotitas de saliva.

Pues vaya con la diplomacia.

Genya dio un pasito hacia delante y sus manos temblaron mientras se bajaba el chal. El Rey jadeó, y la Reina se cubrió la boca.

La habitación se sumió en un silencio como el que sigue a un cañonazo. Vi que Nikolai comprendía lo sucedido, y me echó un vistazo con la mandíbula tensa. No le había mentido exactamente, pero bien podría haberlo hecho.

—¿Qué es esto? —murmuró el Rey.

—Es el precio que ha pagado por salvarme —dije—, por desafiar al Oscuro.

El Rey frunció el ceño.

—Es una traidora a la corona. Quiero su cabeza.

Para mi sorpresa, Genya le dijo a Nikolai:

—Sufriré mi castigo si él sufre el suyo.

La cara del Rey se volvió púrpura. A lo mejor le daba un ataque al corazón y nos libraba de tantas molestias.

—¡Permanece en silencio entre tus superiores!

Genya levantó la barbilla.

—No tengo superiores aquí.

No estaba poniendo las cosas nada fáciles, pero quería aclamarla de todos modos.

—Si piensas que… —balbuceó la Reina.

Genya estaba temblando, pero su voz permaneció fuerte cuando dijo:

—Si no se le somete a juicio por sus fracasos como rey, que se le juzgue por sus fracasos como hombre.

—Puta desagradecida —gruñó el Rey, mirándola con desprecio.

—Basta ya —dijo Nikolai—. Los dos.

—Soy el Rey de Ravka. No voy a…

—Eres un Rey sin trono —dijo Nikolai con voz queda—. Y te pido respetuosamente que controles tu lengua.

El Rey cerró la boca, con una vena palpitándole en la sien.

Nikolai se puso las manos detrás de la espalda.

—Genya Safin, se te ha acusado de traición e intento de asesinato.

—Si hubiera querido matarlo, estaría muerto. —Nikolai le lanzó una mirada de advertencia—. No intenté asesinarlo —aseguró.

—Pero le hiciste algo al Rey, algo de lo que los doctores de la corte dijeron que jamás se recuperaría. ¿Qué era?

—Veneno.

—Pero podrían haber encontrado su rastro.

—De este no. Lo diseñé yo misma. Si se administra en dosis lo bastante pequeñas durante un tiempo lo suficientemente largo, los síntomas son moderados.

—¿Un alcaloide vegetal? —preguntó David, y ella asintió con la cabeza.

—Cuando se acumula en el sistema de la víctima y se alcanza un umbral, los órganos comienzan a fallar y la degeneración es irreversible. No es un asesino: es un ladrón. Roba años, y jamás los recuperará.

Sentí un escalofrío ante la satisfacción de su voz. Lo que describía no era un veneno corriente, sino la creación de una chica a medio camino entre un Corporalnik y un Hacedor.

Una chica que había pasado mucho tiempo en los talleres de los Materialki.

La Reina sacudió la cabeza.

—¿Pequeñas cantidades a lo largo del tiempo? No tenía esa clase de acceso a nuestras comidas…

—Me envenené la *piel* —dijo Genya duramente—, y los labios. Así que cada vez que me tocaba… —Se estremeció ligeramente y miró a David—. Cada vez que me besaba, absorbía la enfermedad en su cuerpo. —Cerró los puños—. Se lo ha provocado él solito.

—Pero el veneno también debería haberte afectado a ti —señaló el príncipe.

—Tenía que purgármelo de la piel, y después curar las quemaduras que dejaba la lejía. Cada una de las veces. —Apretó aún más los puños—. Pero valió la pena.

Nikolai se frotó la boca con la mano.

—¿Te forzó? —Genya asintió una vez, y un músculo se tensó en la mandíbula del

príncipe—. ¿Padre? ¿Lo hiciste?

—Es una sirvienta, Nikolai. No tuve que forzarla.

Tras un largo momento, el chico dijo:

—Genya Safin, cuando esta guerra acabe, te someterás a juicio por alta traición contra este reino, y por conspirar con el Oscuro contra la corona.

El Rey esbozó una sonrisa petulante, pero Nikolai no había terminado.

—Padre, estás enfermo. Has servido a la corona y al pueblo de Ravka, y ahora ha llegado el momento de que tengas el descanso que mereces. Esta noche escribirás una carta de abdicación.

El Rey pestañeó, confuso, y sus párpados se abrieron y cerraron como si no comprendiera lo que estaba oyendo.

—No voy a hacer tal…

—Vas a escribir la carta, y mañana te marcharás en el *Reyezuelo*. Te llevará a Os Kervo, donde te llevarán cuidadosamente a bordo del *Volkvolny* y cruzarás el Mar Auténtico. Podrás ir a algún sitio cálido, tal vez las Colonias Sureñas.

—¿Las *Colonias*? —jadeó la Reina.

—Tendréis todos los lujos. Estaréis lejos de la lucha y del alcance del Oscuro. Estaréis a salvo.

—¡Soy el Rey de Ravka! Esta… esta traidora, esta…

—Si te quedas aquí, te someteré a juicio por violación.

La Reina se llevó una mano al corazón.

—Nikolai, no puedes hablar en serio.

—Estaba bajo tu protección, Madre.

—¡Es una sirvienta!

—Y tú eres una reina. Tus súbditos son tus hijos. Todos ellos. El Rey caminó hasta Nikolai.

—¿Me vas a echar de mi propio país por unos cargos tan insignificantes…? En ese momento, Tamar rompió su silencio.

—¿Insignificantes? ¿Serían insignificantes si hubiera nacido en la nobleza? Mal cruzó los brazos.

—Si ella hubiera nacido en la nobleza, él jamás se habría atrevido.

—Esta es la mejor solución —dijo Nikolai.

—¡Esta no es ninguna solución! —ladró el Rey—. ¡Es una cobardía!

—No puedo ignorar este crimen.

—No tienes ningún derecho, ninguna autoridad. ¿Quién eres tú para someter a juicio a tu Rey? Nikolai se puso más recto.

—Estas son las leyes de Ravka, no las mías. No deberían romperse por el rango o el estatus. —Templó su tono—. Sabes que esto es lo mejor. Tu salud está fallando. Necesitas descanso, y estás demasiado débil como para dirigir nuestras fuerzas contra el Oscuro.

—¡Mírame! —rugió el Rey.

—Padre —dijo Nikolai con amabilidad—, los hombres no te seguirán.

El Rey entrecerró los ojos.

—Vasily era el doble de hombre que tú. Tú eres un debilucho y un insensato, lleno de sentimientos comunes y sangre común.

Nikolai hizo una mueca.

—Tal vez —dijo—. Pero vas a escribir esa carta, y vas a embarcar en el *Reyezuelo* sin protestar. Te irás de aquí o te enfrentarás al juicio, y si te declaran culpable, te colgarán en la horca.

La Reina soltó un sollozo.

—Es mi palabra contra la suya —dijo el Rey, señalando a Genya con el dedo—. Soy un Rey…

Me puse entre ellos.

—Y yo soy una Santa. ¿Comprobamos la palabra de quién tiene más peso?

—Cierra la boca, brujilla grotesca. Tendría que haberte matado cuando tuve la oportunidad.

—¡Basta ya! —gritó Nikolai, perdiendo la paciencia. Hizo un gesto a los guardias que había en la puerta—. Escoltad a mi padre y a mi madre a sus habitaciones. Mantenedlos vigilados y aseguraos de que no hablan con nadie. Si no tengo tu abdicación por la mañana, Padre, te tendré a ti en cadenas.

El Rey miró de Nikolai a los guardias que lo flanqueaban. La Reina se aferró a su brazo, con los ojos azules llenos de pánico.

—No eres un Lantsov —gruñó el rey. Nikolai se limitó a hacer una reverencia.

—Me parece que puedo vivir con eso.

Hizo una señal a los guardias, y estos sujetaron al Rey, pero él se libró de su agarre. Caminó en dirección a la puerta, hirviendo de ira, tratando de recuperar los pedazos de su dignidad.

Hizo una pausa ante Genya, y sus ojos recorrieron su rostro.

—Al menos ahora tienes el aspecto de lo que eres realmente —dijo—. Destrozada.

Pude ver que la palabra la golpeaba como un bofetón. *Razrusha'ya*. La Destrozada. El nombre que habían susurrado los peregrinos cuando la vieron por primera vez. Mal se movió hacia delante. Las manos de Tamar fueron a sus hachas, y oí que Tolya gruñía. Pero Genya los detuvo con una mano. Puso la espalda rígida, y su ojo restante ardía con convicción.

—Recuérdame cuando subas a ese barco, *moi tsar*. Recuérdame cuando mires por última vez a Ravka mientras se oculta tras el horizonte. —Se inclinó hacia él para susurrarle algo. El Rey empalideció, y vi un miedo real en sus ojos. Genya se apartó y dijo—: Espero que mi sabor valiera la pena.

Los guardias se llevaron a toda prisa a los Reyes. Genya mantuvo la barbilla bien alta hasta que desaparecieron, y después sus hombros se hundieron. David la rodeó con el brazo, pero ella lo apartó de una sacudida.

—No —gruñó, limpiándose las lágrimas que se acumulaban en sus ojos.

Tamar comenzó a caminar hacia ella en el mismo momento en que yo decía:

—Genya…

Levantó las manos para mantenernos alejados.

—No quiero vuestra lástima —dijo con fiereza. Su voz estaba herida, salvaje. Nos quedamos inmóviles e impotentes—. No lo entendéis. —Se cubrió la cara con las manos—. Ninguno de vosotros.

—Genya… —probó David.

—No te atrevas a decir nada —lo atajó ella bruscamente, y las lágrimas volvieron a acumularse en sus ojos—. No me miraste dos veces antes de que estuviera así, antes de que estuviera rota. Ahora solo soy algo que quieres arreglar.

Me sentía desesperada, buscando palabras que pudieran consolarla, pero antes de que pudiera encontrar ninguna David cuadró los hombros y dijo:

—Se me da bien el metal.

—¿Y qué tiene que ver eso con nada? —gritó Genya.

David frunció el ceño.

—Yo… yo no entiendo la mitad de lo que pasa a mi alrededor. No entiendo las bromas, ni las puestas de sol, ni la poesía, pero se me da bien el metal. —Flexionó los dedos inconscientemente, como si estuviera tratando de aferrarse físicamente a las palabras—. La belleza era tu armadura. Era algo frágil, todo espectáculo. Pero, lo que hay dentro de ti… es acero. Es valiente e inquebrantable. Y no necesita ningún arreglo.

Respiró hondo y después dio un paso hacia delante, con torpeza. Tomó la cara de la chica y la besó. Genya se puso rígida y pensé que iba a apartarlo, pero entonces lo rodeó con los brazos y le devolvió el beso. Con ganas.

Mal se aclaró la garganta, y Tamar soltó un silbido bajo. Tuve que morderme el labio para reprimir una risita nerviosa.

Se separaron. David se había puesto de un rojo intenso, pero la sonrisa de Genya resultaba tan deslumbrante que el corazón me dio un vuelco en el pecho.

—Deberíamos sacarte del taller más a menudo —dijo.

Esa vez sí que me reí, pero me detuve bruscamente cuando Nikolai habló:

—No pienses que puedes quedarte tan tranquila, Genya Safin. —Su voz sonaba fría y profundamente agotada—. Cuando esta guerra termine, tendrás que afrontar los cargos en tu contra, y yo decidiré si se te perdona o no.

Ella hizo una grácil reverencia.

—No temo vuestra justicia, *moi tsar*.

—Todavía no soy el Rey.

—*Moi tsarevich* —se corrigió Genya.

—Marchaos —dijo, haciendo un gesto para que nos fuéramos. Al verme dudar, simplemente añadió—: Todos vosotros.

Mientras las puertas se cerraban, lo vi desplomarse sobre su escritorio, con la

cabeza en las manos.

Seguí a los demás por el pasillo. David le estaba murmurando algo a Genya sobre las propiedades de los alcaloides vegetales y el polvo de berilio. No me pareció que fuera muy inteligente que se pusieran a hablar sobre venenos, pero supuse que aquella sería su versión de un momento romántico.

Arrastré los pies ante la perspectiva de regresar a la Rueca. Había sido uno de los días más largos de mi vida y, aunque había mantenido a raya el cansancio, comenzaba a sentirlo sobre mis hombros como una capa empapada. Decidí que Genya o Tamar podrían informar al resto de los Grisha de lo que había sucedido, y que yo podría ocuparme de Sergei al día siguiente. Sin embargo, antes de que pudiera llegar hasta mi cama para hundirme en ella, había algo que necesitaba saber. Le cogí la mano a Genya en las escaleras.

—¿Qué fue lo que le susurraste al Rey? —pregunté en voz baja.

Ella observó a los demás mientras subían por las escaleras, y después respondió:

—*Na razrusha'ya. E'ya razrushost.*

«No soy la destrozada. Soy la destrucción».

Alcé las cejas.

—Recuérdame que permanezca de tu parte.

—Querida —dijo, mostrándome una mejilla llena de cicatrices, y después la otra —, con esta cara, ya no tengo a nadie de mi parte.

Habló con tono alegre, pero en él también había tristeza. Me guiñó el ojo que le quedaba y desapareció por las escaleras.

Mal se había encargado con Nevsky de decidir cómo íbamos a dormir, así que me llevó hasta la zona reservada para mí, unas habitaciones en el lado este de la montaña. El marco de la puerta estaba formado por las manos unidas de dos doncellas de bronce que, según me pareció, tal vez representaran a la Estrella de la Mañana y la Estrella de la Tarde. En el interior, la pared más alejada estaba ocupada por completo por una ventana redonda, rodeada por un anillo de latón con remaches, como la escotilla de un barco. Las lámparas estaban encendidas y, aunque lo más probable era que las vistas fueran espectaculares a la luz del día, en ese momento no había nada que ver, salvo la oscuridad y mi propio rostro cansado devolviéndome la mirada.

—Los mellizos y yo estaremos tras la puerta de al lado —explicó Mal—. Y uno de nosotros hará guardia mientras duermes.

Había una jarra de agua caliente esperándome junto a la tinaja, y me lavé la cara mientras Mal me hablaba de las instalaciones que había conseguido para los demás Grisha, el tiempo que tardaríamos en preparar nuestra expedición a las Sikurzoi, y cómo quería dividir el grupo. Traté de escuchar, pero en algún momento mi mente se cerró.

Me senté en el banco de piedra que había bajo la ventana.

—Lo siento —dije—. Simplemente no puedo.

Él se quedó ahí plantado, y casi podía ver cómo luchaba consigo mismo sobre si debía sentarse o no junto a mí. Al final permaneció donde estaba.

—Hoy me has salvado la vida —señaló.

Me encogí de hombros.

—Y tú me salvaste la mía. Es lo que siempre hacemos.

—Sé que no es fácil matar por primera vez.

—He sido responsable de muchas muertes. Esto no debería ser muy distinto.

—Pero lo es.

—Era un soldado, como nosotros. Probablemente tuviera una familia en algún sitio, una chica a la que amara, quizás incluso algún hijo. Estaba allí, y entonces simplemente… no estaba. —Sabía que debía dejarlo ahí, pero necesitaba soltar las palabras—. ¿Y sabes qué es lo que más miedo me da? En realidad sí que fue fácil.

Mal permaneció en silencio durante un largo momento. A continuación, dijo:

—No estoy seguro de quién fue la primera persona que maté. Estábamos dando caza al ciervo cuando nos encontramos con una patrulla fjerdana en la frontera del norte. No creo que la lucha durara más que unos pocos minutos, pero maté a tres hombres. Estaban haciendo su trabajo, al igual que yo, tratando de sobrevivir un día tras otro, y después estaban sangrando sobre la nieve. No tengo forma de saber quién fue el primero en caer, pero tampoco creo que importe. Tienes que mantenerlos alejados. Las caras empiezan a emborronarse.

—¿De verdad?

—No.

Dudé.

—Me sentí bien —susurré, sin poder mirarlo a la cara. No dijo nada, así que continué—: No importa para qué esté usando el Corte, ni lo que haga con ese poder. Siempre me siento bien.

Me daba miedo mirarlo, miedo de la repulsión que vería en su rostro o, peor aún, del temor. Sin embargo, cuando me obligué a levantar la mirada, la expresión de Mal era pensativa.

—Podías haber matado al Apparat y a sus guardias, pero no lo hiciste.

—Quería hacerlo.

—Pero no lo hiciste. Has tenido muchas oportunidades de ser brutal, de ser cruel, pero nunca las has utilizado.

—Todavía no. El pájaro de fuego…

Negó con la cabeza.

—El pájaro de fuego no cambiará quien eres. Seguirás siendo la misma chica que se llevó una paliza de Ana Kuya cuando fui yo quien rompió su reloj de bronce dorado.

Solté un gruñido, y lo señalé con un dedo acusatorio.

—Y tú me dejaste.

Él se rio.

—Pues claro que sí. Esa mujer es terrorífica. —Su expresión se volvió seria—. Seguirás siendo la misma chica que estaba dispuesta a sacrificar su vida para salvarnos en el Pequeño Palacio, la misma chica que acabo de ver defendiendo a una sirvienta ante un rey.

—No es una sirvienta. Es…

—Una amiga. Ya lo sé. —Dudó—. La cosa es, Alina, que Luchenko tenía razón.

Tardé un momento en recordar que aquel era el nombre del líder de la milicia.

—¿Sobre qué?

—Algo está mal en este país. No hay tierra. No hay vida. Tan solo uniformes y armas. Así es como yo solía pensar también.

Era cierto. Había estado dispuesto a marcharse de Ravka sin mirar atrás.

—¿Qué ha cambiado?

—Tú. Lo vi aquella noche en la capilla. Si no hubiera estado tan asustado, podría haberlo visto antes.

Pensé en el cuerpo del soldado cayendo en pedazos.

—A lo mejor tenías razones para tenerme miedo.

—No te tenía miedo a ti, Alina. Tenía miedo de perderte. La chica en la que te estabas convirtiendo ya no me necesitaba, pero así es como siempre has estado destinada a ser.

—¿Sedienta de poder? ¿Despiadada?

—Fuerte. —Apartó la mirada—. Luminosa. Y tal vez también un poco despiadada. Eso es lo que hace falta para gobernar. Ravka está rota, Alina, y creo que siempre lo ha estado. La chica que vi en la capilla podría cambiar eso.

—Nikolai…

—Nikolai es un líder nato. Sabe pelear, sabe de política. Pero no sabe lo que es vivir sin esperanza. Nunca ha sido insignificante, como tú o Genya. Ni como yo.

—Es un buen hombre —protesté.

—Y será un buen rey. Pero necesita que tú seas extraordinaria.

No sabía qué responder a eso. Presioné la ventana de cristal con un dedo, y después limpié la mancha con la manga.

—Voy a preguntarle si puedo traer a los estudiantes de Keramzin. Y también a los huérfanos.

—Llévatelo cuando te vayas —sugirió Mal—. Debería ver el lugar de donde vienes. —Se rio—. Puedes presentarle a Ana Kuya.

—Ya le he soltado encima a Baghra. Pensará que tengo un ejército de ancianas salvajes. —Dejé otra huella dactilar sobre el cristal. Sin mirarlo, dije—: Mal, cuéntame lo del tatuaje.

Permaneció en silencio durante un tiempo. Finalmente, se pasó la mano por la nuca y explicó:

—Es un juramento en ravkano antiguo.

—Pero ¿por qué te has hecho esa marca?

En esa ocasión no se ruborizó ni apartó la mirada.

—Es una promesa de ser mejor de lo que era —explicó—. Es un juramento de que, si no puedo ser nada más para ti, al menos puedo ser un arma en tu mano. —Se encogió de hombros—. Y supongo que es un recordatorio de que querer algo y merecerlo no son lo mismo.

—¿Qué es lo que quieres, Mal?

La habitación parecía muy silenciosa.

—No me preguntes eso.

—¿Por qué no?

—Porque no puede ser.

—Quiero oírlo de todos modos.

Soltó aire de forma prolongada.

—Dime adiós. Dime que me marche, Alina.

—No.

—Necesitas un ejército. Necesitas una corona.

—Así es.

Se rio.

—Sé que debería de decir algo doble… Que quiero una Ravka unida, libre de la Sombra. Que quiero al Oscuro bajo tierra, donde jamás pueda volver a hacerte daño, ni tampoco a nadie más. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Pero supongo que sigo siendo el mismo egoísta que he sido siempre. Por mucho que hable de juramentos y de honor, lo que realmente quiero hacer es ponerte contra esa pared y besarte hasta que te olvides de que has conocido siquiera el nombre de otro. Así que dime que me vaya, Alina. Porque no puedo darte un título, ni un ejército, ni ninguna de las cosas que necesitas.

Tenía razón, y yo lo sabía. Fuera lo que fuera aquella cosa frágil y bonita que había existido entre nosotros, pertenecía a otras dos personas; unas personas que no estaban atadas por el deber y la responsabilidad… Y tampoco estaba muy segura de qué era lo que quedaba de ello. Pero aun así, todavía quería que me rodeara con los brazos, quería oírlo susurrar mi nombre en la oscuridad, quería pedirle que se quedara.

—Buenas noches, Mal.

Se tocó el espacio sobre el corazón donde llevaba el sol dorado que le había dado hacía tiempo, en un jardín a oscuras.

—*Moi soverenyi* —dijo con suavidad. Hizo una reverencia, y después se marchó, cerrando la puerta tras él.

Apagué las lámparas, me tumbé en la cama y me envolví con las mantas. La ventana de la pared era como un enorme ojo redondo, y ahora que la habitación estaba a oscuras podía ver las estrellas.

Me recorrí con el pulgar la cicatriz de la palma que me había hecho años antes

con el borde de una taza azul rota, un recordatorio del momento en que todo mi mundo había cambiado, cuando había renunciado a una parte de mi corazón que jamás regresaría.

Habíamos tomado la decisión más inteligente; habíamos hecho lo correcto. Tenía que creer que la lógica me reconfortaría con el tiempo. Esa noche, tan solo tenía una habitación demasiado silenciosa, el dolor de la pérdida, un conocimiento profundo y terminal como el tañido de una campana: *Algo bueno se ha ido*.

A la mañana siguiente, me encontré a Tolya junto a mi cama al despertar.

—He encontrado a Sergei —dijo.

—¿Estaba desaparecido?

—Lo ha estado toda la noche.

Me vestí con la ropa limpia que habían dejado para mí: túnica, pantalones, botas nuevas y una gruesa *kefta* de lana del azul de los Invocadores, con un forro rojizo de zorro y los puños con bordados dorados. Nikolai siempre estaba preparado.

Dejé que Tolya me condujera bajando las escaleras hasta la planta de la caldera, y a una de las salas del agua. Me arrepentí de inmediato de la ropa que había escogido; hacía un calor insoportable. Emití un resplandor para iluminar al interior y vi que Sergei estaba sentado contra la pared, cerca de uno de los grandes tanques de metal, con las rodillas pegadas al pecho.

—¿Sergei?

El entornó los ojos y apartó la cabeza. Tolya y yo intercambiamos una mirada. Le di unos golpecitos en el enorme brazo.

—Ve a tomar el desayuno —le dije, notando cómo gruñía mi propio estómago. Cuando se marchó, disminuí la intensidad de la luz y fui a sentarme junto a Sergei—. ¿Qué estás haciendo aquí abajo?

—Arriba es demasiado grande —murmuró—. Demasiado alto.

Había más de lo que estaba contando, más en el hecho de que revelara el nombre de Genya, y no podía seguir ignorándolo. Nunca habíamos tenido ocasión de hablar sobre el desastre en el Pequeño Palacio. O a lo mejor sí que había habido oportunidades, pero yo las había evitado. Quería disculparme por la muerte de Marie, por haberla puesto en peligro, por no haber estado ahí para salvarla. Pero ¿qué palabras había para esa clase de fracaso? ¿Qué palabras podrían llenar el agujero donde había estado una chica viva, de rizos castaños y risa cantarina?

—Yo también echo de menos a Marie —dije finalmente—. Y a los demás.

Enterró la cabeza en los brazos.

—Antes nunca tenía miedo, no de verdad. Ahora estoy asustado todo el tiempo. No puedo lograr que pare.

Lo rodeé con el brazo.

—Todos tenemos miedo. No es nada de lo que avergonzarse.

—Tan solo quiero volver a sentirme a salvo.

Le temblaban los hombros, y deseé tener el don de Nikolai para encontrar las palabras correctas.

—Sergei —dije, sin saber muy bien si iba a mejorar o empeorar las cosas—. Nikolai tiene campos en tierra, algunos en Tsibeya y un poco más al sur. Son estaciones de paso para los contrabandistas, alejadas de la mayoría de las luchas. Si él lo acepta, ¿preferirías que te asignáramos a ese lugar? Podrías trabajar como Sanador. O quizás simplemente descansar durante un tiempo.

Ni siquiera dudó.

—Sí —jadeó.

Me sentí culpable por la oleada de alivio que me recorrió. Sergei nos había ralentizado durante nuestra batalla con la milicia. Era inestable. Podía disculparme, ofrecerle palabras inútiles, pero no sabía cómo ayudarlo, y eso no cambiaba el hecho de que estábamos en guerra. Sergei se había convertido en una carga.

—Me ocuparé de los preparativos. Si necesitas algo más…

Dejé la frase a medias, sin saber muy bien cómo continuar. Le di unas palmadas torpes en el hombro, y después me levanté y me giré para marcharme.

—¿Alina? —Me detuve en la entrada. Podía distinguirlo en la oscuridad, y la luz del pasillo se reflejaba en sus mejillas húmedas—. Siento lo de Genya. Lo siento todo.

Recordé cómo Marie y Sergei se picaban el uno al otro, cómo se sentaban con los brazos pegados, riendo mientras compartían una taza de té.

—Yo también —susurré.

Cuando salí al recibidor, me sorprendió ver a Baghra esperando con Misha.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera?

—Hemos venido a buscarte. ¿Qué le pasa a ese chico?

—Lo está pasando muy mal —expliqué, alejándolos de la habitación del tanque.

—¿Y quién no?

—Vio a la chica que amaba siendo destripada por tu hijo y la abrazó mientras moría.

—El sufrimiento es tan barato como la arcilla y el doble de común. Lo que importa es lo que cada uno haga con él. Y ahora —añadió con un golpe de su bastón—, lecciones.

Me sentía tan aturdida que tardé un momento en comprender lo que quería decir. ¿Lecciones? Baghra se había negado a enseñarme desde que regresé al Pequeño Palacio con el segundo amplificador. Traté de calmarme y la seguí por el pasillo. Probablemente era una estúpida por preguntar, pero no pude refrenarme.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

—He tenido una charla con nuestro nuevo Rey.

—¿Nikolai? —Ella gruñó. Mis pasos se ralentizaron cuando vi adonde la estaba conduciendo Misha—. ¿Vas a montar en la caja de hierro?

—Pues claro —soltó—. ¿Acaso debería arrastrarme por todas esas escaleras?

Eché un vistazo a Misha, que me devolvió la mirada plácidamente, con la mano descansando sobre la espada de madera de entrenamiento que llevaba a la cadera. Me metí lentamente en el terrible artilugio.

Misha cerró la rejilla y tiró de la palanca. Cerré los ojos mientras ascendíamos a toda velocidad y después nos deteníamos con una sacudida.

—¿Qué dijo Nikolai? —pregunté con voz temblorosa mientras salíamos a la Rueca.

Baghra sacudió la mano.

—Le advertí de que cuando tuvieras el poder de los amplificadores podrías ser tan peligrosa como mi hijo.

—Gracias —dije con voz seca. Tenía razón, y yo era consciente de ello, pero eso no significaba que quisiera que Nikolai se preocupara al respecto.

—Le hice jurar que te pegaría un tiro si eso sucedía.

—¿Y? —pregunté, aunque odiaba la idea de tener que oírlo.

—Me dio su palabra, valga eso lo que valga.

Sabía que Nikolai cumpliría su palabra. Tal vez llorara mi muerte. Tal vez no se perdonara jamás. Pero su primer amor era Ravka, y jamás toleraría una amenaza a su país.

—¿Por qué no me matas tú ahora y le evitas el problema? —balbuceé.

—Pienso en ello todos los días —replicó bruscamente—. Sobre todo cuando no cierras la boca.

Le murmuró unas instrucciones a Misha, y él nos condujo hasta la terraza del sur. La puerta estaba oculta en el dobladillo de las faldas de latón de la Doncella Esquilada, y había abrigos y gorros colgados de unos ganchos junto a su bota. Baghra ya estaba tan abrigada que apenas podía verle la cara, pero cogí un gorro de piel para mí y le puse a Misha un grueso abrigo de lana antes de salir al frío helador.

El extremo de la larga terraza acababa en punta, casi como la proa de un barco, y el banco de nubes parecía un mar congelado ante nosotros. De vez en cuando se abría un hueco entre la niebla, ofreciéndonos un vistazo de las cimas cubiertas de nieve y las rocas grises que había mucho más abajo. Me estremecí. *Demasiado grande. Demasiado alto*. Sergei no se equivocaba. Tan solo las cimas más altas de las Elbjen resultaban visibles por encima de las nubes, y una vez más me recordó a un archipiélago que se extendiera hacia el sur.

—Dime lo que ves —dijo Baghra.

—Principalmente nubes —respondí—, cielo, y algunas cimas de montañas.

—¿A qué distancia está la más cercana?

Traté de calibrar la distancia.

—Creo que unos dos kilómetros, ¿quizás tres?

—Bien —replicó—. Arráncale la cima.

—¿Qué?

—Ya has utilizado el Corte antes.

—Es una *montaña* —señalé—. Una montaña muy grande.

—Y tú eres la primera Grisha en llevar dos amplificadores. Hazlo.

—¡Está a kilómetros de distancia!

—¿Estás esperando que envejezca y muera mientras te quejas?

—¿Qué pasa si alguien ve…?

—La cordillera está deshabitada tan al norte. Deja de poner excusas.

Solté un suspiro de frustración. Llevaba meses con los amplificadores, y tenía una idea bastante acertada de los límites de mi poder.

Levanté las manos enguantadas, y la luz acudió a mí como un torrente que me daba la bienvenida, resplandeciendo sobre el banco de nubes. Me concentré en ella y la estreché para formar una cuchilla. Entonces, sintiéndome como una idiota, la lancé en dirección a la cima más cercana.

Ni me acerqué. La luz ardiente atravesó las nubes al menos a unos cientos de metros de distancia de la montaña, iluminando brevemente las cimas que había debajo y dejando jirones de niebla a su paso.

—¿Cómo lo ha hecho? —le preguntó Baghra a Misha.

—Mal.

Lo miré con el ceño fruncido. Pequeño traidor. Alguien soltó una risita detrás de mí.

Me di la vuelta y vi que habíamos atraído a un grupo de soldados y Grisha. Era fácil distinguir la cresta roja del pelo de Harshaw. Tenía a Oncat enroscado alrededor de su cuello como si se tratara de una bufanda naranja, y Zoya estaba sonriendo con suficiencia. *Perfecto*. No había nada como un poco de humillación para un estómago vacío.

—Otra vez —dijo Baghra.

—Está demasiado lejos —me quejé—. Y es enorme.

¿No podíamos haber empezado con algo más pequeño? ¿Una casa, por ejemplo?

—No está *demasiado lejos* —se burló—. Estás ahí tanto como aquí. Lo mismo que da forma a la montaña es lo que te da forma a ti. No tiene pulmones, así que haz que respire contigo. No tiene corazón, así que dale el latido del tuyo. Esa es la esencia de la Pequeña Ciencia. —Me dio un golpe con el bastón—. Deja de resoplar como un jabalí salvaje. Respira como te he enseñado: con calma, de forma regular.

Noté que se me ponían rojas las mejillas, y ralenticé mi respiración.

Unos fragmentos de teoría Grisha me llenaron la cabeza. *Odinakovost*. Esencia. *Etovost*. Disparidad. Pero las palabras que acudieron a mí con más fuerza fueron los garabatos febriles de Morozova: «¿No somos todas las cosas?».

Cerré los ojos. Aquella vez, en lugar de atraer la luz hacia mí, fui yo hacia ella. Me sentí desperdigándome, reflejándome en la terraza, en la nieve, en el cristal que tenía detrás.

Liberé el Corte, que golpeó el lateral de la montaña, de forma que una capa de

nieve y roca se desplomó con un rugido sordo.

Se alzaron unos vítores desde el grupo que tenía detrás.

—Hum —dijo Baghra—. Aplaudirían hasta a un mono bailando.

—Todo depende del mono —replicó Nikolai, desde el borde de la terraza—. Y del baile.

Genial. Más compañía.

—¿Mejor? —le preguntó Baghra a Misha.

—Un poco —respondió él de mala gana.

—¡Mucho mejor! —protesté. —Le he dado, ¿no?

—No te he dicho que le dieras —puntualizó Baghra—. Te he dicho que le arrancaras la cima. Otra vez.

—Diez monedas a que no lo consigue —dijo en voz alta uno de los Grisha rebeldes de Nikolai.

—Veinte a que sí lo hace —gritó Adrik con lealtad.

Me entraron ganas de darle un abrazo, aunque sabía con seguridad que no tenía ese dinero.

—Treinta a que puede darle a la montaña que hay detrás de esa.

Me giré rápidamente. Mal estaba reclinado contra el arco de entrada, con los brazos cruzados.

—Esa cima está a más de ocho kilómetros de distancia —protesté.

—Más bien cerca de diez —replicó él rápidamente, con una expresión de desafío en los ojos. Era como si hubiéramos vuelto a Keramzin y me estuviera retando a robar una bolsa de almendras dulces, o convenciéndome para ir al estanque de Trivia antes de que se helara por completo. *No puedo hacerlo*, diría. *Por supuesto que sí*, respondería él, alejándose de mí sobre unos patines prestados, con las puntas llenas de papel, sin darme la espalda en ningún momento, asegurándose de que lo seguía.

Mientras la multitud gritaba y hacía apuestas, Baghra me habló en voz baja.

—Decimos que los similares se atraen, niña. Pero si la ciencia es lo bastante pequeña, entonces nosotros somos como todas las cosas. La luz vive en los espacios entre ellas. Está en la tierra de esa montaña, en la roca y en la nieve. El Corte ya está hecho.

Clavé los ojos en ella: prácticamente me había citado los diarios de Morozova. Había dicho que el Oscuro estaba obsesionado con ellos. ¿Estaría queriéndome decir algo más?

Me levanté las mangas y alcé las manos. La multitud se quedó en silencio. Me concentré en la cima más alejada, que estaba tan lejos que no podía distinguir los detalles.

Invoqué la luz y después la liberé, permitiéndome ir con ella. Estuve en las nubes, sobre ellas, y por un breve instante estuve en la oscuridad de la montaña, sintiéndome comprimida y sin aliento. Estuve en los espacios entre medias, donde vivía la luz incluso aunque no pudiera verse. Cuando bajé el brazo, el arco que tracé era infinito,

una espada reluciente que existía en un momento y en cada momento más allá de él.

Hubo un crujido que reverberó como un trueno en la distancia, y el cielo pareció vibrar.

Lentamente, en silencio, la cima de la montaña más alejada comenzó a moverse. No se inclinó, tan solo se deslizó de forma inexorable hacia un lado, nieve y roca que cayeron como una cascada por la ladera, dejando una línea perfectamente diagonal en el lugar donde había estado la cima, dejando un saliente de roca gris expuesta que sobresalía un poco del banco de nubes.

Detrás de mí oí chillidos y vítores. Misha estaba dando saltos.

—¡Lo ha conseguido! ¡Lo ha conseguido! —cacareó.

Eché un vistazo por encima del hombro. Mal me dirigió un levísimo asentimiento de cabeza, y después comenzó a reunir a todo el mundo para que volvieran al interior de la Rueca. Vi que señalaba a uno de los rebeldes y que formaba una palabra con la boca: «Paga».

Me giré hacia la montaña rota, con la sangre en efervescencia por el poder, con la mente tambaleándose a causa de lo que había hecho, algo real, algo permanente. *Otra vez*, clamó una voz dentro de mí, sedienta de más. Primero un hombre, y después una montaña. Estaban ahí, y después ya no estaban. Era fácil. Me estremecí en el interior de mi *kefta*, y me sentí reconfortada por el suave roce del pelaje de zorro.

—Te has tomado tu tiempo —refunfuñó Baghra—. A este ritmo, voy a perder los pies por el frío antes de que hagas ningún progreso.

CAPÍTULO 8

ergei se marchó aquella noche en el *Ibis*, el buque de carga que habían puesto en servicio mientras reparaban el *Pelícano*. Nikolai le había ofrecido un puesto en una estación de paso muy tranquila cerca de Duva donde podría recuperarse y servir de ayuda a los contrabandistas que pasaran por ahí. Incluso le había ofrecido la oportunidad de esperar y refugiarse en Ravka Occidental, pero Sergei tenía demasiada prisa por marcharse.

A la mañana siguiente, Nikolai y yo nos encontramos con Mal y los mellizos para planear la caza del pájaro de fuego en la zona sur de las Sikurzoi. Los demás Grisha no sabían dónde se encontraba el pájaro de fuego, y teníamos intención de que siguiera siendo así el máximo tiempo posible.

Nikolai se había pasado la mayor parte de las dos noches anteriores examinando los diarios de Morozova, y estaba tan preocupado como yo, convencido de que debía haber cuadernos perdidos, o en posesión del Oscuro. Quería que yo presionara a Baghra, pero tenía que tener cuidado cuando sacara el tema. Si la provocaba, no tendríamos ninguna información nueva, y acabaría con mis lecciones.

—No es solo que los cuadernos estén sin terminar —dijo Nikolai—. ¿No os parece a ninguno que Morozova era un tanto… excéntrico?

—Si con «excéntrico» quieres decir «chiflado», entonces sí —admití—. Espero que pueda estar loco y además tener la razón.

Nikolai contempló el mapa que había clavado a la pared.

—¿Y esta sigue siendo nuestra única pista? —Dio unos golpecitos en el valle sin descripción de la frontera del sur—. Son muchas esperanzas puestas en dos trozos de roca.

El valle sin marcas era Dva Stolba, el hogar del asentamiento donde habíamos nacido Mal y yo, y se llamaba así por las ruinas que había en la entrada del sur; unos chapiteles delgados y erosionados por el viento que alguien había decidido que eran

los restos de dos molinos. Sin embargo, creíamos que en realidad eran las ruinas de un arco antiguo, un indicador del pájaro de fuego, el último de los amplificadores de Ilya Morozova.

—Hay una mina de cobre abandonada en Murin —explicó—. Podéis aterrizar ahí con la *Garcilla* y entrar en el valle a pie.

—¿Por qué no volamos directamente hasta las Sikurzoi? —preguntó Mal.

Tamar negó con la cabeza.

—Podría ser muy difícil maniobrar. Hay menos lugares para aterrizar, y el terreno es mucho más peligroso.

—De acuerdo —aceptó Mal—. Entonces bajamos en Murin y vamos hasta el Paso de Jidkova.

—Deberíamos tener una buena coartada —añadió Tolya—. Nevsky dice que hay mucha gente viajando por las ciudades fronterizas, tratando de salir de Ravka antes de que llegue el invierno y sea imposible cruzar las montañas.

—¿Cuánto tiempo tardaréis en encontrar al pájaro de fuego? —preguntó Nikolai.

Todos se giraron hacia Mal.

—No hay forma de saberlo —dijo—. Tardé meses en encontrar el ciervo, pero cazar al azote marino me llevó menos de una semana. —Mantuvo los ojos fijos en el mapa, pero noté cómo el recuerdo de aquellos días se alzaba entre nosotros. Los habíamos pasado en las aguas heladas del Paso de los Huesos, con la amenaza de una tortura sobre nosotros—. Hay mucho territorio en las Sikurzoi, así que tenemos que ponernos en marcha tan rápido como podamos.

—¿Ya has elegido a tu tripulación? —le preguntó Nikolai a Tamar.

Ella prácticamente se había puesto a bailar cuando le había sugerido que fuera la capitana de la *Garcilla*, y se había apresurado a familiarizarse con el barco y su equipamiento.

—A Zoya no se le da bien trabajar en equipo —respondió—, pero necesitamos Vendavales, y ella y Nadia son nuestras mejores opciones. A Stigg no se le dan mal las cuerdas, y nos vendrá bien tener al menos a un Inferni a bordo. Deberíamos poder hacer un viaje de prueba mañana.

—Iríais más rápido con una tripulación experimentada.

—He añadido a uno de tus Agitamareas y a un Hacedor a la lista —dijo—. Me sentiría mejor utilizando a nuestra gente para el resto.

—Los rebeldes son leales.

—Tal vez —respondió Tamar—, pero nosotros trabajamos bien juntos.

Sobresaltada, me di cuenta de que tenía razón. *Nuestra gente*. ¿Cuándo había sucedido eso? ¿En el viaje desde la Catedral Blanca? ¿Cuando se derrumbó la cueva? ¿En el momento en que tuvimos que enfrentarnos a los guardias de Nikolai, y después a un rey?

Nuestro grupito se estaba separando, y no me gustaba. Adrik estaba furioso por tener que quedarse atrás, y sabía que lo iba a echar de menos. Incluso echaría de

menos a Harshaw y a Oncat. Sin embargo, lo más duro sería despedirme de Genya. Entre la tripulación y los suministros, la *Garcilla* ya llevaba demasiado peso, y no había ninguna razón para que fuera con nosotros a las Sikurzoi. Y aunque necesitábamos a un Materialnik con nosotros para formar el segundo grillete, Nikolai creía que David sería de mayor utilidad en tierra, utilizando su mente para ayudar en la guerra. En lugar de él habíamos escogido a Irina, la Hacedora rebelde que había forjado el grillete de escamas alrededor de mi muñeca cuando estuvimos a bordo del *Volkvolny*. David se alegró de la decisión, y Genya se había tomado la noticia mejor que yo.

—¿Quieres decir que no voy a poder recorrer una cordillera polvorienta con Zoya quejándose durante todo el camino y Tolya recitándome la Segunda Historia de Kregi? —Se rio—. Estoy abatida.

—¿Estarás bien aquí? —pregunté.

—Creo que sí. No puedo creer que vaya a decir esto, pero le estoy cogiendo cariño a Nikolai. No se parece en nada a su padre, y además viste genial.

Lo cierto era que tenía razón en eso. Incluso en la cima de la montaña, las botas de Nikolai siempre estaban pulidas, y su uniforme siempre inmaculado.

—Si todo va bien —dijo Tamar—, deberíamos estar listos para partir hacia el final de esta semana.

Noté un ramalazo de satisfacción y tuve que resistir la necesidad de frotarme la zona vacía de mi muñeca. Pero entonces Nikolai se aclaró la garganta.

—Sobre ese tema… Alina, me pregunto si considerarías dar un ligero rodeo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué clase de rodeo?

—La alianza con Ravka Occidental sigue siendo nueva. Van a sentir presión por parte de Fjerda para abrir la Sombra al Oscuro. Para ellos significaría mucho poder ver lo que es capaz de hacer una Invocadora del Sol. Había pensado que, mientras los demás comienzan a explorar las Sikurzoi, nosotros podríamos asistir a un par de cenas de Estado, cortar la cima de alguna montaña, tranquilizarnos. Puedo llevarte para unirte a los demás en las montañas en el camino de vuelta de Os Kervo. Como ha dicho Mal, tienen mucho territorio que cubrir, y el retraso sería insignificante.

Por un momento pensé que Mal hablaría sobre la necesidad de entrar y salir de las Sikurzoi antes de que llegaran las primeras nevadas, que señalara el peligro de cualquier clase de retraso. En lugar de eso, enrolló el mapa sobre la mesa y dijo:

—Parece inteligente. Tolya puede ir como guardia de Alina. Yo necesito practicar las frases.

Ignoré el vuelco de mi corazón. Aquello era lo que quería.

—Por supuesto —asentí.

Si Nikolai había esperado una discusión, lo escondió bien.

—Excelente —respondió, uniendo las manos—. Hablemos sobre tu vestuario.

Resultó que teníamos más de unas pocas cosas que resolver antes de que Nikolai pudiera envolverme en sedas. Había aceptado enviar el *Pelícano* a Keramzin cuando regresara, pero esa era solo la primera cosa de la lista. Para cuando terminamos de hablar sobre munición, patrones de tormenta y ropa para tiempo húmedo, ya era bien pasado el mediodía, y todos estábamos listos para tomarnos un descanso.

La mayor parte de las tropas comieron juntas en un comedor improvisado que habían montado en el lado oeste de la Rueca, bajo la mirada amenazante de los Tres Hijos Insensatos y el Oso. No me apetecía tener compañía, así que cogí un rollito cubierto de semillas de comino y un poco de té caliente repleto de azúcar y salí a la terraza del sur.

Hacía un frío helador. El cielo era de un azul brillante, y el sol de la tarde proyectaba unas sombras profundas sobre el banco de nubes. Di unos sorbos al té, escuchando el sonido del viento que rugía en mis oídos mientras sacudía la piel de mi abrigo alrededor de mi cara. A ambos lados podía ver las puntas de las terrazas del este y el oeste. En la distancia, el muñón de la montaña que había cortado ya estaba cubierto de nieve.

Estaba segura de que con el tiempo Baghra me enseñaría a que mi poder creciera, pero jamás me ayudaría a dominar el *merzost*, y por mi cuenta no tenía ni idea de dónde empezar. Recordé lo que había sentido en la capilla, la sensación de conexión y desintegración, el terror de sentir cómo me arrancaban la vida, la emoción de ver a mis criaturas cobrar vida. Pero sin el Oscuro, no lograba encontrar la forma de acceder a ese poder, y no podía saber si el pájaro de fuego cambiaría eso. Tal vez simplemente era más fácil para él. Una vez me dijo que tenía mucha más práctica con la eternidad. ¿Cuántas vidas habría arrebatado? ¿Cuántas vidas habría vivido? A lo mejor después de todo este tiempo, la vida y la muerte le parecían diferentes, pequeñas y sin misterio, algo que utilizar.

Invoqué la luz con una mano, y dejé que se deslizara sobre mis dedos en unos rayos perezosos. Ardió a través de las nubes, mostrando más de los acantilados escarpados y despiadados que había en la cordillera montañosa de debajo. Bajé la taza y me recliné contra la pared para mirar los escalones de piedra tallados en la ladera de la montaña bajo nosotros. Tamar aseguraba que, en tiempos antiguos, los peregrinos habían subido por ahí de rodillas.

—Si vas a saltar, al menos dame tiempo para componer una balada en tu honor —dijo Nikolai. Me giré y lo vi saliendo a zancadas a la terraza, con el pelo rubio reluciendo. Se había puesto un elegante abrigo de color verde militar, marcado con el águila dorada doble—. Algo con muchos violines tristes y un verso dedicado a tu amor por los arenques.

—Si espero, quizás tenga que oírte cantándola.

—Resulta que tengo una voz de barítono más que aceptable. Y ¿qué prisa tienes? ¿Es por mi colonia?

—Tú no llevas colonia.

—Tengo un aroma natural tan delicioso que me parecía demasiado. Pero si te gusta, puedo empezar a ponérmela.

Arrugué la nariz.

—No, gracias.

—Te obedeceré en todo. Especialmente después de esa demostración —añadió con un asentimiento hacia la montaña cortada—. Si en algún momento quieres que me quite el sobrero ante ti, tan solo tienes que pedírmelo.

—Parece impresionante, ¿verdad? —dije con un suspiro—. Pero el Oscuro aprendió de Baghra desde pequeño. Ha tenido cientos de años para dominar su poder, y yo he tenido menos de uno.

—Tengo un regalo para ti.

—¿Es el pájaro de fuego?

—¿Era eso lo que querías? Tendrías que habérmelo dicho antes.

Se metió la mano en el bolsillo y colocó algo sobre la pared. La luz se reflejó en un anillo de esmeralda. La opulenta piedra verde del centro era más grande que la uña de mi pulgar, y estaba rodeada por unos diminutos diamantes que parecían estrellas.

—La sutileza está sobrevalorada —comenté con voz temblorosa.

—Me encanta cuando me citas. —Le dio un golpecito al anillo—. Consuélate sabiendo que, si alguna vez me pegas un puñetazo con él puesto, probablemente me sacarías un ojo. Y me gustaría mucho que lo hicieras. Ponerte el anillo, digo, no pegarme un puñetazo.

—¿De dónde lo has sacado?

—Mi madre me lo dio antes de marcharse. Es la esmeralda Lantsov; lo llevaba en mi cena de cumpleaños la noche que nos atacaron. Curiosamente, ese no fue el peor cumpleaños que he tenido.

—¿No?

—Cuando cumplí diez, mis padres contrataron a un *payaso*.

Indecisa, estiré el brazo y cogí el anillo.

—Pesa —dije.

—En realidad no es más que una piedra.

—¿Le dijiste a tu madre que planeabas dársela a una huérfana corriente?

—Ella fue quien más habló —respondió—. Quería hablarme de Magnus Opjer.

—¿Quién?

—Un embajador fjerdano, muy buen marinero, que ganó mucho dinero con los barcos. —Miró hacia el banco de nubes—. Y también era mi padre, al parecer.

No sabía si ofrecerle mis felicitaciones o mis condolencias. Nikolai hablaba sobre las condiciones de su nacimiento con tranquilidad, pero sabía que sentía el dolor de aquello más profundamente de lo que jamás admitiría.

—Es extraño saberlo con seguridad —continuó—. Creo que una parte de mí siempre esperó que los rumores fueran solo eso.

—Serás un rey magnífico igualmente.

—Por supuesto que sí —se burló—. Estoy melancólico, pero no soy tonto. —Se apartó un hilo suelto invisible de la manga—. No sé si alguna vez me perdonará por enviarla al exilio, especialmente a las Colonias.

¿Era más difícil perder a una madre o simplemente no haberla conocido nunca? En cualquier caso, sentí lástima por él. Había perdido a su familia uno a uno; primero a su hermano, y ahora a sus padres.

—Lo siento, Nikolai.

—¿Qué es lo que sientes? Finalmente he conseguido lo que quería. El Rey se ha hecho a un lado, y el camino al trono está despejado. Si no tuviéramos que ocuparnos de un dictador todopoderoso y de su horda monstruosa, estaría abriendo una botella de champán.

Nikolai podía actuar tan superficial como quisiera, pero sabía que no era así como había imaginado que asumiría el liderazgo de Ravka; con su hermano asesinado y su padre caído en desgracia por las sórdidas acusaciones de una sirvienta.

—¿Cuándo tomarás la corona? —pregunté.

—No hasta que ganemos. Si no me coronan en Os Alta, prefiero no hacerlo. Y el primer paso es consolidar nuestra alianza con Ravka Occidental.

—¿De ahí el anillo?

—De ahí el anillo. —Se alisó el borde de la solapa y dijo—: Podrías haberme contado lo de Genya, ¿sabes?

Sentí una oleada de culpa.

—Estaba tratando de protegerla. No hay muchas personas que hayan hecho eso.

—No quiero mentiras entre nosotros, Alina.

¿Estaba pensando en los crímenes de su padre? ¿En el desliz de su madre? En cualquier caso, no estaba siendo del todo justo.

—¿Cuántas mentiras me has contado tú, *Sturmhond*? —Hice un gesto en dirección a la Rueca—. ¿Cuántos secretos has guardado hasta estar listos para compartirlos?

Se puso las manos detrás de la espalda, con aspecto de estar claramente incómodo.

—¿La prerrogativa de ser un príncipe?

—Si un simple príncipe puede hacerlo, también una Santa viviente.

—¿Piensas hacer un hábito de esto de ganar discusiones? Es muy impropio.

—¿Esto era una discusión?

—Por supuesto que no. Yo no pierdo discusiones. —A continuación miró hacia un lado—. Por todos los Santos, ¿está corriendo por las escaleras heladas?

Entrecerré los ojos para ver a través de la niebla. Efectivamente, había alguien subiendo las estrechas escaleras que ascendían en zigzag por la ladera de la montaña, con su aliento formando nubecillas en el aire helado. Me llevó tan solo un momento darme cuenta de que se trataba de Mal, con la cabeza gacha y una bolsa a la espalda.

—Parece… tonificante. Si sigue haciendo esto, voy a tener que empezar a

ejercitarme yo también. —El tono de Nikolai era tranquilo, pero noté que tenía los inteligentes ojos color avellana clavados en mí—. Asumiendo que venzamos al Oscuro, cosa que estoy seguro de que haremos. ¿Mal sigue planeando ser el capitán de tu guardia?

Me detuve a tiempo antes de recorrer la cicatriz de la palma de mi mano con el pulgar.

—No lo sé. —A pesar de todo lo que había sucedido, quería tener a Mal cerca, pero eso no sería justo para ninguno de los dos. Me obligué a decir—: Creo que sería mejor que lo reasignaran a otro sitio. Es bueno en el combate, pero es mejor como rastreador.

—Sabes que no va aceptar un puesto lejos de la lucha.

—Haz lo que creas mejor. —El dolor era como un cuchillo delgado que se me clavara justo entre las costillas. Estaba cortando a Mal de mi vida, pero hablé con voz firme: Nikolai me había enseñado bien. Traté de devolverle el anillo—. No puedo aceptar esto. Ahora no.

Y tal vez tampoco pudiera hacerlo nunca.

—Quédatelo —dijo él, cerrando mis dedos sobre la esmeralda—. Un corsario aprende a aprovechar cualquier ventaja.

—¿Y un príncipe?

—Los príncipes se acostumbran a la palabra «sí».

Cuando regresé a mi habitación aquella noche, Nikolai tenía más sorpresas esperándome. Dudé, y después me giré sobre mis talones y bajé por el pasillo hasta el lugar donde se alojaban las demás chicas. Durante un largo instante me quedé ahí plantada, sintiéndome tímida y estúpida, y después me obligué a llamar a la puerta.

Me abrió Nadia. Tras ella vi que Tamar había ido de visita, y estaba afilando las hachas junto a la ventana. Genya estaba sentada a la mesa, cosiendo un hilo de oro a otro parche para el ojo, y Zoya estaba tumbada en una de las camas, haciendo flotar una pluma con una brisa que salía de sus dedos.

—Tengo que enseñaros algo —dije.

—¿El qué? —preguntó Zoya, con los ojos fijos en la pluma.

—Venid a verlo.

Salió de la cama con un suspiro de exasperación. Las conduje por el pasillo hasta mi habitación y abrí la puerta.

Genya corrió hacia la pila de trajes que había sobre mi cama.

—¡Seda! —gimió—. ¡Terciopelo!

Zoya cogió una *kefta* que colgaba del respaldo de mi silla. Era de brocado dorado, las mangas y el dobladillo tenían suntuosos bordados azules, y las muñecas estaban marcadas con unas joyas en forma de soles.

—Es marta cibelina —señaló, acariciando el forro—. Nunca te había odiado

tanto.

—Esa es para mí —dije—. Pero las demás son para quien las quiera. No puedo ponérmelas todas en Ravka Occidental.

—¿Ha mandado Nikolai a hacerlas para ti? —preguntó Nadia.

—No es muy devoto de la contención.

—¿Estás segura de que quieres regalárnoslas?

—Prestároslas —la corregí—. Y si no le gusta, que aprenda a dar instrucciones más cuidadosas.

—Es inteligente —comentó Tamar, poniéndose una capa de un verde azulado sobre los hombros y mirándose en el espejo—. Tiene que parecer un Rey, y tú tienes que parecer una Reina.

—Hay algo más —dije. Una vez más noté que esa timidez me envolvía. Todavía no sabía cómo comportarme con los demás Grisha. ¿Eran amigos? ¿Súbditos? Aquel era un territorio nuevo, pero no quería estar sola en mi habitación sin ninguna compañía salvo mis pensamientos y una pila de trajes.

Saqué el anillo de Nikolai y lo puse sobre la mesa.

—Por todos los Santos —suspiró Genya—. Es la esmeralda Lantsov.

Parecía brillar a la luz de la lámpara, y los diminutos diamantes centelleaban a su alrededor.

—¿Te la ha dado y ya está? ¿Para que te la quedes? —preguntó Nadia.

Genya me agarró el brazo.

—¿Te ha propuesto matrimonio?

—No exactamente.

—Prácticamente es como si lo hubiera hecho —explicó—. Ese anillo es una reliquia familiar. La Reina lo llevaba a todas partes, incluso para dormir.

—Tíralo —dijo Zoya—. Rómpele el corazón con crueldad. Yo me ofreceré encantada a consolar a nuestro pobre príncipe, y sería una reina magnífica.

Me reí.

—Lo cierto es que podrías serlo, Zoya, si dejaras de ser horrible durante un minuto.

—Con esa clase de incentivos, puedo serlo durante un minuto. Tal vez incluso dos.

Puse los ojos en blanco.

—Tan solo es un anillo.

Zoya suspiró y levantó la esmeralda, que reflejó la luz con un destello.

—Sí que soy horrible —dijo bruscamente—. Con toda la gente que ha muerto, y yo echo de menos tener cosas bonitas.

Genya se mordió el labio.

—Yo echo de menos el *kulich* de almendras —soltó abruptamente—. Y la mantequilla, y la mermelada de cereza que los cocineros solían traer del mercado de Balakirev.

—Yo echo de menos el mar —añadió Tamar—, y mi hamaca a bordo del *Volkvolny*.

—Yo echo de menos sentarme junto al lago en el Pequeño Palacio —intervino Nadia—. Beber té, sentir que todo era pacífico.

Zoya se miró las botas.

—Yo echo de menos saber qué va a pasar después.

—Yo también —confesé.

Zoya dejó el anillo sobre la mesa.

—¿Vas a decir que sí?

—No me propuso matrimonio realmente.

—Pero lo hará.

—A lo mejor. No lo sé.

Resopló indignada.

—Antes te mentí. Ahora sí que nunca te he odiado tanto.

—Sería algo especial si tuviéramos a una Grisha en el trono —señaló Tamar.

—Tiene razón —añadió Genya—. Ser los que dirigen, en lugar de los sirvientes.

Querían una reina Grisha. Mal quería una reina plebeya. ¿Y qué era lo que quería yo? La paz para Ravka. La oportunidad de poder dormir tranquila en mi cama, sin miedo. Que terminara la culpa y el temor con los que despertaba cada mañana. También había antiguos deseos; que me quisieran por quién era, no por lo que podía hacer; tumbarme en un prado con los brazos de un chico a mi alrededor, y observar el viento moviendo las nubes. Pero esos eran los sueños de una niña, no los de la Invocadora del Sol, no los de una Santa. Zoya resopló y se puso un *kokochnik* de perlas sobre el pelo.

—Sigo diciendo que debería ser yo.

Genya le lanzó una zapatilla de terciopelo.

—El día que te haga una reverencia será el día que David cante ópera desnudo en mitad de la Sombra.

—Como si quisiera tenerte en mi corte.

—Sería una suerte para ti. Ven. Te has puesto esa diadema totalmente torcida.

Volví a coger el anillo y le di vueltas en mi mano. No lograba convencerme para ponérmelo.

Nadia me dio un golpe en el hombro con el suyo.

—Hay cosas peores que un príncipe.

—Cierto.

—Y también cosas mejores —dijo Tamar, y le tiró un traje de encaje azul cobalto a Nadia—. Pruébate esto.

Ella lo sostuvo en alto.

—¿Te has vuelto loca? El corpiño prácticamente está cortado en el ombligo.

Tamar sonrió.

—Por eso mismo.

—Bueno, pues Alina no puede llevarlo —señaló Zoya—. Incluso ella se caería de él al plato del postre.

—¡Diplomacia! —gritó Tamar.

Nadia rompió a reír.

—¡Ravka Occidental declara su lealtad a los pechos de la Invocadora del Sol!

Traté de fruncir el ceño, pero me estaba riendo demasiado.

—Espero que os estéis divirtiendo.

Tamar envolvió el cuello de Nadia con una bufanda y la acercó a ella para besarla.

—Oh, por todos los Santos —se quejó Zoya—. ¿Es que todo el mundo tiene pareja ahora?

Genya soltó una risita.

—Alégrate. He visto a Stigg lanzándote miradas tristes.

—Es fjerdano —señaló Zoya—. Es la única clase de mirada que tiene. Y puedo ocuparme de mis propios asuntos, muchas gracias.

Examinamos los baúles de ropa y escogimos los trajes, abrigos y joyas más adecuados para el viaje. Como siempre, Nikolai había sido estratégico. Cada prenda estaba bordada con tonos de azul y oro. No me hubiera importado tener un poco de variedad, pero aquel viaje era para actuar, no de placer.

Las chicas se quedaron hasta que se gastó el aceite de las lámparas, y me sentí agradecida por su compañía. Pero, cuando eligieron los vestidos que les gustaban y el resto de la ropa quedó envuelta y volvió a los baúles, se despidieron.

Cogí el anillo de la mesa, y sentí su peso absurdo sobre mi mano.

Pronto regresaría el *Reyezuelo*, y Nikolai y yo nos marcharíamos a Ravka Occidental. Para entonces, Mal y su equipo estarían de camino hacia las Sikurzoi. Así era como debía ser. Yo odiaba la vida en la corte, pero Mal la despreciaba. Se había sentido tan miserable como yo haciendo de guardia en los banquetes de Os Kervo.

Si era sincera conmigo misma, podía darme cuenta de que había florecido desde que nos marchamos del Pequeño Palacio, incluso bajo tierra. Se había convertido en un líder por derecho propio; había encontrado un nuevo propósito. No podía decir que pareciera feliz, pero a lo mejor eso llegaría con el tiempo, con la paz, con la oportunidad de tener un futuro.

Encontraríamos al pájaro de fuego. Nos enfrentaríamos al Oscuro. Tal vez incluso ganáramos. Me pondría el anillo de Nikolai, y reasignaríamos a Mal a un nuevo puesto. Tendría la vida que debería haber tenido; la que podría haber tenido sin mí. Entonces, ¿por qué el cuchillo que notaba entre las costilla no dejaba de retorcerse?

Me tumbé sobre la cama, con la luz de las estrellas derramándose por la ventana y la esmeralda aferrada en mi mano.

Más tarde no supe realmente si lo había hecho de forma deliberada o si había sido un accidente, al tirar mi corazón amoratado de ese hilo invisible. Tal vez era simplemente que estaba demasiado cansada como para resistir su atracción. Me

encontré en una habitación borrosa, mirando al Oscuro.

CAPÍTULO 9

staba sentado en el borde de una mesa, con la camisa arrugada en una bola junto a su rodilla y los brazos alzados sobre su cabeza mientras la forma borrosa de una Corporalnik Sanadora se enfocaba y se desenfocaba, ocupándose de un tajo ensangrentado en el costado del Oscuro. Al principio me pareció que nos encontrábamos en la enfermería del Pequeño Palacio, pero el espacio estaba demasiado oscuro y borroso como para saberlo.

Traté de no fijarme en el aspecto que tenía; su pelo revuelto, los contornos ensombrecidos de su pecho desnudo. Parecía muy humano, tan solo un chico herido en batalla, o tal vez peleando. *No es un chico*, me recordé. *Es un monstruo que ha vivido cientos de años y ha tomado cientos de vidas*.

Tensó la mandíbula mientras la Corporalnik terminaba su trabajo. Cuando la piel estuvo cerrada, el Oscuro la hizo marchar con un gesto de la mano. Ella permaneció allí durante un breve instante y después se alejó, desvaneciéndose en la nada.

—Hay algo que me he estado preguntando —dijo. Sin saludos, sin preámbulos. Aguardé—. La noche que Baghra te dijo lo que tenía intención de hacer, la noche que huiste del Pequeño Palacio… ¿Dudaste?

—Sí.

—Los días después de marcharte, ¿pensaste alguna vez en regresar?

—Lo pensé —admití.

—Pero elegiste no hacerlo.

Sabía que debía marcharme. Al menos debería haber permanecido en silencio, pero estaba muy cansada, y parecía muy fácil estar ahí con él.

—No fue solo lo que Baghra me dijo aquella noche. Me mentiste. Me engañaste. Me… atrajiste.

Me sedujiste, me hiciste desearte, me hiciste cuestionar mi propio corazón.

—Necesitaba tu lealtad, Alina. Necesitaba que estuvieras atada a mí por algo más

que el deber o el miedo. —Sus dedos tocaron la piel donde había estado su herida. Tan solo quedaba una ligera rojez—. Hay rumores de que han visto a tu príncipe Lantsov.

Me acerqué más a él, tratando de mantener la voz tranquila.

—¿Dónde?

Levantó la mirada, y sus labios se curvaron en una ligera sonrisa.

—¿Te gusta?

—¿Importa eso?

—Es más difícil cuando te gustan. Los lloras más.

¿A cuánta gente habría llorado? ¿Habrían sido amigos? ¿Una esposa? ¿Habría dejado alguna vez que alguien se acercara tanto?

—Cuéntame, Alina —dijo—. ¿Ya te ha reclamado?

—*¿Reclamado?* ¿Como si fuera una península?

—No te sonrojas. No desvías los ojos. Cuánto has cambiado… ¿Qué hay de tu fiel rastreador? ¿Dormirá aovillado a los pies de tu trono?

Estaba presionándome, tratando de provocarme. En lugar de acobardarme, me acerqué más a él.

—Acudiste a mí con la cara de Mal aquella noche, en tus habitaciones. ¿Era porque sabías que iba a rechazarte?

Sus dedos se tensaron sobre el borde de la mesa, pero entonces se encogió de hombros.

—Era él a quien deseabas. ¿Sigues haciéndolo?

—No.

—Eres una pupila aventajada, pero una terrible mentirosa.

—¿Por qué sientes tanto desdén por los *otkazat'sya*?

—No es desdén. Es comprensión.

—No todos son débiles y estúpidos.

—Lo que son es predecibles —dijo—. La gente te amaría durante un tiempo. Pero ¿qué pensarán cuando su buen rey haya envejecido y muerto, mientras su esposa bruja permanece joven? Cuando todos aquellos que recuerden tus sacrificios sean polvo en el suelo, ¿cuánto tiempo crees que tardarán sus hijos o sus nietos en volverse en tu contra?

Sus palabras me hicieron estremecer. Todavía no era capaz de hacerme a la idea de la larga vida que tenía frente a mí, del enorme abismo de eternidad.

—Nunca te lo has planteado, ¿verdad? —continuó—. Tú vives en un solo momento. Yo vivo en miles.

«¿No somos todas las cosas?».

En un destello, su mano salió disparada como una serpiente y me agarró la muñeca. La habitación quedó enfocada de repente. Me atrajo más a él y me colocó entre sus rodillas. Su otra mano presionó la parte inferior de mi espalda, y sus fuertes dedos recorrieron la curva de mi columna vertebral.

—Estabas destinada a equilibrarme, Alina. Eres la única persona en todo el mundo que podría gobernar conmigo, que podría mantener a raya mi poder.

—¿Y quién me equilibrará a mí? —Las palabras salieron antes de poder pensarlas mejor, dando una voz cruda a una idea que me había atormentado aún más que la posibilidad de que el pájaro de fuego no existiera—. ¿Qué pasa si no soy mejor que tú? ¿Qué pasa si en lugar de detenerte no soy más que otra avalancha?

Me examinó durante un largo momento. Siempre me había observado de ese modo, como si fuera una ecuación que no lograra calcular del todo.

—Quiero que sepas mi nombre —dijo—. El nombre que me pusieron, no el título que adopté por voluntad propia. ¿Quieres saberlo, Alina?

Notaba el peso del anillo de Nikolai en mi palma, en la Rueca. No tenía que estar allí, en los brazos del Oscuro. Podía desvanecerme lejos de su alcance, volver a la conciencia y a la seguridad de la habitación de roca oculta en la cima de una montaña. Pero no quería marcharme. A pesar de todo, quería aquella confidencia.

—Sí —susurré.

Tras un largo momento, dijo:

—Aleksander. —Se me escapó una risita. Él arqueó una ceja, y sus labios se curvaron en una ligera sonrisa—. ¿Qué?

—Es tan… común.

Era un nombre muy ordinario, que llevaban reyes y campesinos por igual. Había conocido a dos Aleksander solo en Keramzin, y a tres en el Primer Ejército. Uno de ellos había muerto en la Sombra.

Su sonrisa se ensanchó e inclinó la cabeza hacia un lado. Casi dolía verlo de ese modo.

—¿Podrías pronunciarlo? —me pidió.

Dudé, notando el peligro que se agolpaba sobre mí.

—Aleksander —susurré.

Su sonrisa se desvaneció, y sus ojos grises parecieron centellear.

—Otra vez —dijo.

—Aleksander.

Se inclinó hacia mí. Noté su aliento contra mi cuello, y después la presión de su boca contra mi piel, casi un suspiro.

—No lo hagas —le pedí. Me aparté, pero él me abrazó con más fuerza. Su mano avanzó hasta mi nuca, y sus largos dedos se enredaron en mi pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás. Cerré los ojos.

—Déjame hacerlo —murmuró contra mi garganta. Su pie se enganchó alrededor de mi pierna, acercándome aún más. Noté el calor de su lengua, la flexión de los duros músculos bajo la piel desnuda mientras guiaba mis manos hasta su cintura—. Esto no es real —dijo—. Déjame hacerlo.

Noté esa ráfaga de sed, el latido firme y anhelante de un deseo que ninguno de los dos quería, pero nos aferraba de todos modos. Estábamos solos en el mundo, éramos

únicos. Estábamos atados el uno al otro, y siempre lo estaríamos.

Pero daba igual.

No podía olvidar lo que había hecho, y no perdonaría lo que era: un asesino. Un monstruo. Un hombre que había torturado a mis amigos y asesinado a la gente que yo había tratado de proteger.

Me aparté de él.

—Es lo bastante real.

Entrecerró los ojos.

—Me estoy cansando de este juego, Alina.

Me sorprendí ante la furia que cobró vida en mi interior.

—¿Que te estás cansando? Tú has jugado conmigo en cada oportunidad que has tenido. No te has cansado del juego, tan solo te da rabia que no sea tan fácil jugar conmigo.

—La inteligente Alina —escupió—. La pupila aventajada. Me alegra que hayas venido esta noche. Quiero compartir las noticias. —Se puso la camisa ensangrentada —. Voy a entrar en la Sombra.

—Adelante —dije—. Los volcra se merecen otro trozo de ti.

—No lo tendrán.

—¿Esperas que hayan cambiado sus apetitos? ¿O tan solo es una locura más?

—No estoy loco. Pregúntale a David los secretos que dejó en el palacio para que los descubriera. —Me puse rígida—. Otro chico inteligente —continuó el Oscuro—. También lo recuperaré a él cuando todo este acabe. Tiene una mente muy talentosa.

—Estás mintiendo —dije.

Sonrió, pero esa vez sus labios eran fríos. Se apartó de la mesa y caminó hacia mí.

—Voy a entrar en la Sombra, Alina, y le voy a mostrar a Ravka Occidental lo que soy capaz de hacer, incluso sin la Invocadora del Sol. Y cuando haya aplastado al único aliado de Lantsov, te cazaré como a un animal. No encontrarás ningún santuario. No tendrás paz. —Se alzó sobre mí amenazante, con los ojos relucientes—. Vuelve a casa con tu *otkazat'sya* —gruñó—. Abrázalo fuerte. Las reglas de este juego están a punto de cambiar.

Alzó la mano, y el Corte me atravesó. Me quebré en pedazos, y regresé de golpe a mi cuerpo con una sacudida helada.

Me llevé la mano al torso, con el corazón palpitándome con fuerza en el pecho, sintiendo todavía la cuchilla de sombras que lo atravesaba, pero estaba entera y sin marcas. Salí de la cama dando traspiés, traté de encontrar la lámpara, y después me rendí y tanteé a mi alrededor hasta encontrar el abrigo y las botas.

Tamar estaba haciendo guardia al otro lado de mi habitación.

—¿Dónde se aloja David? —pregunté.

—Al otro lado del pasillo, con Adrik y Harshaw.

—¿Mal y Tolya están durmiendo? —Ella asintió con la cabeza—. Despiértalos.

Entró en la habitación de los guardias, y Mal y Tolya salieron unos segundos

después, despiertos de inmediato tal como hacían los soldados, y poniéndose las botas. Mal había cogido su pistola.

—No la necesitarás —dije—. Al menos, no lo creo.

Me planteé la posibilidad de enviar a alguien a por Nikolai, pero primero quería saber a qué nos enfrentábamos.

Recorrimos el pasillo a zancadas, y cuando llegamos a la habitación de David Tamar llamó una vez a la puerta antes de abrirla.

Al parecer, habían echado a Adrik y Harshaw aquella noche. Genya y David, adormilados, nos miraron pestañeando desde debajo de las mantas de un catre estrecho. Señalé a David.

—Vestíos —dije—. Tenéis dos minutos.

—¿Qué está…? —comenzó Genya.

—Hacedlo.

Salimos por la puerta a esperar.

Mal soltó una tos.

—No puedo decir que me sorprenda.

Tamar resopló.

—Después de su discurso en la sala de guerra, hasta yo me planteé lanzarme sobre él.

Unos momentos más tarde, la puerta se abrió con un crujido y David, descalzo y despeinado, nos invitó a pasar. Genya estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el catre, con los bucles rojizos de su pelo señalando a todas direcciones.

—¿Qué pasa? —preguntó David—. ¿Va algo mal?

—He recibido información de que el Oscuro tiene intención de utilizar la Sombra contra Ravka Occidental.

—¿Nikolai te ha…? —comenzó Tamar. Alcé la mano.

—Necesito saber si eso es posible.

David negó con la cabeza.

—No puede hacerlo sin ti. Necesita entrar en el Nocéano para expandirlo.

—Asegura que puede hacerlo. Asegura que dejaste secretos en el Pequeño Palacio.

—Espera un momento —intervino Genya—. ¿De dónde viene esta información?

—Fuentes —dije secamente—. David, ¿a qué se refería?

No quería creer que sería capaz de traicionarnos, al menos, no deliberadamente. Él frunció el ceño.

—Cuando huimos de Os Alta dejé atrás mis viejos cuadernos, pero no suponen ningún peligro.

—¿Qué había en ellos? —preguntó Tamar.

—Toda clase de cosas —contestó, mientras sus diestros dedos arrugaban y alisaban la tela de sus pantalones—. Los diseños de los platos espejados, una lente para filtrar las distintas ondas del espectro, nada que pudiera utilizar para entrar en la

Sombra. Aunque…

Empalideció ligeramente.

—¿Qué más?

—Tan solo era una idea…

—*¿Qué más?*

—A Nikolai y a mí se nos ocurrió un plan para hacer un esquife de cristal.

Fruncí el ceño y miré a Mal, y después a los demás. Todos parecían tan confusos como yo.

—¿Para qué iba a querer un esquife de cristal?

—La estructura estaría hecha para contener *lumiya*.

Hice un gesto de impaciencia.

—¿Qué es la *lumiya*?

—Una variación del fuego líquido.

Por todos los Santos.

—Oh, David. Dime que no.

El fuego líquido era una de las creaciones de Morozova. Era pegajoso, inflamable, y creaba una llama que era casi imposible de extinguir. Era tan peligroso que Morozova había destruido la fórmula tan solo unas horas después de haberla creado.

—¡No! —Levantó las manos en actitud defensiva—. No, no. Esto es mejor, más seguro. La reacción solo crea luz, no calor. Se me ocurrió cuando estábamos tratando de encontrar formas de mejorar las bombas lumínicas para luchar contra los *nichevo'ya*. No podíamos aplicarla, pero me gustó la idea, así que la guardé para… para después.

Se encogió de hombros en señal de impotencia.

—¿Arde sin calor?

—Tan solo es una fuente de luz artificial.

—¿Suficiente como para mantener a raya a los volcra?

—Sí, pero es inútil para el Oscuro. Solo arde durante un tiempo limitado, y necesitas luz solar para activarla.

—¿Cuánta?

—Muy poca, esa era la idea. Tan solo era otra forma de aumentar tu poder, como los platos. Pero no hay luz alguna en la Sombra, así que…

Alcé las manos y unas sombras se derramaron sobre las paredes.

Genya gritó, y David se encogió contra su cama. Tolya y Tamar se llevaron las manos a las armas. Bajé los brazos, y las sombras regresaron a sus formas normales. Todos me miraron boquiabiertos.

—¿Tienes su poder? —susurró Genya.

—No. Tan solo una pequeña parte.

Mal pensaba que se lo había quitado al Oscuro. A lo mejor él también me había quitado algo a mí.

—Así es como hiciste que saltaran las sombras cuando estábamos en el Hervidor —comprendió Tolya.

Asentí con la cabeza.

Tamar le clavó un dedo a Mal.

—Nos has mentido.

—Le he guardado los secretos —replicó él—. Tú hubieras hecho lo mismo.

Ella cruzó los brazos. Tolya le puso una enorme mano sobre el hombro. Todos parecían molestos, pero no tan asustados como deberían.

—Ya veis lo que significa esto —dije—. Si el Oscuro tiene siquiera un retazo de mi poder…

—¿Sería suficiente como para contener a los volcra?

—No —respondí—. No lo creo.

Había necesitado un amplificador antes de poder invocar la luz suficiente como para entrar en la Sombra sin peligro. Por supuesto, no había ninguna garantía de que el Oscuro hubiera tomado más de mi poder cuando nos enfrentamos en la capilla. Pero de todos modos, si de verdad hubiera podido emplear la luz, ya habría actuado antes.

—Eso da igual —dijo David, con tristeza—. Tan solo necesita la luz suficiente como para activar la *lumiya* cuando esté dentro de la Sombra.

—Luz suficiente como para protegerse —señaló Mal—. Un esquife bien armado de Grisha y soldados…

Tamar sacudió la cabeza.

—Eso parece muy arriesgado, incluso para el Oscuro.

Pero Tolya le respondió con mis propios pensamientos.

—Te estás olvidando de los *nichevo'ya*.

—¿Soldados de sombras luchando contra los volcra? —preguntó Genya, horrorizada.

—Por todos los Santos —dijo Tamar—. ¿Quién creéis que va a ganar?

—El problema siempre fue la contención —añadió David—. La *lumiya* se lo traga todo. Lo único que funcionaba era el cristal, pero eso presenta sus propios problemas de ingeniería, y Nikolai y yo no llegamos a resolverlos. Tan solo era… Tan solo era para pasar el rato.

Si el Oscuro no había resuelto todavía aquellos problemas, lo haría.

No encontrarás ningún santuario. No tendrás paz.

Me puse la cabeza entre las manos.

—Va a destrozar Ravka Occidental.

Y después de eso, ningún país se atrevería a ponerse de mi parte, ni de la de Nikolai.

CAPÍTULO 10

edia hora después estábamos sentados en el extremo de una mesa de la cocina, con unas tazas de té vacías frente a nosotros. Genya había desaparecido, pero David estaba ahí, con la cabeza inclinada sobre una pila de papel de dibujo mientras trataba de recrear de memoria los planes para el esquife de cristal y la fórmula de la *lumiya*. Aunque no sirviera de mucho, no creía que hubiera ayudado al Oscuro intencionadamente. El crimen de David era la sed de conocimiento, no de poder.

El resto de la Rueca estaba vacía y silenciosa, pues la mayoría de los soldados y Grisha rebeldes seguían durmiendo. A pesar de que lo habían sacado de la cama en mitad de la noche, Nikolai parecía estar plenamente despierto, incluso a pesar del abrigo color verde militar que se había puesto sobre la camisa y los pantalones de dormir. No había tardado demasiado en contarle todo lo que había averiguado, y no me sorprendió la primera pregunta que salió de su boca.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes esto? —preguntó—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Una hora, quizás menos. Tan solo he esperado a confirmar la información con David.

—Eso es imposible…

—Improbable —lo corregí con suavidad—. Nikolai… —Noté un vuelco en las tripas, y eché un vistazo a Mal. No había olvidado cómo había reaccionado cuando al fin le dije que estaba teniendo visiones del Oscuro. Y esto era mucho peor, porque había sido yo quien había ido a buscarlo—. Lo oí de los propios labios del Oscuro. Él me lo dijo.

—¿Disculpa?

—Puedo visitarlo, como una especie de visión. Lo… Lo busqué.

Transcurrió un largo instante.

—¿Puedes espiarlo?

—No exactamente. —Traté de explicar el aspecto que tenía para mí la habitación, el aspecto que tenía él—. No puedo oír a otras personas, ni siquiera verlos realmente si no están justo a su lado o en contacto con él. Es como si él fuera lo único real y material.

Los dedos de Nikolai tamborileaban sobre la mesa.

—Pero podríamos tratar de buscar información —dijo con voz emocionada—, tal vez incluso darle noticias falsas. —Pestañeé. Nikolai se había apresurado a buscar una estrategia, aunque a esas alturas ya debía estar acostumbrada—. ¿Puedes hacerlo con otros Grisha? ¿Tratar de meterte en sus cabezas?

—No lo creo. El Oscuro y yo estamos… conectados. Probablemente lo estaremos siempre.

—Tengo que advertir a Ravka Occidental —dijo—. Necesitan evacuar la zona junto a las orillas de la Sombra.

Se frotó la cara con la mano. Era la primera grieta que había visto en su confianza.

—No mantendrán la alianza, ¿verdad? —preguntó Mal.

—No lo creo. El asedio fue un gesto que Ravka Occidental estaba dispuesto a hacer cuando creían que se encontraban a salvo de represalias.

—Si capitulan —intervino Tamar—, ¿los atacará igualmente el Oscuro?

—Esto no se trata solo del asedio —expliqué—. Se trata de aislarnos, de asegurarse de que no tenemos ningún lugar al que ir. Se trata del poder. Quiere utilizar la Sombra; siempre lo ha querido. —Resistí el deseo de tocarme la muñeca desnuda—. Es una obsesión.

—¿Qué cantidad de soldados puedes convocar? —le preguntó Mal a Nikolai.

—¿En total? Probablemente podríamos reunir unas fuerzas de alrededor de cinco mil personas. Están repartidos en celdas en el noroeste, así que el problema sería la movilización, pero creo que podríamos conseguirlo. También tenemos razones para sospechar que algunas de las milicias nos son leales. Ha habido deserciones en masa de la base de Poliznaya y de los frentes del norte y del sur.

—¿Qué hay de los Soldat Sol? —preguntó Tolya—. Ellos lucharán. Sé que darían sus vidas por Alina; ya lo han hecho antes.

Me froté los brazos al pensar en más vidas perdidas, en el rostro fiero y alegre de Ruby marcado con el tatuaje del sol.

Nikolai frunció el ceño.

—Pero ¿podemos confiar en el Apparat? —El sacerdote había sido crucial en el golpe de Estado que casi había hecho caer al padre de Nikolai y, a diferencia de Genya, él no había sido un sirviente vulnerable acosado por el Rey. Había sido un consejero de confianza—. ¿Qué es lo que quiere exactamente?

—Creo que quiere sobrevivir —dije—. Dudo que se arriesgue a un enfrentamiento directo con el Oscuro a menos que esté seguro del resultado.

—Nos vendrían bien esos números extras —admitió Nikolai.

Comenzaba a notar un dolor sordo cerca de la sien derecha.

—No me gusta esto —señalé—. Nada de esto. Estáis hablando de lanzar un montón de cuerpos a los *nichevo'ya*. La cantidad de muertes será enorme.

—Sabes que yo estaré ahí con ellos —dijo Nikolai.

—Lo único que significa eso es que puedes sumar tu número a los muertos.

—Si el Oscuro utiliza la Sombra para separarnos de posibles aliados, entonces Ravka es suya. Él se volverá más poderoso, consolidará sus fuerzas. No voy a rendirme y ya está.

—Ya viste lo que hicieron esos monstruos en el Pequeño Palacio…

—Tú misma lo has dicho: no se detendrá. Necesita utilizar su poder, y cuanto más lo use, más lo ansiará. Puede que esta sea nuestra última oportunidad de derrotarlo. Además, se rumorea que Oretsev, aquí presente, es un rastreador magnífico. Si encuentra al pájaro de fuego, tal vez tengamos una oportunidad.

—¿Y si no lo hace?

Nikolai se encogió de hombros.

—Nos pondremos nuestra mejor ropa y moriremos como héroes.

Estaba amaneciendo para cuando terminamos de debatir sobre los detalles de lo que haríamos a continuación. El *Reyezuelo* había regresado, y Nikolai volvió a enviarlo fuera con una nueva tripulación y una advertencia dirigida al concilio mercantil de Ravka Occidental de que el Oscuro podría estar planeando un ataque.

También llevaban una invitación para encontrarse con él y la Invocadora del Sol en Kerch, que era neutral. Era demasiado peligroso que Nikolai y yo nos arriesgáramos a que nos atraparan en lo que muy pronto podía ser territorio enemigo. El *Pelícano* había vuelto al hangar, y pronto partiría hacia Keramzin sin nosotros. No sabía si me sentía triste o aliviada de no poder viajar con ellos hacia el orfanato, pero simplemente no había tiempo para dar un rodeo. Mal y su equipo se marcharían hacia las Sikurzoi al día siguiente a bordo de la *Garcilla*, y yo me encontraría allí con ellos una semana más tarde. Nos ceñiríamos a nuestro plan, esperando que el Oscuro no actuara antes.

Había más cosas que discutir, pero Nikolai tenía cartas que escribir, y yo tenía que hablar con Baghra. Había terminado el tiempo de las lecciones.

La encontré en su guarida a oscuras, con el fuego bien avivado y la habitación insoportablemente calurosa. Misha acababa de llevarle la bandeja del desayuno. Aguardé mientras se comía su *kasha* de alforfón y se bebía su té negro y amargo. Cuando terminó, Misha abrió el libro para comenzar con la lectura, pero Baghra se apresuró a silenciarlo.

—Llévate la bandeja —dijo—. La pequeña Santa tiene algo en la cabeza. Si la hacemos esperar más tiempo, podría saltar de la silla para zarandearme.

Qué mujer tan horrible. ¿Es que no se le escapaba nada?

Misha cogió la bandeja. A continuación dudó, y pasó su peso de un pie al otro.

—¿Tengo que volver a bajar?

—Deja de retorcerte como un gusano —replicó Baghra bruscamente, y el niño se quedó inmóvil. Ella le hizo un gesto con la mano—. Vete, cosa inútil, pero no llegues tarde con mi comida.

Corrió hacia la puerta, con los platos tintineando, y la cerró de una patada tras él.

—Esto es culpa tuya —se quejó Baghra—. Ya no puede quedarse quieto.

—Es un niño. Es lo que suelen hacer.

Tomé nota mentalmente para que alguien continuara con las clases de esgrima de Misha mientras nosotros no estábamos. La anciana frunció el ceño y se acercó más al fuego, envolviéndose mejor con las pieles.

—Bueno —dijo—, ya estamos solas. ¿Qué es lo que quieres saber? ¿O prefieres quedarte ahí sentada mordiéndote la lengua otra hora más?

No sabía muy bien cómo comenzar.

—Baghra…

—Escúpelo o deja que me eche una siesta.

—Puede que el Oscuro haya encontrado una forma de entrar en la Sombra sin mí. Podría utilizarla como arma. Si hay algo que puedas contarnos, necesitamos información.

—Siempre la misma pregunta.

—Cuando te pregunté si Morozova podría haber dejado los amplificadores sin terminar, dijiste que ese no era su estilo. ¿Lo conocías?

—Hemos terminado aquí, niña —dijo, girándose hacia el fuego—. Has desperdiciado la mañana.

—Una vez me dijiste que esperabas que tu hijo lograra redimirse. Puede que esta sea la última oportunidad para detenerlo.

—Ah, ¿así que ahora esperas salvar a mi hijo? Qué piadoso por tu parte.

Respiré profundamente.

—Aleksander —susurré, y ella se quedó inmóvil—. Su verdadero nombre es Aleksander. Y si da este paso, se perderá para siempre. Tal vez todos nos perdamos.

—Ese nombre… —Baghra se reclinó en su silla—. Solo él podría habértelo dicho. ¿Cuándo?

Nunca había hablado con ella de las visiones, y no quería hacerlo entonces. En lugar de eso, repetí mi pregunta.

—Baghra, ¿conocías a Morozova?

Permaneció en silencio durante un buen rato, y el único sonido fue el crepitar del fuego. Finalmente, dijo:

—Tan bien como todos.

Aunque lo había sospechado, el hecho era difícil de creer. Había visto los escritos de Morozova, llevaba sus amplificadores, pero él nunca había parecido real. Era un Santo con un halo dorado, y para mí era más leyenda que hombre.

—Hay una botella de *kvas* en un estante, en la esquina —dijo—, lejos del alcance de Misha. Tráemela con un vaso.

Era pronto para tomar *kvas*, pero no iba a discutírselo. Bajé la botella y le serví un vaso.

Dio un largo trago y apretó los labios.

—El nuevo Rey no escatima en recursos, ¿eh? —Suspiró y volvió a reclinarse—. Muy bien, pequeña Santa, ya que quieres saber acerca de Morozova y sus preciados amplificadores, voy a contarte una historia… Una que solía contarle a un niño pequeño de pelo oscuro, un niño silencioso que rara vez se reía, que escuchaba más de lo que yo me daba cuenta. Un niño que tenía un nombre, y no un título.

A la luz del fuego, los agujeros en sombras de sus ojos parecían parpadear y moverse.

—Morozova era el Forjador de Huesos, uno de los mejores Hacedores que han vivido jamás, y un hombre que puso a prueba los propios límites del poder de los Grisha, pero también era tan solo un hombre que tenía una esposa. Era una *otkazat'sya*, y aunque lo amaba, no lo comprendía.

Pensé en cómo había hablado el Oscuro sobre los *otkazat'sya*, de las predicciones que había hecho sobre Mal y cómo me trataría la gente de Ravka. ¿Habría aprendido esas lecciones de Baghra?

—He de decirte que él también la amaba —continuó—. Al menos, eso creo. Pero nunca fue suficiente como para que dejara su trabajo. No era suficiente como para moderar la necesidad que lo impulsaba. Esa es la maldición del poder Grisha. Tú ya lo sabes, pequeña Santa.

«Se pasaron más de un año dando caza al ciervo en Tsibeya, y dos años navegando el Paso de los Huesos en busca del azote marino. Fueron grandes éxitos para el Forjador de Huesos. Las dos primeras fases de su gran plan. Pero cuando su esposa se quedó embarazada, se instalaron en una aldea pequeña, un lugar donde podría continuar sus experimentos e incubar sus planes sobre la criatura que se convertiría en el tercer amplificador.

»Tenían poco dinero. Cuando lograba alejarse de sus estudios, se ganaba la vida como carpintero, y los aldeanos a veces acudían a él con heridas o enfermedades».

—¿Era un Sanador? —pregunté—. Pensaba que era un Hacedor.

—Morozova no hacía esas distinciones; pocos Grisha las hacían esos días. Creía que si la ciencia era lo bastante pequeña, todo era posible. Y para él, a menudo era así.

«¿No somos todas las cosas?».

—Los aldeanos veían a Morozova y a su familia con una mezcla de lástima y desconfianza. Su mujer se vestía con harapos, y a la niña… A la niña apenas la veían. Su madre la mantenía en la casa y en los campos que la rodeaban. Verás, esa niña había comenzado a manifestar su poder muy temprano, y era algo que jamás se había visto. —Baghra tomó otro sorbo de *kvas*—. Podía invocar la oscuridad.

Las palabras flotaron en el aire caliente, y entonces comprendí su significado.

—¿Tú? —jadeé—. Entonces, el Oscuro…

—Yo soy la hija de Morozova, y el Oscuro es el último de su linaje. —Vació el vaso—. Mi madre se sentía aterrorizada de mí. Estaba segura de que mi poder era alguna clase de abominación; el resultado de los experimentos de mi padre. Y bien podría tener razón. Al aventurarse en el *merzost*, bueno… Los resultados nunca son lo que uno cabría esperar. Odiaba cogerme, apenas podía soportar estar en la misma habitación que yo. Tan solo cuando nació su segunda hija volvió a ser como antes. Era otra niña, en esa ocasión normal, como ella, guapa y sin poderes. ¡Cuánto la mimaba mi madre!

Habían pasado cientos de años, tal vez mil. Pero reconocí el dolor en su voz, la quemazón de sentirse siempre inferior e indeseada.

—Mi padre se estaba preparando para partir a cazar al pájaro de fuego. Yo era solo una niña pequeña, pero le rogué que me llevara con él. Trataba de resultarle útil, pero lo único que hice fue enfadarlo, y al final me acabó prohibiendo la entrada a su taller.

Dio un golpe en la mesa, y volví a llenarle el vaso.

—Y entonces, un día, Morozova tuvo que abandonar su mesa de trabajo y fue hacia el pastizal detrás de su casa, atraído por el sonido de los gritos de mi madre. Yo había estado jugando con mis juguetes, y mi hermana había llorado y aullado y pataleado hasta que mi madre insistió en que le diera mi juguete favorito, un cisne de madera que había tallado nuestro padre en uno de esos escasos momentos en los que me había prestado algo de atención. Tenía unas alas tan detalladas que casi parecían mullidas, y unas patas perfectamente palmeadas que podían mantenerse en equilibrio sobre el agua. Mi hermana lo tuvo en la mano menos de un minuto antes de romperle su cuello esbelto. Recuerda si puedes que yo no era más que una niña, una niña solitaria, con muy pocos tesoros para mí. —Alzó el vaso, pero no bebió—. Ataqué a mi hermana. Con el Corte. La partí en dos.

Traté de no imaginarlo, pero la escena apareció en mi mente con claridad; un campo embarrado, una niña de pelo oscuro, con su juguete favorito hecho pedazos. Le había dado una pataleta, como suele pasar con los niños. Pero ella no era una niña corriente.

—¿Qué pasó? —susurré finalmente.

—Los aldeanos acudieron corriendo, y sujetaron a mi madre para que no pudiera alcanzarme. No lograban comprender lo que estaba diciendo. ¿Cómo podía haber hecho algo así una niña pequeña? El sacerdote ya estaba rezando sobre el cuerpo de mi hermana cuando llegó mi padre. Sin decir palabra, Morozova se arrodilló junto a ella y comenzó a trabajar. La gente de la aldea no comprendía lo que estaba sucediendo, pero sintieron el poder que crecía.

—¿La salvó?

—Sí —respondió simplemente Baghra—. Era un gran Sanador, y utilizó hasta la

última pizca de su poder para resucitarla… Débil, jadeante y con cicatrices, pero viva.

Había leído incontables versiones del martirio de Sankt Ilya. Los detalles de la historia se habían distorsionado con el tiempo: había sanado a su hija, no a la de un extraño. Era una niña, no un niño. Pero sospechaba que algo que no había cambiado era el final, y me estremecí al pensar en lo que iba a continuación.

—Fue demasiado —dijo la anciana—. Los aldeanos sabían el aspecto que tenía la muerte; aquella niña debería haber muerto. Y a lo mejor también estaban resentidos. ¿Cuántos seres queridos habían perdido por heridas o enfermedades desde que Morozova había llegado a la aldea? ¿Cuántos podría haber salvado? A lo mejor no era solo el terror o la justicia lo que los impulsaba, sino también la furia. Lo encadenaron, y también a mi hermana, una niña que debería haber tenido el buen juicio de permanecer muerta. No había nadie que defendiera a mi padre, nadie que hablara a favor de mi hermana. Habíamos vivido alejados de todos ellos, y no habíamos hecho ningún amigo. Lo condujeron hasta el río. A mi hermana tuvieron que llevarla; acababa de aprender a caminar, y no podía hacerlo con las cadenas.

Cerré los puños sobre mi regazo. No quería oír el resto.

—Mientras mi madre gemía y suplicaba, y yo lloraba y luchaba por librarme de los brazos de algún vecino que apenas conocía, ellos tiraron a Morozova y a su hija más joven del puente, y los observamos desaparecer bajo el agua, arrastrados por el peso de las cadenas de hierro. —Baghra vació su vaso y lo hizo girar sobre la mesa —. Nunca volví a ver a mi padre o a mi hermana.

Nos quedamos en silencio mientras trataba de comprender las implicaciones de lo que había dicho. No vi lágrimas en sus mejillas. *Su dolor es antiguo*, me recordé. Y aun así, no creía que un dolor como ese llegara jamás a desvanecerse por completo. El dolor tenía su propia vida, tomaba su propio sustento.

—Baghra —dije, presionándola, implacable a mi propia manera—, si Morozova murió…

—Yo nunca he dicho que muriera. Esa fue la última vez que lo vi, pero era un Grisha de inmenso poder. Bien podría haber sobrevivido a la caída.

—¿Encadenado?

—Era el mayor Hacedor que ha vivido jamás. Haría falta algo más que hierro *otkazat'sya* para contenerlo.

—¿Y crees que llegó a crear el tercer amplificador?

—Su trabajo era su vida —dijo, y la amargura de esa hija abandonada teñía sus palabras—. Mientras tuviera aliento en el cuerpo, jamás habría dejado de buscar al pájaro de fuego. ¿Tú lo harías?

—No —admití. El pájaro de fuego se había convertido en mi propia obsesión, un hilo de necesidad que me ataba a Morozova a través de los siglos. ¿Podía haber sobrevivido? Baghra parecía muy segura de que sí. Y, ¿qué habría sido de su hermana? Si Morozova había logrado salvarse, ¿podía haber rescatado a su hija del

río y utilizar su poder para volver a revivirla? La idea me aturdía. Quería aferrarla con fuerza, darle vueltas entre mis manos, pero había más cosas que necesitaba saber —. ¿Qué te hicieron a ti los aldeanos?

Su risa ronca atravesó la habitación como una serpiente, erizándome el vello de los brazos.

—Si hubieran sido listos, también me habrían lanzado al río. En lugar de eso, nos echaron a mi madre y a mí de la aldea y nos dejaron a merced del bosque. Mi madre era inútil. Se tiró del pelo y lloró hasta vomitar. Finalmente se quedó tirada en el suelo sin levantarse, por mucho que yo llorara y la llamara. Me quedé con ella tanto tiempo como pude. Traté de encender un fuego para darle calor, pero no sabía cómo. —Se encogió de hombros—. Tenía mucha hambre. Finalmente la abandoné y me marché, delirante y sucia, hasta que llegué a una granja. Me acogieron y organizaron una partida de búsqueda, pero no logré encontrar el camino hasta mi madre. Por lo que sé, se murió de hambre en el suelo del bosque.

Me quedé en silencio, esperando. El *kvas* comenzaba a tener muy buen aspecto.

—Ravka era muy diferente entonces. Los Grisha no tenían ningún santuario. Poderes como los nuestros conducían a destinos como el de mi padre. Yo mantuve el mío oculto. Seguí los cuentos de brujas y Santos y encontré los enclaves secretos donde los Grisha estudiaban su ciencia. Aprendí todo lo que pude, y cuando llegó el momento, enseñé a mi hijo.

—Pero ¿qué hay de su padre?

Ella soltó otra risotada áspera.

—¿También quieres una historia de amor? No hay ninguna. Deseaba un hijo, así que busqué al Grisha más poderoso que pude encontrar. Era un Mortificador; ni siquiera recuerdo su nombre.

Durante un breve instante vislumbré a la chica feroz que había sido, impávida y salvaje, una Grisha de extraordinarias habilidades. Entonces suspiró y se movió en su silla, y la ilusión desapareció, reemplazada por una mujer cansada que se aovillaba junto al fuego.

—Mi hijo no era… Comenzó muy bien. Viajamos de un sitio a otro, vimos cómo vivía nuestra gente, cómo desconfiaban de nosotros, las vidas que tenían que ganarse a duras penas, en secreto y con miedo. Juró que algún día tendríamos un lugar seguro, que el poder Grisha sería algo que se valorara y se deseara, algo que nuestro país guardara como un tesoro. Seríamos ravkanos, además de Grisha. Ese sueño fue la semilla del Segundo Ejército. Un buen sueño. Si lo hubiera sabido…

Sacudió la cabeza.

—Le di su orgullo. Le di la carga de la ambición, pero lo peor que hice fue tratar de protegerlo. Debes comprender que incluso nuestra propia clase nos evitaba, temían la extrañeza de nuestro poder. —*No hay más como nosotros*—. Nunca quise que se sintiera como me había sentido yo de niña, así que le enseñé que no tenía igual, que estaba destinado a no inclinarse ante ningún hombre. Quería que fuera duro, que

fuera fuerte. Le enseñé la lección que me habían enseñado mis padres: no confíes en nadie. Que el amor era frágil y caprichoso, que no era nada comparado con el poder. Era un chico brillante, y aprendió demasiado bien.

Estiró el brazo con rapidez, y me agarró la muñeca con sorprendente precisión.

—Olvídate de tu sed, Alina. Haz lo que Morozova y mi hijo no pudieron hacer y *date por vencida*.

Mis mejillas estaban húmedas a causa de las lágrimas. Sentía lástima por ella. Lástima por su hijo. Pero, a pesar de todo, sabía cuál iba a ser mi respuesta.

—No puedo.

—«¿Qué es infinito?» —recitó.

Conocía bien el texto.

—«El universo y la avaricia de los hombres» —respondí, terminando la cita.

—Puede que no seas capaz de sobrevivir al sacrificio que requiere el *merzost*. Ya has probado ese poder una vez, y casi te mata.

—Tengo que intentarlo.

Baghra sacudió la cabeza.

—Niña estúpida —dijo, pero su voz sonaba triste, como si estuviera reprendiendo a otra niña, de hace mucho tiempo, perdida e indeseada, impulsada por el miedo y el dolor.

—Los cuadernos…

—Años después regresé a la aldea de mi nacimiento, sin saber muy bien lo que iba a encontrar. El taller de mi padre había desaparecido hacía mucho, pero sus cuadernos seguían ahí, guardados en el nicho oculto del viejo sótano. —Soltó un resoplido de incredulidad—. Habían construido una iglesia sobre él.

Dudé antes de hablar.

—Si Morozova sobrevivió, ¿qué fue de él?

—Probablemente se quitó su propia vida. Así es como mueren la mayoría de los Grisha de gran poder.

Me recliné en mi asiento, aturdida.

—¿Por qué?

—¿Te crees que yo nunca me lo he planteado? ¿Que mi hijo no lo ha hecho? Los amantes envejecen. Los niños mueren. Los reinos se alzan y caen, y nosotros seguimos ahí. A lo mejor Morozova sigue vagando por la tierra, más viejo y amargado que yo. O a lo mejor utilizó su poder sobre sí mismo y acabó con todo. Es muy sencillo. Los similares se atraen. De lo contrario… —Volvió a reírse con esa risa seca y jadeante—. Deberías advertir a tu príncipe. Si realmente piensa que una bala va a detener a una Grisha con tres amplificadores, está muy equivocado.

Me estremecí. ¿Tendría el valor de quitarme mi propia vida si se daba la situación? Si unía los tres amplificadores, tal vez podría destruir la Sombra, pero bien podría hacer algo peor en su lugar. Y cuando me enfrentara al Oscuro, incluso si me atrevía a utilizar el *merzost* para crear un ejército de luz, ¿sería suficiente para acabar

con él?

—Baghra —dije con cautela—. ¿Qué hace falta para matar a un Grisha con esa clase de poder?

Baghra me dio unos golpecitos en la piel de la muñeca, en el punto desnudo donde el tercer amplificador podría descansar en cuestión de días.

—Pequeña Santa —susurró—. Pequeña mártir. Creo que lo descubriremos.

Me pasé el resto de la tarde redactando una solicitud de ayuda para el Apparat. Dejaríamos la misiva tras el altar en la Iglesia de Sankt Lukin, en Vernost, y esperábamos que llegara hasta la Catedral Blanca a través de la red de fieles. Habíamos utilizado un código que Tolya y Tamar conocían de su etapa con los Soldat Sol, de modo que si el mensaje caía en las manos del Oscuro, este no se daría cuenta de que en poco más de dos semanas Mal y yo estaríamos esperando a las fuerzas del Apparat en Caryeva. Era una ciudad de paso que quedaba prácticamente abandonada tras el verano, y estaba cerca de la frontera del sur. O bien tendríamos el pájaro de fuego o no lo tendríamos, pero podríamos hacer marchar las fuerzas que tuviéramos hacia el norte cubiertos por la Sombra y encontrarnos con las tropas de Nikolai al sur de Kribirsk.

Tenía dos equipajes muy distintos. Uno no era más que un equipo de soldado que iría a bordo de la *Garcilla*. Estaba lleno de pantalones de tejido tosco, un abrigo verde militar tratado para soportar la lluvia, unas botas pesadas, una pequeña reserva de monedas por si tenía que hacer algún soborno o compra en Dva Stolba, un gorro de piel, y una bufanda para cubrir el collar de Morozova. El otro equipaje se encontraba en el *Reyezuelo*, y era una colección de tres baúles a juego adornados con mi sol dorado y llenos de sedas y pieles.

Cuando comenzó a anochecer, bajé hasta la planta de las calderas para despedirme de Baghra y de Misha. Después de su funesta advertencia, apenas me sorprendió que la anciana me hiciera un gesto de despedida con el ceño fruncido. Pero en realidad había ido a ver al niño. Le aseguré que había encontrado a alguien para que continuara con sus lecciones mientras no estábamos, y le regalé uno de los broches del sol dorado que llevaba mi guardia personal. Mal no iba a poder llevarlo en el sur, y la felicidad en el rostro de Misha compensaba todas las burlas de Baghra.

Me tomé mi tiempo en regresar a través de los pasillos oscuros. Había silencio allí abajo, y apenas había tenido un momento para pensar desde que la mujer me había contado su historia. Sabía que lo había hecho con intención de advertirme, pero mis pensamientos no dejaban de volver a la niña que habían lanzado al río con Ilya Morozova. Baghra pensaba que había muerto. La había despreciado por ser *otkazat'sya*, pero ¿y si simplemente no había manifestado su poder todavía? Ella también era la hija de Morozova. ¿Y si su don también era único, como el de Baghra? Si había sobrevivido, su padre podría haberla llevado con él en su búsqueda del

pájaro de fuego. Podría haber vivido cerca de las Sikurzoi, transmitiendo su poder de generación en generación, durante cientos de años. Tal vez se hubiera manifestado finalmente en mí.

Sabía que no era más que una suposición. Una arrogancia terrible. Y aun así, si encontrábamos el pájaro de fuego cerca de Dva Stolba, tan cerca del lugar de mi nacimiento, ¿podría ser realmente una coincidencia?

Me detuve en seco. Si estaba emparentada con Morozova, eso significaba que estaba emparentada con el Oscuro. Y eso significaba que casi había… La idea hizo que se me pusieran los pelos de punta. No importaba cuántos años y generaciones pudieran haber pasado, me sentía como si necesitara un baño de agua hirviendo.

Mis pensamientos quedaron interrumpidos por Nikolai, que avanzó a zancadas por el pasillo en mi dirección.

—Tienes que ver una cosa —dijo.

—¿Va todo bien?

—Espectacularmente, de hecho. —Me echó un vistazo—. ¿Qué te ha hecho esa arpía? Parece como si te hubieras tragado un bicho especialmente viscoso.

O tal vez haya intercambiado besos y algo más con mi primo. Me estremecí.

Nikolai me ofreció el brazo.

—Bueno, sea lo que sea, tendrás que dejarlo para más tarde. Hay un milagro arriba, y no va a esperar.

Entrelacé el brazo con el suyo.

—Nunca te cansas de vender las cosas más de la cuenta, ¿verdad, Lantsov?

—No es más de la cuenta si cumples lo prometido.

Acabábamos de comenzar a subir las escaleras cuando Mal apareció corriendo en dirección contraria. Estaba sonriendo, y su rostro estaba iluminado a causa de la emoción. Esa sonrisa era como una bomba que explotara en mi pecho. Pertenecía a un Mal que pensaba que había desaparecido bajo las cicatrices de la guerra.

Nos vio a Nikolai y a mí, con los brazos entrelazados, y su expresión tardó tan solo un breve segundo en resquebrajarse. Hizo una reverencia y se apartó a un lado para dejarnos pasar.

—Vas en la dirección incorrecta —dijo Nikolai—. Te lo vas a perder.

—Subo en un minuto —respondió Mal. Su voz sonaba tan normal, tan educada, que casi creí que me había imaginado esa sonrisa.

Sin embargo, necesité toda mi fuerza de voluntad para seguir subiendo esas escaleras, para mantener la mano sobre el brazo de Nikolai. *Desprecia tu corazón*, me dije. Haz lo que tengas que hacer.

Cuando llegamos hasta la parte superior y entramos en la Rueca, me quedé boquiabierta. Habían apagado las lámparas de modo que la habitación quedara a oscuras, pero a nuestro alrededor las estrellas estaban cayendo. Las ventanas estaban iluminadas por unas manchas de luz que caían en cascada sobre la cima de la montaña, como peces brillantes en un río.

—Una lluvia de estrellas —dijo Nikolai, mientras me conducía con cuidado a través de la habitación. La gente había dispuesto mantas y almohadas en el suelo cálido y estaban sentados en grupitos o tumbados boca arriba, observando el cielo nocturno.

De repente, noté un dolor en el pecho tan fuerte que casi me hizo doblarme. Porque eso era lo que había ido a enseñarme Mal. Porque esa mirada, esa mirada abierta, emocionada y feliz, había sido para mí. Porque yo siempre sería la primera persona a la que buscara cuando viera algo bonito, y yo haría lo mismo. Fuera una Santa, una reina o la Grisha más poderosa que hubiera vivido jamás, siempre lo buscaría a él.

—Qué bonito —logré decir.

—Te dije que tenía mucho dinero.

—¿Así que ahora organizas eventos celestiales?

—En mi tiempo libre.

Permanecimos en el centro de la habitación, mirando la cúpula de cristal.

—Podría prometerte hacer que lo olvidaras —se ofreció Nikolai.

—No creo que eso sea posible.

—Te das cuenta de que estás haciendo estragos en mi orgullo, ¿verdad?

—Tu confianza parece completamente intacta.

—Piénsalo —dijo, conduciéndome a través de la multitud hasta un rincón tranquilo cerca de la terraza occidental—. Estoy acostumbrado a ser el centro de atención allá donde vaya. Me han dicho que podría quitar las herraduras de un caballo con mi encanto en mitad de una carrera, pero tú pareces inmune.

Me reí.

—Ya sabes perfectamente que me caes bien, Nikolai.

—Qué emoción tan poco entusiasta.

—Yo no te oigo haciendo declaraciones de amor.

—¿Ayudarían?

—No.

—¿Halagos? ¿Flores? ¿Un centenar de cabezas de ganado?

Le di un empujón.

—No.

Incluso en ese momento, sabía que llevarme ahí arriba no era tanto un gesto romántico como una demostración. El comedor estaba desierto, y teníamos una pequeña zona de la Rueca para nosotros, pero se había asegurado de que había tomado el camino largo a través de la multitud. Quería que nos vieran juntos; los futuros Reyes de Ravka.

Se aclaró la garganta.

—Alina, si se diera el caso poco probable de que sobrevivamos a las próximas semanas, voy a pedirte que seas mi esposa. —Se me quedó la boca seca. Sabía que eso iba a pasar, pero seguía siendo extraño oírle decir esas palabras—. Aunque Mal

quiera quedarse —continuó—, voy a hacer que lo reasignen a otro sitio.

Dime adiós. Dime que me marche, Alina.

—Lo comprendo —dije en voz baja.

—¿De verdad? Sé que dije que podríamos tener un matrimonio solo de nombre, pero si… si tuviéramos un hijo, no querría que tuviera que soportar los rumores y las bromas. —Unió las manos por detrás de la espalda—. Un bastardo real es suficiente.

Hijos. Con Nikolai.

—No tienes que hacer esto, ya lo sabes —dije. No estaba segura de si hablaba con él o conmigo misma—. Yo podría liderar el Segundo Ejército, y tú podrías tener prácticamente a cualquier chica que quisieras.

—¿Una princesa shu? ¿O la hija de un banquero kerch?

—O una heredera ravkana, o una Grisha como Zoya.

—¿Zoya? Tengo por principio no seducir a nadie que sea más guapo que yo.

Me reí.

—Creo que eso ha sido un insulto.

—Alina, esta es la alianza que quiero: el Primer y el Segundo Ejército, juntos. En cuanto a lo demás, siempre he sabido que si contraía matrimonio sería político. Sería por poder, no por amor. Pero quizás tengamos suerte. Con el tiempo, tal vez tuviéramos las dos cosas.

—O el tercer amplificador me convertirá en una dictadora trastornada por el poder y me tendrás que matar.

—Sí, esa sería una luna de miel muy incómoda.

Me tomó la mano, y recorrió mi muñeca desnuda con los dedos. Me tensé y me di cuenta de que estaba esperando el ramalazo de seguridad de cuando el Oscuro me tocaba, o una sacudida como la que había sentido aquella noche en el Pequeño Palacio, cuando Mal y yo habíamos discutido cerca de la *banya*. Pero no pasó nada. La piel de Nikolai era cálida, y su tacto era suave. Me pregunté si alguna vez volvería a sentir algo tan simple, o si el poder dentro de mí no dejaría de saltar y crepitar, buscando conexión al igual que el rayo busca terrenos altos.

—Un collar —dijo Nikolai—. Grilletes. No voy a tener que gastarme mucho en joyas.

—Tengo un gusto muy caro en tiaras.

—Pero solo una cabeza.

—Por ahora. —Bajé la mirada hasta mi muñeca—. Debo advertirte de que, basándome en la conversación que he tenido hoy con Baghra, si las cosas van mal con los amplificadores, acabar conmigo podría requerir algo más que tu potencia de fuego habitual.

—¿Como qué?

—Posiblemente otro Invocador del Sol.

Es muy sencillo. Los similares se atraen.

—Seguro que hay alguno de sobra por algún sitio. —No pude evitar sonreír—.

¿Ves? Si no estamos muertos en un mes, podríamos ser muy felices juntos.

—Déjalo ya —dije, todavía sonriendo.

—¿Que deje qué?

—De decir lo correcto.

—Estoy tratando de quitarme el hábito.

Su sonrisa titubeó. Estiró el brazo para apartarme el pelo de la cara, y yo me quedé paralizada. Dejó la mano en el espacio donde el collar se encontraba con la curva de mi cuello y, al ver que no me apartaba, subió la palma hasta cogerme la mejilla.

No sabía si quería que hiciera eso.

—Dijiste… Dijiste que no me besarías hasta que…

—¿Hasta que estuvieras pensando en mí en lugar de tratar de olvidarlo a él? —Se acercó más, y la luz de la lluvia de estrellas iluminaba sus facciones. Se inclinó hacia delante, dándome tiempo para apartarme. Noté su aliento cuando dijo—: Me encanta cuando me citas.

Rozó mis labios con los suyos una vez, brevemente, y después volvió a hacerlo. No era tanto un beso como la promesa de uno.

—Cuando estés preparada —dijo. A continuación me cogió la mano y nos quedamos ahí de pie, juntos, viendo las estrellas que se derramaban por el cielo.

Podríamos ser felices con el tiempo. La gente se enamoraba todos los días. Genya y David. Tamar y Nadia. Pero ¿eran felices? ¿Seguirían siéndolo? A lo mejor el amor era una superstición, una plegaria que decíamos para mantener a raya la verdad de la soledad. Incliné la cabeza hacia atrás. Las estrellas parecían estar muy juntas, cuando en realidad estaban a millones de kilómetros de distancia. Al fin y al cabo, a lo mejor el amor simplemente significaba anhelar algo imposiblemente brillante y eternamente fuera de nuestro alcance.

CAPÍTULO 11

la mañana siguiente, encontré a Nikolai en la terraza del este, leyendo las predicciones del tiempo. El equipo de Mal estaba listo para partir en menos de una hora, y tan solo estaban esperando a que les dieran el visto bueno. Me subí la capucha. No estaba nevando mucho, pero tenía algunos copos en las mejillas y el pelo.

—¿Qué tal pinta todo? —pregunté, entregándole una taza de té a Nikolai.

—No está mal —respondió—. Los vientos son suaves, y la presión se mantiene constante. Puede que lo tengan difícil para atravesar las montañas, pero no será nada que la *Garcilla* no pueda soportar.

Oí que la puerta se abría detrás de mí, y Mal y Tamar salieron a la terraza. Estaban vestidos con ropas de campesinos, gorros de piel y unos robustos abrigos de lana.

—¿Podemos marcharnos ya? —preguntó Tamar. Estaba tratando de parecer calmada, pero notaba la emoción apenas contenida en su voz. Tras ella, vi a Nadia con la cara apretada contra el cristal, esperando el veredicto.

Nikolai asintió con la cabeza.

—Podéis marcharos.

La sonrisa de Tamar fue cegadora. Logró hacer una reverencia contenida, y después se giró hacia Nadia y le dio la señal. Ella lanzó un grito de alegría y empezó a hacer algo a medio camino entre un ataque y un baile.

Nikolai se rio.

—Ojalá mostrara algo de entusiasmo.

—Tened cuidado —dije mientras abrazaba a Tamar.

—Cuida de Tolya por mí —replicó ella. A continuación, susurró—: Te hemos dejado el traje de encaje azul cobalto en el baúl. Póntelo esta noche.

Puse los ojos en blanco y le di un empujón. Sabía que los vería a todos en una

semana, pero me sorprendió lo mucho que iba a echarlos de menos.

Hubo una pausa incómoda mientras miraba a Mal. Sus ojos eran de un azul vibrante a la luz grisácea de la mañana. Noté una punzada en la cicatriz del hombro.

—Buen viaje, *moi soverenyi*. —Hizo una reverencia. Sabía qué era lo que se esperaba que hiciéramos, pero lo abracé de todos modos. Durante un momento él se limitó a quedarse ahí plantado, pero entonces sus brazos se cerraron con fuerza a mi alrededor—. Buen viaje, Alina —susurró contra mi pelo, y se alejó con rapidez.

—Nos pondremos en marcha en cuanto regrese el *Reyezuelo*. Espero veros a todos sanos y salvos dentro de una semana —dijo Nikolai—, y con unos huesos de pájaro todopoderoso.

Mal hizo una reverencia.

—Que los Santos te amparen, moi tsarevich.

Nikolai le ofreció la mano y él se la estrechó.

—Buena suerte, Oretsev. Encuentra al pájaro de fuego y, cuando esto termine, me aseguraré de recompensarte bien. Una granja en Udova. Una dacha cerca de la ciudad. Lo que tú quieras.

—No necesito nada de eso. Tan solo… —soltó la mano de Nikolai y apartó la mirada—. Sé merecedor de ella.

Se apresuró a volver a la Rueca, con Tamar tras él. A través del cristal vi que hablaba con Nadia y Harshaw.

—Bueno —dijo Nikolai—; al menos ha aprendido a hacer una buena salida.

Ignoré el dolor de mi garganta y dije:

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Ketterdam?

—Dos o tres días, dependiendo del tiempo y de nuestros Vendavales. Iremos al norte, y después atravesaremos el Mar Auténtico. Es más seguro que viajar a través de Ravka.

—¿Cómo es?

—¿Ketterdam? Es…

No llegó a terminar la frase. Un borrón de sombras atravesó mi campo de visión, y Nikolai desapareció. Me quedé mirando el lugar donde había estado, y entonces grité al sentir que unas garras me aferraban los hombros y mis pies se levantaban del suelo.

Vi a Mal atravesando rápidamente la puerta que daba a la terraza, con Tamar pisándole los talones. Cruzó la distancia que nos separaba, me agarró de la cintura y tiró de mí para hacerme bajar. Me retorcí, moviendo los brazos en arco, y lancé una ráfaga de luz ardiente que atravesó al *nichevo'ya* que me había cogido. Este vaciló y explotó en la nada. Caí de golpe a la terraza, derrumbándome sobre Mal y sangrando por el lugar donde las garras del monstruo me habían atravesado la piel.

Me puse en pie en cuestión de segundos, horrorizada por lo que veía. El aire estaba lleno de veloces formas oscuras, monstruos alados que se movían como ninguna criatura natural. Detrás de mí oí que estallaba el caos en el interior, y el ruido

del cristal roto mientras los *nichevo'ya* se lanzaban contra las ventanas.

—Saca a los otros —le grité a Tamar—. Llévatelos lejos de aquí.

—No podemos dejarte…

—¡No voy a perderlos también a ellos!

—¡Venga! —le gritó Mal. Se puso el rifle sobre el hombro y apuntó a los monstruos que atacaban. Utilicé el Corte, pero se movían con tanta velocidad que no podía apuntarlos. Estiré el cuello, buscando a Nikolai en el cielo. El corazón me latía con fuerza. ¿Dónde estaba el Oscuro? Si sus monstruos se encontraban ahí, él debía de estar cerca.

Vino desde arriba. Sus criaturas se movían a su alrededor como una capa viviente, y sus alas batían el aire en una oleada negra, formándose y reformándose, manteniéndolo en el aire, con sus cuerpo separándose y uniéndose, absorbiendo las balas del arma de Mal.

—Por todos los Santos —dijo Mal—. ¿Cómo nos ha encontrado?

La respuesta llegó con rapidez. Vi una forma roja suspendida entre dos *nichevo'ya,* con las garras negras profundamente clavadas en el cuerpo de su cautivo. La cara de Sergei estaba blanca como la tiza, y tenía los ojos abiertos y aterrorizados, mientras movía los labios en una plegaria silenciosa.

—¿Debería dejarlo vivir, Alina? —preguntó el Oscuro.

—¡Déjalo en paz!

—Os traicionó al primer *oprichnik* que encontró. Me pregunto si le daréis misericordia o justicia.

—No quiero que le hagas daño —grité.

Mi mente iba a toda velocidad. ¿De verdad nos había traicionado Sergei? Había estado de los nervios desde la batalla en el Pequeño Palacio, pero ¿y si llevaba todo este tiempo planeando esto? A lo mejor había estado tratando de escapar durante nuestra batalla contra la milicia, a lo mejor había revelado el nombre de Genya deliberadamente. Había estado demasiado preparado para abandonar la Rueca.

Entonces fue cuando me di cuenta de lo que estaba murmurando. No eran plegarias, tan solo una palabra repetida una y otra vez.

—Socorro. Socorro. Socorro.

—Entrégamelo —dije.

—Me traicionó a mí primero, Alina. Se quedó en Os Alta cuando debería haber acudido a mí. Se sentó en tu concilio, conspirando contra mí. Me lo ha contado todo. —Gracias a los Santos que habíamos guardado en secreto la localización del pájaro de fuego—. Así que la decisión es mía. Y me temo que escojo la justicia.

Con un movimiento, los *nichevo'ya* arrancaron los miembros de Sergei de su cuerpo y le cortaron la cabeza. Vi brevemente la expresión de aturdimiento de su rostro, su boca abierta en un grito silencioso, pero entonces los trozos desaparecieron bajo el banco de nubes.

—Por todos los Santos —susurró Mal.

Noté arcadas, pero tuve que tragarme mi terror. Mal y yo giramos en un círculo lento, espalda con espalda. Estábamos rodeados por los *nichevo'ya*. Detrás de mí oía el sonido de los gritos y el cristal rompiéndose en la Rueca.

—Aquí estamos otra vez, Alina. Tu ejército contra el mío. ¿Crees que a tus soldados les irá mejor esta vez?

Lo ignoré y grité hacia la oscuridad neblinosa.

—¡Nikolai!

—Ah, el príncipe pirata. Me he arrepentido de muchas de las cosas que he tenido que hacer en esta guerra —dijo el Oscuro—. Pero esta no es una de ellas.

Un soldado de sombras descendió en picado. Aterrorizada, vi que Nikolai estaba forcejeando entre sus brazos. El poco coraje que me quedaba se evaporó. No podía ver cómo desmembraban a Nikolai.

—¡Por favor! —Las palabras salieron de mí desgarrándome, sin dignidad ni restricción—. ¡Por favor, no lo hagas!

El Oscuro alzo la mano.

Me cubrí la boca con la mano, notando cómo me cedían las piernas. Sin embargo, el *nichevo'ya* no atacó a Nikolai. Lo lanzó a la terraza. Su cuerpo golpeó la piedra con un golpe sordo enfermizo y rodó hasta detenerse.

—¡Alina, no!

Mal trató de sujetarme, pero me libré de él, corrí hacia donde yacía Nikolai y me arrodillé junto a él. Gimió. Tenía el abrigo desgarrado en el lugar donde la criatura había clavado las garras. Trató de incorporarse sobre los codos, y le salió un hililllo de sangre de la boca.

—Esto ha sido inesperado —dijo débilmente.

—Estás bien —aseguré—. Todo va bien.

—Aprecio tu optimismo.

Capté un movimiento por el rabillo del ojo y vi que dos manchas de sombra salían disparadas desde las mano del Oscuro. Se deslizaron sobre el borde del balcón, ondulando como serpientes, dirigiéndose directamente hacia nosotros. Levanté las manos, utilicé el Corte y destruí un lado de la terraza, pero fui demasiado lenta. Las sombras se deslizaron a la velocidad del rayo por encima de la piedra y se introdujeron en la boca de Nikolai.

Este abrió mucho los ojos. Tomó aire a causa de la sorpresa, absorbiendo lo que quiera que hubiera lanzado el Oscuro hasta sus pulmones. Nos miramos fijamente el uno al otro, aturdidos.

—¿Qué…? ¿Qué ha sido eso? —preguntó con voz estrangulada.

—No…

Entonces tosió y se estremeció. Llevó los dedos hasta su pecho, y desgarró lo que quedaba de su camisa. Los dos bajamos la mirada, y vi una sombra que se extendía bajo su piel en frágiles líneas negras, partiéndose como vetas en el mármol.

—No —gruñí—. No. *No*.

Las líneas avanzaron por su estómago y bajaron por sus brazos.

—¿Alina? —dijo con impotencia. La oscuridad se quebró bajo su piel y subió por su garganta. Echó la cabeza hacia atrás y gritó, y los tendones de su cuello se tensaron mientras todo su cuerpo se retorcía y su espalda se arqueaba. Se puso de rodillas mientras su pecho subía y bajaba violentamente. Traté de alcanzarlo mientras se convulsionaba.

Soltó otro grito desgarrador, y dos bultos negros brotaron de su espalda. Se desplegaron. Como alas.

Levantó la cabeza de golpe. Me miró con el rostro bañado en sudor y una mirada de pánico y desesperación.

—Alina…

Entonces sus ojos, sus inteligentes ojos color avellana, se volvieron negros.

—¿Nikolai? —susurré.

Apartó los labios, revelando unos dientes de un ónice negro. Se habían convertido en colmillos.

Soltó un rugido, y yo retrocedí dando traspiés. Sus mandíbulas se cerraron a apenas un centímetro de distancia de mí.

—¿Tienes hambre? —preguntó el Oscuro—. Me pregunto a cuál de tus amigos te comerás primero.

Levanté los brazos, reacia a utilizar mi poder. No quería hacerle daño.

—Nikolai —supliqué—. No lo hagas. Quédate conmigo.

Vi un espasmo de dolor en su cara. Estaba ahí dentro, luchando consigo mismo, enfrentándose al apetito que se había apoderado de él. Flexionó las manos… no, las garras. Aulló, y el sonido que salió de él fue desesperado, estridente, completamente inhumano.

Sus alas batieron el aire mientras se elevaba de la terraza, monstruoso pero todavía hermoso; todavía Nikolai de alguna forma. Bajó la mirada hasta las venas oscuras que recorrían su torso, las garras afiladas como cuchillas que habían brotado de las puntas oscuras de sus dedos. Extendió las manos, como suplicándome que le diera una respuesta.

—Nikolai —sollocé.

Giró en el aire, se alejó violentamente y se elevó con rapidez, como si de algún modo pudiera dejar atrás la necesidad de su interior mientras sus alas oscuras lo hacían subir cada vez más, atravesando a los *nichevo'ya*. Miró hacia atrás una vez más, e incluso desde la distancia sentí su angustia y su confusión.

Entonces desapareció, una mancha negra en el cielo gris, mientras yo me quedaba abajo, temblando.

—Tarde o temprano —dijo el Oscuro—, se alimentará.

Había advertido a Nikolai acerca de la venganza del Oscuro, pero ni siquiera yo hubiera sido capaz de prever la elegancia de aquello, la perfecta crueldad que suponía. Nikolai había hecho quedar al Oscuro como un estúpido, y ahora él había

cogido a mi príncipe refinado, brillante y noble y lo había convertido en un monstruo. La muerte hubiera sido algo demasiado misericordioso.

Un sonido salió de mí, algo gutural, animal, un ruido que no reconocí. Levanté las manos y liberé el Corte, que ardió en dos arcos furiosos. Golpearon las formas zumbantes que rodeaban al Oscuro y vi que algunas estallaban en la nada, solo para que otras ocuparan su lugar. No me importó. Volví a atacar, una vez tras otra. Si podía arrancar la cima de una montaña, seguro que mi poder servía para algo en aquella batalla.

—¡Lucha! —grité—. ¡Acabemos con esto, aquí y ahora!

—¿Que luche, Alina? No hay ninguna lucha posible. —Hizo un gesto hacia los *nichevo'ya*—. Cogedlos.

Cayeron como un enjambre desde todas direcciones, una masa negra y furiosa. Junto a mí, Mal abrió fuego. Olí la pólvora y oí el tintineo de los cartuchos vacíos mientras las balas golpeaban el suelo. Estaba concentrando cada gota de poder que tenía, prácticamente haciendo girar los brazos como un molinillo atravesando a cinco, diez, quince soldados de sombras a la vez, pero no era suficiente. Había demasiados.

Entonces se detuvieron de repente. Los *nichevo'ya* se quedaron colgados en el aire, con los cuerpos rígidos y las alas moviéndose a un ritmo silencioso.

—¿Has hecho tú eso? —preguntó Mal.

—No… No lo creo.

El silencio cayó sobre la terraza. Podía oír el gemido del viento, los sonidos de la batalla que rugía tras nosotros.

—*Abominación.*

Nos giramos. Baghra estaba en el umbral de la puerta, con la mano sobre el hombro de Misha. El niño estaba temblando, con los ojos tan abiertos que podía ver más blanco que iris. Tras ellos, nuestros soldados estaban luchando no solo contra los *nichevo'ya*, sino también contra los *oprichniki* y los propios Grisha del Oscuro, con sus *keftas* azules y rojas. Había hecho que sus criaturas los llevaran hasta la cima de la montaña.

—Guíame —le pidió la anciana a Misha. Este debía de haber tenido mucho coraje para conducirla hasta la terraza, más allá de los *nichevo'ya*, que cambiaban de forma y se chocaban los unos contra los otros, siguiendo a Baghra como un campo de relucientes juncos negros. Solo aquellos más cercanos del Oscuro siguieron moviéndose, manteniéndose cerca de su amo, con las alas batiendo al unísono.

El rostro del Oscuro estaba lívido.

—Debía haber imaginado que te encontraría recluida con el enemigo. Vuelve dentro —ordenó—. Mis soldados no te harán daño.

Ella lo ignoró. Cuando llegaron hasta el final de la terraza, el niño puso la mano en el borde de la pared restante. La mujer se reclinó contra ella, soltó un suspiro casi de satisfacción, y le dio un golpecito a Misha con el bastón—. Vamos, niño, corre con la pequeña Santa flacucha. —Él dudó, y Baghra tanteó con la mano, encontró su

mejilla y le dio una palmada sin mucha suavidad—. Vamos —repitió—. Quiero hablar con mi hijo.

—Misha —lo llamó Mal, y el niño corrió hacia nosotros y se ocultó tras su abrigo. Los *nichevo'ya* no mostraron ningún interés en él: tenían la atención completamente puesta en la anciana.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el Oscuro—. No esperes suplicar misericordia para estos estúpidos.

—Solo quería conocer a tus monstruos —replicó ella. Apoyó el bastón contra la pared y extendió los brazos. Los *nichevo'ya* se movieron hacia delante, produciendo una especie de crujidos y golpeándose los unos con los otros. Uno de ellos acarició su palma con la cabeza, como si estuviera oliéndola. ¿Era curiosidad lo que sentía en ellos? ¿O hambre?—. Estos niños me conocen. Los similares se atraen.

—Detente —ordenó el Oscuro.

Las palmas de Baghra comenzaron a llenarse de oscuridad. Era una imagen extraña, pues solo la había visto invocarla una vez. Había escondido su poder al igual que yo había reprimido el mío, pero ella lo había hecho por el bien de los secretos de su hijo. Recordé lo que había dicho sobre los Grisha que utilizaban su poder consigo mismos. Compartía la sangre del Oscuro, su poder. ¿Actuaría en su contra?

—No voy a luchar contigo —dijo él.

—Entonces mátame.

—Sabes que no voy a hacerlo.

Baghra sonrió y soltó una risita, como si estuviera complacida con un alumno precoz.

—Es cierto. Por eso es por lo que sigo teniendo esperanza. —Giró la cabeza de golpe hacia mí—. Niña —dijo bruscamente. Sus ojos ciegos estaban vacíos, pero en ese momento podría haber jurado que me veía con claridad—. No vuelvas a fallarme.

—Ella tampoco es lo bastante fuerte como para luchar conmigo, anciana. Recoge tu bastón y te llevaré de vuelta al Pequeño Palacio.

Una terrible sospecha creció en mi interior. La mujer me había dado la fuerza para luchar, pero nunca me había dicho que lo hiciera. Lo único que me había pedido siempre era que huyera.

—Baghra… —comencé.

—Mi cabaña. Mi fuego. Parece agradable —dijo—. Pero la oscuridad es la misma esté donde esté.

—Te ganaste esos ojos —replicó él con frialdad, pero oí que también había dolor en su voz.

—Así es —asintió ella con un suspiro—. Y más cosas. —Entonces, sin advertencia, dio una palmada. Un trueno reverberó por las montañas, y la oscuridad manó de sus manos como estandartes desplegándose, retorciéndose y enrollándose alrededor de los *nichevo'ya*. Estos chillaron y se agitaron, confusos—. Recuerda que te quería —añadió—. Recuerda que no fue suficiente.

En un único movimiento, se impulsó sobre la pared y, antes de que pudiera tomar aliento para gritar, se lanzó hacia delante y desapareció del saliente, arrastrando a los *nichevo'ya* tras ella con unas enmarañadas madejas de oscuridad. Pasaron junto a nosotros a toda velocidad, una oleada negra que chillaba, saltaba al otro lado de la terraza y caía en picado, atraído por el poder que emanaba Baghra.

—¡No! —rugió el Oscuro. Se lanzó tras ella, y sus soldados batían las alas con su furia.

—¡Alina, ahora!

Oí las palabras de Mal a través de la neblina de mi terror, y sentí cómo me empujaba por la puerta, y de pronto, cogió a Misha en brazos y echamos a correr a través del observatorio. Los *nichevo'ya* pasaban junto a nosotros a toda velocidad, impulsados hacia la terraza por las madejas de oscuridad de Baghra. Otros simplemente se quedaban ahí flotando, confusos, mientras su amo se alejaba cada vez más.

Corre, me había dicho Baghra una y otra vez. Y esa vez lo hice.

El suelo cálido estaba resbaladizo a causa de la nieve derretida. Las enormes ventanas de la Rueca habían quedado destrozadas, y las ráfagas de nieve entraban en la habitación. Vi cuerpos caídos, grupitos que luchaban.

No lograba pensar con claridad. Sergei. Nikolai. Baghra. *Baghra*. Cayendo a través de la niebla, las rocas acudiendo a su encuentro. ¿Gritaría? ¿Cerraría los ojos ciegos? Pequeña Santa. Pequeña mártir.

Tolya estaba corriendo hacia nosotros. Vi a dos *oprichniki* que corrían hacia él, con las espadas fuera. Sin dejar de correr, él extendió los puños y los soldados se derrumbaron aferrándose el pecho, con sangre saliendo de sus bocas.

—¿Dónde están los demás? —gritó Mal cuando llegamos junto a Tolya y echamos a correr hacia las escaleras.

—En el hangar, pero los superan en número. Tenemos que llegar hasta ahí.

Algunos de los Vendavales de túnicas azules del Oscuro habían tratado de bloquear las escaleras. Nos lanzaron cajas y muebles con poderosas ráfagas de viento, pero yo los hice añicos con el Corte antes de que pudieran alcanzarnos, y los Vendavales se dispersaron.

Lo peor esperaba abajo, en el hangar. Toda clase de orden había quedado destrozada a causa del pánico por alejarse de los soldados del Oscuro.

La gente abarrotaba el *Pelícano* y el *Ibis*. El primero ya se encontraba elevado sobre el suelo del hangar, a flote gracias a las corrientes de los Vendavales. Los soldados estaban tirando de sus cuerdas, tratando de hacer que bajara para subir a bordo, reticentes a esperar al siguiente.

Alguien dio una orden y el *Pelícano* quedó libre y se abrió paso entre la multitud mientras echaba a volar. Se elevó en el aire, arrastrando hombres que gritaban como anclas extrañas, y desapareció de la vista.

Zoya, Nadia y Harshaw estaban de espaldas contra uno de los cascos de la

Garcilla, utilizando fuego y viento para tratar de contener a un grupo de Grisha y *oprichniki*.

Tamar se encontraba en cubierta, y me alivió ver a Nevsky junto a ella, además de unos cuantos soldados más del Vigésimo Segundo. Pero tras ellos estaba Adrik, tirado en un charco de sangre, y el brazo le colgaba en un ángulo extraño. Tenía el rostro pálido y aturdido. Genya se había arrodillado junto a él, con el rostro lleno de lágrimas, mientras David estaba a su lado con un rifle, disparando con muy poca puntería a la multitud que atacaba. No veía a Stigg por ningún sitio. ¿Habría huido en el *Pelícano*, o simplemente se habría quedado atrás, en la Rueca?

—Stigg… —dije.

—No hay tiempo —replicó Mal.

Nos abrimos paso a empujones entre el gentío, y cuando su hermano gritó una orden, Tamar fue a su sitio y sujetó el timón de la *Garcilla*. Nos pusimos a cubierto mientras Zoya y los demás Vendavales subían. Mal tropezó cuando una bala impactó en su muslo, pero Harshaw lo sujetó y lo arrastró a bordo.

—¡En marcha! —bramó Nevsky. Hizo una señal a los otros soldados, y estos se desplegaron junto a la barandilla del casco, abriendo fuego contra los hombres del Oscuro. Ocupé un lugar junto a ellos, y utilicé una luz resplandeciente contra la multitud, cegándolos de modo que no pudieran apuntar.

Mal y Tolya ocuparon sus puestos junto a las cuerdas mientras Zoya inflaba las velas, pero su poder no era suficiente.

—¡Nadia, te necesitamos! —la llamó Tamar.

Ella levantó la mirada desde el lugar donde se acababa de arrodillar junto a su hermano. Tenía la cara llena de lágrimas, pero se puso en pie, tambaleándose, y se obligó a lanzar una ráfaga hacia las velas. La *Garcilla* comenzó a deslizarse hacia delante sobre los rieles.

—¡Llevamos demasiado peso! —gritó Zoya.

Nevsky me agarró el hombro.

—Sobrevive —dijo con voz áspera—. Ayúdalo.

¿Sabía lo que le había pasado a Nikolai?

—Lo haré —prometí—. El otro barco…

No se detuvo a escucharme.

—¡Por el Vigésimo Segundo! —exclamó, y a continuación se tiró por el borde. Los demás soldados lo siguieron sin dudar y se lanzaron hacia la multitud.

Tamar dio una orden y nos elevamos del hangar. La *Garcilla* se tambaleó de forma violenta desde el saliente, y a continuación las velas se colocaron en su sitio y comenzamos a elevarnos.

Miré hacia atrás y capté un último vistazo de Nevsky, con el rifle sobre el hombro, antes de que se lo tragara la multitud.

CAPÍTULO 12

l pequeño navío subía y bajaba, titubeante, balanceándose precariamente de un lado a otro bajo las velas mientras Tamar y la tripulación trataban de controlarlo. La nieve nos azotaba la cara en unas ráfagas punzantes, y cuando el casco rozó el lateral de un acantilado, la cubierta se inclinó de modo que salimos todos rodando.

No teníamos ningún Agitamareas para que nos envolviera en niebla, así que tan solo podíamos esperar que Baghra nos hubiera comprado el tiempo suficiente como para salir de las montañas y alejarnos del Oscuro.

Baghra. Mis ojos recorrieron la cubierta y vi a Misha, que estaba pegado al lateral del casco, cubriéndose la cabeza con los brazos. Nadie podía detenerse para darle consuelo.

Me arrodillé junto a Adrik y Genya. Un *nichevo'ya* le había dado un enorme mordisco en la espalda y Genya estaba tratando de detener la hemorragia, pero nunca la habían entrenado como Sanadora. El chico tenía los labios pálidos, la piel fría como el hielo, y mientras lo observaba empezó a poner los ojos en blanco.

—¡Tolya! —llamé, tratando de no mostrar el pánico en mi voz.

Nadia se giró, con los ojos muy abiertos a causa del terror, y la *Garcilla* descendió.

—¡Mantennos en el aire, Nadia! —gritó Tamar, por encima del rugido del viento —. ¡Tolya, ayúdalo!

Harshaw fue detrás de Tolya. Tenía un tajo profundo en el antebrazo, pero agarró las cuerdas y dijo:

—Preparado.

Podía ver la forma de Oncat moviéndose dentro de su abrigo. Tolya tenía el ceño fruncido. Se suponía que Stigg debía estar con nosotros; Harshaw no estaba entrenado para trabajar con las cuerdas.

—Mantenlas firmes —le indicó Tolya. Miró hacia donde se encontraba Mal, en el

lado opuesto del casco, aferrando las cuerdas con las manos, con los músculos tensos por el esfuerzo mientras nos zarandeaba la nieve y el viento.

—¡Hazlo! —gritó Mal. Le sangraba el muslo por la herida de bala.

Se cambiaron. La *Garcilla* se inclinó, y después volvió a estabilizarse mientras Harshaw soltaba un gruñido.

—Lo tengo —logró decir a través de los dientes apretados. No resultaba muy reconfortante.

Tolya se agachó junto al costado de Adrik y comenzó a trabajar. Nadia estaba sollozando, pero mantuvo firmes las corrientes.

—¿Puedes salvarle el brazo? —pregunté en voz baja.

Tolya negó una vez con la cabeza. Era un Mortificador, un guerrero, un asesino… no un Sanador.

—No puedo sellar la piel —dijo—, o tendrá hemorragias internas. Necesito cerrar las arterias. ¿Puedes darle calor?

Emití una luz sobre Adrik, y su temblor se calmó ligeramente.

Seguimos avanzando, con las velas tensas por la fuerza del viento Grisha. Tamar estaba inclinada sobre el timón, con el abrigo hinchándose tras ella. Supe cuándo dejamos atrás las montañas porque la Garcilla dejó de temblar. El aire era frío y cortante contra mis mejillas mientras cobrábamos velocidad, pero mantuve a Adrik envuelto en luz solar.

El tiempo parecía pasar con demasiada lentitud. Ninguna de ellas quería decirlo, pero noté que Nadia y Zoya estaban comenzando a cansarse. A Mal y a Harshaw tampoco debía irles demasiado bien.

—Tenemos que aterrizar —dije.

—¿Dónde estamos? —preguntó Harshaw. Su mata de pelo rojo se había aplanado sobre su cabeza, empapada de nieve. Había pensado que era alguien impredecible, quizás un tanto peligroso; pero ahí estaba: ensangrentado, cansado y trabajando con las cuerdas durante horas sin quejarse.

Tamar consultó sus cartas de navegación.

—Justo al otro lado del permafrost. Si seguimos yendo hacia el sur, pronto estaremos en zonas más pobladas.

—Podríamos tratar de encontrar un bosque para ocultarnos —jadeó Nadia.

—Estamos demasiado cerca de Chernast —replicó Mal.

Harshaw ajustó su agarre.

—¿Qué importa eso? Si volamos durante el día, nos verán.

—Podríamos subir más —sugirió Genya.

Nadia negó con la cabeza.

—Podríamos intentarlo, pero arriba hay menos aire, y utilizaríamos demasiado poder en un movimiento vertical.

—De todos modos, ¿adonde vamos? —preguntó Zoya.

—A la mina de cobre de Murin —respondí sin pensármelo dos veces—. A por el

pájaro de fuego.

Hubo un breve silencio. A continuación, Harshaw dijo lo que sabía que muchos de ellos tenían que estar pensando.

—Podríamos huir. Cada vez que nos enfrentamos a esos monstruos, más de nosotros mueren. Podríamos ir con este barco a cualquier parte. Kerch. Novyi Zem.

—Ni de broma —murmuró Mal.

—Este es mi hogar —dijo Zoya—. No voy a salir huyendo de aquí.

—¿Cómo está Adrik? —preguntó Nadia, con voz ronca.

—Ha perdido mucha sangre —explicó Tolya—. Lo único que puedo hacer es mantener su pulso firme, tratar de darle tiempo para que se recupere.

—Necesita a un Sanador de verdad.

—Si el Oscuro nos encuentra, un Sanador no le servirá de nada —replicó Zoya.

Me pasé una mano sobre los ojos, tratando de pensar. Adrik podría estabilizarse, o bien podría sumirse en un coma profundo y no salir de él jamás. Y si aterrizábamos en algún sitio y nos veían, seguramente moriríamos, o algo peor. El Oscuro debía de saber que no aterrizaríamos en Fjerda, pues era territorio enemigo. Tal vez pensara que huiríamos a Ravka Occidental. Enviaría exploradores a dondequiera que pudiera. ¿Se detendría para llorar la muerte de su madre? Se había estrellado contra las rocas; ¿quedaría suficiente de ella para enterrarla? Miré por encima del hombro, segura de que en cualquier momento vería a los *nichevo'ya* abalanzándose sobre nosotros. No podía pensar en Nikolai. No quería hacerlo.

—Iremos a Murin —dije—. Una vez allí, ya averiguaremos qué hacer después. No voy a obligar a nadie a quedarse. Zoya, Nadia, ¿podéis llevarnos hasta allí?

Estaban decaídas, pero necesitaba creer que tenían alguna reserva de fuerza que utilizar.

—Sé que yo puedo hacerlo —aseguró Zoya.

Nadia alzó la barbilla con seriedad.

—Trataré de mantener el ritmo.

—Todavía pueden vernos —añadí—. Necesitamos un Agitamareas.

David, que se estaba vendando las quemaduras de pólvora, levantó la mirada.

—¿Por qué no tratas de doblar la luz?

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que doblarla?

—La única razón por la que pueden ver el barco es porque la luz rebota en él. Tan solo tienes que eliminar el reflejo.

—Creo que no te sigo.

—Ya somos dos —dijo Genya.

—Es como si hubiera una roca en una corriente —explicó David—. Tan solo tienes que doblar la luz de modo que no alcance realmente el barco. No habría nada que ver.

—Entonces, ¿seríamos invisibles? —preguntó Genya.

—En teoría.

Se quitó la bota y la tiró sobre la cubierta.

—Pruébalo.

Miré la bota con escepticismo. No sabía muy bien por dónde comenzar; aquella era un forma de utilizar mi poder completamente distinta.

—¿Tengo que… doblar la luz?

—Bueno —dijo David—, podría ayudarte recordar que no tienes que preocuparte por el índice de refracción. Tan solo necesitas redirigir y sincronizar ambos componentes de la luz de forma simultánea. Es decir, no puedes empezar con el campo magnético, eso sería ridí…

Levanté una mano.

—Mejor nos quedamos con lo de la roca en la corriente.

Me concentré, pero no invoqué ni concentré la luz como hacía con el Corte. En lugar de eso, simplemente traté de darle un empujón.

La punta de la bota se volvió borrosa cuando el aire a su alrededor pareció oscilar. Traté de pensar en la luz como si fuera agua, como si fuera viento que recorriera el cuero, separándose y después volviendo a unirse como si la bota no hubiera estado así. Ahuequé los dedos, y la bota parpadeó y se desvaneció.

Genya lanzó hurras, y yo grité y lancé las manos al aire. La bota reapareció. Cerré los dedos, y volvió a desaparecer.

—David, ¿te he dicho alguna vez que eres un genio?

—Sí.

—Pues te lo vuelvo a decir.

Dado que el barco era más grande y estaba en movimiento, mantener la luz curvada a su alrededor era un desafío mucho mayor. Pero solo tenía que preocuparme por la luz que se reflejaba en la parte inferior del casco, y después de unos cuantos intentos me sentí cómoda manteniendo la curva firme.

Si alguien estuviera en medio de un campo y mirara hacia arriba, tal vez viera algo extraño, como un borrón o un destello de luz, pero no vería un barco alado moviéndose por el cielo vespertino. Al menos había esperanza. Me recordaba a algo que había visto hacer al Oscuro una vez, cuando me había llevado por una sala de baile iluminada por la luz de las velas, utilizando su poder para hacernos casi invisibles. Otro truco más que había dominado mucho antes que yo.

Genya escarbó entre las provisiones y encontró una reserva de *jurda*, el estimulante zemeni que los soldados utilizaban a veces en las guardias largas. Me hizo sentir agitada y un poco mareada, pero no había otra forma de mantenernos en pie y concentrados.

Tenía que masticarse, y pronto todos estuvimos escupiendo el jugo color óxido por la borda.

—Como esto me tiña los dientes de naranja… —dijo Zoya.

—Lo hará —la interrumpió Genya—, pero te prometo que te pondré los dientes

aún más blancos de lo que eran antes. A lo mejor hasta te arreglo esos incisivos raros que tienes.

—A mis dientes no les pasa nada.

—Claro que no —dijo Genya con tono tranquilizador—. Eres la morsa más guapa que conozco. Tan solo me sorprende que no te hayas atravesado el labio inferior todavía.

—Aparta las manos de mí, Confeccionadora —gruñó Zoya—, o te saco el otro ojo.

Para cuando llegó el crepúsculo, a Zoya ya no le quedaba energía para discutir. Ella y Nadia estaban completamente concentradas en mantenernos a flote.

David se hizo cargo del timón durante breves periodos de tiempo para que Tamar pudiera ocuparse de la herida de la pierna de Mal. Harshaw, Tolya y Mal se turnaron en las cuerdas para darse los unos a los otros la posibilidad de estirarse un poco.

Solo Nadia y Zoya no tuvieron ningún descanso mientras se esforzaban bajo la luna creciente, aunque tratamos de encontrar formas de ayudarlas. Genya se puso en pie con la espalda contra la de Nadia, dándole apoyo para que pudiera descansar un poco las piernas y los pies. Una vez el sol se puso ya no necesitábamos ocultarnos, así que durante casi una hora sujeté los brazos de Zoya mientras invocaba.

—Esto es ridículo —gruñó, con los músculos temblando bajo mis palmas.

—¿Quieres que te suelte?

—Como lo hagas, te cubro de zumo de *jurda*.

Me sentía deseosa de tener algo que hacer. El barco estaba demasiado silencioso, y notaba las pesadillas de aquel día esperando para abalanzarse sobre mí.

Misha no se había movido del sitio donde se había aovillado junto al casco. Aferrada la espada de madera que le había dado Mal para que entrenara. Se me cerró la garganta al darme cuenta de que la había llevado a la terraza cuando Baghra hizo que la escoltara hasta los *nichevo'ya*. Saqué una galleta de las provisiones y se la llevé.

—¿Tienes hambre? —pregunté, pero él negó con la cabeza—. ¿Quieres probar a comer algo de todos modos?

Volvió a negar con la cabeza.

Me senté junto a él, sin saber muy bien qué decir. Recordaba haberme sentado así con Sergei en la habitación de la caldera, buscando palabras de consuelo y fracasando en ello. ¿Habría estado conspirando entonces, manipulándome? Desde luego, su miedo me había parecido real.

Pero Misha no me recordaba solo a Sergei. Era todos los hijos cuyos padres habían ido a la guerra. Era cada niño y niña de Keramzin. Era Baghra suplicando la atención de su padre. Era el Oscuro aprendiendo la soledad de su madre. Eso era lo que hacía Ravka. Creaba huérfanos. Creaba miseria. *No me ha dado tierras ni vida, tan solo un uniforme y una pistola*. Nikolai había creído en algo mejor.

Tomé aliento, temblorosa. Tenía que encontrar la forma de cerrar mi mente. Si

pensaba en Nikolai, me haría pedazos. O en Baghra. O en los trozos rotos del cuerpo de Sergei. O en Stigg, que se había quedado atrás. O incluso en el Oscuro, en la expresión de su rostro cuando su madre desapareció bajo las nubes. ¿Cómo podía ser tan cruel y al mismo tiempo tan humano?

La noche siguió avanzando mientras una Ravka durmiente pasaba bajo nosotros. Conté estrellas. Vigilé a Adrik. Me quedé adormilada. Me moví entre las tripulación, ofreciéndoles sorbos de agua y puñados de flores de *jurda* secas. Cuando alguien preguntaba por Nikolai o Baghra, le contaba lo que había pasado en la batalla de la forma más breve posible.

Traté de obligarme a silenciar mi mente, de convertirla en un campo vacío, con nieve blanca, sin caminos que lo estropearan. Cuando comenzó a amanecer, ocupé mi lugar junto a la barandilla y empecé a doblar la luz para camuflar el barco.

Fue entonces cuando Adrik murmuró entre sueños. Nadia giró la cabeza de golpe, y la *Garcilla* se tambaleó.

—¡Céntrate! —gritó Zoya.

Pero estaba sonriendo. Todos lo estábamos, dispuestos a aferrarnos a la más mínima esperanza.

Volamos durante el resto del día y la noche siguiente. Estaba amaneciendo ya la segunda mañana cuando finalmente vislumbramos las Sikurzoi. A mediodía, encontramos el cráter profundo y abrupto que señalaba la mina de cobre abandonada donde Nikolai había sugerido que ocultáramos la *Garcilla*, con un estanque de un turquesa turbio en el centro.

El descenso fue lento y complicado, y en cuanto los cascos rozaron el suelo del cráter, tanto Nadia como Zoya se desplomaron sobre la cubierta. Habían llevado su poder al límite y, aunque tenían la piel ruborizada y resplandeciente, estaban completamente exhaustas.

Los demás tiramos de las cuerdas y nos las arreglamos para ocultar la *Garcilla* bajo un saliente de roca. Cualquiera que bajara a la mina la encontraría fácilmente, pero era difícil imaginar quién podría molestarse. El suelo del cráter estaba lleno de maquinaria oxidada. Un olor desagradable venía del estanque de agua estancada, y David dijo que el color turquesa opaco se debía a los minerales que se filtraban entre las rocas. No había señales de que hubiera ningún ocupante.

Mientras Mal y Harshaw plegaban las velas, Tolya bajó a Adrik de la *Garcilla*. Le caían unas gotas de sangre del muñón donde había estado su brazo, pero estaba bastante lúcido, e incluso bebió unos sorbos de agua.

Misha se negaba a alejarse del casco. Le puse una manta sobre los hombros y le di una galleta y una tira de manzana seca, esperando que comiera algo.

Ayudamos a Zoya y a Nadia a bajar del barco, arrastramos nuestras esterillas para dormir a una cueva bajo la sombra del saliente y, sin más palabras, nos fuimos a

dormir, inquietos. No hicimos guardia. Si nos habían seguido, no tendríamos fuerzas para enfrentarnos a nadie.

Antes de cerrar los ojos, vi a Tolya colándose a escondidas en la *Garcilla*, y me obligué a levantarme otra vez. Apareció un momento después con un fardo bien envuelto. Desvió la mirada hasta Adrik, y el estómago me dio un vuelco al darme cuenta de lo que estaba llevando. Dejé que mis ojos agotados se cerraran. No quería saber dónde planeaba enterrar Tolya el brazo de Adrik.

Cuando desperté, estaba atardeciendo. La mayoría de los demás seguían durmiendo profundamente, aunque Genya estaba sujetando con alfileres la manga de Adrik. Encontré a Mal viniendo por el camino que rodeaba el cráter, con una bolsa llena de urogallos.

—Había pensado que podríamos quedarnos esta noche y hacer un fuego —dijo—. Podemos ir a Dva Stolba por la mañana.

—De acuerdo —asentí, aunque estaba deseosa de ponernos en marcha.

Debió de darse cuenta, porque añadió:

—A Adrik le vendría bien el descanso. A todos nos vendría bien. Tengo miedo de que alguno se vaya a romper si seguimos presionándolos.

Asentí con la cabeza, pues tenía razón. Todos estábamos afligidos por las muertes, asustados y cansados.

—Voy a por leña.

Me tocó el brazo.

—Alina…

—No tardaré mucho.

Me alejé de él. No quería hablar, no quería palabras de consuelo. Quería el pájaro de fuego. Quería convertir mi dolor en furia y liberarla frente a la puerta del Oscuro.

Me abrí camino hasta el bosque que rodeaba la mina. Tan al sur los árboles eran diferentes, más altos y escasos, y su madera era roja y porosa. Estaba volviendo a la mina con los brazos llenos de la leña más seca que pude encontrar cuando tuve la espeluznante sensación de que me estaban observando. Me detuve, y se me puso la piel de gallina en la nuca.

Observé entre los troncos iluminados por el sol, esperando. El silencio era denso, como si todas las criaturas estuvieran conteniendo el aliento. Entonces lo oí, un susurro suave. Levanté bruscamente la cabeza, siguiendo el sonido entre los árboles. Mis ojos fueron hasta un movimiento vacilante, el batir silencioso de unas alas de sombras.

Nikolai estaba posado en las ramas de un árbol, con su mirada oscura clavada en mí.

Tenía el pecho desnudo y con líneas negras, como si la oscuridad se hubiera quebrado bajo su piel. Había perdido las botas en algún sitio, y sus pies descalzos se aferraban a la corteza. Sus dedos se habían convertido en garras negras.

Tenía sangre seca en las manos. Y cerca de la boca.

—¿Nikolai? —susurré. Él se alejó—. Nikolai, espe…

Pero entonces saltó al aire, y sus alas oscuras sacudieron las ramas mientras las atravesaba hacia el cielo azul que había más allá.

Quería gritar, y eso fue lo que hice. Tiré la leña al suelo, me apreté el puño contra la boca, y grité hasta que me dolió la garganta. No podía parar. Había logrado no llorar en la *Garcilla* ni en la mina, pero al final me hundí en el suelo del bosque, y mis gritos se convirtieron en sollozos, en jadeos silenciosos y atroces. Dolían, como si fueran a romperme las costillas, pero salieron insonoros de mis labios. No dejaba de pensar en los pantalones rotos de Nikolai, y tuve la estúpida idea de que le mortificaría ver su ropa en ese estado. Nos había seguido durante todo el camino desde la Rueca. ¿Podría contarle al Oscuro dónde nos encontrábamos? ¿Lo haría? ¿Cuánto de él quedaba en ese cuerpo torturado?

Entonces lo sentí, aquella vibración a través del hilo invisible, pero me aparté de ella. No iba a ir con el Oscuro en ese momento. No volvería a hacerlo jamás. Pero aun así, sabía que dondequiera que estuviera, estaría llorando la muerte de su madre.

Mal me encontró allí, con la cabeza enterrada en los brazos y el abrigo cubierto de agujas verdes. Me ofreció la mano, pero la ignoré.

—Estoy bien —dije, aunque nada podría haber sido menos cierto.

—Está oscureciendo. No deberías estar aquí sola.

—Soy la Invocadora del Sol. Oscurecerá cuando yo lo diga.

Se acuclilló frente a mí y esperó a que lo mirara a los ojos.

—No te alejes de ellos, Alina. Necesitan llorar contigo.

—No tengo nada que decir.

—Entonces deja que hablen ellos.

No tenía consuelo ni ánimos que darles. No quería compartir su dolor. No quería que vieran lo asustada que estaba. Sin embargo, me obligué a levantarme, me sacudí las agujas del abrigo y dejé que Mal me llevara hasta la mina.

Para cuando bajamos hasta el fondo del cráter ya había oscurecido del todo, y los demás habían encendido antorchas bajo el saliente.

—Os habéis tomado vuestro tiempo, ¿eh? —dijo Zoya—. ¿Teníamos que congelarnos mientras vosotros dos retozabais en el bosque?

No tenía sentido tratar de esconder mi cara llena de lágrimas, así que me limité a responder:

—Resulta que necesitaba llorar un buen rato.

Me preparé para un insulto, pero lo único que contestó fue:

—La próxima vez avísame. A mí también me vendría bien.

Mal echó la leña que había buscado en el fuego que había encendido alguien, y yo le quité a Oncat de la espalda a Harshaw. Siseó un poco, pero me daba igual. En ese momento necesitaba abrazarme a algo suave y mullido.

Ya habían limpiado y ensartado la caza de Mal, y enseguida, a pesar de mi tristeza y preocupación, el olor de la carne tostándose provocó que se me hiciera la boca agua.

Nos sentamos alrededor del fuego, comiendo y pasándonos un frasco de *kvas*, observando la luz de las llamas que se reflejaba en el casco de la *Garcilla* mientras las ramas crujían y estallaban. Teníamos mucho de lo que hablar: quién iría con nosotros a las Sikurzoi, quién se quedaría en el valle, si la gente querría quedarse siquiera o no. Me froté la muñeca. Me ayudaba centrarme en el pájaro de fuego, pensar en eso en lugar de en los brillantes ojos negros de Nikolai, en el resto de sangre seca cerca de sus labios.

—Tendría que haber sabido que no podíamos confiar en Sergei —dijo Zoya de pronto—. Siempre fue un debilucho.

No me pareció justo, pero lo dejé pasar.

—A Oncat nunca le cayó bien —añadió Harshaw.

Genya tiró una rama al fuego.

—¿Creéis que lo estuvo planeando todo ese tiempo?

—Yo también me lo he preguntado —admití—. Pensaba que estaría mejor cuando saliéramos de la Catedral Blanca y de los túneles, pero parecía casi peor, más ansioso.

—Eso podría ser por cualquier cosa —señaló Tamar—. El derrumbamiento, el ataque de la milicia, los ronquidos de Tolya…

Su hermano le lanzó una piedrecilla.

—Los hombres de Nikolai deberían haberlo vigilado mejor —dijo.

O yo no debería haber permitido que se marchara. Tal vez mi sentimiento de culpa por Marie hubiera nublado mi juicio. Tal vez el dolor lo estuviera nublando también en ese mismo momento y había más traiciones por llegar.

—¿De verdad los *nichevo'ya* lo… destrozaron? —preguntó Nadia.

Eché un vistazo a Misha. En algún momento había bajado de la Garcilla, y se había quedado dormido junto a Mal, aferrándose todavía a la espada de madera.

—Fue horrible —dije con suavidad.

—¿Qué hay de Nikolai? —quiso saber Zoya—. ¿Qué le hizo el Oscuro?

—No lo sé con exactitud.

—¿Puede deshacerse?

—Tampoco lo sé.

Miré a David.

—Quizás —dijo él—. Necesito examinarlo. Es *merzost*, territorio nuevo. Ojalá tuviera los diarios de Morozova.

Casi me reí al oír eso. Todo el tiempo que David estuvo arrastrando los cuadernos por ahí los hubiera tirado alegremente a la basura. Sin embargo, entonces que teníamos buenas razones para quererlos estaban fuera de mi alcance, abandonados en la Rueca.

Capturar a Nikolai. Enjaularlo. Ver si podíamos librarlo del agarre de las sombras.

El zorro demasiado inteligente, atrapado por fin. Pestañeé y aparté la mirada; no quería volver a llorar.

—Me alegra que Sergei haya muerto —soltó Adrik abruptamente—. Tan solo me da pena no haberle partido el cuello yo mismo.

—Para eso necesitas dos manos —señaló Zoya.

Hubo un silencio breve y terrible, y a continuación Adrik frunció el ceño y dijo:

—Bueno, pero podía haberle apuñalado.

Zoya sonrió y le pasó el frasco, pero Nadia se limitó a sacudir la cabeza. A veces olvidaba que eran soldados de verdad. No dudaba que Adrik lloraría la pérdida de su brazo; ni siquiera sabía cómo podría impactar eso a su habilidad para invocar. Pero lo recordaba de pie ante mí en el Pequeño Palacio, pidiendo a los justos que se quedaran y lucharan. Era más duro de lo que yo jamás sería.

Pensé en Botkin, mi viejo instructor, presionándome para corriera un kilómetro más, para que diera otro puñetazo. Recordé las palabras que me había dicho hacía tanto tiempo: *El acero se gana*. Adrik tenía ese acero, y Nadia también. Ella había vuelto a demostrarlo en nuestro vuelo desde las Elbjen. Una parte de mí se había preguntado lo que había visto Tamar en ella, pero Nadia había estado en algunas de las peores batallas en el Pequeño Palacio. Había perdido a su mejor amiga y la vida que siempre había conocido. Y aun así no se había derrumbado como Sergei, ni había elegido la vida bajo tierra como Maxim. Se había mantenido firme a pesar de todo.

Adrik le devolvió el frasco a Zoya, y esta dio un largo sorbo.

—¿Sabes lo que me dijo Baghra en mi primera lección con ella? —dijo. A continuación bajó la voz para imitar el tono ronco de la anciana—. Una cara bonita. Lástima que tengas papilla en lugar de cerebro.

Harshaw resopló.

—Yo le prendí fuego a su cabaña en clase.

—Normal —asintió Zoya.

—¡Fue un accidente! Se negó a volver a enseñarme, ni siquiera quería hablar conmigo. Una vez la vi en los terrenos y pasó de largo. No dijo ni una palabra, tan solo me dio un golpe en la rodilla con el bastón. Todavía tengo un bulto.

Se levantó la pernera del pantalón y, efectivamente, había una zona de hueso visible bajo la piel.

—Eso no es nada —intervino Nadia, y se le sonrosaron las mejillas cuando todos dirigimos nuestra atención hacia ella—. Yo tuve una especie de bloqueo durante un tiempo y no podía invocar. Me metió en una habitación y metió una colmena de abejas dentro.

—¿Qué? —chillé. No era solo lo de las abejas lo que me había aturdido. Yo tuve problemas para invocar durante meses en el Pequeño Palacio, y Baghra jamás mencionó que otros Grisha también hubieran tenido bloqueos.

—¿Qué hiciste? —preguntó Tamar, incrédula.

—Logré invocar una corriente para enviarlas por la chimenea, pero me picaron

tantas veces que parecía que tuviera la viruela.

—Nunca me había alegrado tanto de no ser Grisha —dijo Mal, sacudiendo la cabeza.

Zoya levantó el frasco.

—Toda la razón para el otkazat'sya solitario.

—Baghra me odiaba —confesó David en voz baja.

Zoya le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Todos nos sentíamos así.

—No, me odiaba de verdad. Una vez me dio clase junto al resto de Hacedores de mi edad, y después se negó a volver a verme jamás. Solía quedarme en el taller mientras todos los demás iban a sus clases.

—¿Por qué? —preguntó Harshaw, rascando a Oncat bajo la barbilla.

David se encogió de hombros.

—Ni idea.

—Yo sé por qué —dijo Genya. Esperé, preguntándome si lo diría en serio—. Magnetismo animal —continuó—. Un minuto más en esa cabaña contigo, y hubiera tenido que arrancarte toda la ropa.

David consideró la idea.

—Eso parece improbable.

—Imposible —dijimos Mal y yo al mismo tiempo.

—Bueno, imposible no —replicó David, con aspecto de sentirse vagamente insultado.

Genya se rio y le plantó un firme beso en la boca.

Cogí un palo para atizar el fuego, y unas chispas se elevaron en el aire. Sabía por qué Baghra se había negado a enseñar a David. Le recordaba demasiado a Morozova, tan obsesionado con el conocimiento que había estado ciego ante el sufrimiento de su hija, la negligencia de su mujer. Y, cómo no, David había creado la *lumiya* «para pasar el rato», básicamente entregándole al Oscuro los medios para entrar en la Sombra. Pero David no era como Morozova. El había estado ahí para Genya cuando ella lo había necesitado. No era un guerrero, pero aun así había encontrado una forma de luchar por ella.

Miré a mi alrededor, a nuestro grupito extraño y maltrecho, a Adrik sin su brazo, mirando con los ojos muy abiertos a Zoya; a Harshaw y a Tolya, observando a Mal mientras este trazaba nuestra ruta en la tierra. Vi que Genya sonreía, con las cicatrices tirantes al ver a David gesticulando salvajemente, tratando de explicarle a Nadia su idea para hacer un brazo de latón, mientras esta lo ignoraba y pasaba los dedos por los mechones oscuros del pelo de Tamar.

Ninguno de ellos era fácil, blando ni simple. Eran como yo, cuidando de los daños y las heridas ocultas; todos rotos de formas distintas. No acabábamos de encajar juntos. Teníamos bordes tan serrados que a veces nos cortábamos, pero mientras me aovillaba sobre un costado, con la calidez del fuego a la espalda, sentí un

arrebato de gratitud tan dulce que hizo que me doliera la garganta. Y con ella vino el miedo. Tenerlos cerca era un lujo que iba a pagar: significaba que tenía más que perder.

CAPÍTULO 13

l final, todos se quedaron, Zoya incluida, aunque no dejó de quejarse durante todo el camino a Dva Stolba.

Habíamos acordado dividirnos en dos grupos. Tamar, Nadia y Adrik viajarían con David, Genya y Misha, y buscarían alojamiento en uno de los asentamientos en el extremo sureste del valle. Genya tendría que mantener el rostro oculto, pero no parecía que le importara. Se rodeó la cabeza con el chal y declaró:

—Seré una mujer misteriosa.

Le pedí que no fuera demasiado enigmática.

Mal y yo viajaríamos a las Sikurzoi con Zoya, Harshaw y Tolya. Dado que estábamos muy cerca de la frontera, sabíamos que quizás nos enfrentáramos a una presencia militar mayor, pero esperábamos poder mezclarnos con los refugiados que trataban de atravesar las Sikurzoi antes de que llegaran las primeras nevadas.

Si no volvíamos de las montañas en dos semanas, Tamar se encontraría con las fuerzas que el Apparat pudiera enviar a Caryeva. No me gustaba la idea de reenviarlas solas a ella y a Nadia, pero Mal y yo no podíamos dividir más el grupo. Sabíamos que los saqueadores shu mataban viajeros ravkanos cerca de la frontera, y queríamos estar preparados para cualquier problema. Tamar al menos conocía a los Soldat Sol, y traté de tranquilizarme pensando que tanto ella como Nadia eran luchadoras experimentadas.

Tampoco sabía muy bien qué iba a ser con los soldados que aparecieran, pero ya habíamos enviado el mensaje, y tenía que creer que ya se nos ocurriría algo. Tal vez para entonces ya tuviera al pájaro de fuego y el comienzo de un plan. No podía pensar con tanta antelación: cada vez que lo hacía, notaba que el pánico me atenazaba. Era como volver a estar bajo tierra, sin aire para respirar, esperando a que el mundo se desmoronara a mi alrededor.

Nuestro equipo salió al amanecer, y dejamos a los demás durmiendo bajo la

sombra del saliente. Misha era el único que estaba despierto, observándonos con ojos acusatorios mientras lanzaba piedrecillas al lateral de la *Garcilla*.

—Ven aquí —dijo Mal, haciéndole un gesto. Pensé que Misha no iba a moverse, pero entonces se acercó a nosotros arrastrando los pies, con la barbilla en alto en una expresión enfurruñada—. ¿Tienes el broche que te dio Alina? —El chico asintió una vez—. Ya sabes lo que significa eso, ¿verdad? Eres un soldado. Los soldados no siempre van a donde quieren, sino donde los necesitan.

—Lo que pasa es que no queréis que vaya con vosotros.

—No, te necesitamos aquí para ocuparte de los demás. Sabes que David es un caso perdido, y Adrik va a necesitar ayuda, aunque no quiera admitirlo. Tendrás que tener cuidado con él, y ayudarlo sin que sepa que lo estás ayudando. ¿Puedes hacerlo? —Misha se encogió de hombros—. Necesitamos que cuides de ellos al igual que cuidabas de Baghra.

—Pero yo no cuidaba de ella.

—Sí que lo hacías. La vigilabas, hacías que se sintiera cómoda, y la dejabas tranquila cuando necesitaba que lo hicieras. Hacías lo que tenías que hacer aunque te hiciera daño; eso es lo que hacen los soldados.

El chico lo miró fijamente, como si estuviera meditando sus palabras.

—Debería haberla detenido —dijo con la voz rota.

—Si lo hubieras hecho, ninguno de nosotros estaría aquí. Agradecemos que hicieras lo que tenías que hacer, aunque fuera difícil.

Misha frunció el ceño.

—La verdad es que David es un desastre.

—Cierto —asintió Mal—. Entonces, ¿podemos confiar en ti? —Misha apartó la mirada. Su expresión seguía siendo intranquila, pero volvió a encogerse de hombros —. Gracias —dijo Mal—. Puedes empezar poniendo agua a hervir para el desayuno.

El muchacho asintió una vez, y después corrió por la gravilla para ir a buscar el agua. Mal me echó un vistazo mientras se levantaba y se colgaba la bolsa a la espalda.

—¿Qué?

—Nada. Eso ha estado… muy bien.

—Era lo que hacía Ana Kuya para que dejara de rogarle que no apagara la lámpara por la noche.

—¿En serio?

—Sí —dijo mientras comenzaba a subir—. Me decía que tenía que ser valiente por ti, que si yo tenía miedo, tú tendrías miedo.

—Bueno, a mí me decía que tenía que comerme las chirivías para darte ejemplo, pero yo me negaba de todos modos.

—Y te preguntas por qué eras tú quien siempre se llevaba los palos.

—Tengo principios.

—Eso significa «si puedo ponerme difícil, lo haré».

—Eso no es justo.

—¡Eh! —gritó Zoya por el borde del cráter que teníamos encima—. Si no estáis arriba cuando cuente diez, voy a volver a la cama y me llevaréis en brazos hasta Dva Stolba.

—Mal —dije con un suspiro—. Si la mato en las Sikurzoi, ¿me lo echarás en cara?

—Sí —respondió. A continuación, añadió—: Eso significa que será mejor que parezca un accidente.

Dva Stolba me tomó por sorpresa. Por alguna razón, esperaba que el pequeño valle fuera como un cementerio, un triste erial de fantasmas y lugares abandonados. En lugar de eso, los asentamientos eran muy bulliciosos. El paisaje estaba salpicado por armatostes quemados y campos vacíos de ceniza, pero habían brotado nuevas casas y negocios junto a ellos.

Había tabernas y hostales, un escaparate que anunciaba reparación de relojes, y lo que parecía una tienda que prestaba libros durante una semana. Todo parecía extrañamente provisional. Las ventanas rotas se habían cubierto con tablones. Muchas de las casas tenían tejados de lona o agujeros en las paredes que habían cubierto con mantas de lana o esterillas. Era como si dijeran: *¿Quién sabe cuánto tiempo estaremos aquí? Vamos a apañarnos con lo que tenemos*.

¿Siempre había sido así? Los asentamientos se destruían y reconstruían constantemente, gobernados por Shu Han o por Ravka, dependiendo de cómo hubieran quedado las fronteras al finalizar una guerra en concreto. ¿Así era como habían vivido mis padres? Era extraños imaginarlos de ese modo, pero no me molestaba la idea. Podían haber sido soldados o mercaderes. Podían haber sido felices allí. Y a lo mejor uno de ellos ocultaba un poder, el legado latente de la hija pequeña de Morozova. Había leyendas de Invocadores del Sol anteriores a mí. La mayoría de la gente pensaba que eran fraudes o historias vacías; deseos ilusos nacidos de la miseria originada por la Sombra. Pero tal vez hubiera algo más. O tal vez me estaba aferrando al sueño de un legado que no me pertenecía realmente.

Cruzamos la plaza de un mercado abarrotado de gente, con sus mercancías dispuestas en mesas improvisadas: sartenes de hojalata, cuchillos de caza, pieles para el viaje por las montañas. Vimos botes de grasa de ganso, higos secos que vendían a puñados, monturas delgadas y pistolas de aspecto endeble. Sobre un puesto colgaban unas cuerdas con patos recién desplumados, de piel rosada y con hoyuelos. Mal mantuvo el arco y el rifle ocultos en la bolsa. Las armas estaban demasiado bien hechas como para no llamar la atención.

Había niños jugando en la tierra. Un hombre con una camiseta sin mangas estaba acuclillado mientras ahumaba alguna clase de carne en un barril grande de metal. Lo observé mientras lanzaba una rama de enebro al interior, y salió una nube azulada y

aromática. Zoya arrugó la nariz, pero Tolya y Harshaw sacaron sus monedas a toda prisa.

Ahí era donde la familia de Mal y la mía habían encontrado la muerte. De algún modo, la atmósfera salvaje y alegre parecía casi injusta. Desde luego, no encajaba con mi humor.

Me sentí aliviada cuando Mal dijo:

—Pensaba que este lugar sería más triste.

—¿Has visto lo pequeño que era el cementerio? —pregunté en voz baja, y él asintió con la cabeza. En la mayor parte de Ravka los cementerios eran más grandes que los pueblos, pero cuando los shu quemaron aquellos asentamientos, no había quedado nadie para llorar a los muertos.

Aunque estábamos bien aprovisionados gracias a las reservas de la Rueca, Mal quería comprar un mapa hecho allí. Necesitábamos saber qué caminos podían haber quedado bloqueados a causa de los desprendimientos y qué puentes habían sido derruidos por el agua.

Una mujer con trenzas blancas que se asomaban bajo su gorro de lana naranja estaba sentada en un taburete bajo y pintado, canturreando para sí misma y agitando un cencerro para llamar la atención de los transeúntes. No se había molestado en poner una mesa, pero había desplegado una alfombra directamente sobre la tierra donde exhibía su mercancía: cantimploras, alforjas, mapas y anillos de oración de metal. Había una mula tras ella, sacudiendo las largas orejas para librarse de las moscas, y la mujer se estiraba de vez en cuando para darle una palmada en el hocico.

—Pronto vendrá la nieve —comentó, mirando al cielo con los ojos entrecerrados mientras examinábamos los mapas—. ¿Necesitáis mantas para el viaje?

—Estamos bien provistos —dije—. Gracias.

—Mucha gente se dirige hacia la frontera.

—¿Y usted no?

—Soy demasiado vieja como para ir. Los shu, los fjerdanos, la Sombra… —se encogió de hombros—. Si te sientas quieta, los problemas pasan de largo.

O te golpean de lleno, y después vuelven para la segunda ronda, pensé sombríamente.

Mal sostuvo en alto uno de los mapas.

—No veo las montañas orientales, solo las occidentales.

—Es mejor ir hacia el oeste —aseguró la mujer—. ¿Quieres ir a la costa?

—Sí —mintió Mal con facilidad—, y después a Novyi Zem. Pero…

—*Ju weh* —dijo Tolya—. Ey ye bat e’yuan.

La mujer le respondió y se pusieron a observar juntos un mapa, conversando en shu mientras los demás aguardábamos pacientemente.

Finalmente, Tolya le entregó un mapa diferente a Mal.

—Del este —dijo.

La mujer agitó el cencerro en dirección a Tolya y me preguntó:

—¿Qué vas a darle de comer a este en las colinas? Será mejor que te asegures de que no te ase en el fuego.

Tolya frunció el ceño, pero la mujer se rio tanto que estuvo a punto de caerse del taburete.

Mal añadió unos cuantos anillos de oración a los mapas y le entregó las monedas a la mujer.

—Tenía un hermano que fue a Novyi Zem —dijo, todavía riendo entre dientes mientras le daba el cambio a Mal—. Probablemente sea rico ahora. Es un buen lugar para comenzar una nueva vida.

Zoya resopló.

—¿Comparado con qué?

—En realidad no está tan mal —aseguró Tolya.

—Tierra y más tierra.

—Hay ciudades —refunfuñó Tolya mientras nos alejábamos.

—¿Qué te dijo la mujer sobre las montañas orientales? —pregunté.

—Son sagradas —explicó él—, y al parecer están embrujadas. Me aseguró que la Cera Huo está custodiada por fantasmas.

Un escalofrío me recorrió la columna.

—¿Qué es la Cera Huo?

Los ojos dorados de Tolya centellearon.

—La Cascada de Fuego.

Ni siquiera me fijé en las ruinas hasta que estuvimos casi justo debajo de ellas. Eran totalmente anodinas: dos columnas de roca desgastadas y maltratadas por las inclemencias del tiempo que flanqueaban el camino que llevaba al sureste desde el valle. Puede que alguna vez fueran un arco. O un acueducto. O dos molinos, como indicaba el nombre. O tan solo dos rocas puntiagudas. ¿Qué era lo que esperaba? ¿A Ilya Morozova a un lado del camino rodeado por un halo dorado, con un cartel que dijera «Tenías razón, Alina. El pájaro de fuego está por aquí»?

Pero el punto de vista parecía el correcto. Había examinado la ilustración de Sankt Ilya en cadenas tantas veces que tenía la imagen grabada en mi memoria. La vista de las Sikurzoi más allá de las columnas encajaba con mi recuerdo de la página. ¿Lo habría dibujado el propio Morozova? ¿Sería él el responsable del mapa que había en la ilustración, o alguien más habría encajado las piezas de su historia? Tal vez no lo descubriera nunca.

Este es el lugar, me dije. *Tiene que serlo*.

—¿Ves algo familiar? —le pregunté a Mal, que negó con la cabeza.

—Supongo que esperaba… —Se encogió de hombros; no tenía que decir nada más. Yo había tenido esa misma esperanza en mi corazón, de que cuando estuviera en ese camino, en ese valle, de pronto algo más de mi pasado me quedaría claro. Pero lo

único que tenía eran los mismos recuerdos desgastados: un plato de remolachas, una espalda ancha, el balanceo de las colas de buey delante de mí.

Distinguimos a unos cuantos refugiados: una mujer con un bebé al pecho montada en un carro tirado por un poni mientras su marido caminaba junto a ella; un grupo de gente de nuestra edad que supuse que serían desertores del Primer Ejército. Pero no había mucha gente en el camino bajo las ruinas. Los lugares más populares para tratar de entrar en Shu Han estaban más hacia el oeste, donde las montañas eran menos escarpadas y el viaje hacia la costa era más sencillo.

La belleza de las Sikurzoi me impactó de repente. Las únicas montañas que había conocido eran las cimas heladas muy al norte y las Petrazoi: escarpadas, grises y amenazadoras. Pero esas montañas eran suaves y onduladas, sus laderas se encontraban cubiertas de hierba alta, y los valles entre ellas estaban atravesados por ríos de corriente lenta que emitían destellos azules y dorados al sol. Incluso el cielo parecía darnos la bienvenida, una llanura de un azul infinito, con gruesas nubes blancas que se acumulaban en el horizonte, y las cimas nevadas de la cordillera del sur visibles en la distancia.

Sabía que aquella era tierra de nadie, la peligrosa frontera que marcaba el fin de Ravka y el comienzo del territorio enemigo, pero no tenía esa sensación. Había mucha agua y espacio para pastar. De no haber sido por la guerra, si las líneas se hubieran dibujado de una forma distinta, aquel habría sido un lugar pacífico.

No encendimos ningún fuego y acampamos al aire libre aquella noche, con las esterillas extendidas bajo las estrellas. Escuché el susurro del viento en la hierba y pensé en Nikolai. ¿Estaría ahí fuera, rastreándonos mientras nosotros rastreábamos al pájaro de fuego? ¿Nos reconocería, o se habría perdido a sí mismo por completo? ¿Llegaría el día en que simplemente fuéramos presas para él? Examiné el cielo, esperando ver una forma alada que tapara las estrellas. Me costó conciliar el sueño.

Al día siguiente, abandonamos el camino principal y comenzamos a subir con empeño. Mal nos llevó al este, hacia la Cera Huo, siguiendo una senda que parecía aparecer y desaparecer mientras recorría las montañas. Aparecieron tormentas sin previo aviso, unas densas trombas de agua que convertían el suelo bajo nosotros en un barro que nos absorbía, y después se desvanecían tan rápidamente como habían llegado.

Tolya estaba preocupado por las inundaciones, así que abandonamos el sendero por completo y nos dirigimos a terrenos más altos, por lo que pasamos el resto de la tarde en la estrecha parte trasera de una cresta rocosa, desde donde podíamos ver las nubes de tormenta persiguiéndose las unas a las otras sobre las colinas bajas y los valles, gruesas y oscuras pero resplandeciendo con los breves destellos de los rayos.

Los días se alargaban, y era plenamente consciente de que cada paso que nos adentrábamos en Shu Han era un paso que tendríamos que retroceder para volver a Ravka. ¿Qué encontraríamos cuando regresáramos? ¿El Oscuro habría dominado ya Ravka Occidental? Y, si encontrábamos al pájaro de fuego, si los tres amplificadores

se unían al fin, ¿sería lo bastante fuerte como para enfrentarme a él? Sobre todo pensaba en Morozova, y me preguntaba si alguna vez habría caminado por esos mismos caminos, mirado esas mismas montañas. ¿Su necesidad de terminar la tarea que había empezado lo habría impulsado tal como me impulsaba a mí la desesperación, obligándome a poner un pie delante del otro, a dar otro paso, a vadear otro río, a subir otra colina?

Aquella noche la temperatura bajó lo suficiente como para que tuviéramos que montar las tiendas. Al parecer, Zoya pensaba que era yo quien tenía que montar la nuestra, a pesar de que las dos fuéramos a dormir en ella. Estaba maldiciendo sobre el montón de lona cuando Mal me hizo callarme.

—Hay alguien ahí fuera —dijo.

Nos encontrábamos en un campo amplio de hierba que se extendía entre dos colinas bajas. Escudriñé en la tenue luz del crepúsculo, incapaz de distinguir nada, y levanté las manos con actitud interrogativa.

Mal negó con la cabeza.

—Como último recurso —susurró.

Asentí con la cabeza. No quería meternos en otra situación como la que habíamos tenido con la milicia.

Mal recogió su rifle e hizo una señal. Tolya sacó la espada y nos pusimos todos en formación, espalda con espalda, esperando.

—Harshaw —susurré.

Oí el sonido del pedernal de Harshaw. Dio un paso hacia delante, extendió los brazos y una ardiente llamarada cobró vida con un rugido. Nos rodeó en un anillo resplandeciente, iluminando los rostros de los hombres que estaban agachados en el campo, más allá de nosotros. Eran cinco o seis, con ojos dorados y ropa de zalea. Vi que sacaban arcos y que la luz se reflejaba en al menos una pistola.

—Ahora —dije.

Zoya y Harshaw se movieron como uno; estiraron los brazos en anchos arcos, y las llamas resplandecieron sobre la hierba como algo viviente, impulsadas por el poder combinado.

Mal gritó, y el fuego se extendió en lenguas hambrientas. Oí un único disparo, y los ladrones dieron media vuelta y corrieron. Harshaw y Zoya enviaron el fuego tras ellos, persiguiéndolos por el campo.

—Tal vez vuelvan —dijo Tolya—. Y traerán más hombres. Se gana mucho dinero por un Grisha en Koba.

Era una ciudad justo al sur de la frontera.

Pensé por primera vez en cómo habrían sido las cosas para Tolya y Tamar, incapaces de regresar jamás al país de su padre, extranjeros en Ravka y también ahí.

Zoya se estremeció.

—En Fjerda no son mejores. Hay cazadores de brujas que no comen animales, no llevan zapatos de cuero ni matan arañas en sus casas, pero queman vivos a los Grisha.

—Los doctores shu tal vez no sean tan malos —dijo Harshaw. Seguía jugueteando con las llamas, enviándolas hacia arriba en lazos y bucles que serpenteaban—. Al menos limpian sus instrumentos. En la Isla Errante piensan que la sangre de Grisha lo cura todo: la impotencia, las enfermedades, todo. Cuando mi hermano manifestó su poder, le cortaron la garganta y lo colgaron boca abajo para drenarlo como a un cerdo en un matadero.

—Por todos los Santos, Harshaw —jadeó Zoya.

—Quemé la aldea y a todos sus habitantes hasta reducirlos a cenizas. Después me monté en un barco y no volví a mirar atrás.

Recordé el sueño que había tenido una vez el Oscuro, de que fuéramos ravkanos y no solo Grisha. Había tratado de buscar un lugar seguro para los de nuestra clase, tal vez el único en el mundo. *Comprendo el deseo de permanecer en libertad*.

¿Era por eso por lo que Harshaw seguía luchando? ¿Por lo que había decidido quedarse? Debía de haber compartido alguna vez el sueño del Oscuro. ¿Me había cedido a mí el testigo?

—Haremos guardia esta noche —dijo Mal—, e iremos más hacia el este mañana.

Hacia el este, a la Cera Huo, donde los espíritus hacían guardia. Pero nosotros ya viajábamos con nuestros propios fantasmas.

No quedaba ninguna evidencia de los ladrones a la mañana siguiente, tan solo el campo quemado con patrones extraños. Mal nos adentró más en las montañas. Al principio del viaje habíamos visto el humo del fuego de alguien, o la forma de alguna choza en una ladera. Ahora estábamos solos, y nuestra única compañía eran los lagartos que veíamos tomando el sol en las rocas y, una vez, una manada de alces pastando en una pradera distante.

Si había señales del pájaro de fuego eran invisibles para mí, pero reconocí el silencio en Mal, su profunda resolución. Lo había visto en Tsibeya cuando cazábamos al ciervo, y después otra vez en las aguas del Paso de los Huesos.

Según Tolya, la Cera Huo estaba señalada de una forma distinta en cada mapa, y desde luego no teníamos forma de saber si sería allí donde encontraríamos al pájaro de fuego. Pero le había dado una dirección a Mal, y ahora se movía de esa forma firme y confiada suya, como si todo en el mundo salvaje ya le resultara familiar, como si conociera todos sus secretos. Para los demás se convirtió en una especie de juego, y trataban de predecir por qué camino nos llevaría.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Harshaw, frustrado, cuando Mal nos alejó de un sendero fácil. Él se encogió de hombros.

—Es más lo que no veo. —Señaló el lugar donde una bandada de gansos viraba hacia el sur en una plataforma escarpada—. Es la forma de moverse de los pájaros, la forma de esconderse entre los arbustos de los animales.

Harshaw rascó a Oncat detrás de la oreja y susurró en voz alta:

—Y la gente dice que yo estoy loco.

Según pasaban los días, noté que mi paciencia se desgastaba. Pasábamos mucho tiempo caminando sin nada que hacer excepto pensar, y no había ningún lugar seguro para que mis pensamientos vagaran. El pasado estaba lleno de horrores, y el futuro me dejaba sin aliento con un pánico creciente.

El poder de mi interior había parecido milagroso una vez, pero cada enfrentamiento con el Oscuro dejaba claros los límites de mis habilidades. *No hay ninguna lucha posible*. A pesar de las muertes que había presenciado y de la desesperación que sentía, no estaba más cerca de comprender ni de utilizar el *merzost*. Me molestaba la calma de Mal, la seguridad que parecía acompañar sus pasos.

—¿Crees que está ahí fuera? —pregunté una tarde que nos habíamos refugiado bajo un denso grupo de pinos para esperar a que amainara una tormenta.

—Es difícil decirlo. Ahora mismo, bien podría estar rastreando a un halcón grande. Estoy siguiendo mi instinto más que otra cosa, y eso siempre me pone nervioso.

—No pareces nervioso. Pareces totalmente tranquilo.

Podía oír la irritación en mi propia voz. Mal me echó un vistazo.

—Ayuda que nadie te amenace con abrirte en canal.

No dije nada. La idea del cuchillo del Oscuro resultaba casi reconfortante: un miedo simple, concreto, manejable.

Miró la lluvia entornando los ojos.

—Y hay algo más, algo que dijo el Oscuro en la capilla. Pensaba que me necesitaba para encontrar al pájaro de fuego. Por mucho que odie admitirlo, por eso es por lo que sé que puedo hacerlo ahora, porque él estaba muy seguro.

Lo comprendí. La fe que tenía el Oscuro en mí había sido algo embriagador. Quería esa certeza, el conocimiento de que todo saldría bien, de que alguien estaba al mando. Sergei había ido con el Oscuro en busca de ese consuelo. *Tan solo quiero volver a sentirme a salvo*.

—Cuando llegue el momento —preguntó Mal—, ¿podrás matar al pájaro de fuego?

Sí. Estaba harta de las dudas. No era solo que nos hubiéramos quedado sin opciones, ni que tantas cosas dependieran del poder del pájaro de fuego. Simplemente me había vuelto lo bastante despiadada o lo bastante egoísta como para quitarle la vida a otra criatura. Pero echaba de menos a la chica que había mostrado clemencia con el ciervo, que había sido lo bastante fuerte como para darle la espalda a la atracción del poder, que había creído en algo más. Otra pérdida como consecuencia de la guerra.

—Sigue sin parecerme real —dije—. Y aunque lo fuera, tal vez no sea suficiente. El Oscuro tiene un ejército. Tiene aliados. Nosotros tenemos…

¿Un grupo de inadaptados? ¿Unos fanáticos religiosos tatuados? Incluso con el

poder de los amplificadores, parecía una batalla muy poco equilibrada.

—Gracias —dijo Zoya amargamente.

—Algo de razón tiene —señaló Harshaw, apoyado contra un árbol. Tenía a Oncat sobre el hombro y estaba haciendo bailar unas llamitas por el aire—. Yo no me siento capaz de mucho.

—No me refería a eso —protesté.

—Será suficiente —aseguró Mal—. Encontraremos al pájaro de fuego. Te enfrentarás al Oscuro. Lucharemos contra él, y ganaremos.

—Y después, ¿qué? —Volví a notar la presión del pánico—. Incluso si derrotamos al Oscuro y destruimos la Sombra, Ravka será vulnerable.

No había ningún príncipe Lantsov para tomar el mando. Ningún Oscuro. Tan solo una huérfana flacucha de Keramzin con las fuerzas que lograra conseguir de los Grisha que sobrevivieran y los restos del Primer Ejército.

—Está el Apparat —dijo Tolya—. Puede que el sacerdote no sea muy fiable, pero tus seguidores sí lo son.

—Y David pensaba que tal vez lograra curar a Nikolai —añadió Zoya.

Me giré hacia ella, notando cómo aumentaba mi furia.

—¿Crees que Fjerda esperará a que encontremos la cura? ¿Y qué hay de Shu Han?

—Entonces harás una nueva alianza —dijo Mal.

—¿Vender mi poder al mejor postor?

—Negociar. Imponer tus propios términos.

—¿Organizar un contrato de matrimonio, elegir a un noble fjerdano o a un general shu? ¿Esperar que mi nuevo marido no me mate mientras duermo?

—Alina…

—¿Y adonde irás tú?

—Me quedaré junto a ti tanto tiempo como me dejes.

—El noble de Mal. ¿Harás guardia al otro lado de nuestro dormitorio por la noche?

Sabía que estaba siendo injusta, pero en ese momento no me importaba.

Apretó la mandíbula.

—Haré lo que tenga que hacer para mantenerte a salvo.

—Mantén la cabeza gacha. Cumple con tu deber.

—Sí.

—Un pie por delante del otro. En dirección al pájaro de fuego. Sigue marchando como un buen soldado.

—Eso es, Alina. Soy un soldado. —Pensaba que iba a quebrarse por fin, que me daría la pelea que deseaba, que me moría de ganas por tener. Pero en lugar de eso se puso en pie y se sacudió el agua del abrigo—. Y seguiré marchando porque el pájaro de fuego es lo único que puedo darte. Ni dinero. Ni un ejército. Ni un fuerte en la cima de una montaña. —Se colgó la bolsa a los hombros—. Esto es todo lo que

puedo ofrecerte. El mismo truco de siempre.

Salió a la lluvia. No sabía si quería correr tras él para disculparme o para derribarlo sobre el barro.

Zoya alzó un hombro con elegancia.

—Yo preferiría tener la esmeralda.

La miré fijamente, y después solté algo a medio camino entre una risa y un suspiro. Mi furia se desvaneció, haciéndome sentir ruin y avergonzada. Mal no se merecía aquello. Ninguno de ellos.

—Lo siento —murmuré.

—A lo mejor tienes hambre —dijo Zoya—. Yo siempre estoy antipática cuando tengo hambre.

—¿Tienes hambre a todas horas? —preguntó Harshaw.

—No me has visto antipática. Cuando lo hagas, necesitarás un pañuelo muy grande.

Él resopló.

—¿Para secarme las lágrimas?

—Para contener la hemorragia.

Esa vez mi risa fue real. De algún modo, un poco del veneno de Zoya era justo lo que necesitaba. Después, a pesar de que sabía que no era una buena idea, le hice la pregunta que quería hacerle desde hacía casi un año.

—Tú y Mal, en Kribirsk…

—Sucedió. —Eso lo sabía, y sabía que había habido muchas otras antes que ella, pero seguía doliendo. Zoya me echó un vistazo, y sus largas pestañas negras centellearon con la lluvia—. Pero nunca más desde entonces —dijo a regañadientes—, y no ha sido porque no lo intentara. Si un hombre puede decirme que no, es algo. —Puse los ojos en blanco, y ella me clavó un dedo alargado en el brazo—. No ha estado con nadie, idiota. ¿Sabes cómo lo llamaban las chicas de la Catedral Blanca? *Beznako*.

Una causa perdida.

—Es extraño —añadió Zoya, pensativa—. Comprendo por qué el Oscuro y Nikolai quieren tu poder. Pero Mal te mira como si fueras… Bueno, como si fueras yo.

—No, no es cierto —intervino Tolya—. La mira como Harshaw mira al fuego. Como si nunca fuera a tener suficiente de ella. Como si estuviera tratando de capturar lo que pueda antes de que desaparezca.

Zoya y yo lo miramos fijamente, y después ella frunció el ceño.

—¿Sabes? Si utilizaras un poco de esa poesía conmigo, tal vez considerara darte una oportunidad.

—¿Quién dice que la quiera?

—¡Yo la quiero! —gritó Harshaw.

Zoya se sopló un rizo húmedo de la frente.

—Oncat tiene más posibilidades que tú.

Harshaw sostuvo a la gata atigrada por encima de él.

—Vaya, Oncat. Eres una granuja.

Mientras nos acercábamos a la zona donde se rumoreaba que estaba la Cera Huo, nuestro ritmo se aceleró. Mal se volvió aún más silencioso, y sus ojos azules se movían constantemente por las colinas. Le debía una disculpa, pero nunca encontraba el momento adecuado para hablar con él.

Cuando llevábamos una semana casi exacta de viaje, llegamos a lo que parecía el lecho seco de un arroyo entre dos escarpadas paredes rocosas. Llevábamos casi diez minutos siguiéndolo cuando Mal se arrodilló y pasó la mano por la hierba.

—Harshaw —dijo—, ¿puedes quemar parte de esta maleza?

Él sacó el pedernal y envió una capa baja de llamas azules por el lecho del arroyo, de modo que reveló un patrón de piedras demasiado regular como para que no lo hubiera hecho el hombre.

—Es un camino —dijo sorprendido.

—¿Aquí? —pregunté. Llevábamos kilómetros sin ver nada más que montañas vacías.

Permanecimos alerta, buscando señales de lo que pudiera haber habido antes, esperando ver símbolos grabados, o tal vez los pequeños altares que habíamos visto tallados en la roca cerca de Dva Stolba, deseosos de encontrar alguna clase de prueba de que íbamos por el camino correcto. Pero la única lección en las piedras parecía ser que las ciudades se alzaban, caían y quedaban olvidadas. *Tú vives en un solo momento. Yo vivo en miles*. Tal vez viviera el tiempo suficiente como para ver Os Alta convertirse en polvo. O a lo mejor volvía mi poder contra mí misma y acaba con todo antes de que eso pasara. ¿Cómo sería la vida cuando la gente que quería muriera? ¿Cuando ya no quedaran misterios?

Seguimos el camino hasta el punto donde parecía que simplemente terminaba, enterrado bajo unas rocas desmoronadas cubiertas de hierba y flores salvajes amarillas. Las subimos gateando y, cuando llegamos a la cima, una esquirla de hielo se me clavó en los huesos.

Era como si hubieran drenado el color del paisaje. El campo delante de nosotros era de hierba gris. Una cordillera negra se extendía en el horizonte, cubierta de árboles, con la corteza suave y reluciente como pizarra pulida, y sus ramas angulares libres de hojas. Pero lo más espeluznante era cómo crecían, en líneas perfectas y regulares, equidistantes, como si los hubieran plantado con infinito cuidado.

—No pinta bien —comentó Harshaw.

—Son árboles soldados —dijo Mal—. Así es como crecen, como si estuvieran formando filas.

—Esa no es la única razón —señaló Tolya—. Este es el bosque de cenizas. La

entrada a la Cera Huo.

Mal sacó el mapa.

—No lo veo.

—Es una historia. Hubo una masacre aquí.

—¿Una batalla? —pregunté.

—No. Un batallón shu vino aquí conducido por sus enemigos. Eran prisioneros de guerra.

—¿Qué enemigos? —quiso saber Harshaw.

Tolya se encogió de hombros.

—Ravkanos, fjerdanos, quizás otros shu. Fue hace mucho tiempo.

—¿Qué les sucedió?

—Se estaban muriendo de hambre, y cuando el hambre fue demasiada, se volvieron los unos contra los otros. Se dice que el último hombre que quedó en pie plantó un árbol por cada uno de sus hermanos caídos, y ahora esperan a que los viajeros pasen demasiado cerca de sus ramas, para poder reclamar una última comida.

—Qué bonito —refunfuñó Zoya—. Recuérdame que nunca te pida que me cuentes un cuento antes de dormir.

—Tan solo es una leyenda —dijo Mal—. He visto esos árboles cerca de Balakirev.

—¿Creciendo de ese modo? —preguntó Harshaw.

—No… No exactamente.

Observé las sombras del bosquecillo. Lo cierto era que los árboles parecían un regimiento marchando hacia nosotros. Había oído historias similares sobre el bosque cerca de Duva, de que en los largos inviernos los árboles atrapaban niñas para comérselas. *Supersticiones*, me dije, pero no quería dar otro paso en dirección a aquella colina.

—¡Mirad! —dijo Harshaw.

Seguí su mirada. Allí, entre las sombras profundas de los árboles, algo blanco se estaba moviendo, una sombra que ondeaba, se alzaba y caía, deslizándose entre las ramas.

—Hay otro —jadeé, señalando el lugar donde una espiral blanca resplandecía y después desaparecía en la nada.

—No puede ser —dijo Mak.

Otra sombra apareció entre los árboles, y después otra.

—No me gusta esto —comentó Harshaw—. No me gusta ni un pelo.

—Por todos los Santos —se burló Zoya—. De verdad que sois unos paletos.

Alzó las manos, y una enorme ráfaga de viento atravesó la montaña. Las formas blancas parecieron retroceder. A continuación la chica formó un gancho con los brazos, y las formas se acercaron a nosotros en una nube blanca.

—Zoya…

—Relájate.

Levanté los brazos para defendernos de aquella cosa horrible que Zoya había atraído hacia nosotros. La nube explotó, y se deshizo en copos inofensivos que cayeron hasta el suelo a nuestro alrededor.

—¿Ceniza?

Estiré el brazo para coger un poco entre los dedos. Era fina y blanca, del color de la tiza.

—Será alguna clase de fenómeno meteorológico —supuso Zoya, e hizo que la ceniza se alzara otra vez en espirales perezosas. Volvimos a mirar hacia la colina. Las nubes blancas seguían moviéndose por ahí, pero ahora que sabíamos lo que eran parecían algo menos siniestras—. No pensabais de verdad que eran fantasmas, ¿verdad? —Me ruboricé, y Tolya se aclaró la garganta. Zoya puso los ojos en blanco y caminó a zancadas hacia la colina—. Estoy rodeada de estúpidos.

—Daban miedo —me dijo Mal, encogiéndose de hombros.

—Siguen dándolo —murmuré.

Mientras ascendíamos, unas extrañas ráfagas de viento nos golpeaban, cálidas y después frías. No importaba lo que dijera Zoya; el bosquecillo era un lugar espeluznante. Me mantuve alejada de las ramas extendidas de los árboles y traté de ignorar la piel de gallina de mis brazos. Cada vez que una nubecilla blanca se alzaba cerca de nosotros, yo pegaba un salto y Oncat siseaba desde el hombro de Harshaw.

Cuando finalmente llegamos a la cima de la colina, vimos que los árboles continuaban hasta el valle, aunque allí sus ramas estaban repletas de hojas púrpuras, y sus filas se extendían por el paisaje que teníamos debajo como los pliegues de la túnica de un Hacedor. Pero eso no fue lo que nos hizo detenernos en seco.

Delante de nosotros se alzaba un enorme peñasco. No parecía tanto una parte de las montañas como la pared del fuerte de un gigante. Era oscuro y enorme, casi plano en la cima, y la roca era del gris oscuro del hierro. A sus pies el viento había arrastrado una maraña de árboles muertos. El peñasco estaba partido por la mitad por una cascada que rugía y alimentaba un lago de agua tan clara que podíamos ver las piedras del fondo. El lago se extendía durante casi todo el valle, rodeado de los árboles soldados en flor, y después parecía desaparecer bajo tierra.

Bajamos hasta el valle, rodeando y saltando pequeñas charcas y riachuelos, mientras el estruendo de la cascada llenaba nuestros oídos. Cuando llegamos hasta el lago, nos detuvimos para llenar las cantimploras y lavarnos la cara.

—¿Es esto? —preguntó Zoya—. ¿La Cera Huo?

Harshaw apartó a Oncat a un lado y hundió la cabeza en el agua.

—Debe de serlo —dijo—. ¿Qué hacemos ahora?

—Subir, creo —respondió Mal.

Tolya examinó la extensión resbaladiza de la pared del peñasco. La roca estaba mojada por el agua de la cascada.

—Tendremos que rodearlo. No hay forma de escalar por aquí.

—Por la mañana —replicó Mal—. Es demasiado peligroso escalar este terreno

por la noche.

Harshaw inclinó la cabeza hacia un lado.

—Tal vez deberíamos acampar un poco más lejos.

—¿Por qué? —preguntó Zoya—. Estoy cansada.

—A Oncat no le hace mucha gracia el paisaje.

—Por mí puede dormir en el fondo del lago si quiere —soltó la chica.

Harshaw se limitó a señalar hacia la maraña de árboles muertos acumulados alrededor de la base del peñasco. No eran árboles en absoluto. Eran pilas de huesos.

—Por todos los Santos —dijo Zoya, apartándose—. ¿Son animales o humanos?

Harshaw señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Antes vi por ahí un grupo de rocas muy acogedoras.

—Vamos hacia allí —decidió la chica—. Ahora.

Nos apresuramos a alejarnos de la cascada, abriéndonos camino entre los árboles soldados y subiendo por el valle.

—A lo mejor la ceniza es volcánica —sugerí, esperanzada. Mi imaginación se estaba descarriando, y de pronto estuve segura de que tenía los restos antiguos de hombres quemados en el pelo.

—Podría ser —dijo Harshaw—. Tal vez haya actividad volcánica cerca de aquí. A lo mejor por eso se llama la Cascada de Fuego.

—No —replicó Tolya—. Esa es la razón.

Miré por encima del hombro hacia el valle que había bajo nosotros. Bajo la luz del sol poniente, la cascada se había convertido en oro fundido. Debía de ser un efecto óptico, pero parecía como si el agua se hubiera prendido en llamas. El sol siguió hundiéndose, inflamando el lago y las charcas, convirtiendo el lago en un crisol.

—Increíble —gruñó Harshaw. Mal y yo intercambiamos una mirada. Tendríamos suerte si no trataba de bajar.

Zoya tiró su bolsa al suelo y se desplomó encima.

—Podéis quedaros con vuestro maldito paisaje. Yo solo quiero una cama caliente y una copa de vino.

Tolya frunció el ceño.

—Este es un lugar sagrado.

—Genial —replicó ella amargamente—. Mira a ver si puedes rezar para que aparezcan unos calcetines secos.

CAPÍTULO 14

l amanecer de la mañana siguiente, mientras los demás apagaban el fuego y mordisqueaban galletas, me puse el abrigo y me alejé un poco para observar la cascada. La neblina del valle era muy densa. Desde donde me encontraba, los huesos en la base de la cascada simplemente parecían árboles. No había fantasmas. Ni fuego. Parecía un lugar tranquilo, donde poder descansar.

Estábamos desmontando las tiendas cubiertas de ceniza cuando lo oímos, un chillido, agudo y penetrante, que reverberaba bajo la luz del amanecer. Nos quedamos inmóviles y en silencio, esperando a ver si volvía a sonar.

—Podría ser un halcón —advirtió Tolya.

Mal no dijo nada. Se puso el rifle sobre el hombro y se metió de lleno en el bosque. Tuvimos que apresurarnos para mantener su ritmo.

La subida por la parte trasera de la cascada nos llevó la mayor parte del día. Era escarpada y brutal, y aunque mis pies se habían endurecido y mis piernas estaban acostumbradas a los viajes duros, fue un gran esfuerzo para mí de todos modos. Me dolían los músculos bajo la bolsa, y a pesar del aire fresco tenía la frente perlada de sudor.

—Cuando atrapemos a esa cosa —jadeó Zoya—, voy a hacer un estofado con ella.

Notaba la emoción que nos atravesaba a todos en oleadas, la sensación de que ya estábamos cerca, y nos animamos los unos a los otros a seguir esforzándonos por subir la montaña. En algunos lugares, la subida era casi vertical. Teníamos que impulsarnos agarrándonos con fuerza a las raíces de los árboles ralos, o hundiendo los dedos en la roca. En un punto, Tolya sacó unos picos de hierro y los clavó directamente en la montaña para que pudiéramos utilizarlos como escalera improvisada.

Por fin, cuando ya estaba atardeciendo, arrastramos nuestros cuerpos por encima

de un saliente irregular de piedra y nos encontramos en la cima plana de la pared del peñasco, una extensión suave de roca y musgo, húmeda a causa de la niebla y dividida por la corriente espumosa del río.

Hacia el norte, más allá de la abrupta cascada, podíamos ver el camino por el que habíamos llegado; la cordillera alejada del valle, el campo gris que conducía al bosque de cenizas, las marcas del viejo camino y, más allá, las tormentas que se movían sobre las laderas cubiertas de hierba. Y tan solo eran laderas, eso nos quedaba claro entonces. Porque si nos girábamos hacia el sur, teníamos nuestra primera vista real de las montañas, las enormes Sikurzoi cubiertas de blanco, la fuente del deshielo que alimentaba la Cera Huo.

—Son interminables —dijo Harshaw, cansado.

Nos abrimos camino hasta el lateral de los rápidos. Sería difícil vadearlos, y no sabía si serviría de mucho. Veíamos el otro lado, donde el peñasco simplemente terminaba. No había nada allí. El altiplano estaba clara y decepcionantemente vacío.

El viento aumentó de velocidad, azotándome el pelo y golpeándome con la niebla fina y punzante. Estábamos en pleno otoño, y el invierno ya se aproximaba. Llevábamos más de una semana de viaje. ¿Y si algo le había pasado a los demás, en Dva Stolba?

—Bueno —dijo Zoya, enfadada—. ¿Dónde está? —Mal caminó hasta el borde de la cascada y miró el valle—. Pensaba que se suponía que eras el mejor rastreador de toda Ravka. ¿Adonde vamos ahora?

Mal se frotó la nuca con la mano.

—Bajamos una montaña y subimos la siguiente. Así es como funciona, Zoya.

—¿Cuánto tiempo? —insistió ella—. No podemos seguir así.

—Zoya —la advirtió Tolya.

—¿Cómo sabemos siquiera que esa cosa existe?

—¿Qué esperabais? —preguntó Tolya—. ¿Un nido?

—¿Por qué no? Un nido, una pluma, una pila de estiércol humeante. Algo. *Lo que sea*.

Era Zoya quien lo decía, pero noté la fatiga y la decepción en los demás. Tolya seguiría avanzando hasta que se derrumbara, pero no estaba segura de que Harshaw y Zoya pudieran avanzar mucho más.

—Este sitio esta demasiado húmedo como para acampar —dije. Señalé hacia el bosque detrás del altiplano, donde los árboles resultaban reconfortantemente corrientes, con las hojas iluminadas de rojo y dorado—. Id hacia allí hasta que encontréis un lugar seco y haced un fuego. Decidiremos qué hacer después de cenar; a lo mejor es el momento de separarnos.

—No puedes adentrarte más en Shu Han sin protección —se opuso Tolya.

Harshaw no dijo nada, tan solo acarició a Oncat y esquivó mi mirada.

—No tenemos que decidir ahora mismo. Vamos a montar el campamento.

Crucé con cuidado hasta el borde del altiplano para unirme a Mal. El descenso

daba vértigo, así que en lugar de eso miré a lo lejos. Si entrecerraba los ojos, me parecía que podía distinguir el campo quemado de donde habíamos espantado a los ladrones, aunque tal vez solo fuera mi imaginación.

—Lo siento —dijo al fin.

—No te disculpes. Por lo que sabemos, quizás el pájaro de fuego no exista.

—Tú no crees eso.

—No, pero a lo mejor no estamos destinados a encontrarlo.

—Tampoco crees eso. —Suspiró—. Menudo buen soldado.

Hice una mueca.

—No debería haber hecho eso.

—Una vez me metiste excrementos de ganso en los zapatos, Alina. Puedo soportar tu mal humor. —Me echó un vistazo y añadió—: Todos sabemos el peso que cargas, pero no tienes que llevarlo sola.

Negué con la cabeza.

—No lo entiendes. No puedes.

—Tal vez no. Pero ya vi esto con los soldados de mi unidad. No dejas de acumular toda la rabia y el dolor, y al final se acaba derramando. O te ahogas en ellos.

Me había dicho lo mismo cuando llegamos a la mina, cuando me dijo que los demás necesitaban llorar conmigo. Yo también lo necesitaba, aunque no hubiera querido admitirlo. Y tenía razón. Realmente me sentía como si me estuviera ahogando, con el miedo cubriéndome como si se tratara de un mar helado.

—No es tan fácil —dije—. No soy como ellos. No soy como nadie. —Dudé, y después añadí—: Salvo él.

—No te pareces en nada al Oscuro.

—Sí que me parezco, aunque no quieras verlo.

Mal alzó una ceja.

—¿Porque es poderoso, peligroso y eterno? —Soltó una risa triste—. Dime una cosa. ¿El Oscuro habría perdonado alguna vez a Genya? ¿O a Tolya y Tamar? ¿O a Zoya? ¿O a mí?

—Para nosotros es diferente —repliqué—. Es más difícil confiar.

—Tengo noticias para ti, Alina. Para todo el mundo es duro hacerlo.

—Tú no…

—Lo sé, lo sé. Yo no lo entiendo. Tan solo sé que no hay forma de vivir sin el dolor, sin importar lo larga o corta que sea tu vida. La gente te decepciona. Te hieren y haces daño a cambio. Pero ¿qué hay de lo que el Oscuro le hizo a Genya? ¿O a Baghra? ¿De lo que trató de hacerte a ti con ese collar? Eso es debilidad. Es un hombre asustado. —Echó un vistazo al valle—. Tal vez nunca sea capaz de comprender lo que es vivir con tu poder, pero sé que eres mejor que eso. Y ellos también lo saben —añadió, señalando con la cabeza el lugar donde los demás estaban montando el campamento—. Por eso estamos aquí, luchando a tu lado. Por eso Zoya

y Harshaw se pasarán toda la noche quejándose, pero mañana se quedarán.

—¿Tú crees?

Asintió con la cabeza.

—Comeremos, dormiremos, y después ya veremos lo que hacemos.

Suspiré.

—Continúa.

Me puso una mano sobre el hombro.

—Seguirás avanzando, y cuando te caigas, te levantarás. Y cuando no puedas hacerlo, nos dejarás llevarte. Me dejarás llevarte. —Bajó la mano—. No te quedes aquí fuera demasiado tiempo —dijo, y después se giró y cruzó el altiplano.

No voy a volver a fallarte.

La noche antes de que Mal y yo entráramos por primera vez en la Sombra, me había prometido que sobreviviríamos. *Estaremos bien*, me había dicho. *Siempre lo estamos*. En el año que había pasado desde entonces nos habían torturado y aterrorizado, destrozado y reconstruido. Probablemente jamás volviéramos a sentirnos bien, pero entonces necesitaba esa mentira, y ahora también. Nos mantenía en pie, luchando un día más. Era lo que llevábamos toda la vida haciendo.

El sol estaba comenzando a ponerse. Permanecí junto al borde de la cascada, escuchando el rugido del agua. Mientras el sol descendía, la cascada se prendió en llamas, y observé el lago del valle mientras se volvía dorado. Me incliné sobre el precipicio, y vislumbré la pila de huesos que había debajo. Fuera lo que fuera lo que estuviera cazando Mal, era grande. Examiné la niebla que se alzaba de las rocas en la base de la cascada. Por su forma de hincharse y moverse casi parecía como si estuviera viva, como si…

Algo se abalanzó contra mí. Caí hacia atrás, tropezando, y me di un fuerte golpe en el coxis. Un chillido cortó el silencio.

Mis ojos buscaron en el cielo, y vi una enorme forma alada que se elevaba sobre mí en un ancho arco.

—¡Mal! —grité. Mi bolsa estaba al borde de la plataforma, junto a mi rifle y mi arco. Corrí hacia ellos, y el pájaro de fuego se dirigió directamente hacia mí.

Era enorme, blanco como el ciervo y el azote marino, y sus enormes alas estaban teñidas de unas llamas doradas. Azotaban el aire, y las ráfagas me empujaban hacia atrás. Su grito reverberó por el valle cuando abrió su enorme pico. Era lo bastante grande como para arrancarme el brazo de un mordisco, o tal vez la cabeza. Sus garras relucían, largas y afiladas.

Alcé los brazos para utilizar el Corte, pero no lograba mantener el equilibrio. Me resbalé y noté cómo caía hacia el borde del peñasco; mi cadera y después mi cabeza golpearon la roca húmeda. *Los huesos*, pensé. *Por todos los Santos, los huesos al fondo de la cascada*. Así era como mataba.

Me aferré a la piedra húmeda, tratando de encontrar agarre… y entonces caí.

El grito se me quedó atrapado en los labios cuando noté que casi me arrancaban el

brazo de cuajo. Mal me había sujetado justo por debajo del codo. Estaba tendido sobre su estómago, colgado del borde del peñasco, y el pájaro de fuego volaba sobre él en círculos bajo la luz menguante.

—¡Te tengo! —gritó, pero su mano se deslizaba en la piel húmeda de mi antebrazo.

Mis pies se balancearon sobre la nada, y el corazón me latía con fuerza en el pecho.

—Mal… —dije con desesperación.

Él se estiró aún más. Íbamos a caer los dos.

—Te tengo —repitió, y sus ojos azules eran ardientes. Sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca.

La sacudida nos agitó a los dos al mismo tiempo, la misma sacudida crepitante que habíamos sentido aquella noche en el bosque, cerca de la *banya*. Hizo una mueca. Esta vez no teníamos más remedio que sujetarnos con fuerza. Nuestros ojos se encontraron, y el poder creció entre nosotros, resplandeciente e inevitable. Tuve la sensación de que se abría una puerta, y lo único que quería era saborearla; aquella euforia perfecta y reluciente no era nada en comparación con lo que había al otro lado. Olvidé dónde me encontraba, lo olvidé todo, salvo la necesidad de cruzar ese umbral, de reclamar ese poder.

Y con esa sed acudió a mí una terrible comprensión. *No*, pensé desesperada. *Esto no*.

Pero era demasiado tarde. Lo sabía.

Mal apretó los dientes, y noté que me agarraba con más fuerza. Mis huesos se frotaron entre ellos. El ardor del poder resultaba casi insoportable, un gemido sordo que me llenaba la cabeza. El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que no sobreviviría. Necesitaba cruzar esa puerta.

Entonces, milagrosamente, Mal me alzó centímetro a centímetro. Toqueteé la roca con la otra mano, buscando la parte superior del peñasco, y finalmente hice contacto. Mal me agarró ambos brazos, y me retorcí hasta estar a salvo sobre el altiplano.

En cuanto su mano soltó mi muñeca, la estremecedora ráfaga de poder se suavizó. Nos arrastramos para alejarnos del borde, con los músculos temblando, jadeando en busca de aliento.

El grito reverberante volvió a sonar, y el pájaro de fuego se precipitó hacia nosotros. Nos pusimos de rodillas. Mal no tuvo tiempo de sacar el arco, pero se puso delante de mí, con los brazos extendidos mientras el pájaro de fuego chillaba y se lanzaba hacia nosotros, con las garras extendidas directamente hacia él.

El impacto nunca llegó. El pájaro de fuego se quedó cerca de nosotros, con las garras a apenas unos centímetros del pecho de Mal. Batió las alas una vez, dos, empujándonos hacia atrás. El tiempo pareció ralentizarse, y nos vi reflejados en sus grandes ojos dorados. Su pico era afilado como una cuchilla, y sus plumas parecían arder con su propia luz. A pesar de mi miedo, sentí admiración. El pájaro de fuego era

Ravka. Era correcto que nos arrodilláramos.

Soltó otro chillido penetrante, y después giró y batió las alas elevándose hacia la creciente oscuridad.

Nos hundimos en el suelo, respirando con fuerza.

—¿Por qué se ha detenido? —jadeé.

Transcurrió un largo momento. A continuación, Mal dijo:

—Ya no lo estamos cazando. —Lo sabía. Al igual que yo. *Lo sabía*—. Tenemos que irnos de aquí. Podría volver.

Fui vagamente consciente de que los demás corrían hacia nosotros sobre la roca resbaladiza mientras nos levantábamos. Debían de haber oído mis chillidos.

—¡Ahí está! —gritó Zoya, señalando la forma que desaparecía del pájaro de fuego. Levantó las manos para tratar de atraerlo con una corriente descendente.

—Zoya, para —dijo Mal—. Déjalo marchar.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no lo habéis matado?

—No es el amplificador.

—¿Cómo lo sabéis? —Ninguno de los dos respondió—. ¿Qué está pasando? —gritó.

—Es Mal —respondí al fin.

—¿Qué es Mal? —preguntó Harshaw.

—Mal es el tercer amplificador.

Las palabras me salieron ásperas, pero sólidas, mucho más firmes y fuertes de lo que podría haber imaginado.

—¿De qué estás hablando? —Zoya tenía los puños cerrados, y había unas manchas febriles de color en sus mejillas.

—Deberíamos buscar refugio —señaló Tolya.

Avanzamos cojeando por el altiplano y seguimos a los demás a poca distancia mientras subían la siguiente colina hasta el campamento que habían hecho junto a un álamo alto.

Mal soltó el rifle y sacó el arco.

—Voy a buscar la cena —dijo, y se fundió en el bosque antes de que pudiera pensar en protestar.

Me desplomé en el suelo. Harshaw encendió el fuego y yo me senté ante él, mirando las llamas, apenas sintiendo su calidez. Tolya me entregó una botella y después se agachó y, tras esperar a que le hiciera un asentimiento, me volvió a colocar el hombro en su sitio. El dolor no fue suficiente como para detener las imágenes que se derramaban en mi cabeza, las conexiones que mi mente no dejaba de hacer.

Una chica en un campo, de pie sobre su hermana asesinada, el humo negro del Corte alzándose de su cuerpo, su padre arrodillándose a su lado.

Era un gran Sanador. Baghra se equivocaba. Morozova había necesitado más que la Pequeña Ciencia para salvar a su hija. Había utilizado el *merzost*, la resurrección.

Yo también me había equivocado. La hermana de Baghra no había sido Grisha. Había sido *otkazat'sya* después de todo.

—Debías de haberlo sabido —dijo Zoya, sentándose al otro lado del fuego. Su mirada era acusatoria.

¿Lo sabía? Cuando noté la sacudida aquella noche en la *banya*, había supuesto que era algo dentro de mí.

Y a pesar de ello, cuando miraba hacia atrás el patrón parecía claro. La primera vez que había utilizado mi poder fue con Mal muriendo en mis brazos. Habíamos pasado semanas buscando al ciervo, pero lo encontramos después de nuestro primer beso. Cuando el azote marino se mostró ante nosotros yo estaba rodeada por sus brazos, cerca de él por primera vez desde que nos habían obligado a montar en el barco del Oscuro. Los amplificadores querían estar unidos.

¿Y acaso no habían estado unidas nuestras vidas desde el principio? Por la guerra. Por el abandono. A lo mejor era algo más. No podía ser casualidad que hubiéramos nacido en aldeas vecinas, que hubiéramos sobrevivido a la guerra que había acabado con nuestras familias, que los dos acabáramos en Keramzin.

¿Era aquella la verdad tras el don de Mal para rastrear, que de algún modo estaba atado a todo, a la creación en el corazón del mundo? ¿Que no fuera un Grisha, ni tampoco un amplificador corriente, sino algo completamente distinto?

Me he convertido en espada. Un arma que utilizar. Cuánta razón tenía.

Me cubrí la cara con las manos. Quería extraer ese conocimiento de mi interior, sacarlo de mi cráneo. Ansiaba el poder que había más allá de la puerta dorada, lo deseaba con un frenesí puro y doloroso que me daba ganas de arrancarme la piel. El precio de aquel poder sería la vida de Mal.

¿Qué era lo que había dicho Baghra? *Puede que no seas capaz de sobrevivir al sacrificio que requiere el merzost*.

Mal regresó poco después con dos conejos gordos. Oí los sonidos de él y Tolya trabajando mientras limpiaban y asaban los animales, y pronto olí la carne cocinándose, pero no tenía apetito.

Nos quedamos ahí sentados, escuchando las ramas restallando y siseando en el calor de las llamas, hasta que Harshaw habló por fin.

—Si alguien no habla pronto, voy a prenderle fuego al bosque.

Así que di un sorbo de la botella de Zoya y hablé. Las palabras salieron con mayor facilidad de lo que esperaba. Les conté la historia de Baghra, el horrible relato de un hombre obsesionado, de la hija a la que había descuidado, de la otra hija que casi había muerto por ello.

—No —me corregí—. Sí que murió ese día. Baghra la mató, y Morozova la resucitó.

—Nadie puede…

—Él podía. No era curación. Era resurrección, el mismo proceso que utilizó para crear los otros amplificadores. Está todo en sus cuadernos.

La forma de mantener el oxígeno en la sangre, el método para frenar la descomposición. El poder del Sanador y el Hacedor llevados hasta el límite y más allá, llevados hasta un lugar donde nunca deberían haber ido.

—*Merzost* —susurró Tolya—. Poder sobre la vida y la muerte.

Asentí con la cabeza. Magia. Abominación. El poder de la creación. Por eso era por lo que los cuadernos estaban incompletos. Al final, Morozova no había tenido ninguna razón para cazar una criatura que convertir en el tercer amplificador. El ciclo ya estaba completo. Había otorgado a su hija el poder que tenía intención de dar al pájaro de fuego. El círculo se había cerrado.

Morozova había logrado cumplir su gran objetivo, pero no como esperaba. *Al aventurarse en el merzost, bueno… Los resultados nunca son lo que uno cabría esperar*. Cuando el Oscuro jugó con la creación en el corazón del mundo, el castigo por su arrogancia fue la Sombra, un lugar donde su poder era insignificante. Morozova había creado tres amplificadores que no podrían unirse sin que su hija perdiera la vida, sin que sus descendientes pagaran con carne y sangre.

—Pero el ciervo y el azote marino… eran ancestrales —dijo Zoya.

—Morozova los escogió deliberadamente. Eran criaturas sagradas; raras y fieras. Su hija era tan solo una chica *otkazat'sya* corriente.

¿Era por eso por lo que el Oscuro y Baghra habían estado tan dispuestos a subestimarla? Suponían que había muerto aquel día, pero la resurrección debía de haberla hecho más fuerte. Su vida frágil y mortal, una vida atada por las reglas de este mundo, había quedado reemplazada por otra cosa. Pero en el momento en que Morozova le dio a su hija una segunda vida, una vida que no le pertenecía por derecho, ¿le habría importado si era la abominación lo que lo hacía posible?

—Sobrevivió a la caída al río —dije—. Y Morozova la llevó al sur, a los asentamientos. —Para vivir y morir a la sombra del arco que algún día daría nombre a Dva Stolba. Miré a Mal—. Debió de haber transmitido su poder a sus descendientes, unido a sus huesos. —Se me escapó una risa amarga—. Pensaba que era yo. Estaba tan desesperada por creer que había un gran propósito para todo esto, que no sucedía por… casualidad. Pensaba que yo era la otra rama de la línea de Morozova. Pero eras tú, Mal. Siempre fuiste tú.

Él me observó a través de las llamas. No había dicho ni una palabra durante toda la conversación, durante toda la cena que solo Tolya y Oncat se habían podido comer. Tampoco dijo nada entonces. En lugar de eso, se levantó y caminó hacia mí. Me tendió la mano y dudé durante un breve instante, casi temerosa de tocarlo, pero entonces puse la palma en la suya y le dejé tirar de mí para ponerme en pie. Me condujo silenciosamente hasta una de las tiendas.

—Por todos los Santos, ¿ahora voy a tener que escuchar los ronquidos de Tolya toda la noche? —oí que refunfuñaba Zoya detrás de mí.

—Tú también roncas —señaló Harshaw—. Y no es muy agradable.

—Yo no…

Sus voces se desvanecieron cuando nos agachamos para entrar en los confines sombríos de la tienda. La luz del fuego se filtraba a través de las paredes de lona y hacía que las sombras oscilaran. Sin decir palabra, nos tumbamos sobre las pieles. Mal se aovilló junto a mí, con el pecho contra mi espalda, abrazándome con fuerza, y su aliento era suave contra la curva de mi cuello. Así era como dormíamos con los insectos zumbando a nuestro alrededor junto a las orillas del estanque de Trivka, en las tripas de un barco hacia Novyi Zem, o en un catre estrecho de una casa de huéspedes decadente en Cofton.

Su mano bajó deslizándose por mi antebrazo. Con suavidad, rozó la piel desnuda de mi muñeca, dejando que sus dedos me tocaran, probando. Cuando se encontraron, aquella fuerza nos atravesó a los dos, y aquella breve muestra de poder resultó casi insoportable.

Se me cerró la garganta; por la tristeza, la confusión y aquel anhelo vergonzoso e innegable. Desear aquello de él era demasiado, demasiado cruel. *No es justo*. Palabras estúpidas, infantiles. Sin sentido.

—Encontraremos otra forma —susurré.

Los dedos de Mal se separaron, pero mantuvo la mano suelta alrededor de mis muñecas mientras me acercaba más a él. Me sentí como siempre me había sentido en sus brazos: completa, como si estuviera en casa. Pero ahora tenía que cuestionar incluso eso. ¿Lo que sentía era real, o era el producto de un destino que Morozova había puesto en marcha cientos de años antes?

Mal me apartó el pelo del cuello y me dio un beso suave y breve por encima del collar.

—No, Alina —dijo en voz baja—. No lo haremos.

El viaje de vuelta a Dva Stolba pareció más corto. Nos quedamos en las zonas montañosas, en los lomos estrechos de las colinas, mientras la distancia y los días se desvanecían bajo nuestros pies. Avanzábamos con mayor rapidez porque el terreno nos resultaba familiar y Mal ya no estaba buscando señales del pájaro de fuego, pero también me sentía como si el tiempo estuviera contrayéndose. Temía la realidad que nos esperara en el valle, las decisiones que tendríamos que hacer, las explicaciones que tendríamos que dar.

Viajamos casi en silencio. Harshaw tarareaba de vez en cuando o le susurraba algo a Oncat, pero los demás estábamos sumidos en nuestros propios pensamientos. Tras aquella primera noche, Mal mantuvo las distancias, y yo no me había acercado a él. Ni siquiera sabía muy bien lo que quería decir. Su humor había cambiado; la calma seguía estando ahí, pero ahora tenía la escalofriante sensación de que estaba absorbiendo el mundo, memorizándolo. Levantaba la cara hacia el sol y cerraba los ojos, o rompía un tallo de caléndula y lo presionaba contra su nariz. Cazaba para nosotros cada noche que teníamos refugio suficiente para hacer un fuego. Señalaba

los nidos de las alondras y los geranios salvajes, y atrapó un ratón de campo para Oncat, que parecía demasiado malcriada como para cazar nada por su cuenta.

—Para ser un hombre condenado —dijo Zoya—, pareces sorprendentemente animado.

—No está condenado —solté.

Mal puso una flecha en el arco, tensó la cuerda y la soltó. La flecha voló vibrando hasta lo que parecía un cielo vacío y sin nubes, pero un segundo después oímos un graznido distante y una forma cayó en picado a tierra un kilómetro y medio por delante de nosotros. Mal se puso el arco al hombro.

—Todos morimos —señaló mientras salía corriendo para recobrar su presa—. No todo el mundo lo hace por una razón.

—¿Estamos filosofando? —preguntó Harshaw—. ¿O era la letra de una canción?

Mientras él comenzaba a tararear, yo salí corriendo para alcanzar a Mal.

—No digas eso —le pedí cuando llegué junto a él—. No hables así.

—Vale.

—Y tampoco pienses así. —Sonrió—. Mal, por favor —dije con desesperación, sin saber muy bien lo que le estaba pidiendo. Le cogí la mano y, cuando se giró hacia mí, no me detuve a pensar. Me puse de puntillas y lo besé. Tardó un brevísimo segundo en reaccionar, pero entonces soltó el arco y me devolvió el beso, abrazándome con fuerza, apretando los duros contornos de su cuerpo contra el mío.

—Alina… —comenzó.

Agarré las solapas de su abrigo, con los ojos llenos de lágrimas.

—No me digas que todo esto está pasando por una razón —dije intensamente—. O que va a salir bien. No me digas que estás listo para morir.

Permanecimos de pie sobre la hierba alta, con el viento colándose entre los tallos. Me devolvió la mirada, y sus ojos azules eran firmes.

—No va a salir bien. —Me apartó el pelo de las mejillas y me puso las toscas manos en la cara—. Nada de esto está pasando por una razón. —Rozó mis labios con los suyos—. Y que los Santos me amparen, Alina, quiero vivir para siempre.

Volvió a besarme, y esta vez no se detuvo; no hasta que mis mejillas estuvieron sonrojadas y el corazón me latió a toda velocidad; no hasta que apenas pude recordar mi propio nombre, y mucho menos cualquier otro, no hasta que oímos a Harshaw cantando, y a Tolya refunfuñando, y a Zoya prometiendo alegremente que nos mataría a todos.

Aquella noche dormí entre los brazos de Mal, envueltos en pieles bajo las estrellas. Susurramos en la oscuridad y nos robamos besos, conscientes de que los demás tan solo estaban a unos metros de distancia. Una parte de mí deseaba que un grupo de asalto shu acudiera y nos metiera una bala en el corazón a cada uno, dejándonos allí para siempre, dos cuerpos que se convertirían en polvo y quedarían olvidados. Pensé

en marcharme de ahí, en abandonar a los otros, abandonar Ravka como una vez había tenido intención de hacer, recorrer las montañas hasta llegar a la costa.

Pensé en todas aquellas cosas. Pero me levanté a la mañana siguiente, y también la mañana de después. Comí galletas secas y bebí té amargo. Las montañas tardaron demasiado poco en desaparecer, y comenzamos el descenso final hacia Dva Stolba. Habíamos vuelto antes de lo que esperábamos, a tiempo de recuperar la *Garcilla* y encontrarnos con las fuerzas que el Apparat pudiera enviar a Caryeva. Cuando vi las dos columnas de piedra de las ruinas, quise nivelarlas, hacer con el Corte lo que el tiempo y las inclemencias meteorológicas no habían logrado, y convertirlas en escombros.

Tardamos un poco en encontrar la casa de huéspedes donde Tamar y los demás habían encontrado alojamiento. Era de dos pisos de alto y estaba pintada de un azul alegre, con el porche lleno de campanas de oración y el tejado puntiagudo cubierto de inscripciones shu que centelleaban con pigmento dorado.

Encontramos a Tamar y a Nadia sentadas en una mesa baja en una de las habitaciones públicas, con Adrik junto a ellas. La manga vacía de su abrigo estaba bien sujeta con alfileres, y tenía un libro torpemente sobre las rodillas. Se pusieron en pie con rapidez al vernos.

Tolya envolvió a su hermana en un abrazo enorme, mientras Zoya rodeaba a mala gana a Nadia y Adrik con los brazos. Tamar me abrazó con fuerza mientras Oncat saltaba de los hombros de Harshaw para rebuscar entre los restos de su comida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, al ver mi expresión afligida.

—Más tarde.

Misha bajó las escaleras corriendo y se lanzó hacia Mal.

—¡Habéis vuelto! —gritó.

—Pues claro que sí —dijo Mal, y lo envolvió con los brazos—. ¿Has cumplido con tu deber? —Misha asintió solemnemente con la cabeza—. Bien. Espero un informe completo más tarde.

—Venga ya —intervino Adrik, ansioso—. ¿Lo habéis encontrado? David está arriba, con Genya. ¿Debería ir a buscarlo?

—Adrik —lo reprendió Nadia—. Están muy cansados, y probablemente muertos de hambre.

—¿Hay té? —preguntó Tolya.

Adrik asintió con la cabeza y fue a pedirlo.

—Tenemos noticias —dijo Tamar—, y no son buenas.

No se me ocurría qué clase de noticias podían ser peor que las nuestras, así que le hice un gesto para que continuara.

—Cuéntame.

—El Oscuro ha atacado Ravka Occidental.

Me senté pesadamente.

—¿Cuándo?

—Prácticamente justo después de que os marcharais.

Asentí con la cabeza. Resultaba un tanto reconfortante saber que no podía haber hecho nada.

—¿Es muy grave?

—Ha utilizado la Sombra para tomar un gran pedazo del sur, pero por lo que hemos oído, ya habían evacuado a la mayoría de la gente.

—¿Alguna noticia sobre las fuerzas de Nikolai?

—Hay rumores de que hay grupos de soldados luchando bajo el estandarte de los Lantsov, pero sin Nikolai para liderarlos, no sé cuánto tiempo aguantarán.

—De acuerdo.

Al menos ahora sabía a qué nos enfrentábamos.

—Hay más. —Eché un vistazo a Tamar, interrogativa, y la expresión de su rostro hizo que un escalofrío me recorriera la piel—. El Oscuro ha atacado Keramzin.

CAPÍTULO 15

l estómago me dio un vuelco.

—¿Qué?

—Hay… Hay rumores de que le ha prendido fuego.

—Alina… —comenzó Mal.

—Los estudiantes —dije, mientras el pánico se alzaba en mi interior—. ¿Qué ha pasado con los estudiantes?

—No lo sabemos —respondió Tamar. Me apreté los ojos con la mano, tratando de pensar.

—Tu llave —le pedí, respirando en jadeos bruscos.

—No hay razones para creer…

—La *llave*. —repetí, escuchando lo temblorosa que sonaba mi voz.

Tamar me la entregó.

—La tercera a la derecha —dijo con suavidad.

Subí las escaleras de dos en dos. Cuando ya estaba casi arriba, resbalé y me golpeé la rodilla con fuerza contra uno de los escalones, pero apenas lo sentí. Recorrí el pasillo dando traspiés, contando las puertas. Me temblaban tanto las manos que necesité dos intentos para meter la llave en la cerradura y hacerla girar.

La habitación estaba pintada en tonos de rojo y azul, tan alegre como el resto del edificio. Vi la chaqueta de Tamar tirada sobre una silla junto a la tinaja de hojalata, las dos camas estrechas pegadas, las mantas de lana arrugadas. La ventana estaba abierta, y el sol otoñal se derramaba por ella. Una brisa fresca levantaba las cortinas.

Cerré la puerta detrás de mí y caminé hasta la ventana. Me agarré al alféizar, distinguiendo vagamente las casas desvencijadas al borde del asentamiento, las columnas en la distancia y las montañas más allá. Noté el tirón de la herida en mi hombro, la oscuridad que se arrastraba por mi interior. Me lancé a través del vínculo, buscándolo, y solo había un pensamiento en mi mente: *¿Qué es lo que has hecho?*

Un instante de pie me encontraba frente al Oscuro, y la habitación estaba borrosa a mi alrededor.

—Por fin —dijo. Se giró hacia mí, y su hermoso rostro quedó enfocado. Estaba reclinado contra la repisa chamuscada de una chimenea, cuyo contorno resultaba enfermizamente familiar.

Sus ojos grises estaban vacíos, atormentados. ¿Era la muerte de Baghra lo que lo había dejado así, o algún horrible crimen que habría cometido allí?

—Ven —me pidió con suavidad—. Quiero que veas esto.

Estaba temblando, pero dejé que me tomara la mano y la posara sobre la curva de su hombro. Mientras lo hacía, la visión emborronada se aclaró y la habitación cobró vida a mi alrededor.

Nos encontrábamos en lo que había sido el salón de Keramzin. Los sofás desgastados estaban teñidos de negro por el hollín. El preciado samovar de Ana Kuya estaba deslustrado y tirado de lado. Nada quedaba de las paredes salvo un esqueleto chamuscado y serrado, los fantasmas de las puertas. La escalera de caracol de metal que había llevado una vez a la sala de música se había desmoronado a causa del calor, y sus escalones se habían fundido. El techo había desaparecido, de modo que podía ver directamente a través de los escombros del segundo piso. En el lugar donde debía haber estado el ático, tan solo había cielo gris. *Qué raro*, pensé estúpidamente. *En Dva Stolba brilla el sol*.

—Llevo días aquí —dijo mientras me conducía entre los escombros, sobre las pilas de residuos, a través de lo que había sido el vestíbulo—, esperándote.

Los escalones de piedra que llevaban hasta la puerta principal estaban llenos de cenizas, pero intactos. Vi el largo camino recto de gravilla, los pilares blancos de la verja de entrada, la carretera que llevaba hasta el pueblo. Habían pasado casi dos años desde que había visto aquel lugar, pero era tal como lo recordaba.

El Oscuro me puso las manos en los hombros y me hizo girar ligeramente.

Mis piernas cedieron. Caí de rodillas, con las manos sobre la boca. Un sonido desgarrador salió de mí, demasiado roto como para llamarlo grito.

El roble al que una vez había subido por una apuesta permanecía en pie, intacto tras el incendio que había destrozado Keramzin. Sus ramas estaban ahora llenas de cuerpos. Los tres instructores Grisha estaban colgados de la misa rama gruesa, y sus *keftas* revoloteaban ligeramente en el viento; púrpura, roja y azul. Junto a ellos, la cara de Botkin estaba casi negra por encima de la cuerda que se le había clavado en el cuello. Estaba cubierto de heridas; habría muerto luchando antes de que lo colgaran. Junto a él, Ana Kuya se balanceaba con su vestido negro, con el pesado llavero a la cadera, y las puntas de sus botas casi rozando el suelo.

—Creo que era lo más cercano que tenías a una madre —murmuró el Oscuro.

Los sollozos que me sacudieron eran como latigazos. Hice una mueca con cada uno, me doblé, me derrumbé sobre mí misma. El Oscuro se arrodilló junto a mí. Me tomó las muñecas y me apartó las manos de la cara, como si quisiera observarme

llorar.

—Alina —dijo. Mantuve los ojos en los escalones, y las lágrimas me nublaron la visión. No quería mirarlo—. Alina —repitió.

—¿Por qué? —Las palabras eran un gemido, el sollozo de un niño—. ¿Por qué has hecho esto? ¿Cómo has podido hacer esto? ¿Es que no sientes nada?

—He vivido una larga vida, llena de dolor. Mis lágrimas se acabaron hace mucho. Si todavía sintiera como tú, si sufriera como tú, no podría sobrevivir a esta eternidad.

—Espero que Botkin matara a veinte de tus Grisha —le escupí—. A cien.

—Era un hombre extraordinario.

—¿Dónde están los estudiantes? —me obligué a preguntar, aunque no sabía si podría soportar la respuesta—. ¿Qué les has hecho?

—¿Dónde estás *tú*, Alina? Estaba seguro de que vendrías a por mí cuando ataqué Ravka Occidental, pensaba que tu conciencia lo exigiría. Tan solo podía esperar que esto sirviera para hacerte salir.

—*¿Dónde están?* —grité.

—Están a salvo. Por ahora. Irán en mi esquife cuando vuelva a entrar en la Sombra.

—Como rehenes —dije sombríamente, y él asintió con la cabeza.

—Por si acaso se te ocurriera atacar en lugar de rendirte. Dentro de cinco días regresaré al Nocéano y tú vendrás conmigo; tú y el rastreador, o llevaré la Sombra hasta la costa de Ravka Occidental, y dejaré a esos niños, uno por uno, a merced de los volcra.

—Este lugar… Esta gente era inocente.

—He esperado cientos de años por este momento, por tu poder, por esta oportunidad. Lo he ganado con pérdidas y esfuerzos. Voy a obtenerlo, Alina, cueste lo que cueste.

Quería clavarle las uñas, decirle que lo destrozarían sus propios monstruos. Quería decirle que utilizaría todo el poder de los amplificadores de Morozova contra él, un ejército de luz nacido del *merzost*, perfectos en su venganza. Tal vez fuera capaz de hacerlo… si Mal entregaba su vida.

—No quedará nada —susurré.

—No —dijo con suavidad mientras me rodeaba con los brazos, y me besó en la parte superior de la cabeza—. Te arrebataré todo lo que conoces, todo lo que amas, hasta que no te quede ningún refugio salvo yo.

Afligida y aterrorizada, me permití hacerme añicos. Seguía de rodillas, con las manos aferradas al alféizar de la ventana y la frente presionada contra los tablones de madera de la pared de la casa de huéspedes. En el exterior podía oír el débil tintineo de las campanas de oración. Dentro no había ningún sonido salvo mi aliento entrecortado, mis sollozos ásperos mientras el látigo seguía cayendo, mientras inclinaba la espalda y lloraba. Así fue como me encontraron.

No oí la puerta abriéndose, ni sus pasos mientras se acercaban. Tan solo noté unas

manos suaves que me sujetaban. Zoya me sentó en el borde de la cama, y Tamar se situó junto a mí. Nadia me pasó un cepillo por el pelo, deshaciendo los enredos cuidadosamente. Genya me lavó primero la cara y después las manos con un paño que había mojado en la tinaja. Tenía un débil olor a menta.

Nos quedamos ahí sentadas sin decir nada, todas apiñadas a mi alrededor.

—Tiene a los estudiantes —expliqué con voz plana—. Veintitrés niños. Ha matado a los profesores, y a Botkin. —Y a Ana Kuya, una mujer que no habían conocido. La mujer que me había criado—. Mal…

—Nos lo ha contado —dijo Nadia con suavidad.

Creo que una parte de mí esperaba culpa o recriminación. En lugar de eso, Genya apoyó la cabeza sobre mi hombro, y Tamar me apretó la mano.

Me di cuenta de que aquello no era solo consuelo. Se estaban apoyando en mí, al igual que yo me apoyaba en ellas, en busca de fuerza.

He vivido una larga vida, llena de dolor.

¿Habría tenido amigos así el Oscuro? ¿Gente a la que quisiera, que luchara por él, que se preocupara por él, que lo hiciera reír? ¿Gente que se había convertido en poco más que sacrificios para un sueño que los había sobrevivido?

—¿Cuánto tiempo tenemos? —quiso saber Tamar.

—Cinco días.

Alguien llamó a la puerta. Era Mal, y Tamar le hizo sitio junto a mí.

—¿Muy mal? —preguntó.

Asentí con la cabeza. Todavía no era capaz de decirle lo que había visto.

—Tengo cinco días para entregarme, o volverá a utilizar la Sombra.

—Lo hará de todos modos —dijo Mal—. Tú misma lo has dicho. Encontrará un motivo.

—Tal vez logre comprarnos un poco de tiempo.

—¿A qué precio? Estabas dispuesta a entregar tu vida —añadió en voz baja—. ¿Por qué no me dejas hacer lo mismo?

—Porque no podría soportarlo.

Su expresión se endureció. Volvió a agarrarme la muñeca, y volví a sentir aquella sacudida. La luz cayó en cascada tras mis ojos, como si todo mi cuerpo estuviera listo para abrirse con ella. Había un poder ignoto tras aquella puerta, y la muerte de Mal sería lo que la abriera.

—Podrás soportarlo —dijo—. Si no, todas estas muertes, todo lo que hemos sacrificado, habrán sido en vano.

Genya se aclaró la garganta.

—Eh… La cosa es que a lo mejor no tienes que hacerlo. David ha tenido una idea.

—En realidad, ha sido idea de Genya —señaló David.

Estábamos apiñados alrededor de una mesa bajo un toldo, bajando un poco la calle desde la casa de huéspedes. No había restaurantes de verdad en aquella parte del asentamiento, pero habían montado una taberna improvisada en un solar quemado. Había lámparas sobre las mesas desvencijadas, un barril de madera de leche dulce fermentada, y carne asándose en dos barriles de metal como los que habíamos visto aquel primer día en el mercado. En el aire flotaba un denso aroma a humo de enebro.

Dos hombres estaban lanzando dados en una mesa cerca del barril mientras que otro trataba de tocar una canción sin forma con una guitarra maltrecha. No había ninguna melodía discernible, pero Misha parecía satisfecho. Había comenzado a hacer un elaborado baile que al parecer requería aplausos y una gran dosis de concentración.

—Nos aseguraremos de poner el nombre de Genya en la placa —dijo Zoya—. Pero sigue.

—¿Recuerdas cómo ocultaste la *Garcilla*? —preguntó David—. ¿Cómo doblaste la luz alrededor del barco en lugar de dejar que rebotara?

—Estaba pensando… —intervino Genya—. ¿Y si hicieras lo mismo con nosotros?

Fruncí el ceño.

—¿Te refieres a…?

—Es exactamente el mismo principio —señaló David—. Es un desafío mayor porque hay más variables que solo el cielo azul, pero curvar la luz alrededor de un soldado no es distinto a curvarla alrededor de un objeto.

—Espera un momento —dijo Harshaw—. ¿Quieres decir que seríamos invisibles?

—Exacto —afirmó Genya.

Adrik se inclinó hacia delante.

—El Oscuro partirá desde el puerto seco de Kribirsk. Podríamos colarnos en su campamento, y sacar así a los estudiantes.

Tenía el puño cerrado y los ojos luminosos. Conocía a aquellos chicos más que ninguno de nosotros; probablemente algunos de ellos fueran sus amigos.

Tolya frunció el ceño.

—No hay forma de que entremos en su campamento y los liberemos sin que se den cuenta. Algunos de esos niños son más jóvenes que Misha.

—Kribirsk será demasiado complicado —explicó David—. Demasiada gente, un campo visual interrumpido. Si Alina tiene más tiempo para practicar…

—Tenemos cinco días —repetí.

—Pues atacamos la Sombra —dijo Genya—. La luz de Alina mantendrá a raya a los volcra…

Negué con la cabeza.

—Todavía tendríamos que enfrentarnos a los *nichevo'ya* del Oscuro.

—No si no pueden vernos —señaló Genya.

Nadia sonrió.

—Estaríamos ocultos a plena vista.

—También tendrá a los *oprichniki* y a los Grisha —nos recordó Tolya—. No irán escasos de munición como nosotros. Aunque no puedan ver a su objetivo, podrían abrir fuego y esperar tener suerte.

—Pues nos mantenemos fuera de su alcance. —Tamar movió el plato hasta el centro de la mesa—. Este es el esquife de cristal —dijo—. Colocamos tiradores alrededor del perímetro y los utilizamos para menguar las filas del Oscuro. Después nos acercamos lo suficiente como para colarnos en el esquife, y cuando los niños estén a salvo…

—Lo hacemos volar por los aires —continuó Harshaw. Prácticamente estaba salivando ante la perspectiva de la explosión.

—Y al Oscuro con él —terminó Genya.

Hice girar el plato de Tamar, planteándome lo que sugerían. Sin el tercer amplificador, mi poder no era rival para el Oscuro en un enfrentamiento directo. Me lo había demostrado claramente. Pero ¿y si acudía a él sin ser vista, utilizando la luz para ocultarme como otros utilizaban la oscuridad? Era algo taimado, incluso cobarde, pero el Oscuro y yo habíamos dejado atrás el honor hacía mucho. Había estado en mi cabeza, le había declarado la guerra a mi corazón. No me interesaba una pelea justa, no si había una oportunidad de salvar la vida de Mal.

Como si pudiera leerme la mente, Mal dijo:

—No me gusta. Hay demasiadas cosas que podrían no salir bien.

—Esto no es solo tu decisión —señaló Nadia—. Llevas ya meses luchando con nosotros y sangrando con nosotros. Nos merecemos la oportunidad de tratar de salvarte la vida.

—Aunque seas un *otkazat'sya* inútil —añadió Zoya.

—Cuidado —advirtió Harshaw—. Estás hablando con… Espera, ¿qué eres? ¿El primo del Oscuro? ¿Su sobrino?

Mal se estremeció.

—No tengo ni idea.

—¿Vas a comenzar a vestir de negro?

—No —respondió él muy firmemente.

—Eres uno de nosotros —dijo Genya—, te guste o no. Además, si Alina tiene que matarte quizás se vuelva completamente loca, y tendrá los tres amplificadores. Entonces dependerá de Misha detenerla con el poder de un baile horrible.

—Tiene mucho genio —añadió Harshaw, y se dio unos golpecitos en la sien—. No está bien del coco, si sabes a lo que me refiero.

Estaban bromeando, pero bien podrían haberlo dicho en serio. *Estabas destinada a equilibrarme*. Lo que sentía por Mal era algo caótico y obstinado, y bien podría dejarme con el corazón roto al final, pero también era humano.

Nadia se estiró y le dio un golpecito en la mano a Mal.

—Al menos plantéate el plan. Y si no sale bien…

—Alina tendrá un brazalete nuevo —terminó Zoya.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no te abro a ti en canal a ver cómo me quedan tus huesos?

Ella se atusó el pelo.

—Seguro que son tan bonitos como el resto de mí.

Volví a girar el plato de Tamar, tratando de imaginar lo que necesitaría para esta clase de maniobra. Deseé tener la cabeza de Nikolai para la estrategia. Pero de algo sí que estaba segura.

—Hará falta algo más que una explosión para matar al Oscuro. Sobrevivió a la Sombra y a la destrucción de la capilla.

—¿Entonces? —preguntó Harshaw.

—Tengo que hacerlo yo —dije—. Si podemos separarlo de sus soldados de sombras, puedo utilizar el Corte.

El Oscuro era poderoso, pero dudaba que incluso él pudiera recuperarse de que lo cortara por la mitad. Y aunque no tenía ningún derecho al nombre de Morozova, era la Invocadora del Sol. Había esperado un gran destino, pero me conformaría con un asesinato limpio.

Zoya soltó una risa breve y atolondrada.

—Podría funcionar.

—Tendríamos que pensarlo —le dije a Mal—. El Oscuro esperará un ataque, pero no esto.

Se quedó en silencio durante un largo momento.

—De acuerdo —aceptó—. Pero si al final no sale bien… todos sabemos lo que hay que hacer.

Recorrió la mesa con la mirada, y uno por uno fueron asintiendo con la cabeza. El rostro de Tolya era estoico. Genya bajó la mirada. Finalmente, solo quedé yo.

—Quiero tu palabra, Alina.

Me tragué el nudo que notaba en la garganta.

—Lo haré.

Las palabras sabían a hierro en mi lengua.

—Bien —dijo, y me cogió la mano—. Ahora, vamos a enseñarle a Misha cómo se baila mal de verdad.

—Que te mate, que baile contigo. ¿Alguna otra petición?

—Por el momento no —replicó, y me acercó a él—. Pero seguro que se me ocurre algo.

Apoyé la cabeza en su hombro y respiré su aroma. Sabía que no podía permitirme creer en esa posibilidad. No teníamos un ejército, no teníamos los recursos de un rey; tan solo teníamos un grupo andrajoso. *Te arrebataré todo lo que conoces, todo lo que amas*. Sabía que el Oscuro utilizaría si pudiera a esas personas contra mí, pero nunca se le había ocurrido que pudieran ser más que un lastre. A lo mejor los había

subestimado, y a lo mejor también me había subestimado a mí.

Era estúpido. Era peligroso. Pero Ana Kuya solía decirme que la esperanza era escurridiza, como el agua. De algún modo, siempre encontraba la forma de entrar.

Nos quedamos despiertos hasta tarde aquella noche, hablando de la logística del plan. La realidad de la Sombra lo complicaba todo: donde y cómo entraríamos, si era posible siquiera ocultarme a mí misma o a los otros, cómo aislar al Oscuro y liberar a los estudiantes. No teníamos polvos explosivos, así que tendríamos que fabricarlos nosotros mismos. También quería asegurarme de que los demás tendrían alguna forma de salir de la Sombra si me pasaba algo.

Nos marchamos temprano a la mañana siguiente, y cruzamos Dva Stolba para recuperar la *Garcilla* de la mina. Fue extraño verla donde la habíamos dejado, oculta y segura como una paloma en un alero.

—Por todos los Santos —dijo Adrik cuando subimos—. ¿Esa sangre es mía?

La mancha era casi tan grande como él. Habíamos estado tan cansados y doloridos después del largo escape de la Rueca que a nadie se le había ocurrido siquiera librarse de ella.

—Tú has hecho ese desastre —señaló Zoya—. Tú lo limpias.

—Necesito dos manos para fregar —replicó él, y ocupó un lugar junto a las velas.

Adrik parecía disfrutar de las burlas de Zoya por las quejas constantes de Nadia. Me alivió saber que el chico seguía pudiendo invocar, aunque tardaría un poco en poder controlar corrientes fuertes con un solo brazo. *Baghra podría enseñarle*. Se me ocurrió la idea antes de recordar que ya no era posible. Casi podía oír su voz en mi cabeza: *¿Debería cortarte el otro brazo? Así tendrías algo de lo que quejarte. Hazlo otra vez, y hazlo mejor*. ¿Qué habría hecho en esta situación? ¿Qué habría hecho con Mal? Aparté el pensamiento: jamás lo sabríamos, y no había tiempo para llorar.

Cuando estuvimos en el aire, los Vendavales mantuvieron un ritmo suave, y yo utilicé el tiempo para practicar a doblar la luz mientras camuflaba el barco desde abajo.

El viaje tan solo llevó unas horas, y aterrizamos en un pastizal pantanoso al oeste de Caryeva. Allí era donde se llevaban a cabo las ventas de caballos cada verano. Tan solo se conocía a aquel pueblo por las pistas de carreras y sus establos de crianza, e incluso sin la guerra, tan avanzado el año estaba prácticamente desierto.

La misiva al Apparat proponía que nos encontráramos en el hipódromo. Tamar y Harshaw examinarían el terreno para asegurarse de que no estuviéramos cayendo en una trampa. Si algo les olía mal, volverían con nosotros y después ya decidiríamos. No creía que el Apparat fuera a entregarnos al Oscuro, pero también estaba la posibilidad de que hubiera hecho algún pacto nuevo con Shu Han o Fjerda.

Llegamos con un día de adelanto, y el pastizal era el lugar perfecto para practicar ocultando objetivos en movimiento. Misha insistió en ser el primero.

—Yo soy más pequeño —dijo—. Así será más fácil.

Echó a correr hacia el centro del campo. Yo levanté las manos, giré las muñecas, y el niño desapareció. Harshaw soltó un silbido de apreciación.

—¿Podéis verme? —gritó Misha. En cuanto comenzó a mover los brazos, la luz a su alrededor ondeó y sus antebrazos flacuchos aparecieron como si estuvieran suspendidos en el espacio.

Concéntrate. Se desvanecieron.

—Misha, corre hacia nosotros —le pidió Mal.

Apareció y volvió a desaparecer mientras ajustaba la luz.

—Puedo verlo desde un lado —gritó Tolya desde el otro lado del pastizal.

Solté aliento. Tenía que pensar en ello con más cuidado. Ocultar el barco había sido fácil porque solo tenía que alterar el reflejo de la luz desde abajo, pero ahora tenía que pensar en cada ángulo.

—¡Mejor! —dijo.

Zoya soltó un chillido.

—¡Ese niñato me acaba de pegar una patada!

—Un chico listo —comentó Mal.

Alcé una ceja.

—Más listo que algunos.

Tuvo la decencia de ruborizarse.

Me pasé el resto de la tarde invisibilizando a uno, luego a dos, y después a cinco Grisha a la vez en el campo. Era un trabajo diferente, pero las lecciones de Baghra se seguían aplicando. Si me concentraba demasiado en proyectar mi poder, las variables me abrumaban. Pero si pensaba en la luz estando en todas partes, si no trataba de empujarla y simplemente la dejaba doblarse, era mucho más fácil.

Pensé en las veces que había visto al Oscuro utilizar su poder para cegar a los soldados en una batalla, ocupándose de varios enemigos al mismo tiempo. Para él era fácil, natural. *Sé cosas acerca del poder que apenas eres capaz de imaginar*.

Practiqué aquella noche, y después comencé otra vez a la mañana siguiente después de que Tamar y Harshaw se marcharan, pero no dejaba de fallarme la concentración. Con más tiradores, nuestro ataque al esquife del Oscuro podría funcionar de verdad. ¿Qué nos estaría aguardando en la pista de carreras? ¿El propio sacerdote? ¿Nadie en absoluto? Había imaginado un gran ejército protegido por los tres amplificadores, marchando bajo el estandarte del pájaro de fuego, pero esa ya no era la guerra en la que íbamos a luchar.

—¡Lo veo! —canturreó Zoya. Y, efectivamente, la forma de Tolya estaba parpadeando mientras corría a mi derecha.

Bajé las manos.

—Vamos a descansar un poco —sugerí.

Nadia y Adrik desenrollaron una de las velas para que ella pudiera ayudarlo a formar una corriente ascendente, y Zoya se tumbó perezosamente en cubierta para

hacer críticas no demasiado constructivas.

Mientras tanto, David estaba con Genya, inclinado sobre uno de sus cuadernos, tratando de averiguar de dónde podrían extraer los componentes para un lote de *lumiya*. Resultó que Genya no solo tenía un don con los venenos. Sus talentos siempre habían estado a medio camino entre los de un Corporalnik y un Materialnik, pero me pregunté en qué podría haberse convertido, el camino que podría haber escogido, de no haber sido por la influencia del Oscuro. Mal y Misha se dirigieron hasta el extremo más alejado del campo con los brazos llenos de piñas y los dispusieron por la valla a modo de objetivos, para que el chico aprendiera a disparar.

Eso nos dejó a mí y a Tolya sin nada que hacer salvo preocuparnos y esperar. Se sentó junto a mí en uno de los cascos, con las piernas colgando.

—¿Quieres practicar un poco más? —preguntó.

—Debería hacerlo.

Pasó un largo momento, y después dijo:

—¿Podrás hacerlo? ¿Cuando llegue el momento?

Me recordaba de forma espeluznante a Mal preguntándome si podría matar al pájaro de fuego.

—No crees que el plan vaya a funcionar.

—No creo que importe.

—Tú no…

—Si derrotas al Oscuro, la Sombra seguirá allí.

Golpeé el casco con los talones.

—Puedo ocuparme de la Sombra —aseguré—. Los cruces serán posibles con mi poder. Podemos eliminar a los volcra. —No me gustaba pensar en ello. Por monstruosos que fueran, los volcra habían sido humanos una vez. Me recliné hacia atrás y examiné el rostro de Tolya—. No estás convencido.

—Una vez me preguntaste por qué no te dejé morir en la capilla, por qué dejé que Mal fue a por ti. A lo mejor había una razón para que los dos vivierais. A lo mejor era esta.

—Fue un supuesto Santo quien empezó con todo esto, Tolya.

—Y será una Santa quien lo termine. —Bajó del casco hasta el suelo y levantó la mirada hacia mí—. Sé que no crees como Tamar y yo, pero sin importar cómo acabe esto, me alegra que nuestra fe nos trajera hacia ti.

Se alejó por el campo para unirse a Mal y Misha.

Fuera la coincidencia o la providencia lo que había convertido a Tolya y Tamar en mis amigos, me sentía agradecida por ellos. Y, para ser honesta conmigo misma, envidiaba su fe. Si pudiera creer que había sido bendecida por algún propósito divino, tal vez las elecciones difíciles fueran más sencillas.

No sabía si nuestro plan funcionaría y, si era así, todavía había muchas cosas que no sabíamos. Si vencíamos al Oscuro, ¿qué pasaría con sus soldados de sombras? ¿Y qué había de Nikolai? ¿Y si matar al Oscuro provocaba su muerte? ¿Deberíamos

tratar de capturarlo en lugar de eso? Si sobrevivíamos, Mal y yo tendríamos que ocultarnos. Su vida estaría en peligro si alguien descubría lo que era.

Oí el sonido de unos cascos. Nadia y yo nos subimos a la plataforma del capitán para ver mejor, y cuando el grupo quedó a la vista, el corazón me dio un vuelco.

—A lo mejor hay más en la pista —sugirió Nadia.

—A lo mejor —dije, pero no lo creía.

Conté con rapidez: doce soldados. Cuando se acercaron más, vi que todos eran jóvenes, y la mayoría llevaba el tatuaje del sol en la cara. Ruby se encontraba ahí, con sus bonitos ojos verdes y su trenza rubia, y vi a Vladim entre ellos junto a otros dos hombres con barba que me pareció reconocer de los guardias del sacerdote.

Salté de la plataforma y fui a recibirlos. Cuando me vieron, se bajaron de sus caballos e hincaron una rodilla, inclinando la cabeza.

—Uf —se quejó Zoya—. Otra vez esto.

Le lancé una mirada de advertencia, aunque había pensado exactamente lo mismo. Casi había olvidado lo mucho que odiaba la carga de la santidad, pero acepté el cargo e interpreté mi papel.

—Levantaos —dije, y cuando lo hicieron le hice un gesto a Vladim para que avanzara—. ¿Sois todos? —Asintió con la cabeza—. ¿Y qué excusa envía el Apparat?

Tragó saliva.

—Ninguna. Los peregrinos envían plegarias diarias por vuestra seguridad y la destrucción de la Sombra. Él dice que vuestra última orden para él fue cuidar de vuestros fieles.

—¿Y mi petición de ayuda?

Ruby negó con la cabeza.

—La única razón por la que sabíamos que vos y Nikolai Lantsov habíais pedido ayuda era porque un monje fiel a vos llevó el mensaje de la Iglesia de Sankt Lukin.

—Entonces, ¿cómo es que estáis aquí?

Vladim sonrió y esos absurdos hoyuelos volvieron a aparecer en sus mejillas. Intercambió una mirada con Ruby.

—Nos escapamos —dijo ella.

Sabía que el Apparat no era de fiar, y aun así alguna parte de mí esperaba que nos ofreciera algo más que plegarias. Pero le había pedido que se ocupara de mis seguidores, que los mantuviera alejados del peligro, y desde luego estaban más seguros en la Catedral Blanca que en la Sombra. El Apparat haría lo que mejor se le daba: esperar. Cuando el polvo se aclarara, o bien yo habría derrotado al Oscuro, o habría hallado mi martirio. En cualquier caso, los hombres tomarían las armas en mi nombre. El imperio de fieles del Apparat se alzaría.

Puse las manos sobre los hombros de Vladim y Ruby.

—Gracias por vuestra lealtad. Espero que no os arrepintáis de ella.

Inclinaron la cabeza.

—Sankta Alina —murmuraron.

—En marcha —dije—. Sois un grupo lo bastante grande como para haber atraído la atención, y esos tatuajes no ayudan

—¿Adonde vamos? —preguntó Ruby, y se subió la bufanda para ocultar el tatuaje.

—A la Sombra.

Vi que los nuevos soldados se movían inquietos.

—¿Para luchar? —quiso saber la chica.

—Para viajar —replicó Mal.

Sin ejército. Sin aliados. Tan solo faltaban tres días para enfrentarnos al Oscuro. Haríamos lo que pudiéramos, y si fracasábamos ya no habría más opciones. Tendría que asesinar a la única persona que había querido jamás, y que me había querido a mí. Me lanzaría a la batalla llevando sus huesos.

CAPÍTULO 16

o sería seguro acercarse a Kribirsk a ese lado de la Sombra, así que habíamos decidido emprender nuestro ataque desde Ravka Occidental, y eso significaba enfrentarse a la logística del cruce. Como Nadia y Zoya no podían mantener la *Garcilla* a flote con demasiados pasajeros adicionales, habíamos acordado que Tolya escoltaría a los Soldat Sol hasta la orilla oriental de la Sombra y nos esperaría ahí. Tardarían un día entero a caballo en llegar, y eso nos daría a los demás tiempo suficiente como para entrar en Ravka Occidental y localizar un lugar donde establecer el campamento base. Entonces regresaríamos para conducir a los demás por la Sombra bajo la protección de mi poder.

Embarcamos en la *Garcilla* y, unas pocas horas después, nos dirigíamos a toda velocidad hacia la extraña niebla negra de la Sombra. Aquella vez, cuando entramos en la oscuridad estaba preparada para la sensación de familiaridad que me atenazó, aquel sentimiento de similitud. Era más fuerte todavía ahora que había probado el *merzost*, el mismo poder que había creado aquel lugar. También lo comprendía mejor, la necesidad que había empujado al Oscuro a tratar de recrear los experimentos de Morozova, un legado que creía suyo.

Los volcra acudieron a nosotros, y vislumbré las sombras borrosas de sus alas y oí sus gritos mientras trataban de cruzar el círculo de luz que había invocado. Si el Oscuro se salía con la suya, pronto encontrarían alimento. Me sentí agradecida cuando aparecimos en el cielo por encima de Ravka Occidental.

Habían evacuado el territorio al oeste de la Sombra. Volamos sobre aldeas y casas abandonadas, todo ello sin ver ni un alma. Al final decidimos instalarnos en un huerto de manzanas al suroeste de lo que quedaba de Novokribirsk, a alrededor de un kilómetro del límite oscuro de la Sombra. Se llamaba Tomikyana, y el nombre estaba escrito en un lateral de la fábrica de conservas y en un almacén lleno de prensas de sidra. Los huertos se encontraban repletos de fruta que jamás cosecharían.

La casa del propietario era magnífica, un edificio perfecto, muy bien mantenido y coronado con una cúpula blanca. Casi me sentí culpable cuando Harshaw rompió una ventana y se metió dentro para abrir las puertas.

—Dinero nuevo —dijo Zoya mientras recorríamos las habitaciones demasiado decoradas, con cada estante y repisa repletos de figuritas de porcelana y recuerdos.

Genya tomó un cerdo de cerámica.

—Qué horror.

—A mí me gusta este sitio —protestó Adrik—. Es agradable.

Zoya hizo un sonido como de arcadas.

—A lo mejor el bueno gusto llega con la edad.

—Tan solo tengo tres años menos que tú.

—Entonces a lo mejor estás condenado al mal gusto.

Los muebles estaban cubiertos por sábanas. Misha quitó una de ellas y corrió de una habitación tras otra arrastrándola tras él, como si fuera una capa. La mayoría de los armarios se hallaban vacíos, pero Harshaw encontró una lata de sardinas que abrió y compartió con Oncat. Tendríamos que enviar gente a las granjas vecinas para buscar comida.

Cuando nos aseguramos de que no había otros ocupantes, dejamos a David, Genya y a Misha para que comenzaran a reunir materiales para fabricar *lumiya* y polvos explosivos. Los demás volvimos a embarcar en la *Garcilla* para hacer el cruce de vuelta hacia Ravka.

Teníamos planeado reunirnos con los Soldat Sol en el monumento a Sankta Anastasia que había sobre una colina baja que se elevaba sobre lo que una vez había sido Tsemna. Gracias a Anastasia, Tsemna había sobrevivido a la terrible enfermedad que se había cobrado la mitad de la población de las aldeas vecinas. Sin embargo, Tsemna no había sobrevivido a la Sombra. Esta se la había tragado cuando los desastrosos experimentos del Hereje Negro crearon el Nocéano.

El monumento resultaba espeluznante, una enorme mujer de piedra que se elevaba desde la tierra, con los brazos extendidos y su mirada benevolente fija en la nada de la Sombra. Se rumoreaba que Anastasia había librado de la enfermedad a incontables aldeas. ¿Habría hecho algún milagro, o simplemente era una Sanadora talentosa? ¿Había alguna diferencia?

Llegamos antes que los Soldat Sol, de modo que aterrizamos y preparamos el campamento para la noche. El aire seguía siendo lo bastante cálido como para no necesitar tiendas, y extendimos nuestros sacos junto a los pies de la estatua, cerca de un campo irregular lleno de rocas rojas. Mal se llevó a Harshaw con él para tratar de buscar presas para la cena. Había escasez de animales, como si se sintieran tan recelosos del Nocéano como nosotros.

Me cubrí los hombros con un chal y bajé la colina hasta el borde de la orilla negra. *Dos días*, pensé mientras miraba la niebla oscura que bullía. Era lo bastante consciente como para no pensar que comprendía lo que me esperaba. Cada vez que

trataba de predecir mi destino, mi vida daba un vuelco.

Oí unos arañazos suaves detrás de mí. Me giré y me quedé paralizada al ver a Nikolai sobre una roca alta. Estaba más limpio que la vez anterior, pero llevaba los mismos pantalones andrajosos. Sus pies terminados en garras se aferraban al borde de la roca, sus alas sombrías batían el aire con suavidad, y su mirada era negra e ilegible.

Esperaba que volviera a mostrarse, pero no sabía muy bien qué hacer. ¿Nos habría estado observando? ¿Qué habría visto? ¿Cuánto habría entendido?

Me metí la mano en el bolsillo con cuidado, temerosa de que cualquier movimiento repentino lo sobresaltara. Extendí la mano con la esmeralda de los Lantsov descansando sobre mi palma. Él frunció el ceño, y a continuación plegó las alas y saltó silenciosamente de la roca. Era difícil no alejarse. No quería tener miedo, pero su forma de moverse era inhumana. Avanzó hacia mí con los ojos concentrados en el anillo y cuando estuvo a menos de medio metro de distancia, inclinó la cabeza hacia un lado.

A pesar de los ojos negros y las líneas oscuras que subían por su cuello, seguía teniendo un rostro elegante: los pómulos finos de su madre, la fuerte mandíbula que debía haber heredado de su padre el embajador. Su ceño se incrementó, y a continuación extendió las garras y cogió la esmeralda.

—Es…

Las palabras murieron en mis labios. Nikolai me giró la palma y me deslizó el anillo en el dedo. Me quedé sin aliento, a medio camino entre una risa y un sollozo. Me reconocía. No pude detener las lágrimas que se acumulaban en mis ojos.

Señaló mi mano e hizo un movimiento circular. Tardé un segundo en comprender lo que quería decir: estaba imitando mi forma de moverme cuando invocaba.

—¿Quieres que llame a la luz? —Su cara permaneció inexpresiva, y dejé que la luz se acumulara en mi palma—. ¿Así?

El resplandor pareció impulsarlo a actuar. Me cogió la mano y se la presionó contra el pecho. Traté de apartarla, pero él la mantuvo en su sitio. Su agarre era fuerte, más de lo normal a causa de aquella cosa monstruosa que le había hecho el Oscuro. Negué con la cabeza.

—No. —Volvió a golpearse el pecho con mi mano, y el movimiento era casi frenético—. No sé lo que puede hacerte mi poder —protesté.

La comisura de su boca se curvó, un débil recuerdo de la sonrisa irónica de Nikolai. Casi podía oírlo decir: *En serio, preciosa, ¿qué podría ser peor?* Bajo mi mano su corazón latía, firme y humano.

Solté un largo aliento.

—De acuerdo —acepté—. Lo intentaré.

Invoqué un poco de luz, y dejé que fluyera a través de mi palma. Él hizo una mueca, pero mantuvo la mano firmemente en su sitio. Presioné un poco más, tratando de dirigir la luz hacia su interior, pensando en los espacios intermedios, dejando que se filtrara en su piel.

Las grietas negras de su torso comenzaron a desvanecerse. No podía creer lo que veía: ¿de verdad iba a ser tan sencillo?

—Está funcionando —dije con un jadeo. Nikolai hizo una mueca, pero movió la mano, pidiendo más. Invoqué la luz hacia su interior, observando cómo las venas negras se desvanecían y retrocedían. Estaba resollando, con los ojos cerrados. De su garganta se alzaba un gemido bajo y dolorido. Su agarre alrededor de mi muñeca era de hierro—. Nikolai…

Entonces noté algo que me hacía retroceder, como si la oscuridad de su interior estuviera luchando. Empujó a la luz, y de golpe las grietas se extendieron hacia fuera, tan oscuras como antes, como las raíces de un árbol que bebiera de un agua envenenada.

Nikolai se encogió de dolor y se apartó de mí con un gruñido de frustración. Bajó la mirada a su pecho, con la tristeza grabada en sus facciones. No había servido de nada. Tan solo el Corte funcionaba con los *nichevo'ya*. Destruiría la cosa que había en el interior de Nikolai, pero también lo mataría.

Sus hombros se desplomaron, y sus alas se agitaron con los mismos movimientos que la Sombra.

—Pensaremos algo. A David se le ocurrirá alguna solución, o encontraremos a un Sanador…

Se echó sobre los cuartos traseros, con los codos descansando en las rodillas y la cara hundida en las manos. Nikolai había parecido infinitamente capaz, confiado en su creencia de que todo problema tenía una solución y él sería quien la encontraría. No soportaba verlo de ese modo, roto y derrotado por primera vez.

Me acerqué a él con cuidado y me agaché, pero no me devolvía la mirada. Indecisa, estiré el brazo y le toqué el suyo, preparada para apartarme si se sobresaltaba o me atacaba. Su piel era cálida, y la sensación al tocarla no había cambiado a pesar de las sombras que acechaban bajo ella.

Lo rodeé con los brazos, teniendo cuidado con las alas que crujían en su espalda.

—Lo siento —susurré. Él me puso la frente sobre el hombro—. Lo siento mucho, Nikolai.

Él soltó un suspiro breve y tembloroso. A continuación tomó aire y se puso tenso. Giró la cabeza, y noté su aliento sobre mi cuello, el roce de uno de sus dientes bajo mi mandíbula.

—¿Nikolai? —Sus brazos me sujetaron con fuerza, y me clavó las garras en la espalda. No había confusión en el gruñido que salía de su pecho. Me aparté de él y me puse en pie—. ¡Para! —dije bruscamente. Él flexionó las manos. Había retraído los labios para mostrar sus colmillos de ónice, y sabía lo que veía en él: hambre—. No lo hagas —supliqué—. Este no eres tú. Puedes controlarlo.

Dio un paso hacia mí. Otro gruñido retumbante y animal recorrió su cuerpo.

Alcé las manos.

—Nikolai —advertí—. Voy a derribarte.

Vi el momento en que regresaba la razón. Su cara se contorsionó por el horror ante lo que había querido hacer, y alguna parte de él probablemente seguía queriendo. Su cuerpo temblaba por el deseo de alimentarse.

Sus ojos negros se llenaron de unas sombras parpadeantes. ¿Eran lágrimas? Apretó los puños y echó la cabeza hacia atrás. Los tendones de su cuello se tensaron, y soltó un grito reverberante de impotencia y rabia. Lo había oído antes cuando el Oscuro invocaba a los *nichevo'ya*, el rasgamiento en el tejido del mundo, el grito de algo que no debería existir.

Se elevó en el aire y se lanzó directamente hacia la Sombra.

—¡Nikolai! —grité. Pero ya había desaparecido, tragado por la bullente oscuridad, perdido en el dominio de los volcra.

Oí unos pasos y al girarme vi a Mal, Harshaw y Zoya corriendo hacia mí, con Oncat aullando y corriendo entre sus piernas. Harshaw había sacado el pedernal, y Mal se estaba descolgando el rifle.

Zoya tenía los ojos muy abiertos.

—¿Era un *nichevo'ya*?

Negué con la cabeza.

—Era Nikolai.

Se detuvieron en seco.

—¿Nos ha encontrado? —preguntó Mal.

—Lleva siguiéndonos la pista desde que nos fuimos de la Rueca.

—Pero el Oscuro…

—Si fuera una criatura del Oscuro, ya estaríamos muertos.

—¿Cuánto hace que sabes que nos sigue? —quiso saber Zoya, enfadada.

—Lo vi una vez en la mina de cobre. No había nada que pudiéramos hacer.

—Mal podría haberle clavado una flecha —señaló Harshaw.

Le clavé un dedo.

—A ti no te abandonaría, así que tampoco voy a abandonar a Nikolai.

—Tranquilos —dijo Mal, dando un paso hacia delante—. Ya se ha ido, así que no tiene sentido pelear por ello. Harshaw, vete a hacer un fuego. Zoya, hay que limpiar el urogallo que hemos atrapado. —Ella lo miró fijamente, pero no se movió, así que él puso los ojos en blanco—. De acuerdo, alguien tiene que limpiarlo. Por favor, ve a buscar a alguien para ordenárselo.

—Será un placer.

Harshaw volvió a guardar el pedernal en la manga.

—Están todos locos, Oncat —le dijo—. Ejércitos invisibles, príncipes monstruosos. Vamos a prenderle fuego a algo.

Me froté los ojos con la mano mientras se alejaban.

—¿Tú también vas a gritarme? —le pregunté a Mal.

—No. He querido disparar a Nikolai muchas veces, pero ahora parece un tanto ruin. Aunque tengo curiosidad por ese anillo.

Me había olvidado de la enorme joya que llevaba en la mano. Me la quité y la guardé en el bolsillo.

—Nikolai me lo dio en la Rueca. Pensaba que tal vez lo reconociera.

—¿Y lo hizo?

—Creo que sí. Antes de tratar de comerme.

—Por todos los Santos.

—Echó a volar hacia la Sombra.

—¿Crees que quería…?

—¿Suicidarse? No lo sé. A lo mejor para él ahora es como una casa de vacaciones. Ni siquiera sé si los volcra lo verían como una presa. —Me incliné contra la roca en la que había estado Nikolai tan solo unos minutos antes—. Trató de hacer que lo curara, pero no funcionó.

—No sabes lo que podrías ser capaz de hacer cuando se unan los amplificadores.

—¿Quieres decir después de matarte?

—Alina…

—No vamos a hablar de esto.

—No puedes taparte la cabeza con la manta y fingir que esto no está pasando.

—Puedo, y lo haré.

—Estás siendo una cría.

—Y tú estás siendo noble y abnegado, y me están entrando ganas de estrangularte.

—Bueno, es un comienzo.

—No tiene gracia.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? —preguntó—. No me siento noble ni abnegado. Tan solo estoy…

Levantó los brazos.

—Hambriento.

—¿Estás hambriento?

—Sí —respondió bruscamente—. Estoy hambriento, y cansado, y muy seguro de que Tolya va a comerse todo el urogallo.

No pude evitarlo, y rompí a reír.

—Zoya me lo advirtió. Ella también se pone de mal humor cuando tiene hambre.

—No estoy de mal humor.

—Bueno, molesto —me corregí gentilmente.

—No estoy molesto.

—Tienes razón —dije, tratando de contener mis risitas—. Desde luego estás más rabioso que molesto.

Me cogió la mano de improvisto y me acercó para besarme. Me mordisqueó una oreja, con fuerza.

—¡Au!

—Te he dicho que tenía hambre.

—Eres la segunda persona que trata de morderme hoy.

—Pues ya verás. Cuando volvamos al campamento, voy a pedir que nos cuenten el Tercer Relato de Kregi.

—Yo voy a decirle a Harshaw que prefieres los perros.

—Y yo voy a decirle a Zoya que no te gusta su pelo.

Seguimos de ese modo mientras volvíamos a la *Garcilla*, provocándonos mutuamente, sintiendo que una parte de la presión de las últimas semanas desaparecía. Pero mientras el sol se ponía, miré por encima del hombro hacia la Sombra y me pregunté si quedaría algo humano más allá de sus orillas, y si podría oír nuestra risa.

Los Soldat Sol llegaron entrada la noche, y solo tuvieron unas pocas horas de sueño antes de que saliéramos al día siguiente. Se sentían recelosos mientras entrábamos en la Sombra, pero esperaba que estuvieran mucho peor, aferrándose a sus iconos y entonando plegarias. Cuando dimos los primeros pasos en la oscuridad y dejé que la luz nos rodeara en una oleada, lo comprendí: no necesitaban suplicarle a sus Santos. Me tenían a mí.

La *Garcilla* flotaba muy alto, sobre nosotros, dentro de la burbuja de luz que había creado, pero había preferido viajar por la arena para practicar doblando la luz dentro de los confines de la Sombra. Para los Soldat Sol aquella nueva muestra de poder era un milagro más, una prueba más de que yo era un Santa viviente. Recordé lo que me había dicho el Apparat: *No hay un poder mayor que el de la fe, y no habrá un ejército mayor que uno conducido por ella*. Rezaba por que tuviera razón, por no ser una líder más tomando su lealtad y pagándoles con muertes inútiles y honorables.

Nos costó la mayor parte del día y de la noche cruzar la Sombra y escoltar a todos los Soldat Sol hasta la orilla oeste. Para cuando regresamos a Tomikyana, David y Genya la habían ocupado por completo. La cocina tenía el aspecto de haber soportado una tormenta. Los fogones estaban llenos de cacerolas humeantes, y habían llevado un enorme hervidor de la sidra de presa para utilizar como refrigerador. David se encontraba sentado en un taburete junto a la gran mesa de madera, donde probablemente los sirvientes habrían estirado masa tan solo unas semanas antes. Ahora estaba llena de cristal y de metal, manchas de alguna sustancia similar a la brea, e incontables botellas de un lodo amarillo de olor horrible.

—¿Esto es completamente seguro?

—Nada es completamente seguro —dijo David.

—Qué tranquilizador.

David sonrió.

—Me alegro.

En el comedor, Genya había dispuesto su propio espacio de trabajo, donde estaba ayudando a fabricar botes para la *lumiya* y eslingas para transportarlos. Los demás

podrían activarlos tan tarde como se atrevieran durante el ataque, y si algo me pasaba en la Sombra, tal vez tuvieran la luz suficiente como para salir. Habían reclutado toda la cristalería del dueño de la granja: cálices, vasos, copas para vino y licor, una elaborada colección de jarrones, y un plato hondo en forma de pez.

La mesa del té estaba llena de tornillos y arandelas, y Misha estaba sentado con las piernas cruzadas en una silla acolchada de seda, desmontando alegremente unas monturas y organizando las tiras y trozos de cuero en cuidados montoncitos.

Harshaw se había encargado de robar la comida que pudiera encontrar en las casas vecinas, un trabajo que se le daba perturbadoramente bien.

Trabajé junto a Genya y Misha la mayor parte del día. En los jardines, los Vendavales practicaban para crear una capa acústica. Era una variación del truco que había utilizado Zoya tras el derrumbe, y esperábamos que nos permitiera entrar en la Sombra y ocupar nuestras posiciones en la oscuridad sin atraer la atención de los volcra. Sería una medida temporal con suerte, pero tan solo necesitábamos que durara el tiempo suficiente como para realizar la emboscada. De vez en cuando notaba un crujido en las orejas y todo el sonido parecía amortiguarse, y después oía a Nadia con tanta claridad como si estuviera en la habitación conmigo, o la voz de Adrik retumbando en mi oído.

El estallido de los disparos flotaba hacia nosotros desde el huerto donde Mal y los gemelos estaban eligiendo a los mejores tiradores de los Soldat Sol. Teníamos que ser cuidadosos con la munición, así que utilizaban las balas con moderación. Más tarde los oí en el salón, examinando las armas y la munición.

Preparamos la cena con manzanas, queso duro y un pan negro y amargo que Harshaw había encontrado en alguna despensa abandonada. El comedor y la cocina eran un desastre, así que hicimos un fuego grande en la chimenea del enorme recibidor y organizamos un picnic improvisado, tirados en el suelo y los sofás de seda húmedos, y tostando trozos de pan ensartados en las ramas retorcidas de los manzanos.

—Si sobrevivimos a esto —dije mientras movía los dedos de los pies cerca del fuego—, voy a tener que buscar la forma de compensar a esta pobre gente por los destrozos.

Zoya resopló.

—Se verán obligados a redecorar. Le estaremos haciendo un favor.

—Y si no sobrevivimos —observó David—, todo esto quedará tragado por la oscuridad.

Tolya apartó a un lado un cojín florido.

—Tal vez sea lo mejor.

Harshaw tomó un sorbo de sidra de la jarra que Tamar había llevado de la presa.

—Si sobrevivo, lo primero que voy a hacer es volver aquí para nadar en un tanque de esta cosa.

—Calma, Harshaw —dijo Tamar—. Te necesitamos despierto mañana.

Él gruñó.

—¿Por qué las batallas siempre tienen que ser tan temprano?

Refunfuñando, le pasó la jarra a uno de los Soldat Sol.

Habíamos repasado el plan hasta que todos estuvimos seguros de saber exactamente dónde estar y cuándo. Entraríamos en la Sombra al amanecer. Los Vendavales irían primero, para extender la capa acústica y ocultar nuestros movimientos de los volcra. Había oído a Nadia susurrando con Tamar porque no quería que Adrik fuera con ellos, pero esta había estado a favor de incluirlo.

—Es un guerrero —había dicho—. Si haces que crea ahora que es menos, jamás sabrá que puede ser más.

Yo estaría con los Vendavales, por si acaso algo salía mal. Los tiradores y los demás Grisha nos seguirían.

Habíamos planeado la emboscada en el centro de la Sombra, casi justo entre Kribirsk y Novokribirsk. En cuanto viéramos el esquife del Oscuro, yo iluminaría el Nocéano, doblando la luz para mantenernos invisibles. Si eso no lo hacía detenerse, nuestros tiradores lo harían. Menguarían sus filas, y después era misión de Harshaw y los Vendavales crear el caos suficiente como para que los mellizos y yo pudiéramos subir al esquife, encontrar a los estudiantes y rescatarlos. En cuanto estuvieran a salvo, yo me ocuparía del Oscuro. Esperaba que no me viera llegar.

Genya y David se quedarían en Tomikyana, con Misha. Sabía que el chico insistiría en ir con nosotros, así que Genya le había echado un somnífero en la cena. Ya estaba bostezando, aovillado junto a la chimenea, y esperaba que siguiera durmiendo mientras salíamos por la mañana.

La noche avanzó. Sabía que necesitábamos dormir, pero a nadie le apetecía demasiado. Algunos decidieron acostarse cerca del fuego en el recibidor, mientras que otros fueron entrando en la casa en parejas. Nadie quería estar solo aquella noche. Genya y David tenían trabajo que hacer en la cocina. Tamar y Nadia habían desaparecido temprano. Pensaba que Zoya escogería a algún Soldat Sol, pero mientras yo salía por la puerta ella seguía observando el fuego, con Oncat ronroneando en su regazo. Me abrí camino por el oscuro pasillo hasta el salón, donde Mal estaba comprobando por última vez las armas y la equitación. Era extraño ver las montañas de pistolas y munición en la mesa de mármol, junto a las miniaturas enmarcadas de la señora de la casa y una bonita colección de tabaqueras.

—Ya hemos estado aquí antes —dijo.

—Ah, ¿sí?

—Cuando salimos de la Sombra por primera vez. Nos detuvimos en el huerto, no muy lejos de esta casa. La reconocí antes, cuando estábamos disparando.

Lo recordaba, aunque parecía otra vida. La fruta de los árboles había estado demasiado pequeña y amarga como para comerla.

—¿Cómo les ha ido hoy a los Soldat Sol?

—No han estado mal. Solo unos pocos tienen mucha puntería, pero si tenemos

suerte eso es lo único que necesitaremos. Muchos de ellos lucharon en el Primer Ejército, así que al menos tenemos la posibilidad de que no pierdan la cabeza.

Nos llegó una risa desde el recibidor. Alguien, sospechaba que Harshaw, había comenzado a cantar. Pero en el salón había silencio, y oí que había comenzado a llover.

—Mal —dije—. ¿Crees…? ¿Crees que es por los amplificadores?

Frunció el ceño, comprobando la mirilla de un rifle.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es eso lo que hay entre nosotros? ¿Mi poder y el tuyo? ¿Es por eso por lo que nos hicimos amigos, por lo que…?

Dejé la frase inconclusa. Él cogió otra arma y abrió la recámara.

—A lo mejor eso fue lo que nos juntó, pero no lo que nos ha convertido en quienes somos. No te convirtió en la chica que podía hacerme reír cuando yo no tenía nada. Y ni de broma me convirtió a mí en el idiota que lo daba por hecho. Sea lo que sea lo que hay entre nosotros, lo hemos forjado nosotros. Nos pertenece. —Bajó el rifle y se limpió las manos con un trapo—. Ven conmigo —añadió, y me tomó la mano para conducirme tras él.

Avanzamos por la casa a oscuras. Oí unas voces que cantaban algo obsceno al otro lado del pasillo, unos pasos sobre nosotros mientras alguien corría de una habitación a la siguiente. Pensé que Mal me llevaría por las escaleras hasta los dormitorios; supongo que esperaba que lo hiciera, pero en lugar de eso me condujo por el ala este de la casa, más allá de un cuarto de costura en silencio y una biblioteca, hasta llegar a un vestíbulo sin ventanas lleno de palas y plantas secas.

—Eh… ¿qué bonito?

—Espera aquí.

Abrió una puerta que no había visto, oculta en la pared. En la penumbra vi que conducía a una especie de invernadero estrecho. La lluvia caía con un ritmo constante sobre el techo abovedado y las paredes de cristal. Mal entró y encendió los farolillos que descansaban al borde de un estanque reflectante poco profundo. Había manzanos en hilera junto a las paredes, y sus ramas estaban llenas de flores blancas. Sus pétalos yacían como nieve en el suelo de baldosas rojas y flotaban en la superficie del agua.

Seguí a Mal mientras recorría el estanque. El aire en el interior resultaba balsámico y dulce a causa de las flores de manzano, intenso por el rico aroma de la tierra. Fuera, el viento aumentó y aulló con la tormenta, pero ahí dentro parecía como si las estaciones se hubieran suspendido. Tuve la extraña sensación de que podríamos estar en cualquier parte, de que el resto de la casa simplemente se había desvanecido, y estábamos completamente solos.

Al fondo de la sala había un escritorio en una esquina, con un chal en el respaldo de una silla de dibujo. Había una cesta de instrumentos de costura sobre una alfombra con dibujos de flores de manzana. La mujer de la casa debía de haber ido allí para coser y tomarse el té de la mañana. Durante el día tendría una visión perfecta de los

huertos a través de las grandes ventanas en arco. Vi que había un libro abierto en el escritorio, y miré las páginas.

—Es un diario —explicó Mal—. Estadísticas sobre la cosecha de primavera, el progreso de los árboles híbridos.

—Sus gafas —dije, cogiendo la montura de alambre dorado—. Me pregunto si las echará de menos.

Mal se reclinó contra el borde de piedra del estanque.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo hubieran sido las cosas si los Examinadores Grisha hubieran descubierto tu poder en Keramzin?

—A veces.

—Ravka sería diferente.

—A lo mejor no. Mi poder era inútil antes de encontrar al ciervo. Sin ti, tal vez no hubiéramos localizado a ninguno de los amplificadores de Morozova.

—Tú serías diferente —señaló.

Aparté las delicadas gafas a un lado y examiné las columnas de números y escritura ordenada. ¿En qué clase de persona me podría haber comprendido? ¿Me habría hecho amiga de Genya, o simplemente la vería como una sirvienta? ¿Tendría la confianza de Zoya? ¿Su arrogancia sencilla? ¿Qué habría sido el Oscuro para mí?

—Puedo decirte lo que habría pasado —dije.

—Adelante.

Cerré el diario, me giré hacia Mal y me senté en el borde del escritorio.

—Habría ido al Pequeño Palacio, donde me habrían mimado y consentido. Habría cenado en platos de oro, y jamás me habría esforzado en utilizar mi poder. Hubiera sido como respirar, como siempre debería haber sido. Y con el tiempo, me hubiera olvidado de Keramzin.

—Y de mí.

—De ti nunca. —Alzó una ceja—. Bueno, tal vez —admití, y él se rio—. El Oscuro hubiera buscado los amplificadores de Morozova, sin éxito, sin esperanza, hasta que un día un don nadie, un huérfano otkazat'sya, viajara hacia el hielo de Tsibeya.

—Estás asumiendo que no muero en la Sombra.

—En mi versión, nunca te envían a la Sombra. Cuando cuentes tú la historia, puedes morir trágicamente.

—En ese caso, continúa.

—Ese don nadie, ese chico irrelevante, ese huérfano patético…

—Ya lo pillo.

—Sería el primero en encontrar al ciervo después de siglos de búsqueda. Así que, por supuesto, el Oscuro y yo viajaríamos a Tsibeya en su enorme carruaje negro.

—¿Por la nieve?

—Su enorme trineo negro —me corregí—. Y cuando llegáramos a Chernast, conducirían a tu unidad hasta nuestra exaltada presencia…

—¿Tenemos permitido caminar, o nos arrastramos sobre nuestros estómagos como los gusanos que somos?

—Camináis, pero con mucha deferencia. Yo estaría sentada en una tarima elevada, y llevaría joyas en el pelo y una *kefta* dorada.

—¿Negra no?

Hice una pausa.

—Tal vez sea negra.

—Daría igual —dijo Mal—. Sería incapaz de dejar de mirarte de todos modos.

Me reí.

—No, le estarías poniendo ojitos a Zoya.

—¿Zoya estaría ahí?

—¿No está siempre?

Sonrió.

—Me habría fijado en ti.

—Pues claro que sí. Después de todo, soy la Invocadora del Sol.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Bajé la mirada y quité unos pétalos del escritorio.

—¿Alguna vez te fijaste en mí en Keramzin? —Permaneció en silencio durante un largo momento, y cuando le eché un vistazo estaba mirando el techo de cristal. Se había puesto rojo como una remolacha—. ¿Mal?

Se aclaró la garganta y cruzó los brazos.

—La verdad es que sí. Tenía pensamientos muy… distrayentes sobre ti.

—¿Ah, sí? —balbuceé.

—Y me sentía culpable por cada uno de ellos. Se suponía que eras mi mejor amiga, no…

Se encogió de hombros y se volvió aún más rojo.

—Idiota.

—Eso ya lo sabemos de sobra, y no añade nada a la trama.

—Bueno —dije, apartando más pétalos—, no hubiera importado si tú te fijabas en mí, porque yo me habría fijado en ti.

—¿Un humilde *otkazat'sya*?

—Así es —dije en voz baja. Ya no tenía ganas de seguir metiéndome con él.

—¿Y qué hubieras visto?

—A un soldado… Engreído, con cicatrices, extraordinario. Y ese habría sido nuestro comienzo.

Se puso en pie y cruzó la distancia que nos separaba.

—Y este sería nuestro final de todos modos.

Tenía razón. Incluso en sueños, no teníamos futuro. Si de algún modo los dos sobrevivíamos al día siguiente, yo tendría que buscar una alianza y una corona. Mal tendría que encontrar la forma de mantener su ascendencia en secreto.

Tomó mi rostro entre sus manos con suavidad.

—Yo también hubiera sido diferente sin ti. Más débil, más imprudente. —Sonrió ligeramente—. Tendría miedo a la oscuridad. —Secó las lágrimas de mis mejillas, y no sabía muy bien cuándo habían comenzado a caer—. Pero sin importar quién o qué fuera, habría sido tuyo.

Entonces lo besé; con dolor, y necesidad, y años de anhelo, con la esperanza desesperada de que pudiera mantenerlo ahí, entre mis brazos, con el maldito conocimiento de que no podía hacerlo. Me recliné contra él y noté la presión de su pecho, la anchura de sus hombros.

—Voy a echar esto de menos —dijo mientras me besaba las mejillas, la mandíbula, los párpados—. Tu sabor. —Me besó el hueco bajo la oreja—. Tu olor. —Sus manos subieron deslizándose por mi espalda—. Tu tacto. —Se me cortó el aliento cuando sus caderas se pegaron a las mías. Entonces se apartó y examinó mis ojos—. Quería algo más para ti. Un velo blanco sobre tu pelo. Unos votos que pudiéramos mantener.

—¿Una verdadera noche de bodas? Tan solo dime que esto no es un adiós. Ese es el único voto que necesito.

—Te quiero, Alina.

Volvió a besarme. No había respondido, pero me daba igual, porque su boca estaba sobre la mía, y en ese momento podía fingir que no era una salvadora ni una Santa, que simplemente podía elegirlo a él, tener una vida, estar enamorada. Que no tendríamos solo una noche, sino miles. Lo hice bajar conmigo y puse su cuerpo sobre el mío, sintiendo el suelo frío en la espalda. Tenía las manos de un soldado, ásperas y callosas, calentándome la piel, recorriendo mi cuerpo con unas chispas voraces que me hicieron levantar las caderas para tratar de acercarlo más a mí.

Le pasé la camisa por encima de la cabeza, dejé que mis dedos recorrieran los bordes suaves de su espalda musculosa, y sentí las líneas en relieve de las palabras que lo marcaban. Pero cuando deslizó la tela de mi blusa por encima de mis brazos, me puse rígida, y de pronto me sentí dolorosamente consciente de todos mis defectos. Huesos que sobresalían demasiado, pechos demasiado pequeños, piel pálida y seca como la de una cebolla. Entonces me puso la mano en la mejilla, y su pulgar me recorrió el labio.

—Eres todo lo que siempre he querido —dijo—. Eres todo mi corazón.

Entonces me vi en sus ojos: ácida, tonta, difícil, adorable. Lo atraje a mí y lo sentí estremecerse mientras nuestros cuerpos se unían, piel contra piel. Sentí el calor de sus labios y su lengua, las manos que se movían hasta que la necesidad que había entre nosotros se volvió tirante y ansiosa, como la cuerda de un arco listo para disparar.

Me sujetó la muñeca con la mano y mi mente se llenó de luz. Todo lo que veía era el rostro de Mal, todo lo que sentía era su cuerpo, encima de mí, a mi alrededor, con un ritmo extraño al principio, y después lento y constante, como el sonido de la lluvia. Era todo lo que necesitábamos. Era todo lo que jamás tendríamos.

CAPÍTULO 17

la mañana siguiente, Mal ya se había levantado cuando me desperté. Me había dejado una tetera llena de té caliente en una bandeja rodeada de pétalos de manzano. La lluvia había amainado, pero las paredes del invernadero se encontraban cubiertas de vapor. Froté el cristal con la manga y miré hacia fuera, al azul profundo del comienzo del amanecer. Había un ciervo entre los árboles, con la cabeza inclinada sobre la hierba dulce.

Me vestí con lentitud, me bebí el té y permanecí junto al estanque reflectante, donde hacía mucho que se habían apagado los farolillos. En unas pocas horas, aquel lugar podría quedar enterrado bajo la oscuridad. Quería recordar cada detalle. Por impulso, tomé una pluma, abrí el diario por la última página y escribí nuestros nombres.

Alina Starkov

Malyen Oretsev

No sabía por qué lo había hecho. Tan solo necesitaba decir que habíamos estado ahí.

Encontré a los demás en el recibidor, recogiendo las cosas. Genya me abordó junto a la puerta, con mi abrigo en las manos. La lana color oliva estaba recién planchada.

—Tienes que estar estupenda cuando hagas morder el polvo al Oscuro.

—Gracias —dije con una sonrisa—. Intentaré no sangrar sobre el abrigo.

Me besó en ambas mejillas.

—Buena suerte. Estaremos esperando cuando vuelvas.

Le tomé la mano y puse el anillo de Nikolai sobre su palma.

—Si algo sale mal, si no lo logramos… vete con David y Misha a Os Kervo. Con esto deberíais poder comprar todo lo que necesitéis.

Tragó saliva, y después me abrazó con fuerza.

Fuera, los Soldat Sol esperaban en rígida formación, con los rifles a la espalda y unos recipientes de *lumiya* inactiva colgados de los hombros. Los tatuajes de sus rostros tenían un aspecto feroz a la luz del amanecer. Los Grisha llevaban ropa tosca, y parecían soldados corrientes.

Harshaw había dejado a Oncat aovillada con Misha, pero ahora estaba sentada en la ventana del recibidor, acicalándose perezosamente mientras observaba cómo nos preparábamos. Tolya y Tamar tenían los soles dorados en el pecho. El de Mal todavía lo tenía Misha. Sonrió cuando me vio, y se dio unos golpecitos en el lugar donde habría estado el broche, justo encima de su corazón.

Los ciervos habían desaparecido. El huerto estaba vacío mientras lo atravesábamos, y nuestras botas dejaban marcas profundas en la tierra blanda. Media hora después nos encontrábamos a orillas de la Sombra.

Me uní al resto de los Etherealki: Zoya, Nadia, Adrik y Harshaw. Por alguna razón, parecía lo correcto que fuéramos nosotros los primeros en entrar, y que lo hiciéramos juntos. Los Vendavales levantaron los brazos, invocaron una corriente e hicieron bajar la presión, tal como Zoya había hecho en la cueva. Noté un crujido en las orejas mientras extendían la capa acústica. Si no se mantenía, Harshaw y yo estábamos preparados para invocar luz y fuego y mantener a raya a los volcra. Nos pusimos en fila y, con pasos cuidadosos, entramos en la oscuridad de la Sombra.

El Nocéano siempre parecía el fin de todo. No era solo la oscuridad, sino la terrible sensación de aislamiento, como si el mundo hubiera desaparecido, dejándote solo a ti, con tu respiración agitada y el latido irregular de tu corazón.

Mientras avanzábamos por la arena muerta y gris y la oscuridad se espesaba a nuestro alrededor, necesité toda mi fuerza de voluntad para no levantar las manos y rodearnos a todos con una luz segura y protectora. Escuché con cuidado, esperando oír el batir de las alas, uno de esos chillidos horribles e inhumanos, pero no oía nada, ni siquiera nuestras pisadas en la arena. Lo que los Vendavales estaban haciendo estaba funcionando: el silencio era profundo e impenetrable.

—¿Hola? —susurré.

—Te oímos.

Me giré con rapidez. Zoya estaba algo alejada en la fila, pero sonaba como si estuviera hablándome al oído.

Avanzamos a un ritmo constante. Oímos un chasquido, y casi diez minutos después un chasquido doble. Hubo un momento que oí el batir distante de unas alas sobre nosotros, y noté que el miedo atravesaba nuestras filas como algo viviente. Puede que los volcra no nos oyeran, pero podían oler presas a kilómetros de distancia. ¿Estarían volando en círculo sobre nosotros en ese momento, sintiendo que pasaba algo extraño, que había alguien cerca? Dudaba que el truco de Zoya nos mantuviera a salvo mucho tiempo. Entonces me golpeó la locura de lo que estábamos haciendo. Nos habíamos atrevido a hacer lo que nadie había hecho jamás: habíamos entrado en la Sombra sin luz.

Seguimos avanzando. Dos chasquidos después, nos detuvimos y ocupamos nuestra posición para esperar. En cuanto viéramos el esquife del Oscuro, tendríamos que movernos con rapidez.

Mis pensamientos se dirigieron hacia él. Comprobé cuidadosamente el vínculo que nos unía, y su sed me hizo estremecer con una fuerza palpable. Estaba impaciente, preparado para liberar el poder de la Sombra, preparado para la lucha. Yo también lo sentía. Dejé que ese ramalazo de expectación, esa necesidad, reverberara hacia él: Voy a por ti.

Mal y Tolya, y tal vez todos los demás, creían que había que unir los amplificadores, pero ellos nunca habían sentido la emoción de utilizar el *merzost*. Era algo que ningún otro Grisha comprendía, y después de todo era lo que más nos ataba al Oscuro y a mí: ni nuestros poderes, ni su extrañeza, ni el hecho de que los dos eran aberraciones, si no abominaciones. Era nuestro conocimiento de lo prohibido, nuestra ansia de más.

Los minutos pasaron, y comencé a ponerme nerviosa. Los Vendavales no podrían mantener la capa acústica eternamente. ¿Y si el Oscuro esperaba hasta la noche para atacar? ¿Dónde estás?

La respuesta llegó con un pálido resplandor violeta que avanzaba hacia nosotros desde el este.

Dos chasquidos. Nos colocamos en la formación que habíamos practicado.

Tres chasquidos. Esa era mi señal. Alcé las manos y volví la Sombra incandescente. Al mismo tiempo doblé la luz, dejando que fluyera alrededor de cada uno de nuestros soldados como una corriente.

¿Qué veía el Oscuro? Arena muerta, un cielo gris, los cascos en ruinas de los esquifes haciéndose polvo. Y eso era todo. Éramos invisibles. Éramos aire.

El esquife redujo la velocidad. Mientras se acercaba, vi sus velas negras marcadas con el sol eclipsado, el extraño aspecto de cristal ahumado de su casco. La llama violeta de la *lumiya* relucía en sus laterales, tenue y parpadeante bajo el intenso resplandor de mi poder.

Había Vendavales junto a los mástiles, con sus *keftas* azules. Había unos cuantos Inferni junto a las barandillas, flanqueados por Mortificadores de rojo y oprichniki de gris muy armados. Eran el ejército de repuesto. Los estudiantes debían de hallarse bajo cubierta. El Oscuro permanecía de pie en la proa, rodeado por su horda de sombras. Como siempre, la primera impresión al verlo fue un golpe casi físico. Era como acudir a él en una visión: parecía más real, más vivo que todo lo que lo rodeaba.

Sucedió tan rápido que apenas tuve tiempo de procesarlo. El primer disparo golpeó a uno de los oprichniki del Oscuro, que cayó por encima de la barandilla. Después los disparos se sucedieron con un tamborileo rápido, como gotas de lluvia sobre un tejado al inicio de una tormenta. Los Grisha y los oprichniki se desplomaban y caían los unos sobre los otros, mientras explotaba la confusión en el esquife de

cristal. Vi más cuerpos que caían.

—¡Contraatacad! —gritó alguien, y el aire explotó con el ruido atronador de los disparos, pero nosotros estábamos a salvo, fuera de su alcance. Los *nichevo'ya* batían las alas, girando en arcos amplios, buscando objetivos. Los Inferni que quedaban a bordo del esquife enviaban llamaradas al aire, pero Harshaw, oculto de ellos, les devolvía el fuego. Oí gritos.

Entonces hubo silencio, roto solo por los gemidos y las órdenes a gritos desde el esquife de cristal. Nuestros tiradores habían hecho bien su trabajo, y la zona alrededor de la barandilla estaba llena de cuerpos. El Oscuro, intacto, estaba señalando a un Mortificador, y dando alguna clase de orden. No distinguía sus palabras, pero sabía que ahí sería cuando utilizaría a sus estudiantes.

Miré a mi alrededor para encontrar a los tiradores y a los Grisha, sintiendo su presencia en la luz.

Un único chasquido. Los Vendavales enviaron una oleada de arena por los aires. Hubo más gritos desde cubierta mientras los Vendavales del Oscuro trataban de responder.

Aquella era nuestra señal. Los mellizos y yo echamos a correr hacia el esquife, aproximándonos a la popa. No teníamos mucho tiempo.

—¿Dónde está? —preguntó Tolya mientras subíamos a bordo. Era extraño oír su voz sin verlo.

—Quizás abajo —respondí. El esquife era poco profundo, pero había espacio suficiente.

Nos abrimos camino a través de la cubierta en busca de una escotilla, con cuidado de no rozar a los Grisha o a los guardias del Oscuro.

Los oprichniki restantes apuntaban con sus armas la arena vacía más allá del esquife. Estábamos lo bastante cerca como para ver el sudor en sus frentes, sus ojos muy abiertos. Se estremecían y saltaban ante cada sonido, real o imaginado.

—Maleni —susurraban. Fantasmas. Solo el Oscuro parecía impávido. Tenía el rostro sereno mientras contemplaba la destrucción que yo había causado. Me encontraba lo suficientemente cerca como para atacar, pero seguía estando protegido por sus soldados de sombras. Tenía la inquietante sensación de que estaba esperando algo.

—¡Agachaos! —gritó de pronto un oprichniki.

La gente a nuestro alrededor se tiró a cubierta y el aire explotó con la pólvora.

Otros dos esquifes de cristal aparecieron a la vista, llenos de oprichniki. En cuanto entraron en contacto con la luz, se encendieron con la resplandeciente llama violeta de la *lumiya*.

—¿Pensabas que acudiría a ti sin estar preparado, Alina? —dijo el Oscuro por encima del caos—. ¿Pensabas que no sacrificaría una flota entera de esquifes por esta causa?

De todos los que hubiera enviado solo dos habían logrado llegar, pero eso podría

ser suficiente para dar la vuelta a las cosas. Oí gritos, chillidos, a nuestros soldados contraatacando. Una mancha roja apareció en la arena, y me dio un vuelco el corazón al darme cuenta de que uno de los nuestros estaba sangrando. Podía ser Vladim. Zoya. Mal. Tenía que sacarlos de ahí. ¿Dónde estaban los estudiantes? Traté de mantener la concentración: no podía dejar que la luz flaqueara. Nuestras fuerzas tenían recipientes de *lumiya* y podían retirarse hacia la profundidad de la Sombra, pero sabía que no lo harían. No hasta que yo saliera del esquife del Oscuro.

Avancé a hurtadillas entre los mástiles, buscando señales de una escotilla o una trampilla.

Entonces un dolor lacerante me atravesó el hombro. Caí hacia atrás, soltando un grito. Me habían disparado.

Quedé despatarrada sobre la cubierta, notando cómo fallaba mi dominio sobre la luz. La forma de Tolya apareció junto a mí con un parpadeo, y traté de recuperar el control. Desapareció, pero a través de la barandilla pude ver a los soldados y los Grisha apareciendo en la arena. Los oprichniki saltaron desde los otros esquifes, preparándose para el ataque, y los *nichevo'ya* se metieron en la batalla.

El pánico me atravesó mientras luchaba por concentrarme. No notaba el brazo derecho, pero me obligué a respirar. Deja de resoplar como un jabalí salvaje. Si Adrik podía invocar con un solo brazo, entonces yo también podía.

Tamar apareció cerca de la proa, se desvaneció y volvió a aparecer. Un *nichevo'ya* impactó contra ella, que gritó mientras la criatura le clavaba las garras en la espalda.

No. Reuní mi concentración fragmentada y traté de emplear el Corte, aunque solo tenía un brazo para blandido. No sabía si podría golpear al soldado de sombras sin herir a Tamar, pero no podía verla morir.

Entonces otra forma se abalanzó contra la refriega desde arriba. Me costó un largo segundo comprender lo que estaba viendo: era Nikolai, con los colmillos expuestos y las alas extendidas.

Agarró con las garras al *nichevo'ya* que sujetaba a Tamar y tiró de su cabeza hacia atrás, obligándolo a soltarla. Forcejeó y se retorció, pero Nikolai voló hacia arriba y lo lanzó hacia la oscuridad que había más allá. Oí unos gritos frenéticos desde algún lugar en la distancia; los volcra. El soldado de sombras no reapareció.

Nikolai volvió a abalanzarse hacia el esquife, contra otro de los *nichevo'ya* del Oscuro. Casi podía imaginar su risa. Bueno, si voy a ser un monstruo, entonces puedo ser el rey de los monstruos.

Entonces jadeé cuando alguien golpeó mi brazo bueno contra la cubierta. El Oscuro se alzaba amenazador sobre mí, apretándome dolorosamente la muñeca con la bota.

—Aquí estás —dijo con su voz fría, como de cristal cortado—. Hola, Alina.

La luz se derrumbó. La oscuridad lo cubrió todo, iluminado solo por el espeluznante parpadeo de la llama violeta.

Gruñí mientras la bota del Oscuro me aplastaba los huesos del brazo.

—¿Dónde están los estudiantes? —pregunté entre dientes.

—No están aquí.

—¿Qué les has hecho?

—Están sanos y salvos en Kribirsk. Probablemente estarán comiendo. —Sus *nichevo'ya* volaban en círculo a nuestro alrededor, formando una cúpula protectora perfecta que cambiaba y se retorcía, llena de alas, garras y manos—. Sabía que la amenaza sería suficiente. ¿De verdad pensabas que pondría en peligro a los niños Grisha cuando ya hemos perdido tantos?

—Pensaba que…

Pensaba que era capaz de todo. Me di cuenta de que quería que creyera cuando me había enseñado los cadáveres de Botkin y Ana Kuya. Quería que creyera en su crueldad.

Entonces recordé que sus palabras de hacía tanto tiempo: *Conviérteme en tu villano*.

—Sé lo que pensabas, lo que siempre has pensado de mí. Es mucho más fácil así, ¿verdad? Hincharte con tu propia honradez.

—Yo no inventé tus crímenes.

Aquello no había acabado todavía. Lo único que necesitaba era alcanzar el pedernal que tenía en la manga. Lo único que necesitaba era alcanzar el pedernal que tenía en la manga. Lo único que necesitaba era una chispa. Tal vez no nos matara a ninguno de los dos, pero el dolor sería infernal, y podría ganar algo de tiempo para los demás.

—¿Dónde está el chico? Tengo a mi Invocadora, y también quiero a mi rastreador.

Mal seguía siendo solo un rastreador para él, gracias a los Santos. Doblé la mano buena en el interior de la manga y rocé el borde del pedernal.

—No voy a permitir que lo utilices —dije—. Ni como señuelo, ni como nada.

—Estás tirada en el suelo, con tus fieles muriendo a tu alrededor, y aun así permaneces desafiante.

Me puse en pie, y dos *nichevo'ya* se apresuraron a sujetarme mientras el pedernal quedaba fuera de mi alcance. El Oscuro apartó a un lado la tela de mi abrigo, y sus manos se deslizaron por mi cuerpo. El corazón me dio un vuelco mientras sus dedos se cerraban sobre el primer paquete de polvos explosivos. Me lo sacó del bolsillo, y después encontró el segundo con rapidez. Suspiró.

—Puedo sentir tus intenciones tanto como tú sientes las mías, Alina. Tu inútil resolución, tu determinación de mártir. Ahora las reconozco.

El vínculo. Entonces se me ocurrió una idea. Había muy pocas posibilidades, pero me arriesgaría.

El Oscuro lanzó los paquetes de polvos explosivos a un *nichevo'ya* que se alejó con ellos hacia la oscuridad. Me observó con sus fríos ojos grises mientras

aguardábamos, y los sonidos de la batalla quedaron amortiguados por el zumbido de los soldados de sombras a nuestro alrededor. Un momento después, una explosión ensordecedora sonó en algún lugar en la distancia.

El Oscuro sacudió la cabeza.

—Bien podría costarme otra vida quebrarte, pero me pondré a ello.

Se giró y yo actué. Sujeta por los *nichevo'ya* no podía utilizar el Corte, pero no estaba indefensa. Giré las muñecas, y la luz violeta de la *lumiya* se dobló a mi alrededor. Al mismo tiempo, crucé el vínculo entre nosotros.

El Oscuro levantó bruscamente la cabeza y, por un momento, aunque seguía estando invisible y sujeta por los *nichevo'ya,* también lo veía desde el lateral del mástil. La chica que había ante él estaba de una pieza, sin heridas, y alzó los brazos para emplear el Corte. El Oscuro no se detuvo a pensar, sino que reaccionó. Tan solo fue un segundo escaso, el breve espacio entre el instinto y la comprensión, pero fue suficiente. Sus soldados de sombras me liberaron y se lanzaron hacia él para protegerlo. Corrí hacia la barandilla y salté por el lateral del esquife.

Aterricé sobre mi brazo herido, y el dolor me recorrió el cuerpo. El aullido de rabia del Oscuro sonó detrás de mí. Sabía que había perdido el control sobre la luz, y eso significaba que era visible. Me obligué a seguir moviéndome, arrastrándome por la arena, alejándome del resplandor violeta de la *lumiya*. Vi a los soldados del sol y a los Grisha luchando junto a los esquifes iluminados. Habían derribado a Harshaw. Ruby sangraba.

Me obligué a ponerme en pie, aunque la cabeza me daba vueltas. Me agarré el brazo herido y me interné en la oscuridad. No veía nada, ni tenía ningún sentido de la dirección. Avancé en la negrura, tratando de hacer que mi mente funcionara, que formara alguna clase de plan. Sabía que los volcra podían ir a por mí en cualquier momento, pero no podía arriesgarme a utilizar la luz. Piensa, me regañé. Estaba sin ideas. Ya no tenía los polvos explosivos. No podía utilizar el Corte. Tenía la manga húmeda por la sangre, y mis pasos se ralentizaron. Tenía que encontrar a alguien que me curara el brazo. Tenía que unirme a los demás. No podía huir del Oscuro como había hecho aquella primera vez en la Sombra. Llevaba huyendo desde entonces.

—Alina.

Me giré. Era la voz de Mal en la oscuridad. *Que sea un truco del sonido*, pensé. Pero sabía que la capa acústica de los Vendavales había desaparecido hacía mucho. ¿Cómo me había encontrado? Era una pregunta estúpida. Mal siempre me encontraba.

Jadeé cuando me agarró el brazo herido. A pesar del dolor y del riesgo, invoqué una débil luz, y vi su hermoso rostro manchado de tierra y sangre. Y el cuchillo en su mano. Reconocía la hoja; era de Tamar, hecha por los Grisha. ¿Se lo habría ofrecido para este momento? ¿La habría buscado él para pedírselo?

—Mal, no. Esto no ha terminado todavía.

—Sí ha terminado, Alina.

Traté de apartarme, pero él me rodeó la muñeca con fuerza con la mano, uniendo los dedos, y la brusca sacudida de poder nos atravesó a los dos, llamándome, exigiéndome que cruzara la puerta. Con su otra mano, me obligó a cerrar los dedos sobre el mango del cuchillo. La luz vaciló.

—¡No!

—No dejes que no haya servido para nada, Alina.

—Por favor…

Un grito de agonía se elevó sobre el clamor de la batalla. Parecía Zoya.

—Sálvalos, Alina. No me dejes vivir sabiendo que podría haber detenido esto.

—Mal…

—Sálvalos. Esta vez deja que sea yo quien te lleve. —Clavó los ojos en los míos —. Acaba con esto —añadió.

Su agarre aumentó. *Nuestra historia no tiene fin*.

Nunca sabría si fue la codicia o la abnegación lo que movió mi mano. Con los dedos de Mal guiándome, alcé el cuchillo y se lo clavé en el pecho.

El impulso me hizo caer hacia delante, y tropecé. Me aparté, y el cuchillo se cayó de nuestras manos, la sangre manaba de la herida, pero él siguió sujetándome la muñeca.

—Mal —sollocé.

Tosió, y unas burbujas de sangre aparecieron en sus labios. Se balanceó hacia delante. Estuve a punto de caer mientras lo aferraba a mí, y su mano me apretaba la muñeca con tanta fuerza que pensaba que me iba a partir los huesos. Soltó un jadeo, un estertor húmedo. Todo su peso se desplomó sobre mí, arrastrándome hasta el suelo, con los dedos todavía apretados, presionándome la piel como si me estuviera tomando el pulso.

Noté el instante en que se iba.

Durante un momento todo quedó en silencio, un aliento contenido; y entonces todo explotó en un fuego blanco. Un rugido me llenó los oídos, una avalancha de sonido que sacudió la arena e hizo que el propio aire vibrara.

Grité mientras el poder me inundaba, mientras yo misma ardía, consumida desde mi interior. Era una estrella viviente. Era combustión. Era un nuevo sol nacido para destrozar el aire y comerse la tierra.

Soy la destrucción.

El mundo tembló, se disolvió, se derrumbó sobre sí mismo.

Y entonces el poder desapareció.

Abrí los ojos. Me encontraba rodeada por una espesa oscuridad, y me pitaban las orejas.

Estaba de rodillas. Mis manos encontraron el cuerpo de Mal, su camiseta arrugada y húmeda, empapada de sangre.

Alcé las manos para invocar la luz, pero no sucedió nada. Volví a intentarlo, traté de alcanzar el poder, pero solo encontré su ausencia. Oí un chillido desde arriba. Los

volcra volaban en círculo. Veía estallidos de fuego de los Inferni, las formas borrosas de los soldados que luchaban bajo el resplandor de los esquifes. En algún lugar, Tolya y Tamar estaban llamándome.

—Mal…

Tenía la garganta en carne viva. No conocía mi propia voz.

Busqué la luz, tal como había hecho una vez en las profundidades de la Catedral Blanca, buscando cualquier débil rastro, pero aquello era diferente. Notaba la herida en mi interior, el agujero donde antes había habido algo completo y correcto. No estaba rota: estaba vacía.

Aferré la camiseta de Mal con las manos.

—Ayúdame —jadeé.

¿Qué es infinito? El universo y la avaricia de los hombres.

¿Qué clase de lección era aquella? ¿Qué clase de broma enfermiza? Cuando el Oscuro había jugado con el poder del corazón de la creación, la Sombra había sido su recompensa, un lugar donde su poder no significaba nada, una abominación que lo mantendría a él y a su país esclavizados durante cientos de años. Entonces, ¿era aquel mi castigo? ¿Estaba Morozova loco de verdad, o tan solo era un fracaso?

—¡Que alguien me ayude! —grité.

Tolya y Tamar estaban corriendo hacia mí, con Zoya siguiéndolas, y sus cuerpos iluminados por los recipientes de cristal llenos de *lumiya*. Tolya cojeaba, Zoya tenía una quemadura por un lateral de la cara, y Tamar estaba prácticamente cubierta de sangre por las heridas que le había hecho el *nichevo'ya*. Se detuvieron en seco cuando vieron a Mal.

—Traedlo de vuelta —sollocé.

Tolya y Tamar se arrodillaron junto a él, pero vi la mirada que intercambiaban.

—Alina… —comenzó Tamar.

—Por favor —supliqué—. Traédmelo de vuelta.

Tamar le abrió la boca, tratando de meterle aire en los pulmones. Tolya puso una mano sobre el pecho de Mal y aplicó presión sobre la herida, tratando de restaurar el latido de su corazón.

—Necesitamos más luz —dijo.

Se me escapó una risa estrangulada. Levanté las manos, suplicándole a la luz y a cualquier Santo que hubiera vivido alguna vez, pero no sirvió para nada. El gesto parecía falso; era una pantomima. No había nada allí.

—No lo entiendo —sollocé mientras presionaba la mejilla húmeda contra la de Mal. Su piel ya se estaba enfriando.

Baghra me lo había advertido: *Puede que no seas capaz de sobrevivir al sacrificio que requiere el merzost*. Pero ¿qué sentido tenía aquel sacrificio? ¿Había vivido solo para ser una lección sobre el precio de la avaricia? ¿Era la verdad sobre la locura de Morozova, alguna clase de ecuación cruel que tomaba nuestro amor y nuestra pérdida y los sumaba para dar como resultado la nada?

Era demasiado. El odio, el dolor y el sufrimiento me abrumaban. Si hubiera recuperado mi poder, aunque solo fuera durante un segundo, podría haber quemado el mundo hasta reducirlo a cenizas.

Entonces lo vi. Una luz en la distancia, una hoja reluciente que atravesaba la oscuridad. Antes de que pudiera comprenderlo, otra luz apareció, un punto brillante que se convirtió en dos rayos anchos, alzándose salvajemente sobre mí.

Un torrente de luz explotó en la oscuridad a un par de metros de mí. Mientras mis ojos se ajustaban vi a Vladim, con la boca abierta por el aturdimiento y la confusión mientras la luz brotaba de sus palmas.

Giré la cabeza y los vi cobrar vida uno por uno a lo largo de la Sombra, como estrellas apareciendo en el cielo del crepúsculo, Soldat Sol y *oprichniki*, con las armas olvidadas y los rostros confusos, impresionados y aterrorizados, y bañados de luz. Las palabras del Oscuro acudieron a mí, palabras que había pronunciado en un barco que recorría las aguas heladas del Paso de los Huesos. *Morozova era un hombre extraño. Era un poco como tú, se sentía atraído por la gente corriente y débil*.

Había tenido una mujer *otkazat'sya*.

Casi había perdido a una hija *otkazat'sya*.

Había pensado que estaba solo en el mundo, solo con su poder.

Ahora lo comprendía. Veía lo que había hecho. Aquel era el don de los tres amplificadores: el poder multiplicado mil veces, pero no en una sola persona. ¿Cuántos nuevos Invocadores acababa de crear? ¿Hasta dónde alcanzaba el poder de Morozova?

Los arcos y cascadas de luz brotaron a mi alrededor, un jardín resplandeciente que crecía en aquella noche antinatural. Los rayos se encontraron, y cuando se cruzaban, la oscuridad se quemaba.

Los chillidos de los volcra estallaron a mi alrededor mientras la Sombra comenzaba a desvanecerse. Era un milagro.

Y no me importaba. Los Santos podían quedarse con sus milagros. Los Grisha podían quedarse con sus largas vidas y sus lecciones. Mal estaba muerto.

—¿Cómo?

Levanté la mirada. El Oscuro estaba ante nosotros, aturdido, contemplando la visión imposible de la Sombra derrumbándose a nuestro alrededor.

—No puede ser. No sin el pájaro de fuego. El tercer… —Se detuvo en seco cuando sus ojos se fijaron en el cuerpo de Mal, en la sangre de mis manos—. No puede ser —repitió. Incluso entonces, mientras el mundo que conocíamos se rehacía en estallidos y destellos de luz, no podía comprender lo que era realmente Mal. No lo haría—. ¿Qué clase de poder es este? —gritó.

Caminó hacia nosotros, con las sombras arremolinándose en sus palmas, y sus criaturas revoloteando a su alrededor.

Los mellizos sacaron las armas. Sin pensar, alcé los brazos y traté de alcanzar la

luz, pero no sucedió nada.

El Oscuro me miró fijamente y bajó los brazos. Las volutas de oscuridad se disolvieron.

—No —dijo desconcertado, negando con la cabeza—. No. Esto no es… ¿Qué has hecho?

—Seguid trabajando —ordené a los mellizos.

—Alina…

—*Traédmelo de vuelta* —repetí.

Sabía que lo que decía no tenía sentido; ellos no tenían el poder de Morozova. Pero Mal podía sacar conejos de las rocas, podía encontrar el norte aunque estuviera boca abajo. Encontraría la forma de volver a mí.

Me puse en pie, y el Oscuro avanzó a zancadas hacia mí. Llevó las manos hasta mi garganta.

—No —susurró.

Solo entonces me di cuenta de que el collar se me había caído. Bajé la mirada y vi que estaba hecho pedazos junto al cuerpo de Mal. Mi muñeca estaba desnuda; el grillete también se había roto.

—Esto no está bien —dijo, y en su voz oí la desesperación, una angustia nueva y desconocida. Sus dedos me rozaron el cuello y me tomaron el rostro. No sentí ninguna oleada de seguridad. Ninguna luz se removió en mi interior para responder a su llamada. Sus ojos grises examinaron los míos, confusos, casi asustados—. Estabas destinada a ser como yo. Estabas destinada… Ahora no eres *nada*.

Bajó las manos, y me di cuenta de cómo lo comprendía de golpe. Estaba solo de verdad. Y siempre lo estaría.

Vi cómo la desolación cruzaba sus ojos, sentí el vacío en su interior ensanchándose cada vez más, un erial infinito. La calma lo abandonó, toda esa fría seguridad, y gritó de rabia.

Abrió los brazos, invocando a la oscuridad. Los *nichevo'ya* se desperdigaron como una bandada de pájaros espantados y atacaron a los Soldat Sol y a los *oprichniki* por igual, cortándolos, apagando los rayos de luz ardiente que emitían sus cuerpos. Sabía que el dolor del Oscuro no tenía fin. Simplemente seguiría creciendo y creciendo.

Misericordia. ¿Lo habría entendido yo misma alguna vez? ¿Había creído de verdad que sabía lo que era sufrir? ¿Perdonar? *Misericordia*, pensé. *Por el ciervo, por el Oscuro, por todos nosotros*.

Si hubiéramos seguido atados por aquel vínculo, tal vez habría sentido lo que estaba a punto de hacer. Mis dedos se retorcieron en la manga de mi abrigo, rodeando de sombras la hoja de mi cuchillo; el cuchillo que había recogido de la arena, húmedo con la sangre de Mal. Aquel era el único poder que me quedaba, uno que nunca había sido mío realmente. Un eco, una broma, un truco de feria. *Es algo que le arrebataste*.

—No necesito ser Grisha —susurré—, para emplear el acero Grisha.

Con un movimiento rápido, clavé la hoja envuelta en sombras profundamente en el corazón del Oscuro.

Produjo un sonido suave, poco más que una exhalación. Bajó la mirada hasta el mango que le salía del pecho, y después la alzó hacia mí. Frunció el ceño, dio un paso y se tambaleó ligeramente. Después se enderezó.

Una única risa brotó de sus labios, y unas finas gotitas de sangre aparecieron sobre su barbilla.

—*¿Así?*

Le fallaron las piernas. Trató de detener su caída, pero su brazo cedió y se desmoronó para caer sobre su espalda. *Es muy sencillo. Los similares se atraen*. El propio poder del Oscuro. La propia sangre de Morozova.

—Cielo azul —dijo. Miré, y lo vi en la distancia, un pálido resplandor, cubierto casi por completo por la niebla negra de la Sombra. Los volcra se estaban alejando de él, buscando algún lugar donde esconderse—. Alina —suspiró.

Me arrodillé junto a él. Los *nichevo'ya* habían dejado de atacar. Volaban en círculo ruidosamente sobre nosotros, sin saber muy bien qué hacer. Me pareció distinguir a Nikolai entre ellos, elevándose hacia la franja azul.

—Alina —repitió el Oscuro, y sus dedos buscaron los míos. Me sorprendió encontrar nuevas lágrimas que llenaban mis ojos. Alzó la mano y rozó con los nudillos la humedad de mi mejilla. Una ligera sonrisa apareció en sus labios—. Alguien que me llora. —Bajó la mano, como si el peso fuera demasiado—. No quiero una tumba —jadeó mientras me apretaba la mano—, que puedan profanar.

—Está bien —dije, y cada vez caían más lágrimas. *No quedará nada*.

Se estremeció, y sus párpados cayeron.

—Una vez más —me pidió—. Di mi nombre una vez más.

Era antiquísimo, eso lo sabía. Pero en ese momento no era más que un chico, un chico brillante, bendecido con demasiado poder, con una carga para toda la eternidad.

—Aleksander.

Cerró los ojos.

—No me dejes solo —murmuró. Y entonces se fue.

Un sonido como un gran suspiro nos atravesó, agitando mi pelo.

Los *nichevo'ya* explotaron, desperdigándose como cenizas en el viento, dejando a los soldados y Grisha sobresaltados mirando los lugares donde habían estado. Oí un grito de dolor y levanté la mirada a tiempo de ver cómo se disolvían las alas de Nikolai, cómo la oscuridad brotaba de él en volutas negras mientras se precipitaba hacia la arena gris. Zoya corrió hacia él, tratando de detener su caída con una corriente ascendente.

Sabía que debía moverme. Debía hacer algo, pero no era capaz de mover las piernas. Me desplomé entre Mal y el Oscuro, los últimos de la línea de Morozova. Sangraba por la herida de bala. Me toqué la piel vacía del cuello, y me sentí desnuda.

Fui vagamente consciente de los Grisha del Oscuro retirándose. Algunos de los

oprichniki también se fueron, y la luz seguía fluyendo de ellos en oleadas incontrolables. No sabía adonde iban. Quizás de vuelta a Kribirsk, para advertir a sus compatriotas de que su amo había caído, o quizás solo estaban huyendo. No me importaba.

Oí a Tolya y a Tamar susurrando continuamente. No era capaz de distinguir las palabras, pero la resignación de sus voces era bastante clara.

—No quedará nada —dije en voz baja, sintiendo el vacío en mi interior, el vacío en todas partes.

Los Soldat Sol estaban vitoreando, proyectando la luz a su alrededor en arcos gloriosos mientras hacían desaparecer la Sombra. Algunos de ellos se habían subido a los esquifes de cristal del Oscuro, y otros habían formado una fila y estaban uniendo los rayos de luz, enviando una cascada de luz que recorría los restos cada vez más escasos de la oscuridad, desvaneciendo la Sombra en una oleada que se extendía.

Estaban llorando, riendo, eufóricos en su triunfo, y hacían tanto ruido que casi no lo oí: un sonido suave y áspero, frágil, imposible. Traté de mantenerla a raya, pero la esperanza me atacó con fuerza, un anhelo tan intenso que sabía que me rompería si terminaba.

Tamar sollozó. Tolya soltó un juramento. Y ahí estaba otra vez: el sonido débil y milagroso de Mal tomando aliento.

CAPÍTULO 18

os sacaron de la Sombra en uno de los esquifes del Oscuro. Zoya se apropió del maltrecho barco de cristal dando órdenes sin esfuerzo, y mantuvo distraídos a los curiosos Soldat Sol mientras Tolya y Tamar nos llevaban a cubierta, ocultos bajo pesados abrigos y *keftas* plegadas. El cuerpo del Oscuro estaba envuelto en la túnica azul de uno de sus Inferni caídos. Le había hecho una promesa, y tenía intención de mantenerla.

Los Vendavales (Zoya, Nadia y Adrik, todos ellos vivos y tan de una pieza como habían estado al principio de la batalla), llenaron las velas negras y nos llevaron sobre la arena negra con tanta rapidez como permitía su poder.

Me quedé tumbada junto a Mal, que seguía sintiendo un dolor terrible, perdiendo y recuperando la consciencia continuamente. Tolya siguió trabajando con él, comprobando su pulso y su respiración.

En algún lugar del esquife oí a Nikolai hablando, con la voz ronca y dañada por aquella oscuridad que lo había poseído. Quería ir con él, ver su cara, asegurarme de que se encontraba bien. Debía de tener huesos rotos a causa de la caída. Pero yo misma había perdido mucha sangre y noté cómo mi mente agotada se desvanecía, deseosa de olvidar. Mientras los ojos comenzaban a cerrárseme, le cogí la mano a Tolya.

—He muerto aquí. ¿Lo entiendes? —Frunció el ceño. Pensaba que estaba delirando, pero necesitaba que me escuchara—. Este ha sido mi martirio, Tolya. He muerto aquí hoy.

—Sankta Alina —dijo con suavidad, y me besó los nudillos en un gesto elegante, como un caballero en un baile. Recé a todos los Santos reales para que lo comprendieran.

Al final, mis amigos hicieron un buen trabajo con mi muerte, y un trabajo incluso mejor con la resurrección de Nikolai.

Nos llevaron de vuelta a Tomikyana y nos ocultaron en el granero, escondidos tras las prensas de sidra por si acaso regresaban los Soldat Sol. Limpiaron a Nikolai, le cortaron el pelo, y lo alimentaron con té azucarado y pan rancio. Genya encontró incluso un uniforme del Primer Ejército para él. En cuestión de horas salió en dirección a Kribirsk, flanqueado por los mellizos, junto a Nadia y Zoya, vestidas con *keftas* azules robadas a los muertos.

La historia que habían inventado era simple: el Oscuro lo había mantenido prisionero y tenía intención de ejecutarlo en la Sombra, pero Nikolai había escapado y, con la ayuda de la Invocadora del Sol, había logrado derrotar al Oscuro. Pocas personas conocían la verdad de lo que había ocurrido. La batalla había sido confusa y violenta y había transcurrido en una oscuridad casi total, y sospechaba que los Grisha y los *oprichniki* del Oscuro estarían demasiado ocupados huyendo o suplicando el perdón real como para negar esa nueva versión de los hechos. Era una buena historia, con un final trágico: la Invocadora del Sol había sacrificado su vida para salvar Ravka y a su nuevo Rey.

La mayoría de mis horas en Tomikyana estaban borrosas. El olor de las manzanas. El susurro de las palomas en los tejados. La respiración constante de Mal junto a mí. En un momento Genya vino a ver cómo estábamos, y pensé que estaba soñando. Las cicatrices de su rostro seguían ahí, pero la mayoría de las protuberancias negras habían desaparecido.

—Tu espalda también —dijo con una sonrisa—. Hay cicatrices, pero no da tanto miedo.

—¿Y tu ojo? —pregunté.

—Lo he perdido del todo. Pero le he cogido cariño al parche. Creo que me da cierta elegancia.

Debí de quedarme dormida, porque lo siguiente que supe fue que Misha estaba delante de mí con las manos llenas de harina.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunté, con las palabras emborronadas.

—Tarta de jengibre.

—¿Sin manzanas?

—Estoy harto de manzanas. ¿Quieres remover la cobertura?

Recuerdo asentir con la cabeza, y después quedarme otra vez dormida.

Hasta más tarde aquella noche Zoya y Tamar no fueron a ver cómo estábamos, con noticias de Kribirsk. Parecía que el poder de los amplificadores había llegado hasta los puertos secos. La explosión había derribado a los Grisha y a los trabajadores

portuarios, y había estallado el caos cuando la luz comenzó a manar de cada *otkazat'sya* cercano.

Mientras la Sombra comenzaba a desintegrarse, se habían atrevido a cruzar sus orillas para unirse a la destrucción. Algunos de ellos habían tomado armas y comenzado a cazar a los volcra, arrinconándolos en los restos que quedaban de la Sombra para matarlos. Se decía que algunos de los monstruos habían escapado, enfrentándose a la luz para buscar sombras profundas en alguna otra parte. Ahora, entre los trabajadores portuarios, los Soldat Sol y los *oprichniki* que no habían huido, todo lo que quedaba del Nocéano eran unas volutas negras que flotaban en el aire o se arrastraban por el suelo, como criaturas perdidas separadas de la manada.

Cuando los rumores de la muerte del Oscuro llegaron a Kribirsk, el campamento militar se hundió en el caos, y entonces llegó Nikolai Lantsov. Se instaló en los aposentos reales, comenzó a reunir a capitanes del Primer Ejército y comandantes Grisha, y simplemente empezó a dar órdenes. Había movilizado a todas las unidades restantes del ejército para asegurar las fronteras, envió mensajes a la costa para reunir la flota de Sturmhond, y al parecer lo logró todo sin dormir y con dos costillas fracturadas. Nadie más hubiera tenido tanta habilidad, y mucho menos tanto valor, y desde luego no un hijo menor que se rumoreaba bastardo. Pero Nikolai había estado entrenándose para eso toda su vida, y yo sabía que tenía un don para lo imposible.

—¿Cómo está? —le pregunté a Tamar.

Hizo una pausa antes de responder.

—Parece embrujado. Hay algo diferente en él, aunque no sé si alguien más se dará cuenta.

—Quizás —intervino Zoya—. Pero nunca había visto nada igual. Si se vuelve más encantador, hombres y mujeres empezarán a tirarse en la calle esperando el privilegio de que los pise el nuevo Rey de Ravka. ¿Cómo te resististe a él?

—Buena pregunta —murmuró Mal junto a mí.

—Resulta que me dan igual las esmeraldas —dije.

Zoya puso los ojos en blanco.

—Y la sangre real, el carisma cegador, una tremenda riqueza…

—Ya puedes parar —señaló Mal.

Apoyé la cabeza contra su hombro.

—Esas cosas están muy bien, pero mi verdadera pasión son las causas perdidas.

O en realidad solo una. Beznako. Mi causa perdida, que ya había vuelto a encontrar.

—Estoy rodeada de idiotas —dijo Zoya, pero estaba sonriendo.

Antes de que Tamar y Zoya regresaran al edificio principal, Tamar comprobó nuestras heridas. Mal se encontraba débil, pero con lo que había pasado era de esperar. Tamar había curado la herida de bala de mi hombro y, aparte de andar un poco temblorosa y dolorida, me sentía como nueva. Al menos eso fue lo que les dije. Podía sentir el dolor de la ausencia en el lugar donde había estado mi poder, como un

miembro fantasma.

Dormité en el colchón que habían llevado hasta el granero y, cuando desperté, Mal se encontraba tumbado de costado, observándome. Estaba pálido, y sus ojos azules casi parecían demasiado brillantes. Extendí el brazo y recorrí la cicatriz que atravesaba su mandíbula, la que se había hecho en Fjerda cuando estaba dando caza al ciervo.

—¿Qué viste? —pregunté—. ¿Cuando…?

—¿Cuando morí? —Le di un suave empujón, y él hizo una mueca de dolor—. Vi a Ilya Morozova sentado en un unicornio, tocando una balalaika.

—Qué gracioso.

Se recostó y se pasó el brazo con cuidado por debajo de la cabeza.

—No vi nada. Lo único que recuerdo es el dolor. Parecía como si el cuchillo estuviera en llamas, como si me estuviera arrancando el corazón del pecho. Y después, nada. Solo oscuridad.

—Moriste —respondí con un estremecimiento—. Y entonces mi poder…

Se me rompió la voz.

Él extendió el brazo, y yo apoyé la cabeza en su hombro, con cuidado de no mover las vendas de su pecho.

—Lo siento —dijo—. Hubo momentos… Hubo momentos en los que deseé que tu poder desapareciera. Pero jamás deseé esto.

—Me alegra estar viva —le aseguré—. La Sombra ya no está. Tú estás a salvo. Es solo que… duele.

Me sentía ruin. Harshaw había muerto, y también la mitad de los Soldat Sol, incluida Ruby. Y también estaban los demás: Sergei, Marie, Peja, Fedyor, Botkin. Baghra. Demasiada gente perdida en esta guerra. La lista continuaba y continuaba.

—La pérdida es la pérdida —señaló Mal—. Tienes derecho a sentirte afligida.

Miré las vigas de madera del granero. Incluso las volutas de oscuridad que había invocado me habían abandonado. Aquel poder pertenecía al Oscuro, y había dejado este mundo con él.

—Me siento vacía.

Mal permaneció en silencio durante un largo momento antes de hablar.

—Yo también. —Me incorporé sobre un codo, y vi que tenía la mirada perdida—. No lo sabré hasta que intente rastrear, pero me siento diferente. Antes simplemente sabía las cosas. Incluso aquí tumbado, podría haber sentido a los ciervos en el campo, a un pájaro sobre una rama, quizás a un ratón royendo la pared. Nunca pensaba en ello, pero ahora hay una especie de… silencio.

Pérdida. Me preguntaba cómo habrían conseguido Tolya y Tamar resucitar a Mal. Estaba dispuesta a llamarlo simplemente un milagro, pero me parecía que ya lo entendía. Mal había tenido dos vidas, pero solo una de ellas era suya por derecho. La otra era robada, un legado nacido del *merzost*, arrebatada a la creación en el corazón del mundo. Era la fuerza que había animado a la hija de Morozova cuando perdió su

vida humana, el poder que había reverberado en los huesos de Mal. Su sangre estaba impregnada de él, y ese trozo robado de la creación era lo que lo convertía en un rastreador tan extraordinario. Lo había atado a todo lo que vivía. *Los similares se atraen*.

Y ahora ya no estaba. La vida robada por Morozova y entregada a su hija había llegado a su fin. La vida con la que Mal había nacido, frágil, mortal y temporal, era solo suya. Pérdida. Ese era el precio que había exigido el mundo para lograr un equilibrio. Pero Morozova no podía saber que la persona que descifraría los secretos de sus amplificadores no sería algún antiguo Grisha que hubiera vivido mil años y se hubiera cansado de su poder. No podía saber que todo dependería de dos huérfanos de Keramzin.

Mal me tomó la mano, enroscó los dedos con los míos, y se la llevó al pecho.

—¿Crees que podrías ser feliz? —preguntó—. ¿Con un rastreador consumido?

Sonreí ante sus palabras. El arrogante Mal. Encantador, valiente y peligroso. ¿Era duda lo que oía en su voz? Lo besé con suavidad.

—Si tú puedes ser feliz con alguien que te ha clavado un cuchillo en el pecho.

—Yo te ayudé. Y te dije que podía soportar tu mal humor.

No sabía lo que sucedería a continuación, ni quién se suponía que era. No tenía nada, ni siquiera la ropa prestada que llevaba. Y aun así, estando ahí tumbada me di cuenta de que no me sentía asustada. Después de todo lo que había superado, no me quedaba ningún miedo. Sí había tristeza, gratitud, quizás incluso esperanza, pero el dolor y los desafíos se habían comido el miedo. La Santa ya no estaba. La Invocadora tampoco. Volvía a ser simplemente una chica, pero esa chica no le debía su fuerza al destino, a las casualidades o a un designio mayor. Había nacido con mi poder, pero el resto me lo había ganado.

—Mal, tendrás que tener cuidado. La historia de los amplificadores podría filtrarse. La gente podría pensar que todavía tienes poder.

Negó con la cabeza.

—Malyen Oretsev murió contigo —dijo, y sus palabras se parecían tanto a mis pensamientos que se me erizó el vello de los brazos—. Esa vida ha terminado. Quizás seré más listo en la próxima.

Resoplé.

—Ya veremos. Vamos a tener que elegir nombres nuevos, ya sabes.

—Misha ya está haciendo una lista de sugerencias.

—Por todos los Santos.

—No tienes motivos para quejarte. Al parecer el mío será Dmitri Dumkin.

—Te pega.

—Tengo que advertirte de que estoy llevando la cuenta de todos tus insultos para poder recompensarte cuando esté curado.

—Cuidado con las amenazas, Dumkin. A lo mejor le cuento al Apparat lo de tu milagrosa recuperación, y te convertirá en un Santo a ti también.

—Puede intentarlo —dijo—. No tengo intención de desperdiciar mis días en búsquedas sagradas.

—¿No?

—No —afirmó mientras me acercaba más a él—. Tengo que pasar el resto de mi vida buscando formas de merecer a cierta chica de pelo blanco. Es muy quisquillosa, y a veces me mete excrementos de ganso en los zapatos o trata de matarme.

—Parece agotador —logré decir mientras sus labios se encontraban con los míos.

—Pero vale la pena. Y a lo mejor algún día me deja llevarla hasta una capilla.

Me estremecí.

—No me gustan las capillas.

—Le dije a Ana Kuya que me casaría contigo.

Reí.

—¿Lo recuerdas?

—Alina —dijo, y me besó la cicatriz de la palma—, lo recuerdo todo.

Era el momento de dejar atrás Tomikyana. Tan solo habíamos tenido una noche para recuperarnos, pero las noticias de la destrucción de la Sombra se estaban extendiendo con rapidez, y los dueños de la granja podrían regresar pronto. Y aunque ya no fuera la Invocadora del Sol, todavía tenía cosas que hacer antes de poder enterrar a Sankta Alina para siempre.

Genya nos llevó ropa limpia. Mal fue cojeando hasta detrás de las prensas de sidra para cambiarse, mientras ella me ayudaba a ponerme una blusa sencilla con un *sarafan* encima. Eran ropas de campesina, ni siquiera militares.

Una vez me había tejido oro en el pelo en el Pequeño Palacio, pero ahora necesitaba un cambio más radical. Utilizó un trozo de hematita y un puñado de plumas brillantes de gallo para alterar temporalmente el distintivo color blanco de mi pelo, y después me ató un pañuelo alrededor de la cabeza por si acaso.

Mal regresó vestido con una blusa, pantalones y un abrigo sencillo. Tenía un gorro negro de lana con una pequeña visera. Genya arrugó la nariz.

—Pareces un granjero.

—He estado peor. —Me miró—. ¿Eres pelirroja?

—Temporalmente.

—Y le sienta casi bien —añadió Genya, y sonrió desde el granero. Los efectos se desvanecerían en unos pocos días sin su ayuda.

Genya y David viajarían por separado para asistir a una reunión Grisha en el campamento militar de Kribirsk. Le habían ofrecido a Misha ir con ellos, pero él había preferido ir con Mal y conmigo. Decía que tenía que cuidarnos. Nos aseguramos de que su sol dorado estuviera bien escondido y de que tuviera los bolsillos llenos de queso para Oncat, y después nos dirigimos hacia la arena gris de lo que una vez había sido la Sombra.

Era fácil mezclarnos con la muchedumbre que cruzaba desde Ravka y hacia ella. Había familias, grupos de soldados, nobles y campesinos. Niños que se subían a los restos de los esquifes de arena. La gente se reunía en fiestas espontáneas. Se besaban y abrazaban, y pasaban botellas de *kvas* y pan frito relleno de pasas. Se saludaban los unos a los otros con gritos de «*¡Yunejhost!*». Unidad.

Entre las celebraciones, había momentos de dolor. El silencio reinaba en los restos derruidos de lo que había sido Novokribirsk. La mayoría de los edificios se habían convertido en polvo. Tan solo había débiles señales de los lugares donde habían estado las calles, y todo había quedado desteñido a un gris casi incoloro. La fuente redonda de piedra que se había alzado en el centro de la ciudad parecía una luna en cuarto creciente, engullida allá donde el poder oscuro de la Sombra la había tocado. Los ancianos palpaban las extrañas ruinas y murmuraban entre ellos. Incluso más allá de los bordes de la ciudad caída, los dolientes depositaban flores en los restos de los esquifes, y construían pequeños altares en sus cascos.

Por todas partes vi a gente que llevaba el águila doble, transportando estandartes y agitando banderas ravkanas. Las chicas llevaban lazos azul pálido y dorados en el pelo, y oí susurros acerca de las torturas que el valiente y joven príncipe había sufrido en manos del Oscuro.

También oí mi nombre. Los peregrinos estaban inundando la Sombra para ver el milagro que había ocurrido, y para ofrecer plegarias a Sankta Alina. Una vez más, los vendedores habían vuelto a disponer carros llenos de lo que aseguraban que eran los huesos de mis dedos, y mi cara me devolvía la mirada desde las superficies pintadas de los iconos de madera. Pero no era del todo como yo. Aquella era una chica más guapa, con mejillas redondeadas y unos ojos castaños y serenos, y las astas del collar de Morozova descansando sobre su cuello esbelto. Alina de la Sombra.

Nadie nos miró dos veces. No éramos nobles. No éramos del Segundo Ejército. No éramos esa extraña nueva clase de soldados Invocadores. Éramos anónimos. Turistas.

En Kribirsk, la fiesta se hallaba en su máximo apogeo. Los puertos secos estaban iluminados con farolillos de colores. La gente cantaba y bebía a bordo de los esquifes de arena. Se apiñaban en las escaleras de las barracas y buscaban comida en la tienda de la cantina. Vi la bandera amarilla de la Tienda de los Documentos, y aunque una parte de mí me dolía por las ganas de volver allí, de oler los familiares aromas de la tinta y el papel, no podía arriesgarme a que alguno de los cartógrafos me reconociera.

Los burdeles y tabernas de la ciudad estaban haciendo un gran negocio. Había un baile improvisado en la plaza central, aunque bajando la calle una multitud se había reunido en la vieja iglesia para leer los nombres escritos en las paredes y encender velas para los muertos. Me detuve para encender una por Harshaw, y después otra, y otra más. Le hubieran gustado las llamas.

Tamar nos había encontrado una habitación en una de las posadas más respetables. Dejé allí a Mal y a Misha con la promesa de volver aquella noche. Las

noticias que venían de Os Alta seguían siendo un revoltijo, y todavía no habíamos oído nada acerca de la madre de Misha. Sabía que debía de estar esperanzado, pero no había dicho una palabra al respecto, tan solo había jurado solemnemente vigilar a Mal en mi ausencia.

—Léele parábolas religiosas —le susurré a Misha—. Le encantan.

Apenas logré esquivar la almohada que me lanzó Mal desde el otro lado de la habitación.

No fui directamente al barracón real, sino que tomé una ruta que me llevaba más allá de donde se había alzado una vez el pabellón de seda del Oscuro. Había supuesto que lo reconstruiría, pero el campo estaba vacío, y cuando llegué a los aposentos de los Lantsov enseguida comprendí por qué: el Oscuro había establecido allí su residencia. Había colgado estandartes negros de las ventanas y el águila doble tallada encima de las puertas había quedado reemplazada por un sol eclipsado. Ahora los trabajadores estaban bajando las sedas negras para sustituirlas con el azul y el dorado de Ravka. Habían puesto un toldo para recoger el yeso mientras un soldado golpeaba con un martillo enorme el símbolo de piedra de encima de la puerta, convirtiéndolo en polvo. Se alzaron vítores desde la multitud, pero yo no podía compartir su entusiasmo. A pesar de todos sus crímenes, el Oscuro había amado Ravka, y había querido que su amor fuera correspondido.

Encontré a un guardia cerca de la entrada y le pregunté por Tamar Kir-Bataar. Él me miró por encima de la nariz, viendo solo a una campesina flacucha, y por un momento oí al Oscuro diciendo «ahora no eres *nada*». La chica que había sido una vez lo habría creído, pero la chica en la que me había convertido no estaba de humor.

—¿A qué estás esperando exactamente? —dije con brusquedad. El soldado pestañeó y se apresuró a obedecer, y unos pocos minutos después Tamar y Tolya estaban bajando las escaleras al trote.

Tolya me envolvió con sus enormes brazos.

—Nuestra hermana —le explicó al guardia curioso.

—¿Nuestra hermana? —siseó Tamar mientras entrábamos en el barracón real—. No se parece en nada a nosotros. Recuérdame que nunca te deje ir a misiones de inteligencia.

—Tengo mejores cosas que hacer que intercambiar susurros —replicó él dignamente—. Además, sí que es nuestra hermana.

Me tragué el nudo que notaba en la garganta antes de hablar.

—¿He venido en un mal momento?

Tamar negó con la cabeza.

—Nikolai ha terminado pronto con las reuniones para que la gente pudiera asistir a…

Dejó la frase inconclusa, y yo asentí con la cabeza.

Me condujeron por un pasillo decorado con armas de guerra y mapas de la Sombra. Iban a tener que cambiarlos. Me pregunté si alguna vez crecería algo en aquellas arenas muertas.

—¿Os quedaréis con él? —le pregunté a Tamar. Nikolai tenía que estar desesperado por encontrar gente a su alrededor en quien pudiera confiar.

—Durante un tiempo. Nadia quiere hacerlo, y todavía hay algunos miembros vivos del Vigésimo Segundo.

—¿Nevsky? —Negó con la cabeza—. ¿Stigg logró escapar de la Rueca?

Volvió a negar con la cabeza. Había otros por los que preguntar, listas de fallecidos que tenía miedo de leer, pero aquello tendría que esperar.

—Yo quizás me quede —señaló Tolya—. Depende de…

—Tolya —dijo bruscamente su hermana. Él se ruborizó y se encogió de hombros.

—Tan solo depende.

Llegamos hasta unas pesadas puertas dobles, cuyos mangos eran dos águilas gritando.

Tamar llamó. La habitación estaba a oscuras, iluminada solo por el resplandor del fuego en la chimenea. Tardé un momento en distinguir a Nikolai en la penumbra. Se encontraba sentado enfrente del fuego, y su botas pulidas estaban sobre el cojín de un taburete. Había un plato de comida delante de él, junto a una botella de *kvas*, aunque yo sabía que prefería el brandy.

—Estaremos fuera —dijo Tamar.

Nikolai se sobresaltó ante el sonido de la puerta cerrándose. Se puso en pie e hizo una reverencia.

—Perdóname. Estaba perdido en mis pensamientos. —Entonces sonrió antes de añadir—: Territorio desconocido.

Me recliné contra la puerta. Un desliz. Cubierto de encanto, pero un desliz de todos modos.

—No tienes que hacer eso.

—Claro que sí. —Su sonrisa flaqueó, e hizo un gesto hacia las sillas, junto al fuego—. ¿Me acompañas?

Crucé la habitación. La larga mesa estaba cubierta de documentos y fajos de cartas adornadas con el sello real. Había un libro abierto sobre la silla. Lo apartó a un lado y nos sentamos.

—¿Qué estás leyendo?

Echó un vistazo al título.

—Una de las historias militares de Kamenski. En realidad tan solo quería mirar las palabras.

Recorrió la cubierta con los dedos. Tenía las manos estropeadas con cortes y arañazos. Aunque mis cicatrices se habían desvanecido, el Oscuro había marcado a Nikolai de una forma distinta. Todavía había unas débiles líneas negras que recorrían cada uno de sus dedos, donde las garras se habían abierto camino a través de la piel.

Tendría que decir que eran señales de la tortura que había sufrido como prisionero del Oscuro. En cierto sentido, era cierto. Al menos el resto de las marcas parecían haberse desvanecido.

—No podía leer —continuó—. Cuando era… Veía los carteles en las ventanas de las tiendas, las palabras junto a las cosas. No las comprendía, pero recordaba lo suficiente como para saber que eran más que arañazos en la pared.

Me acomodé en la silla.

—¿Qué más recuerdas?

Sus ojos color avellana estaban distantes.

—Demasiado. To… Todavía puedo sentir la oscuridad en mi interior. No dejo de pensar que desaparecerá, pero…

—Lo sé —dije—. Estás mejor ahora, pero sigue estando ahí. —Como una sombra junto a mi corazón. No sé lo que quería decir eso sobre el poder del Oscuro, y tampoco quería planteármelo—. Quizás se desvanezca con el tiempo.

Se pellizcó el puente de la nariz con dos dedos.

—Esto no es lo que la gente espera de un rey, lo que esperan de mí.

—Date la oportunidad de sanar.

—Todos me están observando. Necesitan seguridad. No pasará mucho tiempo hasta que los fjerdanos o los shu traten de atacarme.

—¿Qué harás?

—Mi flota está intacta, gracias a los Santos y a Privyet —dijo, refiriéndose al oficial que había dejado al mando cuando había abandonado el nombre de Sturmhond —. Deberían poder neutralizar a Fjerda durante un tiempo, y hay barcos de suministros esperando en el puerto con cargamentos de armas. He enviado mensajes a todos los puestos de avanzada militares operativos. Haremos lo que podamos para proteger las fronteras. Mañana me marcharé a Os Alta, y tengo emisarios en camino para tratar de reunir a las milicias otra vez bajo la bandera del Rey. —Soltó una risita —. Mi bandera.

Sonreí.

—Tan solo piensa en todas las reverencias que habrá en tu futuro.

—Larga vida al Rey de los Piratas.

—De los Corsarios.

—¿Por qué tratar de ocultarlo? *Rey de los Bastardos* encaja mejor.

—De hecho —dije—, ya han empezado a llamarte *Korol Rezni*.

Lo había oído entre susurros en las calles de Kribirsk: Rey de las Cicatrices.

Levantó bruscamente la mirada.

—¿Crees que lo saben?

—Lo dudo. Pero estás acostumbrado a los rumores, Nikolai. Y esto podría ser algo bueno. —Alzó una ceja—. Sé que te encanta que te adoren, pero un poco de miedo tampoco te hará daño.

—¿Te enseñó eso el Oscuro?

—Y tú. Creo recordar cierta historia sobre los dedos de un capitán fjerdano y un perro hambriento.

—Avísame la próxima vez que me estés prestando atención. Hablaré menos.

—Y ahora me lo dices.

Una débil sonrisa tiró de sus labios. A continuación frunció el ceño.

—Debería advertirte… El Apparat vendrá aquí esta noche.

Me senté más recta.

—¿Has perdonado al sacerdote?

—Tenía que hacerlo. Necesito su apoyo.

—¿Le ofrecerás un lugar en la corte?

—Estamos negociando —admitió amargamente.

Podía darle toda la información que tenía sobre el Apparat, pero sospechaba que lo que más ayudaría sería la localización de la Catedral Blanca. Por desgracia, Mal era el único que podría haber sido capaz de llevarnos de vuelta hasta allí, y ni siquiera estaba segura de que eso fuera ya una posibilidad.

Nikolai hizo girar perezosamente la botella de *kvas*.

—No es demasiado tarde —dijo—. Podrías quedarte. Podrías volver conmigo al Gran Palacio.

—¿Y hacer qué?

—¿Enseñar, ayudarme a reconstruir el Segundo Ejército, descansar junto al lago?

A eso era a lo que se refería Tolya. Esperaba que regresara a Os Alta, pero dolía pensar en ello siquiera.

Negué con la cabeza.

—No soy Grisha, y desde luego no soy noble. Mi lugar no está en la corte.

—Podrías quedarte conmigo —sugirió en voz baja, y volvió a girar la botella—. Todavía necesito una Reina.

Me levanté de la silla y aparté su pie a un lado, colocándolo sobre el taburete para mirarlo a los ojos.

—Ya no soy la Invocadora del Sol, Nikolai. Ni siquiera soy Alina Starkov. No quiero regresar a la corte.

—Pero tú entiendes esta… cosa.

Se dio un golpecito en el pecho.

Lo entendía. *Merzost*. Oscuridad. Podías odiarla y anhelarla al mismo tiempo.

—Tan solo sería una carga para ti. El poder está en la alianza —le recordé.

—Me encanta cuando me citas. —Suspiró—. Si no fuera tan endiabladamente sabio…

Me metí la mano en el bolsillo y dejé la esmeralda Lantsov sobre su rodilla. Genya me la había devuelto al marcharnos de Tomikyana. La recogió y la hizo girar. La piedra emitía destellos verdes a la luz del fuego.

—¿Una princesa shu entonces? ¿Una fjerdana de pecho abundante? ¿La hija de un magnate kerch? —Me tendió el anillo—. Quédatelo.

Lo miré fijamente.

—¿Cuánto *kvas* has bebido?

—Nada. Quédatelo. Por favor.

—Nikolai, no puedo.

—Te lo debo, Alina. Ravka te lo debe. Esto y más. Haz buenas obras, o encarga que te construyan una ópera, o simplemente sácala y mírala con anhelo cada vez que recuerdes al apuesto príncipe que podría haber sido tuyo. Que conste que prefiero la última opción, preferentemente unida a lágrimas copiosas y poesías melodramáticas. —Me reí. El me tomó la mano y me puso el anillo en la palma—. Quédatelo y construye algo nuevo.

Le di vueltas en la mano.

—Me lo pensaré.

Puso los ojos en blanco.

—¿A qué se debe tu aversión a la palabra *sí*?

Noté las lágrimas que se acumulaban en mis ojos y tuve que pestañear para hacerlas desaparecer.

—Gracias.

Se reclinó en su asiento.

—Éramos amigos, ¿verdad? No solo aliados.

—No seas idiota, Nikolai. Somos amigos. —Le di un fuerte golpe en la rodilla—. Ahora, tú y yo vamos a decidir unas cuantas cosas sobre el Segundo Ejército. Y después vamos a verme arder.

De camino a los puertos secos, me escabullí para buscar a Genya. Ella y David estaban enclaustrados en una tienda de Hacedores en el lado este del campamento.

Cuando le entregué la carta sellada marcada con el águila doble de Ravka, la chica hizo una pausa y la sostuvo con cautela, como si tocar el pesado papel fuera peligroso.

Recorrió el sello de cera con el pulgar, con los dedos temblándole ligeramente.

—Es una absolución.

La abrió de golpe y la apretó contra su pecho.

David no levantó la mirada de su mesa de trabajo cuando habló.

—¿Vamos a ir a prisión?

—Todavía no —replicó ella, y se secó una lágrima—. Gracias. —A continuación frunció el ceño cuando le entregué la segunda carta—. ¿Qué es esto?

—Una oferta de trabajo. —Había necesitado convencerlo, pero al final Nikolai había visto lógicas mis sugerencias. Me aclaré la garganta—. Ravka todavía necesita a sus Grisha, y los Grisha todavía necesitan un puerto seguro en el mundo. Quiero que lideres el Segundo Ejército, junto a David. Y a Zoya.

—¿Zoya? ¿Me estás castigando?

—Es poderosa, y creo que tiene madera para ser una buena líder. O quizá convierta tu vida en una pesadilla. Posiblemente las dos cosas.

—¿Por qué nosotros? El Oscuro…

—El Oscuro ya no está, y tampoco la Invocadora del Sol. Ahora los Grisha pueden liderarse a sí mismos, y quiero que todas las órdenes estén representadas: Etherealki, Materialki, y tú: los Corporalki.

—No soy una Corporalnik de verdad, Alina.

—Cuando tuviste la oportunidad, escogiste el rojo. Y espero que esas divisiones no importen tanto si los Grisha se dirigen a sí mismos. Todos sois fuertes. Todos sabéis lo que es que os seduzca el poder, el estatus o el conocimiento. Además, sois todos héroes.

—Seguirán a Zoya, quizás incluso a David…

—¿Hum? —preguntó él, distraído.

—Nada. Vas a tener que ir a más reuniones.

—Odio las reuniones —refunfuñó.

—Alina —dijo ella—, no creo que vayan a seguirme.

—Harás que te sigan. —Le toqué el hombro—. Eres valiente e indestructible.

Una sonrisa se extendió lentamente por su rostro. A continuación guiñó un ojo.

—Y maravillosa.

Sonreí.

—Entonces, ¿aceptas?

—Acepto. —La abracé con fuerza. Se rio, y después me tiró de un mechón de pelo que se me había soltado del pañuelo—. Ya se está desvaneciendo. ¿Te lo arreglo?

—Mañana.

—Mañana —asintió.

Volví a abrazarla, y después salí al exterior, a los últimos rayos de sol.

Hice el camino de vuelta a través del campamento, siguiendo a la multitud más allá de los puertos secos, hasta las arenas de lo que había sido el Nocéano. El sol ya casi se había puesto y el crepúsculo estaba cayendo, pero era imposible no ver la pira, un enorme montículo de abedules, cuyas ramas estaban entrelazadas como brazos blancos.

Me estremecí al ver a la chica que descansaba sobre ella. Su pelo estaba extendido alrededor de su cabeza, como un halo blanco. Llevaba una *kefta* azul y dorada, y el collar de Morozova estaba alrededor de su garganta, de un gris plateado contra su piel. Los hilos o los artefactos de los Hacedores que sostenían juntas las piezas habían quedado ocultos.

Mis ojos recorrieron su cara; mi cara. Genya había hecho un trabajo extraordinario. La forma era la correcta, la inclinación de la nariz, el ángulo de la mandíbula. El tatuaje de su mejilla había desaparecido. Ya casi no quedaba nada de Ruby, la Soldat Sol que hubiera sido una Invocadora de no haber muerto en la

Sombra. Había muerto como una chica corriente.

Me había opuesto a la idea de utilizar su cuerpo de este modo, preocupada porque su familia no tuviera nada que enterrar, pero había sido Tolya quien me había convencido.

—Ella creía en ti, Alina. Aunque tú no lo hicieras, deja que este sea su último acto de fe.

Junto a Ruby, el Oscuro yacía con su *kefta* negra.

Me pregunté quién se habría ocupado de él, notando un dolor en la garganta. ¿Quién le habría peinado el pelo, apartándolo tan cuidadosamente de su frente? ¿Quién le había unido sus gráciles manos sobre el pecho?

Algunos en la multitud se quejaban de que el Oscuro no tenía derecho a compartir la pira con una Santa. Pero a mí me parecía correcto, y la gente necesitaba ver cómo terminaba todo.

Los Soldat Sol restantes se habían reunido junto a la pira, con las espaldas y los pechos desnudos adornados con tatuajes. Vladim también se encontraba allí, con la cabeza inclinada, y la piel levantada de su marca quedaba resaltada por la luz del fuego. A su alrededor, la gente lloraba. Nikolai estaba de pie en la periferia, inmaculado con el uniforme del Primer Ejército y el Apparat a su lado. Me subí el chal.

Los ojos de Nikolai se cruzaron con los míos brevemente desde el otro lado del círculo. Dio la señal, y el Apparat alzó las manos. Los Inferni emplearon sus pedernales, y las llamas saltaron en unos arcos brillantes, rodeando y hundiéndose entre los abedules como pájaros que revolotearan, lamiendo la yesca hasta que comenzó a arder.

El fuego creció en llamas resplandecientes, como hojas temblorosas de un gran árbol dorado. A mi alrededor, los sollozos y los lamentos de la multitud se volvieron cada vez más ruidosos.

—Sankta —gritaban—. Sankta Alina.

Me escocían los ojos a causa del humo. El olor era de una dulzura enfermiza.

—Sankta Alina.

Nadie sabía el nombre del Oscuro para maldecirlo o alabarlo, así que lo pronuncié en voz baja, con suavidad.

—Aleksander —susurré. El nombre de un chico, un nombre abandonado. Casi olvidado.

Después

abía una capilla en la costa de Ravka Occidental, al sur de Os Kervo, a orillas del Mar Auténtico. Era un lugar tranquilo, donde las olas llegaban casi hasta la puerta. Las paredes encaladas estaban repletas de conchas, y la cúpula que flotaba encima del altar no se parecía tanto al cielo como al azul profundo del mar.

No hubo ninguna gran ceremonia, ningún contrato ni ninguna fortuna falsa. Ni el chico ni la chica tenían familias que montaran alboroto, que los hicieran desfilar por el pueblo cercano o los honrara con banquetes. La novia no llevaba ningún kokochnik, ningún vestido dorado. Los únicos testigos eran un gato anaranjado que se escabullía entre los bancos y un niño, ahora también sin madre, que llevaba una espada de madera. Tuvo que subirse a una silla para ponerles las coronas de madera de deriva sobre las cabezas mientras se pronunciaban las bendiciones.

Los nombres que dieron eran falsos, aunque los votos que hicieron eran auténticos.

Todavía había guerras, y todavía había huérfanos, pero el edificio que se alzaba sobre las ruinas de lo que había sido Keramzin no se parecía en nada al anterior. No era la casa de un Duque, llena de cosas que no debían tocarse. Era un lugar para los niños. El piano en la sala de música se encontraba descubierto. La puerta de la despensa nunca estaba cerrada con llave. Siempre había una lámpara encendida en los dormitorios para mantener a raya la oscuridad.

El personal no lo aprobaba.

Los estudiantes eran demasiado escandalosos. Se gastaba demasiado dinero en azúcar para el té, en carbón para el invierno, en libros que no contenían más que cuentos de hadas. ¿Y por qué todos los niños necesitaban un par nuevo de patines?

Jóvenes. Ricos. Posiblemente locos. Eso era lo que se murmuraba acerca de la

pareja que dirigía el orfanato. Pero pagaban bien, y el chico era tan encantador que era difícil enfadarse con él, incluso cuando se negaba a castigar a algún diablillo que había llenado el vestíbulo de huellas de barro.

Se decía que era un pariente lejano del Duque, y aunque sus modales en la mesa eran lo bastante correctos, parecía que fuera un soldado. Enseñaba a los estudiantes a cazar y a poner trampas, y las nuevas técnicas de labranza que tanto gustaban al Rey de Ravka. El propio Duque se había instalado en su casa de invierno de Os Alta. Los últimos años de la guerra habían sido difíciles para él.

La chica era distinta, menuda y extraña, con un cabello blanco que llevaba suelto por la espalda como si no fuera una mujer casada, en apariencia indiferente a las miradas desaprobadoras y los chasquidos de lengua de los profesores y el personal. Contaba a los estudiantes peculiares historias de barcos voladores y castillos subterráneos, de monstruos que se comían la tierra y pájaros que se elevaban con alas de fuego. A menudo se paseaba descalza por los pasillos y el olor a pintura fresca no parecía desvanecerse nunca, pues siempre estaba comenzando algún nuevo proyecto, dibujando un mapa en alguna de las paredes de las clases, o cubriendo el techo del dormitorio de las chicas con arcoíris.

—No vale mucho como artista —resopló uno de los profesores.

—Pero desde luego tiene imaginación —respondió el otro, mirando con escepticismo el dragón blanco que se enroscaba por la barandilla de las escaleras.

Los estudiantes aprendían matemáticas y geografía, ciencias y arte. Acudían comerciantes de pueblos y aldeas cercanas para tomarlos como aprendices. El nuevo Rey esperaba abolir el llamamiento a filas en unos pocos años, y si tenía éxito todos los ravkanos necesitarían algo con lo que comerciar. Cuando se examinaba a los niños para comprobar si tenían poderes Grisha, tenían la opción de elegir si querían ir o no al Pequeño Palacio, y siempre eran bienvenidos si volvían a Keramzin. Por la noche les decían que recordaran al joven Rey en sus plegarias; *Korol Rezni*, que mantendría fuerte a Ravka.

Aunque el chico y la chica no fueran de la nobleza, desde luego tenían amigos en lugares importantes. Llegaban regalos con frecuencia, a veces marcados con el sello real: una colección de atlas para la biblioteca, unas robustas mantas de lana, un trineo nuevo y un par de caballos blancos a juego para tirar de él. Una vez llegó un hombre con una flota de barcos de juguete que los niños lanzaron al arroyo en una regata en miniatura. Los profesores se dieron cuenta de que el desconocido era joven y guapo, con pelo dorado y ojos color avellana, pero bastante extraño. Se quedó hasta tarde para cenar y ni una sola vez se quitó los guantes.

Cada invierno, durante el banquete de Sankt Nikolai, una troika subía el camino nevado y de ella bajaban tres Grisha vestidos con pieles y gruesas *keftas* de lana: roja, púrpura y azul. Su trineo estaba abarrotado de presentes: higos y albaricoques

bañados en miel, montones de dulces de nueces, guantes forrados de visón, y botas de cuero suave. Se quedaban despiertos hasta tarde, mucho después de que los niños se fueran a la cama, hablando y riendo, contando historias, comiendo ciruelas en escabeche y tostando salchichas de cordero en el fuego.

El primer invierno, cuando llegó la hora de que sus amigos se marcharan, la chica salió a la nieve para decir adiós, y la impresionante Vendaval de pelo negro le dio otro regalo.

—Una *kefta* azul —dijo la profesora de matemáticas, negando con la cabeza—. ¿Para qué la querrá?

—A lo mejor conocía a un Grisha que murió —replicó la cocinera, fijándose en las lágrimas que llenaban los ojos de la chica. No vieron la nota que decía: *Siempre serás una de nosotros*.

Tanto el chico como la chica habían conocido la pérdida, y su dolor no los abandonaba. A veces él la encontraba de pie junto a una ventana, jugando con los dedos con los rayos de luz que se colaban por el cristal, o sentada frente a los escalones delanteros del orfanato, mirando el tocón del roble que había junto al camino. Entonces acudía a ella, la abrazaba y la conducía hasta las orillas del estanque de Trivka, donde los insectos zumbaban y la hierba crecía alta y dulce, donde podrían olvidar las viejas heridas.

Ella también veía tristeza en el chico. Aunque el bosque seguía dándole la bienvenida, ahora estaba separado de él, y el vínculo que había en sus huesos desde que nació se había quemado en el mismo momento en que había entregado su vida por la chica.

Pero aquellos momentos pasaban, y los profesores los veían riéndose en un pasillo en penumbra, o besándose junto a las escaleras. Además, la mayoría de los días eran demasiado ajetreados como para llorar. Había clases a las que enseñar, comidas que preparar y cartas que escribir. Cuando caía la tarde, el chico le llevaba a la chica un poco de té y un pedazo de tarta de limón, con un pétalo de manzano flotando en la taza azul. Le besaba el cuello y le susurraba nuevos nombres al oído: preciosa, querida, amada, mi corazón.

Tuvieron una vida corriente, llena de cosas corrientes… si es que puede llamarse así al amor.

AGRADECIMIENTOS

Hace unos años, comencé un viaje hacia la oscuridad con una chica que todavía no tenía nombre. He tenido la suerte de tener a gente maravillosa apoyándome y animándome en cada paso del camino.

EQUIPO CIENCIA (!)

Lo gracioso del truco que hace Alina al doblar la luz es que es uno de los aspectos más científicos de estos libros. En el mundo real existen capas de invisibilidad creadas con tecnología, lo cual me hace feliz a muchos niveles. Búscalo en Google, y verás cómo flipas. Peter Bibring fue quien me lo sugirió, y Tomikyana se llama así por su hija, Iris Tommiko. Harper Seiko, prometo meter tu nombre en mi próximo libro. También tengo que darle las gracias a la mujer de Peter, Michelle Chihara, que es una amiga muy querida y una escritora maravillosa. Cuando vendí la trilogía Grisha a Henry Holt, bailé de alegría en su cocina, y no es una forma de hablar. Muchas gracias a John Williams por la chispa que llevó a la capa acústica.

EQUIPO PALABRAS

Noa Wheeler y yo hemos regateado sobre títulos, estrechado vínculos por los libros, y conspirado contra los bollitos rellenos. Gracias por hacer que el trabajo duro sea tan divertido. Muchas gracias también a Jon Yaged, Jean Feiwel, Laura Godwin, Angus Killick, Elizabeth Fithian, Lucy del Priore, April Ward, Rich Deas, Allison Verost, la incansablemente paciente Molly Brouillette, y las maravillosas Ksenia Winnicki y Caitlin Sweeny, que tanto han hecho para promocionar la trilogía en internet. También quiero dar un agradecimiento especial a Verónica Roth, John Picacio, Michael Scott, Lauren DeStefano y Rick Riordan, que han sido muy amables conmigo y con estos libros.

EQUIPO NEW LEAF

Joanna Volpe, gracias por ser una agente magnífica, una amiga maravillosa, y por asustarme en una habitación de hotel de Belfast. Gracias a Kathleen Ortiz por expandir internacionalmente a los Grisha y por soportar mis acercamientos absurdos a los contratos y los planes de viaje; a Pouya Shabazian por reírse de mis chistes

estúpidos y ayudarme a recorrer las tierras salvajes de Hollywood; y a Danielle Barthel y Jaida Temperly por mantener las barricadas con elegancia y buen humor.

EQUIPO CHICAS INCREÍBLES

Morgan Fahey ha sido una lectora increíble, y me ha hecho compañía con chats de madrugada y correos desternillantes. Gracias por ayudarme cuando estoy estresada. Sarah Mesle me ayudó a sortear muchos problemas de la trama, y jamás olvidaré nuestra charla en el búnker de Año Nuevo… ¡SkyMall! Kate Ghaffar, también conocida como la Emperatriz del *Swag*, también conocida como la Maestra Hacedora, también conocida como Listilla: no sé lo que habría hecho si no te tuviera como conspiradora y confidente. Muchas gracias a Cindy Pon, Marie Rutkoski, Robin Wasserman, Amie Kaufman, Jennifer Rush, Sarah Ress Brennan, Cassandra Clare y Marie Lu por su apoyo, cotilleos e inspiración. También a Emmy Laybourne, Jessica Brody y Anna Banks: me siento como si hubiéramos ido a un campamento de verano juntas, o quizás a la guerra, y me ha encantado cada minuto. Un agradecimiento especial a Holly Black, que me destruyó y me reconstruyó en un único viaje en taxi. Tiene poderes, que lo sepáis.

EQUIPO LOS ÁNGELES

Amor y gratitud para Ray Tejada, Austin Wilkin y Rachel Tejada, de Ocular Curiosity (también conocida como la Liga de la Diversión Insondable). David y Erin Peterson son mi pareja favorita; gracias por ser tan generosos con vuestro talento y vuestro tiempo. Rachael Martin es una compañera de baile increíble, y Robyn Bacon es la mujer ideal en lo referente a la JUSTICIA. Jimmy Freeman me ha mimado con amabilidad, apoyo y hospitalidad. Gretchen McNeil es una maravillosa compañera de habitación para ir a convenciones, y para ser tan Marianne está increíblemente llena de buenos consejos. Un agradecimiento especial a Dan Braun, Brandon Harvey, Liz Hamilton, Josh Kamensky, Heather Joy y la pequeña Phoebe, Aaron Wilson y Laura Recchi, Michael Pessah, la increíblemente molona Christina Strain, Romi Cortier, Tracey Taylor, Lauren Messiah, Mel Caine, Mike DiMartino y Kurt Mattila, que volvió a engancharme a los cómics. Brad Farwell, tú no vives en Los Ángeles, pero no encajabas en ninguna de las otras categorías. Idiota.

EQUIPO LIBRERO

Un enorme agradecimiento a los bibliotecarios, profesores, blogueros y libreros que han ayudado a estos libros a encontrar a sus lectores. Y, como siempre, mucho

amor para la Hermandad sin Estandartes, que me dio la bienvenida a uno de los grupos de fans más generosos y que más apoyo dan. Y también organizan las mejores fiestas.

EQUIPO TUMBLR

Algunas personas apoyaron la Trilogía Grisha desde el principio, y deben recibir el tributo adecuado: Irene Koh, que cambió mi forma de ver mis propios personajes; Kira, también conocida como cadapartedetiqueloamaba, que blogueaba pronto y a menudo; las maravillosas señoritas del Ejército Grisha; Emily Pursel, Laura Maldonado, Elena de Novelsounds, Laura y Kyra, y Madeleine Michaud, que hace las mejores preguntas. Sois muchísimos más los que habéis hecho dibujos y *fanmixes*, que habéis creado ilustraciones y *fanfiction*, que habéis charlado conmigo, me habéis inspirado, y me habéis animado a seguir. Gracias por hacer este viaje mucho más mágico.

EQUIPO FAMILIA

Christine, Sam, Ryan, Emily: os quiero. Shem, eres un artista increíble y la mejor persona posible con quien ver Nueva York. Y, finalmente, mucho amor y agradecimiento a mi adorable y maravillosa madre, que lloró en las escenas correctas y ha aprendido a hablar narval fluido.



LEIGH BARDUGO nació en 1932 en Jerusalem, creció en Los Ángeles y se graduó en la Universidad de Yale. Siente una especial debilidad por el glamour, los gules y los disfraces, a la que da rienda suelta en su otra vida como maquilladora en Hollywood, además, de vez en cuando, se la puede oír cantando con su banda, *Captain Automatic*.